



LA CONSPIRACIÓN
DE LA SEÑORA
PARRISH

LIV CONSTANTINE

Lectulandia

Amber Patterson está harta. Está cansada de no ser nadie: una mujer sencilla e invisible que pasa desapercibida. Se merece algo más; una vida de dinero y poder, como la que disfruta Daphne Parrish, diosa rubia de ojos azules.

Para todos los habitantes del exclusivo pueblo de Bishops Harbor, Connecticut, Daphne —mujer de la alta sociedad y filántropa— y su marido Jackson, agente inmobiliario, son una pareja de cuento de hadas. La envidia de Amber podría consumirla... si no tuviera un plan.

Amber utiliza la compasión de Daphne para involucrarse en su vida familiar; el primer paso de una estrategia para desautorizarla. Amber no tarda en convertirse en la confidente de Daphne y viaja por Europa con los Parrish y sus encantadoras hijas, acercándose cada vez más a Jackson. Pero un secreto del pasado podría destruir todo aquello que aspira a conseguir y, si la descubren, su plan quedará hecho pedazos.

Lectulandia

Liv Constantine

**La conspiración de la señora
Parrish**

ePub r1.0

NoTanMalo 20.03.18

Título original: *The Last Mrs. Parrish*

Liv Constantine, 2017

Traducción: Carlos Ramos Malavé

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DEDICATORIA DE LYNNE:

Para Lynn, el otro sujetalibros, por
demasiadas razones como para
mencionarlas

DEDICATORIA DE VALERIE:

Para Colin, porque haces que todo
sea posible

PRIMERA PARTE
AMBER

Capítulo 1

Amber Patterson estaba harta de ser invisible. Llevaba acudiendo a ese gimnasio cada día desde hacía tres meses; tres largos meses viendo a esas mujeres ociosas hacer lo único que les importaba. Eran tan egocéntricas que apostaría su último dólar a que ninguna de ellas la reconocería por la calle pese a estar a metro y medio de ellas todos los santos días. Para ellas no era más que un mueble; sin importancia, no merecía que la mirasen. Pero le daba igual, le daban igual todas. Había una razón por la que se arrastraba hasta allí todos los días, hasta esa máquina, justo cuando el reloj marcaba las ocho.

Estaba cansada de los ejercicios; día tras día, dándose una paliza, a la espera del momento oportuno para actuar. Por el rabillo del ojo vio las Nike doradas que se subían a la máquina situada junto a la suya. Estiró los hombros y fingió estar inmersa en la revista estratégicamente colocada sobre el soporte de su máquina. Se volvió y le dedicó a la mujer rubia una sonrisa tímida, a lo que la otra respondió con un educado asentimiento de cabeza. Amber fue a alcanzar su botella de agua y movió deliberadamente el pie hacia el borde de la máquina, lo que le hizo tropezar y tirar la revista al suelo, donde aterrizó bajo el pedal de la máquina de su vecina.

—Oh, Dios mío, lo siento mucho —dijo ruborizándose.

Antes de poder bajarse, la mujer dejó de pedalear y se la recogió. Amber vio como fruncía el ceño.

—¿Estás leyendo la revista *is*? —preguntó la mujer al devolvérsela.

—Sí, es la revista de la Asociación contra la Fibrosis Quística. Sale dos veces al año. ¿La conoces?

—Sí, así es. ¿Te dedicas a alguna especialidad médica? —preguntó la otra mujer.

Amber miró al suelo y después otra vez a ella.

—No, no. Mi hermana pequeña tenía fibrosis quística. —Dejó que las palabras quedaran suspendidas en el espacio que las separaba.

—Lo siento. Ha sido muy desconsiderado por mi parte. No es asunto mío —dijo la mujer, y volvió a subirse a la elíptica.

Amber negó con la cabeza.

—No, no pasa nada. ¿Conoces tú a alguien con fibrosis quística?

Amber vio el dolor en los ojos de la mujer cuando le devolvió la mirada.

—Mi hermana. La perdí hace veinte años.

—Lo siento mucho. ¿Cuántos años tenía?

—Solo dieciséis. Nos llevábamos dos años.

—Charlene tenía solo catorce. —Amber aminoró la marcha y se secó los ojos con el dorso de la mano. Era necesaria una gran capacidad interpretativa para llorar por una hermana que nunca existió. Las tres hermanas que sí tenía estaban vivitas y coleando, aunque llevaba dos años sin hablar con ellas.

La máquina de la mujer se detuvo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Amber se sorbió la nariz y se encogió de hombros.

—Todavía es duro, incluso después de tantos años.

La mujer se quedó mirándola durante varios segundos, como si tratara de tomar una decisión, y después le tendió la mano.

—Soy Daphne Parrish. ¿Qué te parece si salimos de aquí y charlamos mientras tomamos un café?

—¿Estás segura? No quiero interrumpir tu entrenamiento.

Daphne asintió.

—Sí. Me gustaría mucho hablar contigo.

Amber le dirigió lo que esperaba que pareciera una sonrisa de agradecimiento y se bajó de la máquina.

—Suenan genial. —Le estrechó la mano y dijo—: Yo soy Amber Patterson. Encantada de conocerte.

Más tarde aquella noche, Amber se daba un baño de burbujas y bebía una copa de merlot mientras contemplaba la foto de la revista *Entrepreneur*. Dejó la revista con una sonrisa, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el borde de la bañera. Se sentía muy satisfecha con el curso de los acontecimientos de aquel día. Estaba preparada para que se prolongara aún más, pero Daphne se lo puso muy fácil. Tras pasar unos minutos charlando de temas sin importancia mientras tomaban café, habían abordado el verdadero motivo por el que había despertado el interés de Daphne.

—Es imposible que alguien que no ha experimentado la fibrosis quística pueda entenderlo —dijo Daphne, con sus ojos azules encendidos por la pasión—. Julie jamás fue una carga para mí, pero en el instituto mis amigas siempre me presionaban para que la dejara atrás, que no permitiera que me fuese siguiendo a todas partes. Ellas no entendían que yo no sabía cuándo la hospitalizarían o si conseguiría salir con vida. Cada minuto era muy valioso.

Amber se inclinó hacia delante e hizo todo lo posible por parecer interesada, mientras calculaba el valor total de los diamantes que Daphne llevaba en las orejas, la pulsera de la muñeca y el enorme diamante que lucía en su dedo bronceado con una manicura perfecta. Debía de llevar al menos cien mil dólares en joyas, y lo único que sabía hacer era lamentarse de su triste infancia. Amber contuvo un bostezo y le dedicó una sonrisa forzada.

—Lo sé. Yo solía quedarme en casa sin ir a clase para estar con mi hermana y que así mi madre pudiera ir a trabajar. Estuvo a punto de perder su trabajo por tomarse tantos días libres, y lo último que podíamos permitirnos era que perdiera el seguro médico. —Le agradó la facilidad con que la mentira acudió a sus labios.

—Oh, eso es terrible —contestó Daphne—. Esa es otra de las razones por las que mi fundación es tan importante para mí. Proporcionamos ayuda económica a familias

que no pueden permitirse los cuidados que necesitan. Ha sido una parte importante del cometido de La sonrisa de Julie desde el principio.

Amber fingió sorpresa.

—¿La sonrisa de Julie es tu fundación? ¿Es la misma Julie? Lo sé todo sobre La sonrisa de Julie, llevo años leyendo todo lo que hacéis. Estoy asombrada.

Daphne asintió.

—La fundé nada más terminar la universidad. De hecho, mi marido fue mi primer benefactor. —Entonces sonrió, quizá algo avergonzada—. Así fue como nos conocimos.

—¿Y no estáis preparando un gran acto benéfico en estos momentos?

—La verdad es que sí. Será dentro de unos meses, pero aún queda mucho por hacer. Quizá... bueno, no importa.

—No. ¿Qué pasa? —insistió Amber.

—Bueno, iba a preguntarte si te gustaría ayudar. Sería agradable tener a alguien que entiende...

—Me encantaría colaborar en lo que fuera —la interrumpió Amber—. No gano mucho dinero, pero desde luego tengo tiempo para donar. Lo que hacéis es muy importante. Cuando veo en todo lo que ayudáis... —Se mordió el labio y parpadeó para contener las lágrimas.

Daphne sonrió.

—Maravilloso. —Sacó una tarjeta con su nombre y dirección—. Aquí tienes. El comité se reúne en mi casa el jueves por la mañana a las diez. ¿Podrás asistir?

Amber le había dedicado una amplia sonrisa, intentando todavía aparentar que la enfermedad era lo único que tenía en la cabeza.

—No me lo perdería por nada.

Capítulo 2

El ritmo monótono del tren del sábado desde Bishops Harbor hasta Nueva York sumió a Amber en una fantasía muy alejada de la rígida disciplina de su jornada laboral entre semana. Iba sentada junto a la ventana, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, y abría los ojos de manera ocasional para contemplar el paisaje. Recordó la primera vez que había montado en tren, cuando tenía siete años. Era el mes de julio en Misuri —el mes más caluroso y húmedo de todo el verano— y el aire acondicionado del tren no funcionaba bien. Aún veía a su madre sentada frente a ella, con un vestido negro de manga larga, sin sonreír, con la espalda recta y las rodillas apretadas la una contra la otra. Llevaba el pelo, castaño claro, recogido en su habitual moño, pero se había puesto unos pendientes de perlas que reservaba para ocasiones especiales. Y Amber supuso que el funeral de la madre de su madre se consideraba una ocasión especial.

Al bajarse del tren en la mugrienta estación de Warrensburg, el aire de fuera era todavía más asfixiante que el del interior del tren. El tío Frank, el hermano de su madre, había ido a buscarlas, y tuvieron que apretujarse en su destartada camioneta azul. Lo que más recordaba era el olor —una mezcla de sudor, basura y humedad— y el cuero cuarteado del asiento, que se le clavaba en la piel. Atravesaron incontables maizales y pequeñas granjas con casas de madera gastada y jardines llenos de maquinaria oxidada, coches viejos sobre bloques de cemento, neumáticos sin llanta y cajas metálicas rotas. Era aún más deprimente que el lugar donde ellas vivían, y Amber deseó haber podido quedarse en casa, como sus hermanas. Su madre dijo que eran demasiado pequeñas para un funeral, pero ella tenía edad suficiente para presentar sus respetos. Había bloqueado casi todos los recuerdos de aquel horrendo fin de semana, pero lo que nunca olvidaría sería lo sucio que estaba todo a su alrededor; el apagado salón de casa de sus abuelos, todo en tonos marrones y amarillos oxidados; la barba descuidada de su abuelo, sentado en su butaca reclinable, rígido y taciturno, con una camiseta interior gastada y unos pantalones caquis manchados. Vio entonces el origen del comportamiento aburrido de su madre y de su falta de imaginación. Fue en ese instante, a tan tierna edad, cuando nació en su cabeza el sueño de aspirar a algo mejor.

Abrió los ojos ahora cuando el hombre que tenía delante se levantó y le dio un golpe con su maletín, y se dio cuenta de que ya habían llegado a la estación Grand Central. Recogió apresuradamente su bolso y su chaqueta y se sumó a la masa de pasajeros que bajaban del tren. Nunca se cansaba de entrar desde las vías en el impresionante vestíbulo principal; menudo contraste con la mugrienta estación de años atrás. Se recreó paseando frente a los resplandecientes escaparates de la estación, un adelanto perfecto de las vistas y los sonidos de la ciudad que le esperaban fuera, después salió del edificio y recorrió las pocas manzanas por la calle cuarenta y dos hasta la Quinta Avenida. Aquel peregrinaje mensual se había vuelto

tan familiar que podría haberlo hecho con los ojos cerrados.

Su primera parada siempre era la sala de lectura principal de la biblioteca pública de Nueva York. Se sentaba a una de las largas mesas de lectura mientras el sol entraba por los altos ventanales y se deleitaba con la belleza de los frescos del techo. Aquel día se sintió especialmente a gusto con los libros que forraban las paredes. Le recordaban que cualquier conocimiento que deseara estaba a su disposición. Allí se sentaba, leía y descubría todas las cosas que darían forma a sus planes. Se quedó allí sentada, en silencio, durante veinte minutos, hasta que estuvo preparada para volver a la calle y comenzar su paseo por la Quinta Avenida.

Caminaba despacio, pero con determinación, dejando atrás las tiendas de lujo que adornaban la calle. Versace, Fendi, Armani, Louis Vuitton, Harry Winston, Tiffany & Co., Gucci, Prada y Cartier... una detrás de otra, las *boutiques* más prestigiosas y caras del mundo. Había estado en todas ellas, había aspirado el aroma del cuero y la esencia de los perfumes exóticos, se había frotado la piel con los bálsamos aterciopelados y con los prohibitivos ungüentos que la tentaban en sus frascos de muestra.

Pasó por delante de Dior y de Chanel y se detuvo a admirar un vestido plateado y negro que vestía el maniquí del escaparate. Se quedó mirando el vestido, se imaginó con él puesto, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, el maquillaje perfecto, entrando en un salón de baile del brazo de su marido, la envidia de todas las mujeres. Siguió su camino hacia el norte hasta llegar a Bergdorf Goodman y al mítico Hotel Plaza. Estuvo tentada de subir los escalones enmoquetados de rojo para entrar al vestíbulo, pero era más de la una y tenía hambre. Había llevado consigo la comida desde casa, ya que no podía permitirse gastar el dinero que tanto le costaba ganar en la entrada del museo y además en comer en Manhattan. Cruzó la calle cincuenta y ocho hasta Central Park, se sentó en un banco que daba a la bulliciosa calle y sacó una manzana y una bolsa con pasas y frutos secos de su mochila. Comió despacio, viendo a la gente correr de un lado a otro, y por enésima vez pensó en lo afortunada que era por haber escapado de la horrible existencia de sus padres, de las conversaciones mundanas, de la predictibilidad de la vida. Su madre nunca había entendido sus ambiciones. Decía que tenía demasiadas aspiraciones, que su manera de pensar solo le traería problemas. Y entonces Amber le demostró que no era así y por fin lo dejó todo, aunque tal vez no del modo que había planeado.

Se terminó la comida y atravesó el parque hasta el museo Metropolitan, donde pasaría la tarde antes de tomar un tren de vuelta a Connecticut. A lo largo de los dos últimos años había recorrido cada centímetro del Met, estudiando las obras de arte, asistiendo a conferencias y proyecciones sobre las obras y sus autores. Al principio su falta de conocimientos le había parecido abrumadora, pero, de manera metódica, fue paso a paso, leyendo en los libros todo lo que podía sobre el arte, sobre su historia y sus maestros. Armada con nueva información cada mes, volvía a visitar el museo y veía en persona aquello sobre lo que había leído. Ahora sabía que podía mantener una

conversación inteligente con cualquier crítico de arte. Desde el día en que abandonara aquella casa abarrotada en Misuri, había estado creando una nueva y mejorada Amber, una que se moviese como pez en el agua entre los ricos. Y, hasta el momento, su plan iba como la seda.

Pasado un tiempo, llegó a la galería que solía ser su última parada. Allí se quedó largo rato frente a un pequeño estudio de Tintoretto. No sabía cuántas veces había contemplado aquel dibujo, pero la placa se le había quedado grabada en el cerebro. *Un regalo de la colección de Jackson y Daphne Parrish*. Se dio la vuelta con reticencia y se dirigió hacia la nueva exposición de Aelbert Cuyp. Había leído el único libro sobre Cuyp que había encontrado en la biblioteca de Bishops Harbor. Cuyp era un artista del que nunca había oído hablar y le sorprendió descubrir lo prolífico y famoso que era. Recorrió la exposición y llegó hasta el cuadro que tanto había admirado en el libro y que esperaba formase parte de la exposición: *El Maas en Dordrecht durante una tormenta*. Era incluso más asombroso de lo que había imaginado.

Había una pareja mayor junto a ella, cautivada también por el cuadro.

—Es asombroso, ¿verdad? —le dijo la mujer.

—Más de lo que imaginaba —respondió ella.

—Este no se parece a sus otros paisajes —explicó el hombre.

—Así es, pero pintó muchos paisajes majestuosos de los puertos holandeses —dijo Amber sin dejar de mirar el cuadro—. ¿Sabían que también pintó escenas bíblicas y retratos?

—¿De verdad? No tenía ni idea.

«Quizá deban leer antes de venir a ver una exposición», pensó Amber, pero se limitó a sonreírles y siguió su camino. Le encantaba poder demostrar sus conocimientos. Y creía que a un hombre como Jackson Parrish, un hombre que se enorgullecía de su nivel cultural, le encantaría también.

Capítulo 3

Amber sintió una profunda envidia al ver la casa situada en el estuario de Long Island. Las verjas blancas abiertas a la entrada de la inmensa finca daban paso a unos jardines frondosos llenos de rosales que se extendían de forma extravagante sobre las discretas cercas, mientras que la mansión en sí misma era una impresionante estructura de dos plantas de color blanco y gris. Le recordaba a las fotos que había visto de las casas de verano de los ricos en Nantucket y en Martha's Vineyard. La casa discurría elegantemente por la orilla, como si hubiese nacido ahí de forma natural.

Era la clase de casa oculta de las miradas de todos aquellos que no podían permitirse vivir así. «Eso es lo que consigues con dinero», pensó. «Te proporciona los medios y el poder de permanecer oculta al mundo si así lo deseas... o si lo necesitas».

Aparcó su viejo Toyota Corolla azul, que estaría fuera de lugar entre los Mercedes y BMW último modelo que sin duda pronto llenarían el garaje. Cerró los ojos y se quedó allí sentada unos instantes, respirando profundamente y repasando en su cabeza la información que había memorizado a lo largo de las últimas semanas. Se había vestido con esmero aquella mañana, llevaba el pelo sujeto con una diadema de nácar y apenas se había maquillado; solo un poco de color en las mejillas y un suave bálsamo labial. Se había puesto una falda de sarga de color beis y una camiseta de algodón blanca de manga larga; había pedido ambas prendas en un catálogo de L. L. Bean. Llevaba unas sandalias sencillas, un calzado cómodo para caminar sin un solo toque de feminidad. Las horrendas gafas de pasta que había encontrado en el último minuto completaban el *look* que buscaba. Al mirarse una última vez en el espejo antes de salir de su apartamento, se había sentido satisfecha. Parecía una mujer sencilla, casi tímida. Alguien que jamás supondría una amenaza para nadie; y menos para alguien como Daphne Parrish.

Aunque sabía que corría el riesgo de parecer maleducada, había llegado un poco antes de la hora a la que estaba citada. Así podría pasar un poco de tiempo a solas con Daphne y además sería la primera en llegar, cosa que siempre suponía una ventaja cuando se hacían presentaciones. Todas la verían como una abeja obrera, simple e insulsa, a la que Daphne se había dignado a nombrar como su ayudante en sus empeños caritativos.

Abrió la puerta del coche y se plantó en el camino de grava que conducía hacia la entrada. Era como si todos esos trocitos de piedra que amortiguaban sus pasos hubieran sido medidos para ser exactamente iguales, además de pulidos a la perfección. Según se aproximaba a la casa, iba tomándose su tiempo para estudiar sus alrededores. Se daba cuenta de que entraría por la parte de atrás, ya que la parte delantera daría al agua, pero aun así era una fachada de lo más elegante. A su izquierda había un cenador blanco adornado con las últimas glicinias del verano, y dos largos bancos más allá. Ella había leído sobre este tipo de riqueza, había visto

numerosas fotos en las revistas y realizado visitas virtuales a las casas de las estrellas de cine. Pero esta era la primera vez que veía una de cerca.

Subió los amplios escalones de piedra hasta el rellano y llamó al timbre. La puerta era enorme, con grandes paneles de cristal biselado que le permitían ver el largo pasillo que conducía hacia la parte delantera de la casa. Veía el azul del agua desde su posición, y entonces, de pronto, apareció Daphne, que le abrió la puerta con una sonrisa.

—Me alegro mucho de verte. Es maravilloso que hayas podido venir —dijo estrechándole la mano para guiarla hacia el interior.

Amber le dedicó la sonrisa tímida que había practicado ante el espejo del cuarto de baño.

—Gracias por invitarme, Daphne. Estoy encantada con la idea de ayudar.

—Y a mí me emociona que trabajes con nosotras. Ven por aquí. Nos reuniremos en el porche interior —dijo Daphne antes de entrar en una gran sala octogonal con ventanales desde el suelo hasta el techo y sillones con llamativos estampados florales. Las puertas de cristal estaban abiertas y Amber aspiró el aroma embriagador del aire marino cargado de sal—. Por favor, siéntate. Las demás tardarán unos minutos en llegar.

Amber se sentó en un mullido sofá y Daphne frente a ella en uno de los sillones amarillos que complementaban el mobiliario de esa estancia de discreta elegancia. Le fastidiaba aquella naturalidad con la que Daphne trataba el dinero y los privilegios, como si le hubieran sido concedidos al nacer. Parecía recién salida de una portada de *Town & Country*, con esos pantalones grises hechos a medida, su blusa de seda y unos pendientes de perlas que llevaba como única joya. El cabello rubio le caía en bucles y enmarcaba su rostro aristocrático. Amber calculó que solo la ropa y los pendientes debían de valer más de tres mil dólares, sin contar el pedrusco que llevaba en el dedo ni el reloj de Cartier. Seguramente tendría una docena más en algún joyero del piso de arriba. Amber miró la hora en su reloj, un modelo barato de los grandes almacenes, y comprobó que todavía disponían de diez minutos para estar a solas.

—Gracias de nuevo por permitirme colaborar, Daphne.

—Soy yo la que te da las gracias. Nunca hay demasiada ayuda. Me refiero a que todas las mujeres son fantásticas y trabajan mucho, pero tú lo entiendes bien porque lo has vivido. —Daphne cambió de postura en su sillón—. La otra mañana hablamos mucho sobre nuestras hermanas, pero no tanto sobre nosotras. Sé que no eres de por aquí, pero ¿es posible que me dijeras que naciste en Nebraska?

Amber había ensayado su historia con cuidado.

—Sí, eso es. Nací en Nebraska, pero me fui después de que mi hermana muriera. Una buena amiga del instituto vino a la universidad aquí. Cuando volvió a casa para el funeral de mi hermana, dijo que tal vez me vendría bien un cambio, empezar de nuevo, y además no estaríamos solas. Tenía razón. Me ayudó mucho. Llevo casi un año en Bishops Harbor, pero pienso en Charlene todos los días.

Daphne la miraba con atención.

—Siento mucho tu pérdida. Nadie que no lo haya experimentado puede saber lo doloroso que resulta perder a una hermana. Yo pienso en Julie cada día. A veces resulta abrumador. Por eso mi trabajo con la fibrosis quística es tan importante para mí. Tengo la suerte de tener dos hijas sanas, pero sigue habiendo muchas familias afectadas por esa terrible enfermedad.

Amber levantó un marco de plata con una fotografía de dos niñas pequeñas. Ambas rubias y bronceadas, con bañadores a juego, sentadas en un muelle con las piernas cruzadas, abrazándose.

—¿Estas son tus hijas?

Daphne miró la fotografía, sonrió encantada y señaló.

—Sí. Esa es Tallulah y esa es Bella. La sacamos el verano pasado, en el lago.

—Son adorables. ¿Cuántos años tienen?

—Tallulah tiene diez y Bella siete. Me alegra que se tengan la una a la otra — explicó Daphne mientras se le humedecían los ojos—. Espero que siempre sea así.

Amber recordó haber leído que los actores piensan en algo muy triste para ayudarse a llorar a voluntad. Ella trataba de recordar algo que le hiciera llorar, pero lo más triste que se le ocurrió fue que no era ella la que ocupaba el sillón de Daphne, la señora de esa increíble casa. Aun así, hizo lo posible por aparentar pesadumbre al dejar la foto sobre la mesa.

En ese instante sonó el timbre y Daphne corrió a abrir. Al salir de la habitación dijo:

—Sírvete café o té. Y también hay algo de comer. Está todo en el aparador.

Amber se levantó y dejó su bolso en el sillón junto al de Daphne, para dejar claro que era el suyo. Mientras se servía una taza de café, las otras comenzaron a entrar, saludándose y abrazándose unas a otras. Ella no soportaba el ruido ensordecedor que hacían los grupos de mujeres, como el cacareo de las gallinas.

—Hola a todas —dijo Daphne hablando por encima de las voces hasta que todas se callaron. Entonces se acercó a Amber y la rodeó con el brazo—. Quiero presentaros a un nuevo miembro del comité, Amber Patterson. Amber será una gran incorporación al grupo. Por desgracia, ella es una experta; su hermana murió de fibrosis quística.

Amber miró al suelo y oyó el murmullo colectivo y compasivo de las demás mujeres.

—¿Por qué no nos sentamos y así hacemos una ronda para que todas podáis presentaros? —sugirió Daphne. Se sentó con su taza en la mano, miró la fotografía de sus hijas y Amber vio que la movía ligeramente. Ella fue mirando a su alrededor mientras, una tras otra, cada una de las mujeres sonreía y decía su nombre: Lois, Bunny, Faith, Meredith, Irene y Neve. Todas ellas iban de punta en blanco, pero dos en particular llamaron su atención. Bunny era una mujer menuda y rubia, de pelo largo y liso, con los ojos verdes y muy grandes, maquillados para sacarles el máximo

partido. Era perfecta en todos los sentidos, y además lo sabía. Amber la había visto en el gimnasio con sus pantaloncitos cortos y su sujetador deportivo, entrenando como loca, pero Bunny la miró como si nunca antes la hubiera visto. Le dieron ganas de recordarle: «Oh, sí, yo te conozco. Tú eres la que presume ante sus amigas de ponerle los cuernos a su marido».

Y luego estaba Meredith, que no encajaba en absoluto con las demás. Su ropa era cara, pero apagada, no como las prendas deslumbrantes de las otras. Llevaba unos pequeños pendientes de oro y un collar de perlas amarillentas sobre su jersey marrón. El largo de su falda de *tweed* era extraño, ni muy larga ni muy corta. Según avanzaba la reunión, quedó claro que era diferente en más aspectos además de la indumentaria. Estaba sentada en su sillón con la espalda muy recta, los hombros estirados y la cabeza levantada, con un imponente porte de riqueza y educación. Y, cuando hablaba, tenía un ligero acento de internado, lo justo para hacer que sus palabras sonaran más profundas que las de las demás mientras discutían sobre la subasta silenciosa y los artículos asegurados hasta el momento. Vacaciones en lugares exóticos, joyas de diamantes, vinos de colección... La lista era interminable y cada objeto era más caro que el anterior.

Cuando terminó la reunión, Meredith se acercó y se sentó a su lado.

—Bienvenida a La sonrisa de Julie, Amber. Siento mucho lo de tu hermana.

—Gracias —respondió ella sin más.

—¿Daphne y tú os conocéis desde hace mucho tiempo?

—Oh, no. De hecho nos acabamos de conocer. En el gimnasio.

—Qué casualidad —dijo Meredith con un tono indescifrable. Estaba mirándola y era como si pudiera leerle el pensamiento.

—Fue un día de suerte para las dos.

—Sí, desde luego. —Meredith hizo una pausa y la miró de arriba abajo. Sus labios dibujaron una fina sonrisa antes de levantarse del sillón—. Ha sido un placer. Estoy deseando conocerte mejor.

Amber percibió el peligro, no en las palabras que había dicho Meredith, sino en su actitud. Quizá fueran imaginaciones suyas. Dejó su taza de café vacía en el aparador y atravesó las puertas de cristal, que parecían invitarla a salir a la terraza. Se quedó de pie contemplando la amplitud del estuario de Long Island. A lo lejos divisó un velero con sus velas ondeando al viento, un espectáculo magnífico. Se acercó al otro extremo de la terraza, desde donde se apreciaba mejor la playa de arena situada debajo. Cuando se volvió para regresar dentro, oyó la inconfundible voz de Meredith procedente del porche interior.

—Sinceramente, Daphne, ¿hasta qué punto conoces a esa chica? ¿La has conocido en el gimnasio? ¿Sabes algo de su pasado?

Amber se quedó en silencio junto a la puerta.

—Meredith, en serio, lo único que me hace falta saber es que su hermana murió de fibrosis quística. ¿Qué más quieres? Tiene un interés particular en recaudar dinero

para la fundación.

—¿Lo has comprobado? —preguntó Meredith, todavía escéptica—. Su familia, su educación, todas esas cosas.

—Esto es un trabajo voluntario, no una nominación al Tribunal Supremo. Quiero que esté en el comité. Ya lo verás. Será una adquisición maravillosa.

Amber percibió el fastidio en la voz de Daphne.

—De acuerdo, es tu comité. No volveré a sacar el tema.

Amber oyó los pasos sobre el suelo de baldosas cuando abandonaron la estancia, después entró y se apresuró a esconder su carpeta bajo uno de los cojines del sofá, para que pareciese que se le había olvidado. En la carpeta estaban las notas que había tomado durante la reunión y una fotografía metida en una de las hendiduras. La ausencia de cualquier otra información identificativa obligaría a Daphne a rebuscar hasta encontrar la foto. Amber tenía trece años en la imagen. Aquel había sido un buen día, uno de los pocos en que su madre había podido salir de la tintorería para llevarlas al parque. En la foto salía ella empujando a su hermana pequeña en los columpios. En el dorso había escrito: *Amber y Charlene*, pese a que en la imagen apareciese con su hermana Trudy.

Meredith iba a ser complicada. Había dicho que estaba deseando conocerla mejor. Pues ella iba a asegurarse de que conociese lo menos posible. No iba a permitir que una pija de la alta sociedad le fastidiara el plan. Ya se había asegurado de que la última persona que intentó eso recibiera su merecido.

Capítulo 4

Amber abrió la botella de Josh que estaba reservando. Era patético que tuviera que racionar un cabernet de doce dólares, pero con lo poco que ganaba en la agencia inmobiliaria apenas le llegaba para pagar el alquiler. Antes de mudarse a Connecticut, había estado documentándose y había elegido a su objetivo, Jackson Parrish, y fue así como acabó en Bishops Harbor. Ciertamente, podría haber alquilado algo en algún pueblo cercano por mucho menos, pero viviendo aquí tendría más oportunidades de encontrarse por casualidad con Daphne Parrish, además del acceso a las fabulosas comodidades del pueblo. Y le encantaba estar tan cerca de Nueva York.

Sonrió abiertamente. Recordó el tiempo que había pasado documentándose sobre Jackson Parrish, buscando su nombre en Google durante horas tras leer un artículo sobre la empresa de desarrollo internacional que había fundado. Se había quedado sin aliento al ver su foto en la pantalla. Con ese pelo negro y espeso, unos labios carnosos y unos ojos azul cobalto, bien podría haber sido actor de cine. Había pinchado en una entrevista de la revista *Forbes* donde explicaba cómo había construido su empresa, que figuraba entre las quinientas mayores fortunas del mundo. El siguiente enlace, un artículo en *Vanity Fair*, hablaba de su matrimonio con la hermosa Daphne, diez años menor que él. Amber había visto la foto de sus dos adorables hijas en la playa, frente a una mansión blanca y gris. Había estado investigando a conciencia sobre los Parrish y, cuando se enteró de la existencia de La sonrisa de Julie, la fundación creada por Daphne dedicada a recaudar dinero para la investigación contra la fibrosis quística, se le ocurrió la idea. El primer paso del plan que se desarrolló en su cabeza era mudarse a Bishops Harbor.

Al pensar en el matrimonio de pacotilla que había intentado buscar en Misuri, le daban ganas de reírse. Eso había acabado muy mal, pero esta vez no volvería a cometer los mismos errores.

Levantó su copa de vino y brindó ante su reflejo en el horno microondas.

—Por Amber —dijo antes de dar un largo trago y volver a dejar la copa en la encimera.

Abrió el portátil, escribió *Meredith Stanton Connecticut* en el motor de búsqueda y la pantalla se llenó de enlaces sobre los méritos personales y filantrópicos de Meredith. Meredith Bell Stanton era hija de la familia Bell, que criaba caballos de carreras purasangre. Según los artículos, montar era su pasión. Montaba a caballo, iba a concursos de caballos, cazaba, saltaba y cualquier otra cosa que pudiera hacerse con caballos. A Amber no le sorprendía. Meredith parecía llevar la palabra «amazona» escrita en la frente.

Se quedó mirando una fotografía de Meredith con su marido, Randolph H. Stanton III, en un acto benéfico en Nueva York. Decidió que el viejo Randolph parecía llevar un palo metido por el culo. Aunque imaginó que la banca sería un negocio bastante aburrido. Lo único que tenía de bueno era el dinero, y parecía que

de eso los Stanton tenían a raudales.

Después buscó a Bunny Nichols, pero no encontró gran cosa. Era la cuarta esposa de March Nichols, importante abogado neoyorquino con reputación de ser despiadado, y tenía un siniestro parecido con las esposas número dos y número tres. Supuso que para él las chicas rubias serían intercambiables. En un artículo aseguraban que Bunny había sido modelo. Eso sí que era de risa. Lo que parecía era que había sido *stripper*.

Dio un último trago a su copa, puso el corcho a la botella y se conectó a Facebook con uno de sus perfiles falsos. Abrió el perfil que revisaba todas las noches, en busca de nuevas fotos o actualizaciones de estado. Entornó los ojos al ver la fotografía de un niño con una fiambarrera en una mano y la mano de esa zorra rica en la otra. *Primer día en la Academia St. Andrew's*, y el insulso comentario *Mami no está preparada* junto a un *emoji* con cara triste. St. Andrew's, la escuela a la que ella tanto había deseado asistir. Le dieron ganas de escribir su propio comentario: *Mami y papi son unos putos mentirosos*. Pero en su lugar cerró el portátil de golpe.

Capítulo 5

Amber contempló el teléfono que sonaba y sonrió. Al ver «privado» en la pantalla, supuso que sería Daphne. Dejó que saltara el buzón de voz. Daphne dejó un mensaje. Al día siguiente, Daphne volvió a llamar, y de nuevo Amber ignoró la llamada. Era evidente que Daphne había encontrado la carpeta. Cuando el teléfono volvió a sonar aquella noche, Amber respondió por fin.

—¿Diga? —preguntó en un susurro.

—¿Amber?

Suspiró y después dijo:

—¿Sí?

—Soy Daphne. ¿Estás bien? He estado intentando localizarte.

Tosió y volvió a hablar con más fuerza.

—Hola, Daphne. Sí, perdona. Ha sido un día duro.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? —Amber percibió la preocupación en su voz.

—Es el aniversario.

—Oh, cielo. Lo siento. ¿Quieres venir? Jackson está fuera. Podríamos abrir una botella de vino.

—¿En serio?

—Desde luego. Las niñas están durmiendo y tengo a una de las niñeras por si necesitan algo.

«Claro que está una de las niñeras. No vaya a ser que tenga que hacer algo ella sola», pensó.

—Oh, Daphne, eso sería fantástico. ¿Puedo llevar algo?

—No. Con que vengas tú, me vale. Ahora nos vemos.

Cuando Amber aparcó frente a la casa, sacó el teléfono y escribió: *Estoy aquí. No quería llamar y despertar a las niñas.*

Se abrió la puerta y Daphne la hizo pasar.

—Qué considerada al escribir primero.

—Gracias por invitarme. —Amber le entregó una botella de vino tinto.

Daphne le dio un abrazo.

—Gracias, pero no tenías por qué.

Amber se encogió de hombros. Era un merlot barato, ocho pavos en la licorería. Sabía que Daphne nunca se lo bebería.

—Vamos. —La condujo hasta el porche interior, donde ya había una botella de vino abierta y dos copas llenas sobre la mesita.

—¿Has cenado?

Amber negó con la cabeza.

—No, pero no tengo hambre. —Se sentó, alzó una copa de vino y dio un pequeño sorbo—. Qué rico.

Daphne se sentó, alcanzó su copa y la levantó.

—Por nuestras hermanas, que viven en nuestros corazones.

Amber brindó con ella y dio otro trago. Se secó una lágrima inexistente.

—Lo siento mucho. Debes de pensar que estoy como una cabra.

Daphne negó con la cabeza.

—Claro que no. No pasa nada, puedes hablar conmigo. Háblame de ella.

Amber hizo una pausa.

—Charlene era mi mejor amiga. Compartíamos habitación y nos quedábamos hablando hasta tarde sobre lo que haríamos cuando fuésemos mayores y saliésemos de aquella casa. —Frunció el ceño y bebió otro largo trago de vino—. Nuestra madre solía lanzar un zapato contra la puerta si pensaba que nos quedábamos despiertas hasta muy tarde. Así que susurrábamos para que no nos oyera. Nos lo contábamos todo. Nuestros sueños, nuestras esperanzas...

Daphne guardó silencio mientras ella hablaba, pero en sus preciosos ojos azules veía la compasión.

—Era maravillosa. Todo el mundo la quería, pero no se le subió a la cabeza. Cualquiera otra niña se habría vuelto una consentida, pero Char no. Era preciosa, por dentro y por fuera. La gente se quedaba mirándola cuando salíamos, así de guapa era. —Amber vaciló y ladeó la cabeza—. Más o menos como tú.

Daphne dejó escapar una risa nerviosa.

—Yo no diría eso de mí misma.

«Sí, claro», pensó Amber.

—Las mujeres guapas dan eso por hecho. No ven lo que ven los demás. Mis padres bromeaban diciendo que ella tenía la belleza y yo la inteligencia.

—Qué cruel. Eso es terrible, Amber. Tú eres una persona hermosa, por dentro y por fuera.

Amber pensó que era casi demasiado fácil: un mal corte de pelo, nada de maquillaje, unas gafas, los hombros caídos y *voilà!* Así nació la chica pobre y sencilla. Daphne necesitaba salvar a alguien y ella estaba encantada de ser ese alguien. Le dedicó una sonrisa.

—Solo lo dices por decir. No pasa nada. No todo el mundo va a ser guapo. —Levantó una foto de Tallulah y Bella, esta en un marco de tela—. Tus hijas son preciosas también.

A Daphne se le iluminó la cara.

—Son unas niñas magníficas. Me siento muy agradecida.

Amber siguió estudiando la fotografía. Tallulah parecía una pequeña adulta con esa expresión seria y esas gafas horribles, mientras que Bella, con sus tirabuzones rubios y sus ojos azules, parecía una princesa. Rivalizarían mucho de mayores. Se preguntó cuántos novios le robaría Bella a su hermana cuando fueran adolescentes.

—¿Tienes una foto de Julie?

—Por supuesto. —Daphne se levantó y alcanzó una foto de la consola—. Aquí está —dijo entregándole el marco.

Amber se quedó mirando a la joven, que debía de rondar los quince años cuando se tomó la fotografía. Era guapa de un modo casi etéreo, con unos enormes y brillantes ojos marrones.

—Es preciosa —dijo mirando a Daphne—. El tiempo no siempre ayuda, ¿verdad?

—La verdad es que no. Hay días en que es incluso peor.

Se terminaron la botella de vino y abrieron otra mientras Amber escuchaba más historias sobre la trágica relación de cuento de hadas que Daphne había tenido con su perfecta hermana muerta. Tiró una copa entera por el lavabo cuando fue al cuarto de baño. Al regresar al salón, añadió cierto tambaleo a sus pasos y le dijo a Daphne:

—Creo que debería irme.

Daphne negó con la cabeza.

—No deberías conducir. Es mejor que te quedes aquí esta noche.

—No, no. No quiero molestarte.

—Nada de discusiones. Venga, te llevaré a la habitación de invitados.

Le rodeó la cintura con el brazo y la condujo a través de la gigantesca casa y por unas largas escaleras hasta el piso de arriba.

—Creo que voy a tener que ir al cuarto de baño —dijo Amber, y se obligó a pronunciar las palabras con urgencia.

—Por supuesto. —Daphne la ayudó a entrar y Amber cerró la puerta y se sentó en el retrete. El baño era enorme y elegante, con un *jacuzzi* y una ducha en los que podría caber toda la familia real. Su pequeño estudio debía de ser más o menos así. Cuando abrió la puerta, Daphne estaba esperándola.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, preocupada.

—Sigo un poco mareada. ¿Te importa que me tumbe unos minutos?

—Por supuesto que no —respondió Daphne, y la guio por el largo pasillo hasta la habitación de invitados.

Amber se fijaba en todo, hasta en los tulipanes blancos que quedaban preciosos sobre las paredes verde menta. ¿Quién tenía flores frescas en una habitación de invitados si no esperaba visita? El suelo de madera estaba parcialmente cubierto con una alfombra flokati blanca que añadía otro toque de lujo y elegancia. Las cortinas de gasa parecían flotar frente a los altos ventanales.

Daphne la ayudó a llegar hasta la cama, donde se sentó y pasó la mano por la colcha bordada. Podría acostumbrarse a aquello. Cerró los ojos y no le hizo falta fingir la leve sensación de mareo que precede al sueño. Percibió un movimiento, abrió los ojos y se encontró a Daphne de pie frente a ella.

—Vas a dormir aquí, insisto —le dijo, se acercó al armario, abrió la puerta y sacó un camisón y una bata—. Toma. Quítate la ropa y ponte este camisón. Yo te espero en el pasillo mientras te cambias.

Amber se quitó el jersey y lo tiro sobre la cama antes de quitarse también los vaqueros. Se puso el camisón de seda blanco y se metió bajo las sábanas.

—Ya estoy —gritó.

Daphne volvió a entrar y le puso una mano en la frente.

—Pobrecilla. Descansa.

Amber sintió que la arropaba.

—Yo estaré en mi habitación, al final del pasillo.

Amber abrió los ojos y estiró la mano para agarrarla del brazo.

—Por favor, no te vayas. ¿Puedes quedarte conmigo como hacía mi hermana?

Advirtió una leve reticencia en los ojos de Daphne antes de que se fuera al otro lado de la cama y se tumbara junto a ella.

—Claro, cielo. Me quedaré hasta que te duermas. Tú descansa. Yo estoy aquí por si necesitas algo.

Amber sonrió. Lo que necesitaba de Daphne era absolutamente todo.

Capítulo 6

Amber pasaba las páginas de *Vogue* mientras escuchaba los lamentos de la clienta que tenía al teléfono, que se quejaba de una casa de cinco millones de dólares que le habían arrebatado otros compradores. No soportaba los lunes, que era cuando tenía que cubrir el puesto de la recepcionista a la hora de comer. Su jefe le había prometido que se libraría de ello al mes siguiente, cuando la nueva empleada se incorporase al trabajo.

Había empezado como secretaria en la sección residencial de la agencia Rollins cuando se trasladó a Bishops Harbor y había odiado aquel puesto desde el principio. Casi todos los clientes eran mujeres malcriadas y hombres arrogantes que se creían con derecho a todo. La clase de personas que jamás detiene sus carísimos vehículos en una señal de *stop* porque se cree que tiene la prioridad. Ella se dedicaba entonces a concertar citas, llamarles para informarles de las actualizaciones, organizar visitas, y aun así apenas reparaban en ella. Sí que se dio cuenta de que trataban algo mejor a los agentes inmobiliarios, pero aun así su mala educación le sacaba de quicio.

Empleó aquel primer año en tomar clases nocturnas sobre propiedades inmobiliarias con fines comerciales. Sacaba libros de la biblioteca y los devoraba los fines de semana, a veces incluso se le olvidaba comer o cenar. Cuando se sintió preparada, se dirigió al director comercial de Rollins, Mark Jansen, para expresar su opinión sobre una posible oportunidad referente a una votación para cambiar la zonificación, y lo que significaría para uno de sus clientes que la votación tuviese éxito. Él se quedó asombrado por sus conocimientos sobre el mercado inmobiliario y comenzó a pasarse por su mesa de vez en cuando para charlar sobre el negocio. A los pocos meses, Amber estaba sentada frente a su despacho, trabajando junto a él. Entre lo mucho que ella leía y el tutelaje de Mark, aumentaron sus conocimientos y su experiencia. Y, por suerte para ella, Mark era un gran jefe, un hombre de familia entregado que la trataba con respeto y amabilidad. Estaba justo donde había planeado estar desde el principio. Solo le había hecho falta tiempo y determinación, pero determinación era algo que Amber tenía a espaldas.

Levantó la cabeza cuando entró Jenna, la recepcionista, con una bolsa de McDonald's arrugada y un refresco en la mano. No era de extrañar que estuviese tan gorda, pensó asqueada. ¿Cómo era posible que la gente tuviera tan poco autocontrol?

—Ey, nena, gracias por sustituirme. ¿Ha ido todo bien? —La sonrisa de Jenna hacía que tuviese más cara de pan de lo normal.

Amber echaba humo. ¿Nena?

—Solo una gilipollas que estaba enfadada porque alguien ha comprado la casa que quería.

—Ah, seguro que era la señora Worth. Está muy decepcionada. Me siento mal por ella.

—No pierdas el tiempo. Seguro que irá a llorarle a su marido para que le compre

la casa de ocho millones.

—Ay, Amber, qué graciosa eres.

Amber negó sorprendida con la cabeza y se alejó.

Aquella noche, tumbada en su bañera, pensó en los últimos dos años. Había estado dispuesta a dejarlo todo atrás: los productos químicos de la tintorería, que hacían que le picaran los ojos y la nariz; la suciedad de la ropa, que se le quedaba pegada a las manos; y su gran plan, que le había salido mal. Justo cuando pensaba que por fin había logrado alcanzar el éxito, todo se había venido abajo. No podía quedarse allí. Cuando abandonó Misuri, se aseguró de que cualquiera que quisiera buscarla no encontrara ni rastro de ella.

El agua estaba enfriándose. Se levantó y se envolvió en una toalla al salir de la bañera. No había ninguna vieja amiga que la hubiese invitado a Connecticut. Había alquilado aquel diminuto apartamento amueblado a los pocos días de llegar a Bishops Harbor. Las paredes blancas y mugrientas no tenían cuadros y el suelo estaba cubierto con una vieja moqueta verde que llevaría ahí desde los ochenta. El único asiento era un sofá de dos plazas tapizado con los apoyabrazos gastados y los cojines hundidos. A un lado del sofá había una mesa de plástico. En la mesa no había nada, ni siquiera una lámpara; la única bombilla que había colgaba del techo tras una pantalla de flecos. Era poco más que un lugar donde dormir y pasar el rato, algo temporal hasta concluir su plan. Al final habría merecido la pena.

Se secó deprisa, se puso los pantalones del pijama y una sudadera y se sentó al pequeño escritorio frente a la única ventana del apartamento. Sacó su archivo sobre Nebraska y lo leyó una vez más. Daphne no había vuelto a hacerle preguntas sobre su infancia, pero aun así no venía mal repasar. Nebraska había sido su primera parada tras abandonar su pueblo en Misuri, y era allí donde su suerte había empezado a cambiar. Apostaría a que sabía más sobre Eustis, Nebraska, y su festival del Día de la Salchicha, que cualquiera de los residentes más ancianos. Ojeó las páginas, volvió a guardar la carpeta y abrió el libro sobre bienes inmobiliarios internacionales que había sacado de la biblioteca al volver a casa esa noche. Era tan pesado que habría servido de tope para una puerta, y sabía que tendría que emplear muchas noches y mucha concentración en leerlo.

Sonrió. Aunque su piso fuese pequeño y viejo, de niña había pasado muchas noches anhelando un dormitorio propio cuando sus tres hermanas y ella dormían apiñadas en el ático que su padre había convertido en una especie de barraca. Por mucho que lo intentara, la habitación siempre estaba hecha un desastre, con la ropa, los zapatos y los libros de sus hermanas desperdigados por ahí. Le volvía loca. Ella necesitaba orden y disciplina. Y ahora, por fin, era la dueña de su mundo. Y de su destino.

Capítulo 7

Amber se vistió con cuidado aquel lunes por la mañana. Se había encontrado por accidente con Daphne y sus hijas en la biblioteca del pueblo a última hora de la tarde anterior. Se habían parado a charlar y Daphne le había presentado a Tallulah y a Bella. Le habían llamado la atención sus diferencias. Tallulah, alta y delgada, con gafas y una cara poco llamativa, parecía tranquila y reservada. Bella, por su parte, era un duendecillo adorable, con sus tirabuzones rubios que se agitaban mientras correteaba entre las estanterías. Ambas niñas se habían mostrado educadas, pero poco interesadas, y se habían dedicado a ojear sus libros mientras las dos mujeres hablaban. Amber había advertido que Daphne no parecía tan animada como de costumbre.

—¿Va todo bien? —le había preguntado poniéndole una mano en el brazo. A Daphne se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Recuerdos que hoy no puedo sacarme de la cabeza, nada más.

Amber se había puesto alerta.

—¿Recuerdos?

—Mañana era el cumpleaños de Julie. No puedo dejar de pensar en ella. —Le pasó los dedos por el pelo a Bella y la niña la miró con una sonrisa.

—¿Mañana? ¿El veintiuno? —preguntó Amber.

—Sí, mañana.

—No me lo puedo creer. ¡Mañana también era el cumpleaños de Charlene! —Amber se reprendió en silencio, con la esperanza de no haber ido demasiado lejos, pero, en cuanto vio la cara de Daphne, supo que había tomado la decisión correcta.

—¡Dios mío, Amber! Es increíble. Empiezo a pensar que el universo nos ha unido.

—Sí que lo parece —respondió Amber, y después hizo una pausa de varios segundos—. Deberíamos hacer algo mañana para celebrar el recuerdo de nuestras hermanas, para recordar las cosas buenas y no anclarnos en la tristeza. ¿Y si preparo unos sándwiches y comemos en mi oficina? Hay una pequeña mesa de pícnic a un lado del edificio, junto al arroyo.

—Qué buena idea —respondió Daphne, más animada ya—. Pero ¿por qué vas a tomarte la molestia de preparar la comida? Te recogeré en el trabajo e iremos al club de campo. ¿Te apetecería?

Eso era justo lo que Amber esperaba que sugiriese Daphne, pero no había querido parecer demasiado ansiosa.

—¿Estás segura? Por mí no es una molestia. Preparo la comida todos los días.

—Claro que estoy segura. ¿A qué hora te recojo?

—Normalmente puedo salir sobre las doce y media.

—Perfecto. Te veré entonces —había dicho Daphne, y había cambiado de brazo la pila de libros que llevaba—. Haremos que sea una celebración feliz.

Ahora Amber se miraba en el espejo por última vez; una camiseta blanca con cuello barco y sus pantalones de vestir buenos azul marino. Había probado a ponerse las sandalias, pero al final se decantó por unos zapatos blancos. Llevaba pendientes de perlas falsas en las orejas y, en la mano derecha, un anillo con un pequeño zafiro engarzado en oro. Llevaba el pelo recogido con su habitual diadema y solo se había puesto algo de brillo en los labios a modo de maquillaje. Satisfecha con su aspecto apagado, pero no demasiado desaliñado, agarró las llaves y se fue a trabajar.

A las diez, ya había mirado el reloj por lo menos cincuenta veces. Los minutos se alargaban hasta el infinito mientras trataba de concentrarse en el contrato del nuevo centro comercial que tenía sobre su mesa. Releyó las últimas cuatro páginas haciendo anotaciones. Desde que descubriera un error que podría haberle costado a la compañía mucho dinero, su jefe, Mark, no firmaba nada sin que ella lo hubiese revisado primero.

Aquel día le tocaba sustituir a Jenna al teléfono, pero Jenna había accedido a quedarse para que ella pudiera salir a comer.

—¿Con quién vas a comer? —le preguntó Jenna.

—No la conoces. Daphne Parrish —respondió, sintiéndose importante.

—Ah, la señora Parrish. Sí la conozco. Fue hace un par de años, con su madre. Vinieron juntas porque su madre iba a mudarse aquí para estar más cerca de la familia. Miró montones de casas, pero acabó quedándose en New Hampshire. Era una mujer muy agradable.

Amber se puso alerta.

—¿En serio? ¿Cómo se llamaba? ¿Lo recuerdas?

Jenna miró hacia el techo.

—Vamos a ver. —Se quedó callada unos segundos y después asintió y volvió a mirarla—. Lo recuerdo. Se llamaba Ruth Bennett. Es viuda.

—¿Vive sola? —preguntó Amber.

—Bueno, más o menos, supongo. Tiene una pensión en New Hampshire, así que en realidad no está sola. ¿No? Pero, por otra parte, son todos desconocidos, así que podría decirse que sí que vive sola. Quizá sea mejor decir que vive medio sola, o sola por las noches cuando se va a la cama. —Jenna siguió divagando—. Antes de irse, trajo a la oficina una bonita cesta llena de cosas para darme las gracias por ser tan amable. Fue un gesto muy bonito. Pero también un poco triste. Parecía que de verdad quería mudarse aquí.

—¿Y por qué no lo hizo?

—No lo sé. Quizá la señora Parrish no la quería tener tan cerca.

—¿Dijo ella eso? —quiso saber Amber.

—La verdad es que no. Pero parecía que no le hacía mucha gracia la idea de tener a su madre tan cerca. Supongo que no la necesitaba. Al fin y al cabo tiene al personal y a las niñeras. Una de mis amigas fue niñera suya cuando su primera hija era un bebé.

Amber creía haber encontrado una mina de oro.

—¿De verdad? ¿Y cuánto tiempo trabajó allí?

—Un par de años, creo.

—¿Es buena amiga tuya?

—¿Sally? Sí. Nos conocemos desde hace mucho.

—Seguro que tiene muchas anécdotas —dijo Amber.

—¿A qué te refieres?

«¿Esta chica de qué va?», pensó.

—Ya sabes, cosas sobre la familia, sus costumbres, lo que hacen en casa... esa clase de cosas.

—Sí, supongo. Pero a mí no me interesaba. Tenemos otras cosas de las que hablar.

—Quizá podamos cenar las tres juntas la semana que viene.

—Ey, eso sería genial.

—¿Por qué no la llamas mañana y fijas una fecha? ¿Cómo dices que se llamaba?

—preguntó Amber.

—Sally. Sally MacAteer.

—¿Y vive aquí, en Bishops Harbor?

—Vive muy cerca de mi casa, así que la veo a todas horas. Crecimos juntas. Le preguntaré lo de la cena. Será divertido. Como los tres mosqueteros. —Jenna volvió a su mesa y Amber siguió trabajando.

Agarró el contrato y lo dejó sobre la mesa del despacho de Mark, que estaba vacío, para poder comentarlo esa tarde cuando él regresara de su cita en Norwalk. Miró el reloj y vio que tenía veinte minutos para terminar y arreglarse un poco antes de que llegara Daphne. Devolvió dos llamadas telefónicas, archivó algunos papeles sueltos y se fue al baño a retocarse el pelo. Satisfecha, salió al vestíbulo de la entrada para esperar el Range Rover de Daphne.

Se presentó a las doce y media en punto y ella agradeció su puntualidad. Cuando abrió la puerta de cristal del edificio, Daphne bajó la ventanilla y la saludó con alegría. Ella se acercó al asiento del copiloto, abrió la puerta y se acomodó en el interior.

—Me alegro de verte —dijo con lo que esperaba que pareciese entusiasmo.

Daphne la miró y sonrió antes de poner el coche en marcha.

—Llevo toda la mañana esperando este momento. Estaba deseando que terminara mi reunión del club de jardinería. Sé que esto me ayudará a sobrellevar el día.

—Eso espero —respondió Amber con voz cohibida.

Recorrieron en silencio unas cuantas manzanas y Amber se recostó en el asiento de cuero. Giró la cabeza ligeramente hacia Daphne y se fijó en sus pantalones blancos de lino y en su camiseta de tirantes blanca, también de lino, con una raya ancha azul marino en la parte de abajo. Llevaba pequeños aretes de oro en las orejas y una sencilla pulsera de oro junto al reloj. Y su anillo, por supuesto, esa piedra que habría

podido hundir el Titanic. Tenía los brazos delgados y bronceados. Parecía en forma, sana y rica.

Cuando entraron con el coche en el club de campo Tidewater, Amber se fijó en todos los detalles: la carretera serpenteante con hierba bien cortada a ambos lados, ni una sola mala hierba; canchas de tenis con jugadores vestidos de blanco; piscinas a lo lejos y el imponente edificio que se alzaba ante ellas. Era aún más grandioso de lo que había imaginado. Recorrieron la entrada circular con el vehículo y fueron recibidas por un joven de uniforme, compuesto por unos pantalones caquis oscuros y un polo verde. En la cabeza llevaba una visera blanca con el logo de Tidewater bordado en verde.

—Buenas tardes, señora Parrish —le dijo mientras le abría la puerta.

—Hola, Danny —respondió Daphne antes de entregarle las llaves—. Solo hemos venido a comer.

El muchacho rodeó el coche para abrirle la puerta a Amber, pero ella ya había salido.

—Bueno, disfruten —dijo antes de subirse al coche.

—Es un joven muy agradable —dijo Daphne mientras Amber y ella subían los anchos escalones para entrar al edificio—. Su madre trabajaba para Jackson, pero lleva unos años muy enferma. Danny cuida de ella y además trabaja para poder terminar la universidad.

Amber se preguntó qué pensaría el chico de todo el dinero que veía malgastado en ese club mientras él cuidaba de una madre enferma y trabajaba para poder pagar las facturas, pero se mordió la lengua.

Daphne sugirió que comieran en la terraza, de modo que el *maître* las condujo fuera, donde Amber respiró el aire del mar que tanto le gustaba. Se sentaron a una mesa que daba al puerto deportivo, con sus tres largos embarcaderos llenos de barcos de todas las formas y tamaños balanceándose suavemente sobre las aguas picadas.

—Madre mía, esto es precioso —comentó.

—Sí que lo es. Un bonito paisaje para recordar todas las cosas maravillosas de Charlene y Julie.

—A mi hermana le habría encantado este lugar —dijo Amber, y hablaba en serio. Ninguna de sus sanísimas hermanas habría podido imaginar jamás un lugar así. Apartó la mirada del agua y se volvió hacia Daphne—. Debes de venir aquí mucho con tu familia.

—Así es. Jackson, claro está, se va directo al campo de golf siempre que puede. Tallulah y Bella reciben todo tipo de clases; vela, natación, tenis. Son unas pequeñas atletas.

Amber se preguntó cómo sería crecer en un mundo así, donde desde pequeña te educaban para tener y disfrutar de todas las cosas buenas de la vida. Donde, casi desde la cuna, trababas amistad con las personas adecuadas, donde recibías la mejor educación posible mientras el resto del mundo permanecía apartado. De pronto le

invadió la tristeza y la envidia.

El camarero les llevó dos vasos de agua con hielo y les tomó nota; una ensalada pequeña para Daphne y tataki de atún para Amber.

—Bueno —dijo Daphne mientras esperaban—, cuéntame un recuerdo bonito de tu hermana.

—Mmm. Vamos a ver, recuerdo que, cuando era solo un bebé, mi madre y yo la llevamos de paseo. Yo tendría unos seis años. Hacía un precioso día soleado y mi madre me dejó empujar el carrito. Claro, ella iba pegada a mí, por si acaso. —Amber fue metiéndose en la historia y la adornaba con detalles según avanzaba—. Pero yo recuerdo sentirme como una adulta, feliz por tener a mi nueva hermanita. Era tan guapa, con esos ojos azules y sus rizos rubios. Como una fotografía. Y creo que, desde aquel día, sentí que también era mi niña.

—Qué bonito, Amber.

—¿Y tú? ¿Qué recuerdas tú?

—Julie y yo solo nos llevábamos un par de años, así que no recuerdo gran cosa de cuando era un bebé. Pero más tarde, cuando creció, era muy valiente. Siempre estaba sonriendo. Nunca se quejaba. Siempre decía que, si alguien debía tener fibrosis quística, se alegraba de ser ella, porque no quería que otro niño tuviera que sufrir. —Daphne se detuvo y miró hacia el mar—. No tenía una pizca de egoísmo. Era la mejor persona que he conocido.

Amber cambió de postura en su silla y sintió una incomodidad que no entendía muy bien.

Daphne continuó.

—Lo difícil es pensar en todo lo que tuvo que pasar. Cada día. Todas las medicinas que tenía que tomar. —Negó con la cabeza—. Solíamos levantarnos temprano las dos y yo hablaba con ella mientras llevaba el chaleco puesto.

—Sí, el aparato que vibra. —Amber recordaba haber leído sobre el chaleco que ayudaba a desalojar la mucosidad de los pulmones.

—Se convirtió en una rutina diaria; el chaleco, el nebulizador, el inhalador. Pasaba más de dos horas al día tratando de combatir los efectos de la enfermedad. Realmente pensaba que iría a la universidad, se casaría y tendría hijos. Decía que trabajaba tanto en todas sus terapias y ejercicios porque eso era lo que le daría un futuro. Lo creyó hasta el final —dijo Daphne, y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla—. Daría cualquier cosa por tenerla junto a mí.

—Lo sé —susurró Amber—. Quizá los espíritus de nuestras hermanas nos hayan unido a nosotras. Hace que parezca que están aquí con nosotras.

Daphne parpadeó para contener más lágrimas.

—Me gusta esa idea.

Los recuerdos de Daphne y las historias de Amber continuaron durante la comida y, cuando el camarero retiró los platos, Amber tuvo un momento de inspiración y se volvió hacia él.

—Hoy celebramos dos cumpleaños. ¿Podrías traernos un trozo de pastel de chocolate para compartir?

La sonrisa que Daphne le dedicó estaba cargada de cariño y gratitud.

El camarero les llevó la tarta con dos velas encendidas.

—Que tengan un muy feliz cumpleaños —dijo con una floritura.

La comida duró poco más de una hora, pero Amber no tenía prisa por volver porque Mark no regresaría a la oficina hasta por lo menos las tres, y además le había dicho a Jenna que quizá llegara un poco tarde.

—Bueno —dijo Daphne cuando terminaron con el café—. Supongo que debería llevarte de vuelta a la oficina. No quiero que te metas en líos con tu jefe.

Amber miró a su alrededor buscando al camarero.

—¿No deberíamos esperar a que traigan la cuenta?

—Oh, no te preocupes —respondió Daphne agitando la mano—. Lo cargarán a mi cuenta.

«Por supuesto», pensó Amber. Parecía que, cuanto más dinero tenías, menos contacto real tenías con él.

Cuando llegaron a su oficina, Daphne aparcó y la miró.

—Me lo he pasado muy bien hoy. Había olvidado lo agradable que resulta hablar con alguien que te entiende de verdad.

—Yo también lo he pasado bien, Daphne. Me ha ayudado mucho.

—Me preguntaba si estarías libre el viernes por la noche para cenar con nosotros. ¿Qué te parece?

—Dios mío, me encantaría. —Le entusiasmaba la rapidez con la que Daphne iba abriéndose a ella.

—Bien —dijo Daphne—. Nos vemos el viernes. ¿Sobre las seis?

—Perfecto. Nos vemos entonces. Y gracias. —Mientras la veía alejarse con el coche, Amber sintió que le había tocado la lotería.

Capítulo 8

El día después de su comida con Daphne, Amber estaba detrás de Bunny en clase de Zumba en el gimnasio. Se rio para sus adentros al ver a Bunny tropezar mientras intentaba seguir los pasos del monitor. «Menuda torpe», pensó. Después de la clase, se tomó su tiempo para vestirse detrás de la fila de taquillas cercanas a la de Bunny en el vestuario, escuchando a la mujer florero y a sus sicofantes hablar de sus planes.

—¿Cuándo vas a quedar con él? —preguntó una.

—En la hora feliz del Blue Pheasant. Pero recordad que esta noche he quedado con vosotras, chicas, por si preguntan vuestros maridos.

—¿El Blue Pheasant? Todo el mundo va allí. ¿Y si te ve alguien?

—Diré que es un cliente. Al fin y al cabo tengo la licencia de agente inmobiliaria. Amber oyó las risas.

—¿Qué, Lydia? —preguntó Bunny.

—Bueno, tampoco es que la utilices mucho desde que te casaste con March.

Amber tenía grabada en la cabeza la fortuna de March Nichols, valorada en cien millones de dólares; eso y el hecho de que se parecía a Matusalén. Entendía que Bunny buscara sexo en otra parte.

—De todas formas no estaremos mucho tiempo allí. He reservado habitación en el Piedmont, al otro lado de la calle.

—Qué pícara. ¿Has reservado a nombre de *Mrs. Robinson*?

Ahora todas se reían.

Marido viejo, amante joven; la situación tenía algo de poético. Amber ya tenía lo que necesitaba, así que se metió en la ducha y después regresó corriendo a la oficina, con una excusa planeada que explicara su larga ausencia.

Más tarde, aquel mismo día, llegó temprano al bar y se sentó con su libro y una copa de vino a una mesa situada al fondo. Cuando el local comenzó a llenarse, trató de adivinar quién sería él. Se había decantado por el joven rubito con pantalones vaqueros cuando entró Él. Con aquel pelo negro y esos ojos azules, era clavado a Patrick Dempsey. Llevaba una chaqueta de cachemira de color beis y un pañuelo de seda negro al cuello. Pidió una cerveza y dio un trago de la botella. Entró Bunny, lo localizó de inmediato, se dirigió hacia la barra y lo abrazó. Estaban tan pegados que no habría cabido entre ellos ni una cajetilla de cerillas; era evidente que estaban encantados el uno con el otro. Se terminaron las copas y pidieron otra ronda. El chico le pasó el brazo por la cintura y la acercó más a él. Bunny levantó aquella preciosa carita y lo besó en los labios. En ese preciso momento, Amber puso su iPhone en silencio, lo levantó y sacó varias fotos de la escena. Al fin se separaron el tiempo suficiente para tomarse la segunda copa que habían pedido y después abandonaron el bar con los brazos entrelazados. No iban a perder más tiempo en el bar cuando el hotel estaba al otro lado de la calle.

Amber se terminó su copa y revisó las fotografías. Todavía iba riéndose mientras

caminaba hacia su coche. El viejo March recibiría mañana unas fotos muy reveladoras. Y Bunny... bueno, Bunny estaría demasiado angustiada para seguir siendo la copresidenta de Daphne.

Capítulo 9

Amber había estado contando los días hasta el viernes. Por fin conocería a Jackson durante la cena y se moría de ganas. Cuando llamó al timbre, creía que iba a explotar.

Daphne la recibió con una sonrisa deslumbrante y la agarró de la mano.

—Bienvenida, Amber. Me alegro de verte. Por favor, pasa.

—Gracias, Daphne. Llevo esperando esto toda la semana —dijo Amber según entraba al recibidor.

—He pensado que podríamos tomar una copa en el porche interior antes de la cena —sugirió Daphne, y Amber la siguió hasta la habitación—. ¿Qué quieres tomar?

—Mmm, creo que una copa de vino tinto —respondió ella. Miró a su alrededor, pero Jackson no estaba por ninguna parte.

—¿Pinot noir te parece bien?

—Perfecto —dijo, preguntándose dónde diablos estaría Jackson.

Daphne le entregó la copa y, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Jackson ha tenido que trabajar hasta tarde, así que esta noche solo estaremos las chicas; Tallulah, Bella, tú y yo.

Su emoción se desinfló al momento. Ahora tendría que aguantar la cháchara incesante de esas niñas toda la noche.

En ese momento entró Bella llorando en la habitación.

—Mami, mami —dijo lanzándose al regazo de Daphne—. Tallulah no quiere leerme mi libro de *Angelina Ballerina*.

Tallulah entró justo detrás de ella.

—Mamá, estaba intentando ayudarla a que lo leyera ella sola, pero no me hace caso —dijo como si fuera una adulta en miniatura—. Yo leía libros mucho más difíciles a su edad.

—Niñas, nada de peleas esta noche —dijo Daphne revolviéndole el pelo a Bella—. Tallulah solo estaba intentando ayudarte, Bella.

—Pero sabe que no puedo hacerlo —respondió Bella, todavía con la cara en el regazo de su madre y la voz amortiguada.

Daphne le acarició la cabeza a su hija.

—No pasa nada, cielo. No te preocupes, pronto aprenderás —le aseguró antes de dirigirse a las tres en general—. Vamos, chicas. Salgamos a la terraza para cenar. Margarita ha preparado un guacamole riquísimo con el que podemos empezar.

Pronto terminaría el verano y se apreciaba una suave brisa que insinuaba los días fríos que vendrían. Incluso una cena informal en la terraza de Daphne adquiriría un aire estiloso y sofisticado, pensaba Amber. Los platos eran triangulares, de color rojo, y estaban colocados sobre manteles individuales azul marino. Los servilleteros, decorados con veleros plateados, sujetaban unas servilletas de cuadros azules y blancos. Amber observó que cada cubierto estaba colocado de manera idéntica. Le recordó a las películas británicas sobre la aristocracia, donde el personal medía cada

objeto que colocaba sobre la mesa. ¿Acaso esa mujer no podía relajarse jamás?

—Amber, ¿por qué no te sientas aquí? —le preguntó Daphne señalando una silla que daba al mar.

La vista, por supuesto, era increíble, con un jardín que descendía suavemente hasta la playa de arena y el agua más allá. Contó hasta cinco tumbonas Adirondack sobre la arena, alejadas unos metros de la orilla. Qué pintoresco y atractivo.

Bella la miraba desde el otro lado de la mesa.

—¿Estás casada?

—No, no lo estoy —respondió ella negando con la cabeza.

—¿Y eso? —preguntó la niña.

—Cariño, esa es una pregunta muy personal. —Daphne miró a Amber y se rio—. Perdona.

—No, no pasa nada. —Amber centró su atención en Bella—. Supongo que aún no he conocido al hombre perfecto.

Bella entornó los ojos.

—¿Quién es el hombre perfecto?

—Es una expresión, tonta. Significa que aún no ha conocido al hombre adecuado para ella —le explicó Tallulah.

—Pfff. Quizá sea porque es un poco fea.

—¡Bella! Discúlpate ahora mismo. —Daphne se había puesto roja.

—¿Por qué? Es verdad, ¿no? —insistió Bella.

—Aunque sea cierto, es una grosería —dijo Tallulah.

Amber miró hacia abajo, tratando de aparentar dolor, y no dijo nada.

Daphne se levantó.

—Se acabó. Las dos cenaréis solas en la cocina. A ver si pensáis en cómo se debe hablar con los demás. —Llamó a Margarita y se deshizo de las niñas entre protestas. Se acercó a Amber y le pasó un brazo por los hombros—. Lo siento muchísimo. Estoy avergonzada y horrorizada por su comportamiento.

Amber le dedicó una pequeña sonrisa.

—No hace falta que te disculpes. Son niñas. No lo han dicho con mala intención. —Volvió a sonreír, animada con la idea de que durante el resto de la noche esas mocosas no las molestarían.

—Gracias por ser tan comprensiva.

Charlaron de esto y de lo otro y disfrutaron de una deliciosa cena a base de gambas rebozadas con quinoa y ensalada de espinacas. Sin embargo, Amber advirtió que Daphne apenas había probado bocado ni de una cosa ni de la otra. Ella se lo terminó todo, no pensaba desperdiciar una comida tan cara.

Empezaba a refrescar y se sintió aliviada cuando Daphne sugirió que entraran a la terraza interior para tomar el café.

La siguió hasta entrar en una alegre habitación decorada en tonos azules y amarillos. En las paredes había librerías blancas y Amber se detuvo frente a una de

ellas, llevada por la curiosidad de saber qué le gustaba leer a Daphne. Las librerías albergaban todos los clásicos, en orden alfabético por autor. Comenzando por Albee y llegando hasta Woolf. Estaba segura de que Daphne no los habría leído todos.

—¿Te gusta leer, Amber?

—Mucho. Pero me temo que no he leído casi ninguno de estos. Me gustan más los autores contemporáneos. ¿Tú has leído todos estos?

—Sí, muchos de ellos. A Jackson le gusta hablar de grandes libros. Hemos llegado hasta la H. Ahora estamos con la *Odisea*, de Homero. No es una lectura fácil.

—Se rio.

Una preciosa tortuga de porcelana, azul como el Caribe, llamó la atención de Amber y estiró la mano para tocarla. Había visto alguna más por la casa, todas únicas, cada una más exquisita que la anterior. Se veía que eran todas caras y le daban ganas de estamparlas contra el suelo. Ahí estaba ella, tratando de pagar el alquiler a fin de mes, cuando Daphne podía permitirse tirar el dinero coleccionando tortugas absurdas. Era injusto. Se dio la vuelta y ocupó un asiento en el sofá de dos plazas junto a Daphne.

—Ha sido muy divertido. Gracias de nuevo por invitarme.

—Ha sido maravilloso. Me ha gustado tener a otra adulta con la que poder hablar.

—¿Tu marido suele trabajar hasta tarde? —preguntó Amber.

—Depende —respondió ella encogiéndose de hombros—. Normalmente llega a casa para cenar. Le gusta que la familia cene junta, pero está trabajando en un nuevo acuerdo en California y, con la diferencia horaria, a veces no queda otro remedio.

Amber fue a levantar su taza de café de la mesita, se le resbaló y cayó al suelo.

—Lo siento mu... —La cara de horror de Daphne hizo que Amber se quedara sin palabras.

Daphne se levantó del sofá, salió corriendo de la habitación y regresó poco después con un paño blanco y un cuenco con algún producto. Comenzó a frotar la mancha con el trapo humedecido con la mezcla que había preparado.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Amber.

Daphne no levantó la mirada.

—No, no. Yo me encargo. Quería asegurarme de que no se secase la mancha.

Amber se sentía impotente, viendo a Daphne atacar la mancha como si su vida dependiera de ello. ¿No estaba para eso el servicio? Se quedó allí sentada, sintiéndose una idiota, mientras Daphne frotaba con vehemencia. Comenzó a sentirse menos culpable y más molesta. Había derramado algo, ¿y qué? Al menos ella no había llamado fea a nadie.

Daphne se levantó, echó un último vistazo a la alfombra, ya limpia, y la miró avergonzada.

—Ya está. Bueno, ¿te traigo una taza nueva?

¿Hablabas en serio?

—No, no importa. Debería irme de todos modos. Se está haciendo tarde.

—¿Estás segura? No tienes por qué irte tan pronto.

En otras circunstancias se habría quedado, pero no estaba segura de poder contener su enfado. Además, se notaba que Daphne seguía nerviosa. Era una obsesiva de la limpieza. Probablemente examinara la alfombra con una lupa cuando ella se hubiera marchado.

—Desde luego. Ha sido una velada muy agradable. He disfrutado mucho charlando contigo. Te veré la semana que viene en la reunión del comité.

—Conduce con cuidado —dijo Daphne antes de cerrar la puerta.

Amber miró la hora en su teléfono. Si se daba prisa, podría llegar a la biblioteca antes de que cerrara y sacar un ejemplar de la *Odisea*.

Capítulo 10

Llegada la tercera reunión del comité, Amber estaba preparada para ejecutar el último paso de la Operación *Arrivederci* Bunny. Aquel día llevaba un jersey cruzado fino y sus mejores pantalones negros. Temía ver a las otras mujeres y soportar sus miradas condescendientes y su conversación demasiado educada. Sabía que no era una de ellas y se ponía furiosa sabiendo que eso le afectaba. Tomó aliento para calmarse y se recordó a sí misma que solo debía preocuparse por Daphne.

Se obligó a sonreír, llamó al timbre y esperó a que le hicieran pasar.

El ama de llaves abrió la puerta, uniformada.

—La señora bajará enseguida. Ha dejado un papel en el porche interior para que lo vea mientras espera.

Amber le sonrió.

—Gracias, Margarita. Por cierto, quería preguntarte una cosa. El guacamole que hiciste la otra noche estaba delicioso. Nunca había probado uno igual. ¿Cuál es tu ingrediente secreto?

Margarita puso cara de satisfacción.

—Gracias, señorita Amber. ¿Promete no decirlo?

Amber asintió.

La mujer se inclinó hacia ella y susurró:

—Comino.

En realidad Amber no había probado esa pasta verde, porque odiaba el aguacate, pero toda mujer piensa que sus recetas son especiales y era una manera sencilla de ganarse la simpatía de alguien.

En la habitación habían montado un bufé para el desayuno: magdalenas, fruta, café y té. Amber agarró una taza y la llenó de café hasta el borde. Ya había repasado el orden del día cuando Daphne entró en la habitación, impecable como siempre. Ella se puso en pie y le dio un abrazo. Levantó el papel, frunció el ceño y señaló el primer punto del día.

—¿Necesitamos una nueva copresidenta? ¿Qué le ha pasado a Bunny?

Daphne suspiró y negó con la cabeza.

—Me llamó hace unos días y me dijo que tenía una emergencia familiar. Que tenía que irse del pueblo para cuidar de un tío que estaba enfermo.

Amber fingió sorpresa.

—Qué pena. ¿No tenía que haber terminado ya de organizar la subasta silenciosa? —Era una tarea importante que requería una amplia capacidad de organización y atención a los detalles. Habían asegurado ya todos los objetos a subastar, pero Amber estaba segura de que Bunny habría dejado mucho trabajo por hacer, dado que su mundo se había venido abajo la semana anterior.

—Sí, así es. Por desgracia, ayer me dijo que no había terminado de organizarlo todo. Ahora sí que vamos con retraso. Me siento mal por pedirle a alguien que ocupe

su lugar. Esa persona tendrá que trabajar sin descanso para tenerlo todo listo a tiempo.

—Sé que soy la nueva, pero ya he hecho antes este tipo de cosas. Me encantaría hacerlo. —Amber se miró las uñas y después volvió a mirar a Daphne—. Pero es probable que a las demás no les gustase.

Daphne levantó las cejas.

—No importa que seas nueva. Sé que estás aquí porque de verdad te importa. Pero es muchísimo trabajo —dijo—. Todavía hay que redactar las reseñas de todos los artículos, hay que asignar los formularios de puja y establecer los números de puja.

Amber trató de adoptar un tono despreocupado.

—Organicé una para mi antiguo jefe. Lo mejor es tener el formulario de puja por triplicado, en tres colores diferentes, dejar la última copia con el artículo cuando termine la subasta y llevar las otras dos al banco. Así no hay confusión.

Había estado buscando en Google la noche anterior. Daphne se quedó realmente impresionada.

—Así sentiría que estoy haciendo algo por Charlene —continuó Amber—. Quiero decir que yo no tengo dinero para hacer grandes donativos, pero puedo ofrecer mi tiempo. —Le dedicó a Daphne una mirada lastimera.

—Por supuesto. Desde luego. Sería un honor tenerte de copresidenta.

—¿Y qué pasa con las demás? ¿Les parecerá bien? No quiero molestar a nadie.

—Yo me encargo de ellas —dijo Daphne, y levantó su taza de café para brindar con ella—. Socias. Por Julie y Charlene.

Amber levantó su taza y la juntó con la de Daphne.

Media hora más tarde, tras comerse la comida de Daphne y ponerse al día sobre sus emocionantes vidas, las mujeres se pusieron al fin con la reunión. Debía de ser agradable tener toda la mañana para despilfarrarla de ese modo. Una vez más, Amber había tenido que utilizar uno de sus días de vacaciones para asistir.

Contuvo la respiración cuando Daphne se aclaró la garganta y se dirigió a todas.

—Por desgracia, Bunny ha tenido que abandonar el comité. Tuvo que marcharse del pueblo para cuidar de un tío enfermo.

—Oh, qué pena. Espero que no sea grave —dijo Meredith.

—No tengo más detalles —respondió Daphne e hizo una pausa—. Iba a pedir os alguna de vosotras que fuera la copresidenta, pero Amber se ha ofrecido a serlo.

Meredith la miró y después se dirigió a Daphne.

—Oh, qué generosa, pero ¿crees que es adecuado? No pretendo ofender a nadie, pero Amber acaba de llegar. Son muchas cosas con las que ponerse al día. Yo estaría encantada de hacerlo.

—El tema principal que queda por hacer es encargarse de la subasta silenciosa, y Amber tiene experiencia en eso —respondió Daphne con tono despreocupado—. Además, ella tiene un motivo personal; quiere honrar a su hermana. Estoy segura de

que agradecerá tu ayuda y la del resto del comité.

Amber las miró alternativamente.

—Agradecería mucho cualquier consejo que quieras darme —le dijo a Meredith—. Cuando sepa en qué situación nos encontramos, podré repartir tareas. —La idea de tener a esa zorra rica dándole explicaciones hizo que se ruborizara de placer. Advirtió la mirada de fastidio de Meredith y tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír.

Meredith arqueó una ceja.

—Por supuesto. Todas estaremos encantadas de hacer nuestra parte. Bunny había planeado exponer todos los artículos en su casa y que fuéramos algunas a ayudar con las hojas de puja y las descripciones. ¿Quieres que vayamos a tu casa, Amber?

Antes de que ella pudiera responder, Daphne acudió en su ayuda.

—Los artículos ya están aquí. Ayer por la tarde envié a buscarlos. No tiene sentido volver a trasladarlos.

Amber miró a Meredith mientras hablaba.

—De todos modos pienso informatizar los formularios. Me será mucho más fácil enviároslos por *mail* con una foto del artículo, así vosotras podréis hacer la descripción y reenviármela. Después los imprimiremos y los colocaremos con los artículos. Esta noche os enviaré a todas un *mail* con los grupos y vosotras me decís qué queréis escribir. No es necesario perder el tiempo reuniéndonos todas.

—Es una idea fantástica, Amber. ¿Veis, chicas? Es agradable tener sangre nueva.

Amber se recostó en su sillón y sonrió. Sintió que Meredith la miraba con atención y volvió a darse cuenta de que todo en ella apestaba a dinero rancio, desde su doble hilera de perlas hasta la chaqueta beis ligeramente gastada. Sin apenas maquillaje ni un peinado llamativo, con un reloj y unos pendientes más bien discretos. Su anillo de bodas, una alianza de zafiros y diamantes, parecía herencia familiar. Aquella mujer no tenía nada de ostentoso, salvo ese aire aristocrático. Su arrogancia le recordaba a la señora Lockwood, la mujer más rica del pueblo donde creció, que llevaba a la tintorería sus jerséis de cachemira, sus trajes de lana y sus vestidos de noche todos los lunes por la mañana y los depositaba cuidadosamente sobre el mostrador, como si no soportara que sus prendas sagradas tocaran la ropa de las clases inferiores. Jamás la saludaba y jamás respondió a un saludo con algo que no fuera una sonrisa forzada y fría, como si hubiese olido algo podrido.

La familia Lockwood vivía en una casa inmensa en lo alto de una colina que daba al pueblo. Amber había conocido a Frances, su única hija, en una feria del condado y ambas se habían hecho amigas. La primera vez que Frances la llevó a casa, Amber se quedó asombrada por el tamaño y por los increíbles muebles. El dormitorio de Frances era el sueño de cualquier chica, todo en blanco y rosa, con muchos adornos. Tenía muchísimas muñecas, y estaban alineadas en las estanterías empotradas. En una pared había una vitrina llena de libros y de trofeos. Amber recordaba haber pensado que no querría marcharse nunca de aquella habitación. Pero la amistad había durado

poco. Al fin y al cabo, la señora Lockwood no quería que una chica como ella fuese amiga de su hija. Con la misma rapidez con que ambas chicas conectaron, la arrogante madre de Frances rompió esa conexión. Desde entonces a Amber aquello se le quedó atravesado, pero encontró la manera de vengarse cuando conoció a Matthew, el guapo hermano mayor de Frances. La señora Lockwood no lo vio venir.

Y ahora allí estaba, enfrentándose a la misma condescendencia ante la actitud de Meredith Stanton. Sin embargo, hasta el momento iban uno a cero, con ventaja para Amber.

—Amber. —La voz de Daphne la sacó de sus pensamientos—. Me gustaría hacer una foto para tener publicidad por adelantado. Vamos a fotografiarnos con algunos de los objetos. Estoy segura de que el *Harbor Times* publicará un artículo sobre el evento.

Amber no podía moverse. ¿Una foto? ¿Para el periódico? No podía permitir que eso sucediera. Tenía que pensar con rapidez.

—Oh —dijo e hizo una pausa—. Bueno, Daphne, yo soy nueva en el grupo. No me parece justo salir en la foto. Debería incluir a miembros que llevan más que yo.

—Es muy considerado por tu parte, pero ahora eres la copresidenta —respondió Daphne.

—Me sentiría más cómoda si se resaltaran los logros de las demás. —Miró a su alrededor y se dio cuenta de que había ganado puntos por su humildad. Así podría mantener su imagen de chica pobre, pero bondadosa, ante esas esnobs privilegiadas, pero sobre todo impediría que resurgieran los fantasmas del pasado. Por el momento debía asegurarse de pasar inadvertida.

Capítulo 11

A la mañana siguiente Jenna entró dando saltos en el despacho de Amber, con una sonrisa tan amplia que las mejillas casi le tapaban los ojos.

—¿Sabes qué? —preguntó casi sin aliento.

—¿Qué? —preguntó Amber, sin molestarse en apartar la mirada de los informes de comisiones que estaba revisando.

—Anoche hablé con Sally.

Amber levantó la cabeza y dejó el bolígrafo.

—Dijo que le gustaría venir a cenar con nosotras. Esta noche.

—Eso es genial, Jenna. —Por primera vez, Amber agradeció la insistencia de Jenna. Había ido detrás de ella desde que empezó a trabajar allí y, cada vez que Amber rechazaba sus invitaciones, ella volvía a preguntárselo, hasta que al fin cedió. Jenna había obtenido lo que deseaba y ahora ella lo conseguiría también.

—¿A qué hora? ¿Tenemos un lugar en mente?

—Bueno, podríamos ir a Friendly's. O al Red Lobster. Esta noche tienen todas las gambas que puedas comer.

Amber se imaginó a Jenna sentada frente a ella, con salsa rosa goteándole por la barbilla mientras devoraba gambas. No creía que pudiera soportarlo.

—Vayamos al Grille de Main Street —sugirió—. Estoy libre después del trabajo.

—De acuerdo. Le diré a Sally que nos vemos sobre las cinco y media. Va a ser muy divertido —exclamó Jenna dando palmas mientras salía del despacho.

Cuando llegaron al Grille, las sentaron a una mesa en la parte de atrás del restaurante, con Jenna mirando hacia la puerta para que pudiera ver a Sally cuando llegara. Jenna comenzó a hablar sobre una clienta que había llegado aquel día buscando propiedades en el rango de cinco millones y que era muy simpática, pero entonces se detuvo y agitó la mano.

—Ya ha llegado Sally —dijo poniéndose en pie.

Según se acercaba a la mesa, Amber supo que debía de notársele la sorpresa en la cara. Aquella mujer no era en absoluto como se la había imaginado.

—Hola, Jenna. —La recién llegada abrazó a Jenna y después se volvió hacia ella—. Tú debes de ser Amber, de la que siempre está hablando Jenna. —Sonrió, le tendió la mano por encima de la mesa y Amber se la estrechó. Sally llevaba vaqueros ajustados y una camiseta blanca de manga larga que realzaba su figura esbelta, su piel bronceada y su melena castaña. Se sentó junto a Jenna y a Amber le llamaron la atención sus ojos, tan oscuros que parecían negros, con unas pestañas largas y espesas.

—Es un placer conocerte, Sally —dijo—. Me alegra que hayas podido venir esta noche.

—Jenna y yo llevamos siglos queriendo quedar, pero hemos estado tan ocupadas con el trabajo que no hemos tenido tiempo. Me alegra que por fin lo hayamos

conseguido. —Amber se preguntaba qué podrían tener esas dos en común, además de vivir en la misma calle.

—Me muero de hambre. ¿Vosotras sabéis lo que vais a tomar? —preguntó Jenna.

Sally levantó su carta y la examinó rápidamente.

—El salmón a la parrilla con espinacas suena bien —sugirió Amber, y Jenna arrugó la nariz.

—Sí, creo que tomaré lo mismo —respondió Sally mientras dejaba la carta.

—Dios. ¿Cómo podéis elegir el salmón antes que un sándwich de pavo con puré de patatas y salsa? Eso es lo que voy a pedir yo. Y nada de espinacas.

La camarera les tomó nota y Amber pidió una botella de vino tinto de la casa. Quería que esa noche estuvieran todas relajadas y con la lengua suelta.

—Venga —dijo mientras les servía el vino—. Vamos a disfrutar y a relajarnos. Dime, Sally, ¿dónde trabajas?

—Soy maestra de educación especial en una escuela privada, St. Gregory's, en Greenwich.

—Eso es genial. Jenna me dijo que habías sido niñera. Deben de encantarte los niños.

—Oh, desde luego.

—¿Cuántos años trabajaste como niñera?

—Seis. Solo trabajé para dos familias. La última estaba aquí, en el pueblo.

—¿Quiénes? —preguntó Amber.

—Dios, Amber, ¿te has olvidado? El día que comiste con la señora Parrish te dije que Sally antes trabajaba para ella —intervino Jenna.

Amber la miró con odio.

—Sí, lo había olvidado. —Se volvió hacia Sally—. ¿Y cómo era trabajar allí?

—Me encantaba. Era fantástico trabajar para el señor y la señora Parrish.

A Amber no le interesaba escuchar lo perfecta que era la familia Parrish, así que decidió abordar el tema desde otro ángulo.

—Ser niñera debe de ser un trabajo duro en ocasiones. ¿Qué era lo más difícil?

—Mmm. Cuando nació Tallulah, era agotador. Nació pequeña, pesó poco más de dos kilos, así que tenía que comer cada dos horas. La enfermera se encargaba de las tomas de la noche, pero yo llegaba allí a las siete de la mañana y me quedaba hasta que ella regresaba por la noche.

—¿Así que la enfermera le daba de comer por la noche? ¿La señora Parrish no dio de mamar al bebé?

—No. La verdad es que fue una pena. El señor Parrish me dijo que al principio lo intentó, pero no le salía la leche. Me pidió que no dijera nada porque se ponía a llorar, así que nunca hablamos de ello. —Sally pinchó el salmón con el tenedor—. A veces me daba por pensarlo.

—¿A qué te refieres?

Amber detectó la incomodidad de Sally, que parecía estar intentando sonar

despreocupada.

—Oh, no es nada.

—A mí no me lo parece —insistió Amber.

—Bueno, supongo que no voy a contarte nada que no sepa ya todo el mundo.

Amber se inclinó hacia ella y esperó.

—Poco después de que naciera Tallulah, la señora Parrish se fue. A una especie de hospital donde descansas y recibes ayuda.

—¿Te refieres a un sanatorio?

—Algo así.

—¿Tuvo depresión posparto?

—No estoy segura. Se habló mucho en su momento, pero yo intentaba no hacer caso. No lo sé. La policía se vio involucrada. De eso sí me acuerdo. Corría el rumor de que representaba un peligro para el bebé, que no debía estar a solas con ella.

Amber trató de ocultar su fascinación.

—¿Y lo era? ¿Era un peligro?

Sally negó con la cabeza.

—A mí me costaba creerlo. Pero en realidad no volví a verla. El señor Parrish prescindió de mí antes de que ella volviera a casa. Dijo que querían a alguien que hablase francés con Tallulah, y de todas formas yo había estado pensando en volver a estudiar a jornada completa. Más tarde acabaron contratando a mi amiga Surrey para los fines de semana. Ella nunca mencionó nada extraño.

Amber se preguntaba qué habría ocurrido para que Daphne necesitase hospitalización. Tenía la cabeza en otra parte cuando se dio cuenta de que Sally seguía hablando.

—Lo siento. ¿Qué decías? —le preguntó.

—Fue la señora Parrish la que me animó a seguir estudiando para sacarme el título. Decía que lo más importante era que una mujer fuese independiente y supiese lo que deseaba. Sobre todo antes de pensar en casarse. —Sally dio un trago a su copa de vino—. Buen consejo, creo.

—Supongo. Pero ella era muy joven cuando se casó con el señor Parrish, ¿verdad?

Sally sonrió.

—Veintipocos. Parece que tienen un matrimonio perfecto, así que imagino que fue una buena decisión.

«Menudo montón de mierda», pensó Amber mientras repartía lo que quedaba de vino entre sus copas.

—Jenna me contó que la madre de la señora Parrish estuvo pensando en mudarse aquí en una ocasión. ¿Llegaste a conocerla?

—La vi algunas veces. No venía de visita con mucha frecuencia. Mencionó que regentaba una pensión en el norte, pero aun así me parecía extraño que no viniese más, para ver al bebé y todo eso.

—¿Sabes por qué decidió no mudarse a Bishops Harbor?

—No lo sé exactamente, pero pareció desanimada con todo el servicio que tenían los Parrish. Quizá pensó que estaría de más —dijo Sally antes de dar un trago al vino—. La señora Parrish tiene una vida increíblemente ordenada y programada. La precisión es algo distintivo en su casa; nada está fuera de su sitio, cada habitación está impoluta y cada objeto perfectamente colocado. Quizá estuviera demasiado reglamentado para la señora Bennett.

—Desde luego lo parece. —Amber había advertido lo mismo siempre que visitaba la casa de Daphne, cosa que cada vez sucedía con más frecuencia. Parecía como si nadie viviese en esa casa. En cuanto te terminabas una copa o vaciabas tu plato, te lo retiraban. Nunca había nada fuera de su sitio, cosa difícil de conseguir con dos niñas pequeñas. Incluso los dormitorios de las niñas estaban immaculados. Amber había echado un vistazo a las habitaciones la mañana después de quedarse a dormir y le sorprendió lo bien ordenados que estaban los libros y juguetes. No había nada tirado por medio.

Según bebía vino, Sally parecía ir entrando en detalles.

—Surrey me contó que Tallulah y Bella nunca ven dibujos animados ni programas para niños. Tienen que ver documentales y DVD educativos. No es que eso sea nada malo, pero es triste que no puedan ver nada por diversión o entretenimiento.

—Supongo que la señora Parrish valora la educación —dijo Amber.

Sally miró el reloj.

—Hablando de lo cual, debería irme. Mañana por la mañana tengo clase. —Se volvió hacia Jenna—. Si tú también estás lista para irte, puedo llevarte a casa.

—Sería fantástico —dijo Jenna con una palmada—. Ha sido una noche muy divertida. Deberíamos repetirlo.

Pagaron la cuenta y Jenna y Sally se marcharon. Amber se terminó el vino y se recostó en su asiento, repasando mentalmente los retazos de información que había obtenido.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue buscar a la madre de Daphne. Tras una breve búsqueda, descubrió que Ruth Bennett poseía y regentaba una pensión en New Hampshire. Era un lugar pintoresco con unos terrenos preciosos. Nada extravagante, pero bonito en cualquier caso. La foto que aparecía de ella en la página web mostraba a una versión mayor de su hija, aunque no tan guapa. Amber se preguntó qué habría ocurrido entre ellas para que Daphne no quisiera tener a su madre cerca.

Guardó la página en favoritos y después se conectó a Facebook. Allí estaba, más viejo y más gordo. Seguramente los últimos años no habían sido buenos para él. Amber se rio y cerró la tapa del portátil.

Capítulo 12

Mientras esperaba en el andén, Amber bebía el café caliente que llevaba en la mano enguantada, tratando de entrar en calor. De su boca salía el vapor blanco cada vez que la abría, y daba pequeños saltitos para generar calor. Había quedado con Daphne, con Tallulah y con Bella para pasar el día de compras y hacer turismo por Nueva York, donde la principal atracción era el árbol de Navidad del Rockefeller Center. Se había vestido como una turista a propósito: zapato cómodo, chaqueta cálida y una amplia bolsa de tela para guardar sus tesoros. Lo que llevaría cualquier chica de Nebraska. El único maquillaje que llevaba era un poco de pintalabios que había comprado en Walgreens.

—Amber, hola —gritó Daphne mientras corría hacia ella, con una niña en cada mano—. Sentimos llegar tarde. Esta no decidía qué ponerse —explicó señalando a Bella con la cabeza.

—Hola, chicas —dijo Amber con una sonrisa—. Es un placer volver a veros.

Bella la miró con desconfianza.

—Qué abrigo más feo.

—¡Bella! —exclamaron Daphne y Tallulah al unísono. Daphne parecía muerta de vergüenza—. Eso es algo terrible.

—Bueno, pues es cierto.

—Lo siento, Amber —dijo Daphne.

—No pasa nada. —Amber se agachó hasta quedar a la altura de Bella—. Tienes razón, sí que es un abrigo feo. Lo tengo desde hace siglos. Quizá hoy puedas ayudarme a escoger uno nuevo. —Tenía ganas de darle una bofetada a esa mocosa asquerosa. Tendría seis o siete años y llevaba unas deportivas plateadas que Amber reconoció de un paquete que había visto abierto en la mesa de la cocina cuando se pasó por su casa el otro día a dejar vales regalo para la subasta. Al volver a su casa buscó las deportivas en internet y descubrió que costaban casi trescientos dólares. Esa niña malcriada ya era una esnob de la moda.

Bella se volvió hacia su madre con un puchero.

—¿Cuándo viene el tren? Tengo frío.

Daphne la rodeó con los brazos y le dio un beso en la coronilla.

—Pronto, cariño.

Tras cinco minutos escuchando las quejas de Bella, el tren entró en la estación, se montaron y por suerte encontraron asientos vacíos en la parte delantera del vagón; dos filas enfrentadas. Amber se sentó y Bella lo hizo delante de ella, con los brazos cruzados.

—Me has quitado el sitio. No puedo sentarme del revés.

—No hay problema. —Amber se cambió al otro lado y Tallulah ocupó el asiento junto a su hermana.

—Quiero que mamá se siente a mi lado.

¿De verdad iban a permitir que ese pequeño monstruo diese órdenes todo el día?
Daphne la miró con severidad.

—Bella, estoy justo enfrente. Déjate ya de tonterías. Me voy a sentar al lado de Amber.

Bella la miró con odio y dio una patada al asiento que tenía delante.

—¿Por qué ha tenido que venir? Se supone que era una excursión familiar.

Daphne se puso en pie.

—Discúlpanos un momento. —Agarró a Bella de la mano y se la llevó al final del pasillo. Amber la veía haciendo gestos con las manos mientras hablaba. Pasados unos minutos, Bella asintió y ambas regresaron.

La niña ocupó su asiento y miró a Amber.

—Lo siento, Amber.

No parecía sentirlo en absoluto, pero ella se limitó a mirarla amablemente.

—Gracias, Bella. Acepto tu disculpa. —Centró su atención en Tallulah—. Tu madre me ha dicho que te encanta Nancy Drew.

A Tallulah se le iluminaron los ojos, abrió la pequeña mochila que llevaba y sacó *El secreto de la mujer de madera*.

—Tengo todos los antiguos libros de mi madre. Me encantan.

—A mí también. Yo quería ser como Nancy Drew —dijo Amber.

Tallulah empezó a relajarse.

—Es muy valiente y muy lista, y siempre vive una aventura.

—Qué aburridoooo —dijo el pequeño *gremlin* sentado a su lado.

—¿Y tú cómo lo sabes? Ni siquiera sabes leer —le respondió Tallulah.

—¡Mamá! No puede decirme eso —se quejó Bella alzando la voz.

—Ya está bien, chicas —dijo Daphne con voz suave.

Ahora Amber tenía ganas de abofetear a Daphne. ¿Acaso no se daba cuenta de que a esa mocosa había que ponerla en su sitio? Un buen azote en el culo haría maravillas.

Por fin llegaron a Grand Central Station y salieron del tren. Amber se quedó atrás mientras Daphne y las niñas subían los escalones y entraban en la terminal. Se alegró de nuevo al contemplar la magnífica arquitectura y recordó lo mucho que le gustaba Nueva York.

Daphne se detuvo para juntarse otra vez las cuatro.

—Bueno, este es nuestro plan. Empezaremos viendo los escaparates navideños, después comeremos en Alice's Teacup, luego iremos a la tienda de American Girl y acabaremos patinando sobre hielo en el Rockefeller Center.

«Quiero morir», pensó Amber.

Amber hubo de admitir que los escaparates eran fabulosos, cada uno más elaborado que el anterior. Incluso la princesita se quedó cautivada y dejó de gruñir. Cuando

llegaron a Alice's Teacup, se lamentó para sus adentros de la larga cola, pero al parecer allí conocían bien a Daphne y les permitieron pasar de inmediato. La comida estuvo bien, sin mayores incidentes, y Daphne y ella incluso pudieron mantener una conversación durante más de cinco minutos.

Mientras las chicas se tomaban su tiempo para comerse su French Toast, ella se terminó su cruasán de jamón y queso y estuvo bebiendo té.

—Gracias de nuevo por incluirme, Daphne. Me alegra formar parte de un día familiar en esta época del año.

—Gracias a ti. Contigo el día me resulta mucho más divertido. Cuando Jackson se echó atrás, estuve a punto de cancelar. —Se inclinó hacia ella y susurró—: Como has visto, Bella puede ser un poco difícil. Es genial tener un poco de ayuda.

Amber se puso tensa. ¿Eso era para ella? ¿Una ayuda?

—¿La niñera no estaba disponible hoy? —preguntó sin poder resistirse.

Daphne no pareció percibir la indirecta y negó con la cabeza.

—Ya le había dado el día libre, porque habíamos planeado esto. —Le dedicó una amplia sonrisa y le apretó la mano—. Me alegra que hayas venido con nosotras. Esta es la clase de cosa que haría con mi hermana si estuviese viva. Ahora tengo una amiga especial con la que disfrutarlo.

—Qué curioso. Cuando contemplábamos la decoración de los escaparates navideños, me imaginaba lo mucho que le habría gustado a Charlene. La Navidad era su época favorita del año. —De hecho, las Navidades de su infancia habían sido tristes y decepcionantes, pero, si Charlene hubiera existido de verdad, quizá le habría gustado la Navidad.

—A Julie le encantaba la Navidad también. Nunca le he contado esto a nadie, pero todas las Nochebuenas, a última hora de la noche, siempre le escribo una carta a Julie.

—¿Y qué le dices? —preguntó Amber.

—Le cuento lo que ha ocurrido ese año, ya sabes, como esas tarjetas navideñas que suele enviar la gente. Pero estas cartas son diferentes. Le cuento todo lo que siento, le hablo de sus sobrinas, de lo mucho que las habría querido, y ellas a ella. Me mantiene conectada a ella de un modo que no puedo explicar.

Amber sintió compasión por ella, pero al instante se transformó en envidia. Ella jamás había sentido esa clase de amor y cariño hacia alguien de su familia. Se preguntaba cómo sería. No sabía qué decir.

—¿Podemos irnos ya a American Girl? —Bella se había levantado y estaba poniéndose el abrigo, y Amber agradeció la interrupción.

Salieron del restaurante y tomaron un taxi. Amber se sentó en la parte delantera con el taxista. El interior del vehículo olía a queso rancio y le dieron ganas de vomitar, pero, en cuanto bajó la ventanilla, la reina Bella se manifestó desde el asiento de atrás.

—Tengo frío.

Amber apretó los dientes y volvió a subir la ventanilla.

Cuando llegaron a la cuarenta y nueve con la Quinta Avenida, la cola para entrar en la tienda daba la vuelta a la manzana.

—La cola es larguísima —se quejó Tallulah—. ¿De verdad tenemos que esperar? Bella dio un golpe con el pie en el suelo.

—Necesito un vestido nuevo para mi muñeca Bella. ¿No puedes colarnos, mami? Como hiciste en el restaurante.

Daphne negó con la cabeza.

—Me temo que no, cielo —respondió, y dirigió a Tallulah una mirada suplicante—. Se lo prometí.

Parecía que Tallulah iba a echarse a llorar.

Pero entonces a Amber le llegó la inspiración.

—He visto un Barnes & Noble unas manzanas más atrás. ¿Por qué no llevo a Tallulah ahí y luego nos reunimos con vosotras cuando terminéis?

A Tallulah se le iluminaron los ojos.

—¿Podemos, mamá? Por favor.

—¿Estás segura, Amber? —preguntó Daphne.

¿Lo estaba?

—Por supuesto. Así las dos tan contentas.

—Muchísimas gracias, Amber. —Cuando Tallulah y ella ya se alejaban, Daphne gritó—: Amber, por favor, quédate con ella en la tienda.

Ella tuvo que reprimir una respuesta sarcástica. Como si fuera a dejar que la niña se fuese a deambular sola por Manhattan.

—No le quitaré los ojos de encima.

Mientras bajaban por la Quinta Avenida, Amber aprovechó la oportunidad para conocer mejor a la niña.

—¿Así que no te gustan las muñecas de American Girl?

—No tanto como para hacer cola durante horas. Prefiero ver libros.

—¿Qué clase de cosas te gustan?

—Bueno, los libros —respondió la pequeña—. Y hacer fotos, pero con cámaras antiguas y película.

—¿En serio? ¿Por qué no las digitales?

—La resolución es mejor, y he descubierto que...

Amber ignoró el resto de su explicación. Le daba igual. Lo único que necesitaba saber era qué le gustaba, no los tres párrafos de ciencia posteriores. Tallulah era como una pequeña profesora haciéndose pasar por niña. Se preguntó si tendría amigas.

—Ya hemos llegado.

Siguió a la niña por la inmensa tienda hasta que llegaron a la sección de misterio, donde seleccionó una pila de libros. Encontraron un lugar acogedor donde sentarse y Amber sacó también algunos libros. Advirtió que Tallulah estaba ojeando una colección de relatos de Edgar Allan Poe.

—¿Sabías que Edgar Allan Poe era huérfano? —le preguntó.

—¿Qué?

—Sí. Sus padres murieron cuando él tenía cuatro años. Lo crio un comerciante adinerado.

A Tallulah se le abrieron mucho los ojos.

—Por desgracia, sus nuevos padres lo dejaron fuera de su testamento y acabó siendo muy pobre. Quizá no fuera tan amable con ellos como lo era con sus verdaderos padres. —Amber sonrió al ver la expresión de sorpresa de Tallulah. Era una lección que debería tener en mente.

Pasaron dos horas leyendo, Tallulah absorta en su libro de Poe, ignorando a Amber, y Amber ojeando un libro de carreras de Fórmula 1. Había leído que Jackson era un gran admirador. Cuando se cansó de eso, abrió la aplicación de Facebook en su móvil. Se sintió furiosa al leer la actualización. Así que la muy zorra estaba embarazada. ¿Cómo era posible? Los tres sonriendo como idiotas. ¿Quién era tan estúpida como para anunciar un embarazo estando solo de ocho semanas? Amber se consoló pensando que tal vez abortara. Oyó que alguien se acercaba, levantó la cabeza y vio a Daphne, cargada con bolsas de la compra, que corría hacia ellas.

—¡Aquí estáis! —Llegaba sin aliento, de la mano de Bella, que corría para alcanzar a su madre—. Jackson acaba de llamar. Al final va a reunirse con nosotras. Tomaremos un taxi y nos reuniremos con él en la sesenta y cinco. Cenaremos y después veremos el árbol —anunció con una sonrisa.

—Espera —dijo Amber agarrando a Daphne de la manga del abrigo—. No quiero entrometerme en un momento familiar. —En realidad le sorprendía lo nerviosa que estaba ante la idea de conocer a Jackson. Lo repentino de la situación la había desconcertado. Quería saberlo con antelación, con tiempo para prepararse antes de conocer al hombre del que tanto sabía.

—No seas tonta —le dijo Daphne—. No te entrometerás. Venga, vamos. Está esperándonos.

Tallulah se levantó de inmediato, hizo una pila con todos los libros y los recogió.

Daphne agitó la mano con impaciencia.

—Déjalos, cariño. Tenemos que irnos.

Capítulo 13

Estaba sentado a la mejor mesa del restaurante. La vista era más asombrosa de lo que Amber había imaginado. Y él también. Destilaba *sex appeal*. Estaba buenísimo. No había otra manera de decirlo. Y el impecable traje hecho a medida hacía que pareciese que acababa de salir del rodaje de una película de James Bond. Se puso en pie cuando se acercaron y, cuando sus ojos azules se fijaron en Daphne, sonrió y la saludó con un cariñoso beso en los labios. Estaba loco por ella, advirtió Amber con frustración. Se agachó y abrió los brazos para recibir a las niñas.

—¡Papi! —gritó Bella, que parecía feliz por primera vez en todo el día.

—Mis niñas. ¿Habéis pasado un buen día con mami?

Ambas comenzaron a hablar a la vez y Daphne las condujo a sus asientos antes de sentarse ella junto a Jackson. Amber se sentó en la silla que quedaba libre, frente a Jackson y al lado de Bella.

—Jackson, esta es Amber. Ya te he hablado de ella; ha acudido en mi ayuda con el comité.

—Un placer conocerte, Amber. Según creo, has sido de gran ayuda.

Ella se fijó en el hoyuelo que aparecía cuando sonreía. Si Jackson se preguntó qué hacía cenando con ellos, al menos tuvo la delicadeza de no mencionarlo.

Pidieron cócteles para ellos y aperitivos para las niñas. Pasado un rato, Amber comenzó a pasar inadvertida y pudo observarlos tranquilamente.

—Bueno, contadme qué tal vuestro día —dijo Jackson—. ¿Qué ha sido lo mejor?

—Bueno, yo tengo dos vestidos nuevos para mi muñeca Bella, y el kit del establo, y un tutú a juego con el mío, para que pueda venir a clase de *ballet* conmigo.

—¿Y tú, Lu?

—A mí me ha gustado Alice's Teacup. Ha estado bien. Y luego Amber me ha llevado a Barnes & Noble.

Él negó con la cabeza.

—Mi pequeña bibliotecaria. Vienes a la ciudad ¿y es ahí donde vas? Tenemos una a la vuelta de la esquina —dijo amablemente.

—Sí, pero no es enorme, como aquí. Además, venimos a la ciudad a todas horas. No es para tanto.

Amber tuvo que contener la rabia al ver la actitud arrogante de Tallulah. No era para tanto, desde luego. Le habría gustado enviarla a vivir a la América rural durante unos años, para que viera cómo vivía el resto del país.

Jackson se volvió hacia Daphne y le acarició brevemente la mejilla.

—¿Y tú, cariño? ¿Qué ha sido lo mejor de tu día?

—Recibir tu llamada.

A Amber le dieron ganas de vomitar. ¿De verdad iban en serio? Dio un trago largo a su copa de vino. No tenía por qué beber despacio; Jackson bien podía permitirse pedir más.

Cuando por fin apartó la mirada de su preciosa esposa, Jackson la miró a ella.

—¿Eres de Connecticut, Amber?

—No, de Nebraska.

Pareció sorprendido.

—¿Y qué te trajo al este?

—Quería expandir mis horizontes. Una amiga se vino a vivir a Connecticut y me invitó a vivir con ella —respondió antes de dar otro trago al vino—. Me enamoré de la costa inmediatamente... y de tener Nueva York tan cerca.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

¿Estaba realmente interesado en ella o preguntaba solo por educación? No lo sabía.

Daphne respondió antes de que ella pudiera hacerlo.

—Más o menos un año, ¿no? —dijo con una sonrisa—. También trabaja en el mundo inmobiliario. En la sección comercial de Rollins Realty.

—¿Cómo dices que os conocisteis?

—Ya te lo dije, por casualidad —respondió Daphne.

Jackson seguía mirando a Amber y de pronto ella sintió que estaba interrogándola.

—¿Holaaaaa? Qué aburrimiento —intervino Bella. Amber agradeció la distracción de esa pequeña bruja.

Jackson miró a su hija.

—Bella, no se interrumpe a los adultos cuando están hablando —dijo con firmeza. Gracias a Dios, al menos uno de ellos tenía agallas, pensó Amber.

Bella le sacó la lengua.

Tallulah soltó un grito ahogado y miró a Jackson, igual que Daphne. Fue como si el tiempo se hubiera detenido mientras esperaban a ver su reacción.

Pero él se echó a reír.

—Creo que alguien ha tenido un día demasiado largo.

Todas parecieron relajarse.

Bella se levantó de su silla, corrió hacia su padre y hundió la cabeza en su pecho.

—Lo siento.

Él le acarició el pelo.

—Gracias. Ahora ¿vas a comportarte como una señorita?

La niña asintió y volvió a su asiento.

Otro punto para la pequeña *hooligan*, pensó Amber. ¿Quién habría imaginado que su mayor pesadilla iba a ser aquel *gremlin* sentado a su lado?

—¿Os apetece otra sorpresa? —preguntó Jackson.

—¿Qué? —preguntaron las niñas al unísono.

—¿Y si vamos a ver el programa navideño del Radio City y pasamos aquí la noche?

Las niñas gritaron emocionadas, pero Daphne le puso una mano en el brazo a su

marido y dijo:

—Cariño, no tenía planeado quedarnos a pasar la noche. Estoy segura de que Amber querrá volver a casa.

De hecho Amber se moría de ganas por quedarse. Su curiosidad por el apartamento de los Parrish eclipsaba su deseo de volver a casa.

Jackson miró a Amber como si fuera un fastidioso problema a resolver.

—Mañana es domingo. ¿Cuál es el problema? Puedes prestarle algo de ropa. — Miró de nuevo a Amber—. ¿Eso te supone un problema?

Amber estaba dando saltos por dentro, pero le dirigió una mirada tímida y agradecida.

—A mí no me importa. No querría decepcionar a Bella y a Tallulah. Parece que les hace mucha ilusión quedarse.

Él sonrió y le apretó el brazo a Daphne.

—¿Ves? No pasa nada. Lo pasaremos bien.

Daphne se encogió de hombros, resignada a cambiar los planes. Fueron al teatro y estuvieron viendo a Papá Noel y a las Rockettes durante una hora y media. A Amber el espectáculo le pareció una chorrada, pero a las niñas les encantó.

Cuando salieron, estaba nevando y la ciudad parecía una postal invernal, con las lucecitas blancas encendidas en las ramas desnudas de los árboles, ahora cubiertos de nieve. Amber miró a su alrededor con asombro. Jamás había visto Nueva York tan tarde. Era algo digno de ver, las luces hacían que todo brillara y resplandeciera.

Jackson se sacó el teléfono del bolsillo, se quitó el guante de cuero, pulsó un botón y se llevó el aparato a la oreja.

—Envía al chófer a la entrada principal del Radio City —dijo.

Cuando la limusina negra con lunas tintadas se detuvo frente a ellos, Amber torció el cuello para ver qué celebridad saldría de dentro, pero, al ver salir a un chófer alto y uniformado que les abrió la puerta de atrás, se dio cuenta de que la limusina estaba vacía y de que era para ellos. Ahora era ella la que se sentía como una celebridad. Jamás se había subido a una limusina. Advirtió que Daphne y las niñas no parecían sorprendidas en absoluto. Jackson le dio la mano a su esposa y la ayudó a subir primero. Después dio a las niñas un empujoncito cariñoso y estas siguieron a su madre. Hizo un gesto para indicar que Amber entraría después, pero apenas la miró. El coche era grande y cabían las dos mujeres y las dos niñas sentadas juntas. Jackson se sentó en el asiento de enfrente, con el brazo estirado sobre el respaldo y las piernas abiertas. Amber trató de no mirarlo. Irradiaba poder y masculinidad.

Bella estaba apoyada contra su madre, medio dormida, cuando Tallulah dijo:

—¿Vamos directos al apartamento, papi?

—Sí, porque...

Pero, antes de que pudiera decir una palabra más, Bella se incorporó, totalmente despierta.

—No, no, no. Al apartamento no. Quiero ir donde Eloise. Quiero dormir en el

Plaza.

—No podemos hacer eso, cielo —le dijo Daphne—. No tenemos reserva. Lo haremos en otra ocasión.

Bella no se conformó.

—Papi, por favor. Seré la primera de mi clase en alojarse donde vive Eloise. Todos se pondrán celosos. Por favor, por favor, por favor.

Al principio Amber tuvo ganas de retorcerle el cuello a esa mocosa egoísta, pero reconoció algo en ella, algo que le hizo pensar que podría convertirla en una aliada en vez de una enemiga. Y, en cualquier caso, ¿qué importaba que se alojaran en el apartamento o en el Plaza? Cualquier cosa para ella sería un regalo.

A la mañana siguiente, Amber se dio la vuelta sobre la cama y se tapó con la colcha hasta la barbilla. Suspiró y retorció su cuerpo contra la sábana de seda para sentir su caricia. Jamás había dormido en una cama tan cómoda y majestuosa. Tallulah se movió en la cama situada al lado. La *suite* tenía solo dos dormitorios; Bella se había metido con sus padres y, aunque a Tallulah no parecía haberle hecho mucha gracia compartir habitación con ella, había obedecido. Amber se destapó, se levantó y se acercó a la ventana. La gran *suite* del ático daba a Central Park y ante sus ojos se extendía Nueva York como si fuera suya. Examinó la preciosa habitación, con sus techos altos y sus muebles elegantes. La *suite* era digna de la realeza, más grande que una casa de tamaño medio. Jackson había sucumbido a la petición de Bella, por supuesto, e incluso había enviado a su chófer al apartamento a por ropa para todos. Era increíble lo fácil que resultaba todo para los ricos; injustamente fácil.

Se quitó el pijama que Daphne le había prestado, después se duchó y se puso la ropa que también le había prestado la noche anterior: unos pantalones de vestir azules de lana y un jersey blanco de cachemira. El tejido era como una caricia sobre su piel limpia. Se miró en el espejo y admiró el corte perfecto y las líneas sencillas. Cuando miró hacia la cama, vio que Tallulah aún dormía, así que salió de puntillas de la habitación. Bella ya estaba levantada, sentada en el sofá verde con un libro en las manos. Levantó la cabeza un instante cuando entró Amber, no dijo nada y volvió a mirar el libro. Amber se sentó en un sillón que había frente al sofá, agarró una revista de la mesa del café, también sin decir nada, y fingió leer. Se quedaron así los siguientes diez minutos, en silencio, sin mirarse.

Al fin Bella cerró su libro y se quedó mirándola.

—¿Por qué no te fuiste anoche a casa? Se supone que esta iba a ser una noche familiar.

Amber pensó su respuesta durante unos segundos.

—Bueno, Bella, a decir verdad, sabía que todo el mundo en mi trabajo me tendría envidia si se enteraban de que me había alojado en el Plaza y había desayunado con Eloise. —Hizo una pausa para crear efecto—. Supongo que no se me ocurrió lo de la

noche familiar. Tienes razón en eso. Debería haberme ido a casa. Lo siento mucho.

Bella ladeó la cabeza y la miró con desconfianza.

—¿Tus amigos saben quién es Eloise? Pero si tú eres una adulta. ¿Qué más te da a ti Eloise?

—Mi madre me leyó todos los libros de Eloise cuando era pequeña. —Eso era mentira. Su madre nunca le había leído nada. Si Amber no hubiera pasado todo su tiempo libre en la biblioteca, ahora sería analfabeta.

—¿Por qué tu madre no te trajo al Plaza cuando eras pequeña?

—Vivíamos lejos de Nueva York. ¿Alguna vez has oído hablar de Nebraska?

Bella puso los ojos en blanco.

—Claro que he oído hablar de Nebraska. Me sé los cincuenta estados.

Iba a necesitar algo más que camaradería para ganarse a esa mocosa.

—Bueno, yo crecí allí. Y no teníamos dinero suficiente para venir a Nueva York. Esa es la razón. Pero quiero darte las gracias por hacer realidad uno de mis sueños. Les diré a todos en la oficina que ha sido gracias a ti.

El rostro de Bella era inescrutable. Antes de que respondiera, entraron Jackson y Daphne en la habitación.

—Buenos días —dijo Daphne alegremente—. ¿Dónde está Tallulah? Es la hora del desayuno. ¿Se ha levantado ya?

—Iré a ver —respondió Amber.

Tallulah estaba despierta y casi había terminado de vestirse cuando Amber llamó a la puerta y entró.

—Buenos días —le dijo—. Tu madre me ha pedido que viniera a verte. Creo que están listos para bajar a desayunar.

Tallulah se volvió hacia ella.

—De acuerdo. Estoy lista. —Y regresaron juntas al salón, donde esperaban los demás.

—¿Habéis dormido bien, chicas? —les preguntó Jackson mientras caminaban hacia el ascensor. Todas comenzaron a hablar a la vez y, mientras bajaban, él miró a Bella y dijo—: Vamos a desayunar con Eloise en el salón de las palmeras.

Bella sonrió y miró a Amber.

—Llevábamos mucho tiempo queriendo hacerlo —respondió.

Quizá por fin había logrado meterse en el bolsillo a ese pequeño demonio, pensó Amber. Ahora era el momento de centrarse en Jackson.

Capítulo 14

Amber y Daphne estaban sentadas la una junto a la otra a la mesa del comedor de los Parrish, que estaba cubierta de papeles, incluyendo la lista de invitados y el diagrama de mesas del salón de baile. Como casi todas esas personas eran desconocidas para Amber, Daphne iba dictando la asignación de asientos para cada mesa mientras ella introducía la información en un documento de Excel. Tuvieron un momento de calma mientras Daphne estudiaba los nombres que tenía delante, y Amber aprovechó la oportunidad para echar un vistazo por la habitación y asomarse a los ventanales que daban al mar. En la habitación podrían cenar cómodamente dieciséis personas, pero aun así resultaba acogedora. Las paredes eran de un dorado apagado, un fondo perfecto para los bonitos óleos de veleros y paisajes marítimos que colgaban en sus marcos dorados. Se imaginó las cenas formales que celebrarían allí, con porcelana china, cristalería, cubertería de plata y servilletas de lino de la mejor calidad. Estaba bastante segura de que no habría una sola servilleta de papel en toda la casa.

—Siento haber tardado tanto, Amber. Creo que por fin sé cómo sentar a la mesa nueve —dijo Daphne.

—No pasa nada. Estaba admirando esta preciosa estancia.

—Es una maravilla, ¿verdad? Jackson tenía la casa ya antes de casarnos, así que no he cambiado gran cosa. Solo la terraza interior. —Miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Todo era perfecto ya.

—Vaya, es increíble.

Daphne la miró de un modo extraño, pero fue solo un instante y ella no logró identificar el motivo.

—Bueno, creo que ya hemos terminado con los asientos. Enviaré la lista a la imprenta para que hagan las tarjetas de las mesas —dijo Daphne levantándose de la silla—. No sabes cuánto te lo agradezco. Habría tardado siglos sin tu ayuda.

—Oh, de nada. Ha sido un placer.

Daphne miró el reloj.

—Todavía me queda una hora antes de recoger a las niñas del tenis. ¿Te apetece que tomemos un té y algo de comer? ¿Tienes tiempo?

—Sería fantástico. ¿Puedo ir al baño? —preguntó Amber mientras la seguía.

—Por supuesto. —Siguieron caminando un poco más y Daphne señaló una puerta a la izquierda—. Cuando salgas, gira a la derecha y sigue andando hasta la cocina. Yo pondré a calentar el agua.

Amber entró en el aseo y se quedó asombrada. Todas las habitaciones de la casa reflejaban la inmensa riqueza de Jackson Parrish. Con las paredes negras y revestimientos plateados, era el epítome de la opulencia. En el centro de la habitación había una cascada de mármol y, sobre ella, un lavabo ovalado, también de mármol. Amber miró de nuevo a su alrededor, perpleja. Todo era original, hecho a medida. Se preguntó cómo sería tener una vida hecha a medida.

Se lavó las manos y volvió a mirarse en el espejo, una pieza de cristal alargada y biselada con un marco de hojas plateadas. Mientras recorría el pasillo hacia la cocina, aminoró el paso para mirar los cuadros de las paredes. Reconoció algunos de sus exhaustivas lecturas o de los cursos del Met; un Sisley y un Boudin. Si eran auténticos, y es probable que lo fueran, cada cuadro valdría una pequeña fortuna. Y allí estaban, colgados en un pasillo poco transitado.

Al entrar en la cocina, vio el té y una bandeja de fruta en la isla.

—¿Taza grande o pequeña? —preguntó Daphne, de pie frente a un armario abierto.

Las baldas del armario parecían sacadas de una revista de decoración de cocinas. Amber se imaginó a alguien utilizando una regla para medir la distancia exacta entre cada taza y cada vaso. Todo estaba alineado a la perfección, todo a juego. Era desconcertante en cierto modo, y se quedó asombrada contemplando la simetría.

—¿Amber?

—Ah. Taza grande, por favor —respondió mientras se sentaba en uno de los taburetes acolchados.

—¿Lo quieres con leche?

—Sí, por favor.

Daphne abrió la puerta del frigorífico y Amber volvió a quedarse mirando. El contenido estaba alineado con una precisión militar, con los productos más altos atrás y las etiquetas hacia fuera. La precisión del hogar de Daphne resultaba un poco siniestra. Le parecía que, más que el deseo de tener una casa ordenada, se trataba de una obsesión, una compulsión. Recordó que Sally le había dicho que Daphne había estado ingresada en un sanatorio cuando nació Tallulah. Se preguntaba si habría sido algo más que una depresión posparto.

Daphne se sentó frente a ella y sirvió el té.

—Bueno, nos quedan solo dos semanas para la gran noche. Te has portado de maravilla. Siento una gran sinergia contigo. Ambas estamos realmente implicadas en esto.

—A mí me ha encantado todo el proceso. Estoy deseando que llegue el día. Va a ser un éxito.

Daphne dio un sorbo al té y dejó la taza en la encimera, entre sus manos.

—Me gustaría hacer algo para demostrarte mi agradecimiento por todo lo que has trabajado —le dijo.

Amber ladeó la cabeza y la miró sin entender.

—Me gustaría que me permitieras comprarte un vestido para la gala —le explicó Daphne.

Amber había esperado que sucediera eso, pero tenía que jugar bien sus cartas.

—Oh, no —respondió—. No lo permitiría.

—Por favor. A mí me encantaría. Es mi manera de darte las gracias.

—No sé. Es como si me estuvieras pagando. No he trabajado en esto para recibir

dinero. Quería hacerlo. —Amber se felicitó por su brillante muestra de humildad.

—No lo veas como un pago. Piensa que es agradecimiento por tu ayuda y tu apoyo —dijo Daphne, se apartó un mechón rubio de la cara y su anillo de diamantes reflejó la luz de la cocina.

—No sé. Me parece raro que te gastes dinero en mí.

—Bueno, ¿y te sentirías mejor si te prestara uno de los míos? —sugirió Daphne.

Amber se arrepintió de haber protestado demasiado, pero supuso que un vestido prestado era la segunda mejor opción.

—Vaya, no había pensado en eso. Me sentiría mejor si no te gastaras dinero. — Como si esa mujer no tuviera millones a su disposición.

—Fantástico. —Daphne se levantó del taburete—. Ven arriba conmigo y echaremos un vistazo a mi armario.

Subieron juntas las escaleras y Amber admiró las obras de los maestros holandeses colgadas en la pared.

—Tenéis unas obras de arte magníficas. Podría pasarme horas mirándolas.

—Pues eres bienvenida a hacerlo. ¿Te interesa el arte? A Jackson le apasiona — comentó Daphne cuando llegaron al rellano.

—Bueno, no soy ninguna experta, pero me encantan los museos —respondió Amber.

—A Jackson también. Es miembro de la junta directiva del Centro de Arte de Bishops Harbor. Ya hemos llegado —dijo Daphne mientras la conducía hasta una enorme habitación, tan grande que no podía considerarse un simple vestidor, llena de ropa colocada a la perfección en diferentes filas. Cada prenda de ropa estaba envuelta en una funda transparente, y había dos paredes forradas de baldas llenas de zapatos de todos los estilos, ordenados por color. En los cajones empotrados de la tercera pared se guardaban los jerséis, uno en cada uno, con un pequeño panel transparente para identificarlos. En un extremo de la habitación se alzaba un espejo de tres cuerpos y un pedestal. La iluminación era viva, pero favorecedora, no como en los probadores de los grandes almacenes.

—Vaya —murmuró Amber sin poder evitarlo—. Esto es increíble.

Daphne agitó la mano para restarle importancia.

—Asistimos a muchos eventos. Antes yo salía a comprar para cada ocasión, pero Jackson decía que perdía demasiado tiempo, así que comenzó a enviarme las cosas a casa para que yo las viera. —Acercó a Amber a una hilera de ropa situada al fondo, pero en ese momento entró una joven en la habitación.

—*Madame* —dijo—. *Les filles*. Es hora de recogerlas, *non?*

—Oh, Dios mío, tienes razón, Sabine —exclamó Daphne volviendo a mirar su reloj—. Tengo que irme. Les prometí a las niñas que hoy las recogería yo. ¿Por qué no echas un vistazo a los vestidos hasta que vuelva? No tardaré. —Le dio una palmadita a Amber en el brazo—. Ah, Amber, esta es Sabine, la niñera —anunció antes de salir corriendo del vestidor.

—Encantada de conocerte, Sabine —dijo Amber.

Sabine, reservada, asintió con la cabeza y respondió en un inglés con mucho acento:

—Un placer, señorita.

—La señora Parrish me ha dicho que te han contratado para enseñar francés a las niñas. ¿Te gusta trabajar aquí?

La mirada de Sabine se suavizó un instante antes de recuperar su compostura.

—Mucho. Ahora, si me disculpa...

Amber la vio marchar. Así que era francesa, ¿y qué? No dejaba de ser una simple niñera. Pero las amigas de Daphne pensarían que era lo mejor, no la típica niñera de habla hispana, sino una que pudiera enseñarles francés a sus hijas.

Amber miró asombrada a su alrededor. El armario de Daphne, sí, claro. Era más bien como tener un centro comercial exclusivo a tu disposición. Lo recorrió lentamente, examinando cada prenda, ordenada por tipo y color. Los zapatos estaban alineados con la misma meticulosidad que la porcelana de los armarios de la cocina. Hasta el espacio entre las prendas era uniforme. Cuando llegó al espejo de tres cuerpos, advirtió dos cómodos sillones, uno a cada lado, probablemente destinados a Jackson o a cualquiera que diese su aprobación mientras Daphne se probaba modelitos. En la fila de ropa que Daphne le había indicado, comenzó a rebuscar entre los vestidos. Dior, Chanel, Wu, McQueen... la lista no acababa. No se trataba de un gran almacén cualquiera que le enviaba ropa a Daphne; eran firmas de alta costura que ofrecían sus diseños a una clienta con dinero. Cuánto le fastidiaba.

Y Daphne se comportaba como si no tuviera importancia; el lujo, las obras de arte, el «armario» lleno de ropa y zapatos de diseño. Amber abrió una de las fundas de plástico y sacó un vestido de noche turquesa de Versace. Lo llevó hasta el espejo, se subió al pedestal y lo pegó a su cuerpo para contemplar su reflejo. Ni siquiera la señora Lockwood llevó nunca algo así a la tintorería.

Volvió a colgar el vestido y, al darse la vuelta, de pronto reparó en una puerta situada al fondo de la habitación. Se acercó y se detuvo con la mano en el picaporte antes de abrirla. Ante ella se encontraba un suntuoso espacio que era una mezcla de lujo y comodidad. Recorrió la estancia despacio, acariciando con los dedos el papel de seda amarillo de las paredes. En un rincón había una *chaise longue* de terciopelo blanco, y la luz que entraba por la ventana *palladiana* proyectaba prismas de colores sobre las paredes al atravesar los cristales de la lámpara de araña. Amber se recostó en la *chaise longue*, contempló el cuadro situado en la pared de enfrente, la única obra de arte de la estancia, y se dejó arrastrar por aquella escena bucólica de árboles y cielo. Relajó los hombros y se rindió a la quietud y la calma de aquel lugar especial.

Cerró los ojos e, imaginando que aquella era su habitación, se quedó así un rato. Cuando al fin se levantó, examinó el espacio con más atención. Había una mesa elegante con fotografías de Daphne de joven con su hermana, Julie. Reconoció a la chica delgaducha de pelo largo y oscuro por las fotografías que había visto por toda la

casa. Se acercó a un ropero antiguo lleno de cajoncitos. Abrió uno de ellos y descubrió lencería de encaje. En otro había jabones exóticos. Más de lo mismo en los otros cajones, todo meticulosamente doblado y colocado. Abrió el armario y encontró toallas de baño. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando advirtió una caja de palisandro en la parte de atrás. La sacó, quitó el cerrojo y la abrió. Dentro, sobre terciopelo verde, había una pequeña pistola con empuñadura de perlas. La sacó con cuidado de la caja y vio en el cañón las iniciales EMP. ¿Qué hacía allí esa pistola? ¿Y quién era EMP?

No supo cuánto tiempo llevaba allí cuando oyó voces y puertas que se abrían y se cerraban. Se apresuró a dejar la pistola en su lugar, echó un último vistazo a la habitación para asegurarse de que no había alterado nada y salió. Justo cuando regresaba al vestidor entraban las niñas saltando, seguidas de Daphne.

—Hola, ya hemos vuelto. Perdona el retraso. A Bella se le olvidó su dibujo y hemos tenido que volver a buscarlo —explicó Daphne.

—No te preocupes —dijo Amber—. Todos los vestidos son preciosos. No logro decidirme.

Bella frunció el ceño y le susurró a su madre:

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—Lo siento —le dijo Daphne a Amber antes de darle la mano a su hija—. Estamos buscando un vestido para que Amber lleve al acto benéfico. ¿Por qué no la ayudáis Tallulah y tú? ¿A que sería divertido?

—De acuerdo —respondió Tallulah con una sonrisa, pero Bella miró a Amber con una hostilidad descarada, se dio la vuelta y abandonó la habitación.

—No dejes que te afecte. Es que no te conoce todavía lo suficiente. Bella tarda un poco en tomar confianza.

Amber asintió. «Será mejor que se acostumbre a mí», pensó. «Voy a quedarme aquí mucho mucho tiempo».

Capítulo 15

Amber estaba enfadada. Era 24 de diciembre y Rollins abría hasta las dos de la tarde. ¿Qué clase de imbéciles buscaban casa en Nochebuena? ¿Por qué no estaban en casa envolviendo regalos caros y decorando sus árboles de cuatro metros? Aunque era probable que no hicieran esas cosas ellos mismos. Para eso estaban las personas como ella.

En torno a mediodía, Jenna se plantó en la puerta de su despacho.

—Hola, Amber, ¿puedo pasar?

—¿Qué sucede? —«Justo lo que necesito ahora», pensó con fastidio.

Jenna entró con un enorme paquete envuelto en la mano y lo colocó sobre su mesa.

—Feliz Navidad.

Amber miró el regalo y luego a Jenna. Ni siquiera se le había ocurrido comprarle un regalo y le incomodaba el gesto.

—¡Ábrelo! —exclamó Jenna.

Amber lo levantó, rasgó el papel y quitó la tapa de la caja. Dentro había un glorioso surtido de galletas navideñas, cada una más delicada y tentadora que la anterior.

—¿Las has hecho tú?

Jenna dio una palmada.

—Sí, mi madre y yo las hacemos todos los años. Ella es una repostera espectacular. ¿Te gustan?

—Sí. Muchas gracias, Jenna. Ha sido muy amable por tu parte. —Amber hizo una pausa—. Lo siento, pero yo no te he comprado nada.

—No importa, Amber. No las he hecho para que me hicieras un regalo. Es algo que a mi madre y a mí nos gusta hacer. Se las regalo a todos los de la oficina. Espero que las disfrutes. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad a ti también.

Amber durmió hasta tarde la mañana de Navidad. Cuando se despertó, el cielo estaba azul, el sol brillaba y solo habían caído un par de centímetros de nieve. Se dio una ducha larga y, tras ponerse el albornoz, se preparó una cafetera cargada. Se llevó la taza al cuarto de baño y comenzó a secarse el pelo con el secador para dejárselo ondulado; sencillo, pero clásico. Se puso una pizca de colorete, un poco de sombra de ojos y algo de rímel. Se apartó del espejo para examinar el resultado final. Parecía joven y lozana, pero sin un ápice de *sex appeal*.

Daphne le había pedido que se pasara sobre las dos, así que, tras tomarse un yogur, se sentó a leer la *Odisea*, que había sacado de la biblioteca la semana anterior. Casi sin darse cuenta, ya era la hora de vestirse y recogerlo todo. Colgado en la

puerta del armario estaba el modelito que había escogido: pantalones de vestir de lana grises y un jersey blanco y gris de cuello vuelto. Pendientes de perlas en las orejas — perlas falsas, claro, pero qué importaba—, un sencillo brazalete dorado en la muñeca izquierda y en el dedo únicamente su anillo de zafiros. Quería parecer pura y virginal. Se miró una última vez en el espejo de cuerpo entero, asintió satisfecha y metió los regalos en una enorme bolsa de la compra.

Quince minutos más tarde, entró con el coche por las puertas abiertas y aparcó en la entrada circular. Agarró la bolsa de regalos, caminó hacia la puerta y llamó al timbre. Vio a Daphne acercarse por el pasillo seguida de Bella.

—¡Bienvenida! Feliz Navidad. Me alegra que hayas podido venir —le dijo mientras la abrazaba tras abrir la puerta.

—Feliz Navidad a ti también. Muchas gracias por permitirme compartir este día con tu familia y contigo —respondió Amber.

—Oh, es un placer —dijo Daphne mientras cerraba la puerta.

Bella daba saltos alrededor de su madre.

—Hola, Bella. Feliz Navidad. —Amber le dirigió una sonrisa falsa.

—¿Me has traído un regalo? —preguntó la niña.

—Oh, Bella, no has dicho ni «hola». Qué maleducada —la reprendió Daphne.

—Claro que te he traído un regalo. ¿Cómo no iba a traerle un regalo a una de mis chicas favoritas?

—Bien. ¿Y me lo puedes dar ahora?

—¡Bella! Amber ni siquiera se ha quitado el abrigo. —Le dio a su hija un ligero empujoncito—. Dame tu abrigo, Amber, y entremos al salón.

Pareció que Bella iba a protestar, pero al final obedeció.

Jackson y Tallulah levantaron la mirada de la casa de muñecas que estaban amueblando cuando Daphne, Bella y Amber entraron en la habitación.

—Feliz Navidad, Amber. Bienvenida —dijo Jackson con un cariño que en efecto le hizo sentirse bienvenida.

—Gracias por invitarme. Toda mi familia está en Nebraska y si no habría pasado el día sola. No sabéis lo mucho que lo agradezco.

—Nadie debería estar solo en Navidad. Nos alegramos de que estés aquí.

Amber volvió a darle las gracias y se volvió hacia Tallulah.

—Hola, Tallulah. Feliz Navidad. Qué casa de muñecas tan bonita.

—¿Quieres venir a verla? —le preguntó la niña.

Esas niñas eran como la noche y el día. A ella no le gustaban los niños, pero al menos Tallulah sabía comportarse, no como ese pequeño animal que pensaba que el universo giraba a su alrededor. Fue a sentarse junto a Tallulah, frente a la casa de muñecas. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera en fotografías. Lo que habrían dado sus hermanas y ella por tener un juguete así, con esos muebles fabulosos y muñecas para habitarla. Era enorme, con tres plantas, suelos de madera auténtica, baños de azulejos, lámparas de araña eléctricas que se encendían de verdad y

preciosos cuadros en las paredes. Al mirar con atención, se dio cuenta de que era una réplica de la casa donde vivían. Se la habrían hecho a medida. ¿Cuánto les habría costado?

—¿Te apetece una copa de ponche, Amber? —le preguntó Daphne.

—Me encantaría, gracias. —Siguió mirando mientras Tallulah colocaba con delicadeza los sofás, las mesas y las sillas dentro de la casa. Bella estaba al otro lado de la habitación, entretenida con su iPad.

Sentada allí, Amber se fijó en todos los regalos abiertos que había bajo el árbol. Estaban apilados unos encima de otros, con papel de regalo y lazos revueltos por toda la habitación. Pensó en las Navidades miserables de su infancia y se sintió triste. Sus hermanas y ella siempre recibían regalos útiles, como ropa interior o calcetines, jamás un regalo que fuese un lujo o incluso un juguete. Hasta sus calcetines aparecían llenos de cosas útiles o comestibles, como la enorme naranja al fondo para ocupar espacio, lápices y borradores para el colegio, y a veces algún puzle que al día siguiente ya resultaba aburrido.

La escena del salón de los Parrish la dejó sin habla. Vio lo que parecía ser lencería de seda que asomaba por una de las cajas y varias cajitas más pequeñas que debían de haber albergado más joyas para Daphne. Los regalos de Tallulah estaban apilados en orden. Los de Bella, por el contrario, se encontraban desperdigados por gran parte de la estancia y, cuando dejó su iPad, fue pasando de uno a otro con gran rapidez.

Amber pensó que lo único que faltaba allí era la madre de Daphne. ¿Por qué no habrían invitado a la abuela de las niñas, una viuda que vivía a tan solo un viaje en coche, a pasar la Navidad con su única hija y sus nietas? Le parecía que allí valoraban más los regalos que la familia.

Daphne regresó con tres copas de ponche y las dejó sobre la mesita de caoba situada entre los dos amplios sofás.

—Amber, ven a sentarte conmigo —le dijo dando una palmadita al cojín que tenía al lado—. ¿Tendrás días libres antes de Año Nuevo?

—La verdad es que sí. Es la ventaja de trabajar en la sección comercial del negocio inmobiliario. —Dio un trago al ponche—. ¿Jackson y tú os vais fuera?

—De hecho sí. Nos vamos el veintiocho a St. Bart's. Normalmente nos marchamos el día después de Navidad, pero Meredith va a darle una fiesta sorpresa a Rand por su cincuenta cumpleaños pasado mañana, así que lo hemos retrasado.

—Qué bien —dijo Amber, aunque por dentro echaba humo. Ella se pasaría las fiestas metida en su triste apartamento, tratando de no pasar frío, mientras ellos tomaban el sol.

Se levantó del sofá con la esperanza de que su expresión no hubiera delatado sus celos.

—He traído regalos —anunció—. Voy a por ellos.

Bella se puso en pie de un salto y corrió hacia allí.

—¿Puedo ver mi regalo? ¿Puedo, puedo?

Amber vio que Jackson sonreía mientras veía a Bella dar saltos de emoción.

—Aquí tienes, Bella. —Amber le entregó el juego de libros envueltos. Por suerte le había comprado también un collar y una pulsera a juego. A la niña le encantaban las cosas brillantes.

Rompió el papel, miró brevemente los libros y después abrió la caja más pequeña.

—Oh, qué bonito.

—Es precioso. Deja que te ayude a ponerte el collar —dijo Daphne.

—Toma, Tallulah, este es para ti.

La niña desenvolvió el paquete con cuidado.

—Gracias, Amber. Me encanta este libro.

Bella, cuando tuvo puestos el collar y la pulsera, empezó a ojear los libros que Amber le había regalado y dio una patada contra el suelo.

—No es justo. ¡Ya tengo este libro de la serie!

Jackson la tomó en brazos y trató de consolarla.

—No pasa nada, cielo. Iremos a la tienda y lo cambiaremos por otro que no tengas, ¿vale?

—Vale —murmuró Bella, y apoyó la cabeza en su hombro.

Daphne sacó un paquete envuelto de debajo del árbol de Navidad y se lo entregó a Amber.

—Este es para ti. Espero que te guste.

Amber desató el lazo rojo de terciopelo y rasgó con cuidado el papel negro y dorado. La cajita contenía una elegante cadena de oro con una única perla. Era preciosa. Amber se sintió abrumada por un instante. Jamás había tenido algo tan bonito.

—Oh, Daphne, gracias. Me encanta. Muchas gracias.

—De nada.

—Yo también tengo algo para ti.

Daphne desenvolvió la caja y sacó la pulsera. Al leer el nombre de Julie grabado, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Qué regalo tan maravilloso. Lo llevaré siempre. ¡Gracias!

Amber levantó el brazo.

—Yo también tengo una. Así nuestras hermanas siempre irán con nosotras.

—Sí —dijo Daphne con la voz entrecortada mientras la abrazaba con fuerza.

—Déjame ver, mami. —Bella corrió hasta el sofá y se dejó caer sobre el regazo de su madre.

—¿Ves? Es una bonita pulsera con el nombre de la tía Julie grabado. ¿A que es preciosa?

—Sí. ¿Puedo ponérmela?

—Quizá luego, ¿vale?

—No, ahora.

—Bueno, solo unos minutos y luego se la devuelves a mamá. —Daphne se quitó

la pulsera y se la entregó. La niña se la puso, pero era demasiado grande para su diminuta muñeca, de modo que se la devolvió a su madre.

—Toma, mami. No me gusta. Quédatela tú.

A Amber le enfurecía que aquella niña tan desagradable hubiese interrumpido lo que debería haber sido un momento de unión, pero sacó otro regalo y se lo ofreció a Daphne.

—Uno más que pensé que podría gustarte.

—Amber, de verdad, te has pasado. Esto es demasiado.

«No», pensó Amber. «Demasiado es lo que tenéis aquí montado, lleno de regalos y lazos y papel de envolver».

—No es nada, Daph. Solo un detalle.

Daphne abrió la caja y sacó la tortuga envuelta en papel de seda. Cuando desenvolvió el papel y vio la tortuga de cristal, se le escapó de las manos y la dejó caer al suelo.

Amber se apresuró a recogerla y le alegró ver que no se había roto.

—Bien —dijo dejándola en la mesita del café—. Está intacta.

Jackson se acercó, levantó la tortuga para examinarla y la giró entre sus manos.

—Mira, Daphne. No tienes ninguna así. Es una bonita incorporación a tu colección —comentó mientras la dejaba en su sitio—. Bonito regalo, Amber. ¿Nos vamos al comedor a cenar?

—Oh, espera —dijo Amber—. También tengo un regalo para ti, Jackson.

—No era necesario, de verdad —dijo él mientras aceptaba el paquete que le ofrecía. Le vio quitar el papel y quedarse mirando el libro que tenía entre manos. La miró sorprendido y, por primera vez, ella sintió que la miraba de verdad.

—Es asombroso. ¿Dónde lo has encontrado?

—Siempre me han interesado las pinturas rupestres. Es evidente que a Daphne y a ti os gusta el arte, así que, cuando vi esto en una página de anticuarios, pensé que podría interesarte. —Había buscado librerías de anticuarios *online* hasta dar con ese que pensó que le gustaría: *Las pinturas rupestres de Lascaux*, de F. Windels. Se quedó de piedra al ver que costaba setenta y cinco dólares, pero decidió seguir adelante y que ese fuera su único derroche. Las pinturas tenían más de 17 000 años de antigüedad y la UNESCO las había nombrado patrimonio de la humanidad. Esperaba que le gustase.

Sonrió para sus adentros, sabiendo que se había anotado un tanto.

Daphne se levantó del sofá.

—Venga, todos a cenar.

—Un segundo. Tengo una cosa más —dijo Amber ofreciéndole la caja de galletas.

—Dios mío, Amber. Tienen una pinta deliciosa. Mirad, chicas, ¿a que parecen deliciosas?

—Yo quiero una —dijo Bella poniéndose de puntillas para ver el interior de la

caja.

—Después de cenar, cielo. Amber, qué detalle.

—Bueno, ayer Rollins cerró temprano, así que disfruté horneándolas por la tarde.

—¿Qué? ¿Las has hecho tú?

—No es para tanto. La verdad es que fue divertido.

Entraron juntos al comedor y de pronto Bella se colocó junto a Amber. Le dio la mano y le sonrió.

—Se te da muy bien hacer galletas. Me alegra que hayas venido.

Amber miró a la mocosa y le devolvió la sonrisa.

—Yo también, Bella.

Se sintió entonces satisfecha.

Capítulo 16

Amber tenía un plan para después de Año Nuevo que esperaba que acelerase las cosas. Lo había conseguido con una llamada telefónica, y ahora Daphne estaba esperándola mientras se acercaba a la puerta.

Con cara de preocupación, la hizo pasar y fueron directamente a la terraza interior.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Daphne, preocupada.

—Estaba intentando solucionarlo yo sola, pero no lo aguanto más. Necesito contárselo a alguien.

—Venga, siéntate. —La condujo de la mano hasta el sofá—. ¿De qué se trata? — Se inclinó hacia delante y la miró a la cara.

Amber tomó aliento y empezó.

—Hoy me han despedido. No es culpa mía, pero no puedo hacer nada para solucionarlo. —Se echó a llorar.

—¿A qué te refieres? Cuéntamelo todo.

—Empezó hace unos meses. Parecía que, siempre que iba a su despacho, mi jefe, Mark Jansen, encontraba alguna razón para tocarme. Me quitaba algo del hombro o apoyaba su mano en la mía. Al principio creí que no era nada. Pero luego, la semana pasada, me pidió que fuera con él a cenar con un cliente.

Daphne la miraba con atención y Amber se preguntó si resultaría demasiado sencilla como para que alguien quisiese ligar con ella.

—¿Es normal que asistas a las cenas con clientes? —le preguntó Daphne.

Ella se encogió de hombros.

—En realidad no. Pero en su momento me sentí halagada. Imaginé que valoraba mi opinión. Y quizá pudiese ofrecerme un ascenso. Fui hasta allí en coche y nos encontramos en Gilly's. Él ya estaba allí, pero solo. Me dijo que el cliente había llamado y llegaba tarde. Nos tomamos un par de cervezas y yo empecé a sentirme rara. —Se detuvo de nuevo y tomó aliento—. De pronto me puso la mano en la rodilla y empezó a subirla.

—¿Qué? —exclamó Daphne, furiosa.

Amber se rodeó con los brazos y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás.

—Fue horrible, Daph. Se acercó a mí, me metió la lengua en la boca y comenzó a manosearme el pecho. Yo me zafé y salí corriendo.

—¡Qué cerdo! No quedará impune —le aseguró Daphne—. Tienes que denunciarlo.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—Al día siguiente dijo que yo había intentado ligar con él. Me dijo que nadie me creería.

—Eso es ridículo. Vamos ahora mismo a hablar con Recursos Humanos.

—Me da mucha vergüenza contarte esto, pero hace unas semanas, en la fiesta de Navidad de la empresa, bebí demasiado y acabé besando a uno de los agentes. Lo vio todo el mundo. Le creerán a él, creerán que soy una guarra.

—Aun así, no es lo mismo que tu jefe se aproveche de ti.

—No puedo causar problemas. Me ha ofrecido el sueldo de dos meses si me marchó sin hacer ruido. Mi madre sigue pagando las facturas del médico de Charlene y yo le envío dinero todos los meses. No puedo permitirme no aceptarlo. Encontraré otro trabajo. Es que me siento tan humillada.

—Te paga para callarte la boca. Yo puedo ayudarte con el dinero hasta que encuentres trabajo. Creo que deberías luchar.

Ahora empezaban a hablar el mismo idioma, pero Amber tenía que subir la apuesta para lograr su plan.

—¿Y que ninguna agencia inmobiliaria de Connecticut quiera contratarme? No, tengo que mantener la boca cerrada. Además, quizá sí que le di la impresión equivocada.

Daphne se puso en pie y empezó a dar vueltas de un lado a otro.

—Ni te atrevas a culparte. Tú no has hecho nada malo. Esa escoria... seguro que se lo hará a otra.

—Créeme, también he pensado en eso. Pero, Daphne, demasiada gente depende de mí. No puedo denunciarlo y arriesgarme a que no vuelvan a contratarme.

—Maldita sea. Sabe que te tiene acorralada.

—Me ha dado buenas referencias. Solo tengo que buscar. —Le dedicó una sonrisa a Daphne—. Y lo bueno es que ahora tengo los días libres, así que puedo dedicarme por completo al acto benéfico.

—Le ves el lado positivo a todo, ¿verdad? Respetaré tus deseos, aunque me encantaría darle su merecido. Es muy noble por tu parte ayudar a tu madre. —Amber vio que se ponía seria y parecía reflexionar sobre algo. Se preguntó si estaría pensando en su propia madre y se sentiría culpable—. ¿Sabes una cosa? Voy a hablar con Jackson. Puede que haya algún trabajo para ti en su empresa.

Amber fingió sorpresa.

—¿Tú crees? Eso sería increíble. Estaría dispuesta a hacer cualquier cosa. No me importa empezar de ayudante administrativa o algo así. —Esta vez su sonrisa era auténtica.

—Por supuesto. Deben de tener algo para ti. Hablaré con él esta noche. Mientras tanto, hagamos algo para alegrarte. ¿Te apetece ir de compras?

Debió de fijarse en la cara de Amber y darse cuenta de que ir de compras era lo último que podía permitirse ahora que estaba sin trabajo. ¿Cuánto tiempo haría que esa mujer no vivía en el mundo real?

—Perdón, debes de pensar que soy una insensible. Lo que quería decir es que me encantaría llevarte de compras. Pago yo. Y, antes de que digas nada, recuerda, yo no crecí con todo esto —explicó abarcando la habitación con el brazo—. Soy de un

pequeño pueblo de New Hampshire. No será tan diferente de donde creciste tú. Cuando conocí a Jackson y vi esta casa, me pareció ridículo tanto exceso. Con el tiempo te acostumbras, quizá demasiado. Y pasando tanto tiempo con las mujeres de aquí, debo admitir que me he perdido un poco.

Amber guardó silencio, sin saber en qué acabaría la pequeña confesión de Daphne.

—Tú me has ayudado a recordar lo que es realmente importante, por qué vine aquí; para ayudar a otras familias y aliviar el sufrimiento de aquellos que padecen esta terrible enfermedad. Jackson ha ganado mucho dinero, pero no quiero que eso construya un muro entre nosotras. Por primera vez, desde que perdí a mi hermana, me siento unida a alguien. Por favor, permíteme hacer esto.

A Amber le gustaba cómo sonaba eso. Lo mejor de todo era que podía lograr que Daphne sintiera que era ella la que estaba siendo generosa. Se preguntaba si lograría que le comprase un nuevo fondo de armario para el trabajo.

—¿Estás segura? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Segurísima.

—Bueno, supongo que me vendrían bien algunas cosas para buscar trabajo. ¿Puedes ayudarme a escoger un traje para las entrevistas?

—Me encantaría.

Amber contuvo la risa. Daphne era tan amable que casi se sentía culpable. Había supuesto que tendría que lanzarle indirectas sutiles para que sugiriera que buscara trabajo en Parrish International, pero Daphne había mordido el anzuelo antes incluso de saborear el cebo. Y el pobre y felizmente casado Mark Jansen, cuya reputación acababa de mancillar, jamás se le había insinuado. Esa misma tarde le llamaría y dejaría el trabajo. El motor estaba en marcha. Ahora solo era cuestión de conducir el coche.

Capítulo 17

La gran noche por fin había llegado y, a pesar de todo, Amber estaba tan nerviosa como una actriz en la noche del estreno. La gala comenzaba a las ocho, pero Jackson y Daphne la recogerían a las seis para poder estar allí temprano y asegurarse de que todo estuviese en orden. Daphne le había librado de la preocupación de reunir los doscientos cincuenta dólares que costaba la entrada; había reservado toda la mesa y la había invitado.

Amber se sirvió una copa de chardonnay. El vino y la música la relajarían mientras se vestía. Aquella noche no le correspondía a ella brillar, pero, por otra parte, no quería aparecer con aspecto de paleta de pueblo. Se acercó a la cama, donde había dejado su ropa, agarró el tanga de encaje negro y se lo puso. Nadie vería su ropa interior, pero ella sabría lo *sexy* que estaba por debajo de aquel vestido, y eso cambiaría su manera de sentirse. Después el vestido, el precioso Valentino que había escogido del armario de Daphne. Era un modelo sencillo, de color negro, que llegaba hasta el suelo, con el escote alto, manga larga y espalda drapeada. *Sexy* de manera sutil, pero en absoluto evidente. Las únicas joyas que llevaba eran el collar que Daphne le había regalado por Navidad y sus pendientes de perlas. Se miró una última vez al espejo y sonrió al ver el resultado. Satisfecha, agarró su pequeño bolso de mano plateado, que había comprado por poco dinero en DSW. Captó el olor del perfume de Daphne al echarse sobre los hombros el chal de seda plateada que ella le había prestado.

Se plantó en la puerta y, antes de apagar la luz, contempló la habitación en la que vivía. Trataba de ignorar su entorno, pero cada vez resultaba más difícil, a medida que conocía el modo de vida de Daphne y de sus amigas. Había pasado de la horrible casa de su infancia a esta existencia monacal. Suspiró, borró esos recuerdos de su mente y cerró la puerta a sus espaldas.

A las seis menos diez recorrió el corto camino que separaba el edificio de la calle. A las seis en punto, el coche negro se detuvo frente a ella. Se preguntó qué pensarían los vecinos de su modesta calle cuando el chófer se bajó del coche y le abrió la puerta. Ella se montó en el asiento trasero, frente a Jackson y a Daphne.

—Hola, Daphne, Jackson. Muchas gracias por recogerme.

—No hay de qué —respondió Daphne—. Estás preciosa. El vestido parece hecho para ti. Deberías quedártelo.

Jackson se quedó mirándola unos segundos y después apartó la mirada. A Amber le pareció que estaba algo molesto. Genial, había albergado la esperanza de causarle una impresión duradera y eso estaba haciendo, aunque fuera por la razón equivocada. Jamás debería haber aceptado el vestido de Daphne. ¿En qué estaría pensando?

—He ido antes al hotel para ver cómo estaba todo preparado —explicó Daphne para aliviar la incomodidad—. Está precioso. Creo que todo irá bien.

—Yo también lo creo —dijo Amber—. Los objetos de la subasta silenciosa son

fabulosos. Estoy deseando ver por cuánto venden la villa de Santorini.

Siguieron hablando hasta llegar al hotel. Amber advirtió que Jackson no le soltó la mano a su esposa en todo el camino y, cuando llegaron, la ayudó a salir del coche y dejó que el chófer le tendiera la mano a ella. Estaba loco por Daphne, y Amber se sintió un poco desinflada.

No fueron los primeros en llegar. El comité de decoración ya estaba allí, dando los últimos retoques a la mesa de la subasta y colocando los centros de flores en las cincuenta mesas cubiertas con manteles rosas y servilletas negras. La banda estaba preparándose en un extremo del salón y los camareros colocaban las botellas; estarían ocupados esa noche.

—Vaya, Daphne, es asombroso —dijo Amber.

Jackson le pasó un brazo por la cintura a Daphne, la acercó a él y le acarició la oreja con la nariz.

—Buen trabajo, cariño. Te has superado.

Amber los miró; Jackson como una estrella de cine con su chaqueta negra, y Daphne preciosa con un vestido verde esmeralda de raso sin mangas que se ceñía a su cuerpo.

—Gracias, cielo. Significa mucho para mí. —Miró a Jackson y después se apartó—. Tengo que ir a ver a mis voluntarias y saber si necesitan algo. ¿Me disculpáis? —Se volvió entonces hacia Amber—. Quédate aquí y hazle compañía a Jackson mientras yo voy a ver si Meredith tiene todo lo que necesita.

—Claro —respondió Amber.

Jackson siguió mirando a Daphne mientras esta atravesaba el salón de baile, parecía ajeno a la presencia de Amber.

—Debes de estar muy orgulloso de tu esposa esta noche —le dijo.

—¿Qué? —preguntó él al apartar la mirada de Daphne.

—He dicho que debes de estar muy orgulloso de tu esposa esta noche.

—Es la mujer más hermosa y talentosa de esta sala —respondió con orgullo.

—Daphne se ha portado de maravilla conmigo. Es mi mejor amiga.

—¿Tu mejor amiga? —preguntó Jackson con el ceño fruncido.

Amber se dio cuenta de inmediato de que había cometido un error.

—Bueno, mi mejor amiga no. Más bien mi mentora. Me ha enseñado muchas cosas.

Vio que se relajaba un poco. Aquel estaba siendo un ejercicio de futilidad. Era evidente que su plan no avanzaría nada esa noche.

—Creo que iré a ver si puedo ayudar en algo —le dijo a Jackson.

—Claro, buena idea —respondió él sin apenas prestarle atención.

La velada fue un gran éxito. Pujaron como locos y los invitados bebieron y bailaron hasta medianoche. Amber recorría la estancia fijándose en todo; los vestidos de diseño, las joyas ostentosas, los cotilleos y las risas de los grupos de mujeres, los hombres con corbata negra hablando de cotizaciones en bolsa. El mundo de los ricos

y poderosos, charlando y brindando, seguros de sí mismos en aquella pequeña parcela del uno por ciento del mundo.

Sin embargo, pese a estar sentada a la mesa de Daphne, Amber se sentía tan fuera de lugar como en la tintorería. Quería pertenecer a algún lugar, que la gente la admirase como hacían con Daphne. Estaba harta de ser la chica en la que nadie se fijaba.

Pero esta noche no estaba saliendo como había esperado. Jackson no le quitaba a Daphne los ojos de encima. No paraba de buscarle la mano o deslizar la suya por su espalda. Por primera vez, Amber se sintió desanimada y se preguntó si su plan sería factible, si el premio estaría fuera de su alcance.

Vio a los invitados bailando desde su asiento y le pareció que la diferencia de edad en algunas de las parejas resultaba cómica. Captó un destello por el rabillo del ojo, giró la cabeza y vio a un fotógrafo. Giró de nuevo la cabeza cuando continuaron los *flashes* y rezó para no aparecer en las fotos.

Jackson y Daphne habían pasado gran parte de la velada en la pista de baile y ahora regresaban a la mesa. Vio que Daphne le daba a Jackson un discreto empujón.

—¿Quieres bailar? —le preguntó él.

Amber miró a Daphne, que sonrió y asintió.

—Me encantaría —respondió. Se puso en pie y le dio la mano a Jackson, que la condujo hacia la pista.

Se relajó entre sus brazos fuertes, aspiró su aroma masculino y disfrutó de su abrazo y del roce de sus cuerpos. Cerró los ojos y fingió que él le pertenecía, que ella era la envidia de todas las mujeres de la sala. Aquella fantasía duró incluso aunque hubiera terminado el baile. Jackson no volvió a pedírselo, pero ese único baile le sirvió para sobrellevar el resto de la velada. A las doce y media, se acercó a la mesa donde las voluntarias esperaban para cobrar a los postores ganadores a la salida. Se sentó frente al datáfono, junto a Meredith.

—La noche ha ido bien —comentó Meredith.

—Sí, ha sido todo un éxito. Aunque, claro, tú has contribuido mucho a ello. — Estaba dorándole la píldora, pero Meredith no iba a morder el anzuelo.

—Oh, por favor, ha sido un trabajo en equipo. Todas han trabajado por igual — respondió con sequedad.

Amber no tenía nada que decir en respuesta. Esa zorra jamás la aceptaría, así que ¿por qué molestarse? Siguieron trabajando allí sentadas, en silencio, mientras la gente se marchaba. Cuando ya estaban terminando, Meredith se volvió hacia ella.

—Daphne me ha dicho que eres de Nebraska.

—Así es.

—Nunca he estado allí. ¿Cómo es? —preguntó, aunque no parecía sentir ninguna curiosidad.

Amber lo pensó durante unos segundos.

—Vengo de un pueblo pequeño. Son todos más o menos iguales.

—Mmm. Supongo que sí. ¿De qué pueblo exactamente?

—Eustis. Seguramente no hayas oído hablar de él.

Antes de que Meredith pudiera seguir con el interrogatorio, Daphne apareció frente a ellas.

—Sois todas asombrosas —les dijo a las voluntarias de la mesa—. Muchas gracias por esta noche tan estupenda. Ahora idos a casa y descansad, que lo necesitáis. Os quiero a todas. —Miró entonces a Amber—. ¿Estás lista para irte?

—Sí, ya hemos terminado. Iré a por mis cosas.

Mientras regresaban a casa, Jackson y Daphne parecían dos tortolitos; él no le quitaba la mano del muslo.

—Has dado un gran discurso —comentó él apretándole la pierna.

—Gracias —respondió Daphne con cara de sorpresa.

—Ojalá me hubieras dejado echarle un vistazo.

—Estabas muy ocupado. No quería molestarte.

Él le acarició la pierna.

—Nunca estoy demasiado ocupado para ayudarte, cariño.

Daphne apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Amber estaba cada vez más desanimada viendo su interacción. Resultaba evidente que Jackson se interesaba por todos los aspectos de la vida de Daphne. Con ella había sido pan comido, pero él iba a ser más complicado. Amber tendría que utilizar todo su ingenio.

Capítulo 18

Había pasado un mes desde el acto benéfico, pero Amber seguía desconcertada tras ver la devoción de Jackson por Daphne aquella noche. Sin embargo, su vínculo con Daphne era cada vez más fuerte. Ahora iba de camino a la fiesta del undécimo cumpleaños de Tallulah, ya que formaba parte de casi todos los eventos familiares de Daphne. Confiaba tanto en ella que casi se sentía mal... Casi. Le había comprado a Tallulah un libro sobre la vida de Edgar Allan Poe y le había parecido oportuno comprarle algo también a Bella. Empezaba a entender cómo funcionaba la mente de esa pequeña mocosa y suponía que no le haría mucha gracia ver a su hermana abrir montones de regalos.

Cuando entró en la sala de juegos, los niños estaban sentados en círculo mientras dos mujeres colocaban jaulas con pájaros exóticos y pequeños animales de zoo. Amber se acercó a Daphne, que estaba junto a una mujer mayor contemplando la escena.

—Amber, bienvenida. Te presento a mi madre —le dijo Daphne estrechándole la mano—. Mamá, esta es mi amiga Amber.

La mujer estiró el brazo para darle la mano.

—Es un placer conocerte, Amber. Yo soy Ruth.

—Encantada —respondió Amber, haciendo equilibrios con los regalos para poder estrecharle la mano.

—Dios mío —dijo Daphne—. Pero ¿qué has traído?

—Oh, son solo unos regalos.

—¿Por qué no los dejas con los demás en el porche interior? El espectáculo del zoo comenzará enseguida. No querrás perdértelo —le aconsejó Daphne.

Cuando Amber entró en el porche interior, le sorprendió una vez más el exceso. A ella le habría gustado tener una fiesta así cuando era pequeña, pero ni siquiera sabía que algo semejante pudiera existir. Los regalos estaban apilados y habían colocado una gran mesa para que comieran los niños. Cada servicio estaba perfectamente colocado con platos y servilletas de colores, con una bolsa de regalos en cada silla. Era un entorno apto para niños, pero al mismo tiempo elegante. Dejó sus regalos y salió de allí. Cuando regresaba a la sala de juegos, vio a Jackson acercarse por el pasillo. Le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Hola. Me alegra que hayas podido venir —le dijo con entusiasmo.

—Gracias. Estoy encantada de estar aquí —respondió ella.

Jackson le dirigió otra sonrisa y le abrió la puerta de la sala de juegos.

Se quedaron viendo cómo las cuidadoras iban sacando los animales y explicando algo sobre ellos. Jackson tenía una copa en la mano. Amber tuvo que hacer un esfuerzo por no quedarse mirándolo. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría en llevárselo a la cama. Le entusiasmaba la idea de tener a aquel hombre tan rico y poderoso bajo su hechizo. Sabía cómo complacer a un hombre y sospechaba que, tras

una década de matrimonio, el sexo con Daphne se habría convertido en algo monótono y aburrido. Se imaginaba las cosas que podría hacer para que la deseara si tuviera la oportunidad. Decidió tomarse su tiempo y ceñirse al plan. No tenía sentido precipitarse y estropearlo todo como antes.

Cuando terminó el espectáculo, los adultos trataron de calmar a los niños mientras entraban corriendo en el porche para comer. Había mucho ruido, risas estridentes y voces agudas. Amber tenía ganas de gritar, y se dio cuenta de que Jackson no estaba en la habitación donde todos comían.

Por fin Margarita sacó la enorme tarta de cumpleaños, cubierta de chocolate y adornada con once velas blancas en forma de bailarinas de *ballet*. Amber advirtió que le faltaba un pequeño trozo en un lado.

—De acuerdo —dijo Daphne en voz alta—. Hora de cantar el *Cumpleaños feliz*. Después Tallulah abrirá los regalos.

Amber vio las nubes de tormenta en los ojos de Bella mientras los niños y adultos cantaban a su hermana. Tenía la boca cerrada y los brazos cruzados.

En cuanto terminó la canción y Tallulah apagó las velas, Daphne comenzó a entregarle los regalos. En la mesa, los niños comían tarta mientras ella iba abriéndolos uno a uno y dando las gracias a la persona correspondiente. Tras el séptimo regalo, Bella explotó por fin.

—No es justo. Tallulah se queda con todos los regalos. ¿Dónde están los míos?

Era el momento que Amber había estado esperando.

—Mira, Bella, le he traído un regalo a Tallulah, pero también he traído uno para ti. Le daré a tu hermana el suyo y aquí está el tuyo. Espero que te guste.

Daphne le sonrió y Ruth la miró con una expresión que no supo interpretar. Advirtió que Jackson acababa de regresar a la habitación y esperó que hubiese presenciado la escena. Bella arrancó el papel de regalo y abrió la caja. Sacó el jersey rosa con cuello de piel sintética y el bolsito rosa con asa brillante. Sonrió, corrió hacia ella y la abrazó por la cintura.

—Te quiero, Amber. Eres mi mejor amiga.

Todos se rieron al ver aquella muestra de afecto, pero Amber vio que a Ruth no parecía hacerle tanta gracia como al resto de invitados. Tallulah estaba terminando de abrir los regalos, el último fue una cajita de parte de Sabine.

—Oh, Sabine, *je suis très heureuse. Merci*. —Tallulah sacó una cadena de oro con una cruz.

—*De rien* —respondió Sabine.

Los ricos y famosos de la zona empezaron a llegar para recoger a sus hijos ricos, que de nuevo habían disfrutado de un entretenimiento espléndido y de una comida deliciosa. Además, se iban a casa con una magnífica bolsa de regalos. No era de extrañar que se creyesen con derecho a todo. No conocían otra cosa.

Cuando todos los invitados se hubieron marchado, Surrey, la otra niñera, recogió los regalos.

—¿Quieres llevarte arriba los regalos junto con las niñas? Si las bañas y les pones el pijama, cenaremos algo ligero sobre las seis —le ordenó Daphne.

Jackson se sirvió otro *whisky*.

—¿Alguien quiere algo de beber?

—Yo tomaré una copa de vino, cariño —dijo Daphne—. Mamá, ¿tú quieres algo?

—Tomaré un agua con gas.

Jackson miró entonces a Amber.

—¿Y tú?

—¿Podría tomar una copa de vino también?

Él se rio.

—Puedes tomar lo que te apetezca.

«Eso espero», pensó Amber, pero se limitó a sonreírle.

—Daphne, ¿le has mostrado a Amber las fotos del acto benéfico? —preguntó Ruth, y después miró a Amber—. Hay algunas muy buenas en el *Bishops Harbor Times*. Sales muy guapa en una de ellas.

A Amber le dio un vuelco el corazón. ¿Fotos? ¿En un periódico? Pero si había tenido mucho cuidado para esquivar al fotógrafo aquella noche. ¿Cuándo le habría sacado una foto? Daphne le llevó el periódico y se lo ofreció. Ella lo levantó con manos temblorosas y ojeó las fotos. Allí estaba ella, completamente reconocible. Su nombre no aparecía, aunque eso daba igual; el problema era la cara. Solo podía rezar para que aquel periódico de pueblo, con su tirada limitada, no llegase más allá.

—¿Me disculpáis? —Tenía que salir de aquella habitación y calmarse. Cerró la puerta del baño, bajó la tapa del retrete y se sentó con la cabeza apoyada en las manos. ¿Cómo había podido ser tan descuidada? Pasado un rato, se le calmó la respiración y se prometió a sí misma que estaría más atenta en el futuro. Se echó agua en la cara, se puso recta y abrió la puerta lentamente. Oyó a Ruth y a Daphne hablando mientras regresaba al porche.

—Mamá, no lo entiendes. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—Tienes razón, Daphne. No lo entiendo. Antes te gustaba cantar en el coro de la iglesia. Parece que ya no haces nada de lo que te gustaba. Has dejado que el dinero se te suba a la cabeza. Si sabes lo que te conviene, recordarás cuáles son tus raíces y bajarás de las nubes.

—Eso es injusto. No sabes de lo que estás hablando.

—Sé lo que veo... dos niñas, por el amor de Dios. Y una que solo habla francés. ¿En serio? Una hija malcriada a la que eres incapaz de controlar. El club, las clases. Santo cielo, si casi tengo que pedir cita para ver a mis nietas. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ya es suficiente, madre.

Por primera vez, Amber oyó la furia en la voz de Daphne. Y acto seguido, el ruido de la niña y de las niñas al bajar por la escalera. Entraron todas al porche interior al mismo tiempo, poniendo fin abrupto a la conversación entre madre e hija.

Bella corrió hacia Daphne y hundió la cabeza en su regazo. Su llanto sonaba amortiguado, pero entonces levantó la cabeza y dijo:

—Tallulah ha recibido muchos regalos y yo solo dos. No es justo.

Ruth se inclinó y le acarició la cara.

—Bella, cariño, es el cumpleaños de Tallulah. Cuando sea tu cumpleaños, tú tendrás todos los regalos. ¿De acuerdo?

Bella se apartó de la mano de su abuela.

—No. Eres fea.

—¡Bella! —Daphne pareció horrorizada.

De pronto apareció Jackson, se acercó al sofá y tomó a Bella en brazos. Ella se retorció, pero él la sujetó con fuerza hasta que se quedó quieta. La dejó en un rincón de la habitación, se arrodilló para estar a su altura y estuvo hablando con ella. Pasados unos minutos, regresaron juntos y Bella se plantó frente a su abuela.

—Lo siento mucho, abuelita —dijo con la cabeza agachada.

Ruth dirigió a Daphne una mirada triunfal antes de darle la mano a la niña.

—Te perdono, Bella, pero no debes decir ese tipo de cosas.

Bella miró a su padre y este le devolvió una mirada severa.

—Sí, abuelita.

Margarita asomó la cabeza y anunció que la cena estaba lista. Jackson tomó a Ruth del brazo y ambos se fueron juntos al comedor, seguidos de las niñas. Cuando Daphne se levantó, Amber le dio una palmadita en el hombro.

—Ha sido un día muy largo. Bella está muy cansada. No dejes que te afecte —le dijo.

—A veces es muy difícil —respondió Daphne.

—Eres una madre maravillosa. Que nadie te diga que no es así.

—Gracias, Amber. Eres una buena amiga.

En cierto sentido, Daphne era una madre maravillosa. Sus hijas tenían de todo, sobre todo amor y cariño. Desde luego era mejor que su madre, que siempre dejó claro que sus hijas eran una pesada carga para ella.

—No te marches aún. Quédate a cenar con nosotros —le pidió Daphne.

Amber no sabía si sería bueno para su plan cenar con una Bella cansada y enfadada y una abuela reprobadora.

—Me encantaría Daph, pero tengo que limpiar y hacer la colada. Pero gracias por decírmelo.

—Ah, de acuerdo —respondió Daphne entrelazando el brazo con el suyo—. Al menos ven al comedor a despedirte de todos.

Amber la siguió hasta el comedor, donde estaban ya todos sentados mientras Margarita les servía.

—Buenas noches a todos —dijo agitando la mano—. Ha sido una fiesta maravillosa.

El grupo se despidió y la voz suave de Jackson sobresalió por encima de las

demás.

—Buenas noches, Amber. Nos vemos mañana en la oficina.

Capítulo 19

Amber se vistió con esmero para su primer día en Parrish International. Llevaba el pelo recogido en una coleta, se había puesto unos sencillos aretes dorados en las orejas y apenas se había maquillado. Levantarse a las cuatro para tomar el tren de las cinco y media era un horror, pero tenía que causar buena impresión. No entendía cómo alguien podía hacer algo así durante mucho tiempo. Con suerte, lo suyo solo sería temporal.

La torre de cristal donde se encontraba la empresa de Jackson era enorme, y le pareció asombroso que él fuese el dueño. Debía de haber costado una fortuna un edificio así en Manhattan. El vestíbulo estaba vacío, salvo por el guardia de seguridad, y Amber asintió al pasar su tarjeta por la máquina, donde se encendió la luz verde que le permitió entrar. Cuando llegó a la planta treinta, le sorprendió ver que algunas personas ya estaban allí. Al día siguiente tendría que tomar un tren más temprano. Su diminuto cubículo se encontraba frente al despacho de su jefa. Trabajaría para la ayudante de Jackson, la señora Battley, o Hacha de guerra, como la había rebautizado la semana anterior, durante la sesión de orientación. El Hacha de guerra estaría entre los sesenta y cinco y los setenta y cinco años, tenía el pelo gris, gafas gruesas y labios finos. No era de las que aguantaban tonterías, y Amber la odió desde el primer momento. La mujer había dejado claro que no le agradaba tener que responsabilizarse de ella. Iba a ser todo un desafío ganarse su simpatía.

—Buenos días, señora Battley. Voy a por café. ¿Quiere uno?

Ella no levantó la cabeza del portátil.

—No. Ya he tomado uno. Tengo unos archivos para ti, así que ven a verme cuando te hayas tomado el café, por favor. —Amber miró discretamente hacia el despacho de Jackson, situado en un rincón. Tenía la puerta cerrada, pero advirtió el movimiento a través de las cortinas que cubrían una pared de cristal.

—¿Necesitas algo? —preguntó Battley, interrumpiendo sus pensamientos.

—Perdón, no. Mi café puede esperar. Puede darme los archivos.

—Aquí tienes —le dijo mientras le entregaba una pila de papeles—. Y aquí va una lista de nuevos clientes que hay que añadir a la base de datos. En tu mesa te he dejado instrucciones sobre cómo hacerlo. También tendrás que añadir sus páginas web y todos sus perfiles en redes sociales.

Amber aceptó la carpeta y regresó a su cubículo. Había renunciado a un despacho con ventana por aquel cubículo claustrofóbico, pero al menos ahora su plan progresaba. Pasó las horas inmersa en el trabajo, decidida a ser la mejor ayudante que la vieja Battley hubiera tenido jamás. Había llevado la comida desde casa, así que comió sentada a la mesa, sin hacer pausa. A las seis en punto, Battley se plantó frente a su cubículo con el abrigo puesto.

—No sabía que siguieras aquí, Amber. Puedes marcharte a las cinco.

Ella se puso en pie y recogió sus cosas.

—Quería terminar con esto. Por las mañanas me gusta llegar y encontrarme mi mesa despejada.

Eso hizo sonreír a la mujer.

—Muy bien. Yo soy de la misma opinión.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Amber la detuvo.

—Bajaré con usted.

Caminaron en silencio hacia los ascensores y, cuando se subieron, Amber le dedicó una sonrisa tímida.

—Quiero darle las gracias por ofrecirme esta oportunidad. No sabe lo mucho que significa para mí.

Battley arqueó las cejas.

—No me des las gracias a mí. Yo no he tenido nada que ver.

—La señora Parrish me dijo que su opinión es muy valiosa para el señor Parrish —insistió Amber—. Dejó claro que yo aquí estoy de prueba. Si no cree que esté a la altura, tendré que buscar trabajo en otra parte.

Amber se dio cuenta de que el orgullo de la mujer le hizo creerse sus palabras.

—Bueno, ya veremos entonces.

«Sí, ya veremos», pensó ella.

Pasado un mes, todavía no había tenido contacto directo con Jackson, pero la vieja Battley había empezado a confiar más en ella. Llegaba al menos quince minutos antes que ella, para poder llevarle el café por la mañana, con un ingrediente secreto. Tenía una provisión de ansiolíticos para tres meses. Le había dicho a su médico que sufría ataques de pánico y él se los había recetado. Mencionó los posibles efectos secundarios: pérdida de memoria a corto plazo y confusión. Había empezado con una dosis pequeña, con la esperanza de que la predilección de Battley por la leche de sabores enmascarase cualquier rastro que dejaran las pastillas en el café.

Aquella mañana Battley llegó visiblemente más confusa de lo normal. Amber se fijó en que andaba más despacio y se paraba con frecuencia, mirando a su alrededor como si no supiera lo que tenía que hacer.

Cuando se levantó para ir al baño, Amber aprovechó para colarse en su despacho, sacarle las llaves del bolso y cambiarlas de sitio. También volvió a archivar una carpeta que tenía sobre la mesa. Battley regresó al despacho y estuvo buscando la carpeta desaparecida con pánico en los ojos. Cuando acabó el día, abrió el bolso y buscó en su interior. Amber la vio rebuscar hasta volcar finalmente el contenido sobre la mesa. Las llaves no estaban.

—Amber —la llamó—. ¿Has visto mis llaves?

Amber corrió a su despacho.

—No las he visto. ¿No están en su bolso?

—No —respondió la mujer, muy alterada.

—A ver —dijo Amber, y levantó el bolso de la mesa—. Déjeme ver. —Fingió rebuscar en su interior—. Tiene razón. No están. —Se quedó parada unos segundos, como si pensara—. ¿Ha mirado en sus cajones?

—Claro que no. Jamás las saco del bolso. No las pondría nunca en la mesa.

—¿Por qué no miramos por si acaso?

—Es ridículo —murmuró Battley, pero abrió el cajón—. ¿Ves? No están.

Amber se inclinó hacia delante y vio las llaves tiradas en la papelera situada junto al archivador. Se la acercó a su jefa.

—Están en la papelera. —Metió la mano, las sacó y se las devolvió a Battley.

La mujer se quedó muy quieta, mirando el llavero fijamente mientras tragaba saliva. Era evidente que estaba angustiada, pero se limitó a darle las buenas noches antes de marcharse sin decir una palabra más. Amber sonrió al verla marchar.

Pocos días más tarde, Amber recolocó las fichas de la agenda giratoria de Battley; debía de ser la única persona en el mundo que todavía tenía una de esas. Según pasaron las semanas, el estrés fue provocando el efecto deseado: una mirada de constante preocupación en los ojos de la vieja. Amber se sentía un poco mal por lo que estaba haciendo, pero esa mujer necesitaba jubilarse. Estaría mejor con sus nietos. Le había dicho a Amber que tenía cinco y se quejaba de falta de tiempo para verlos. Ahora podría estar con ellos mucho más, y además Jackson le ofrecería una buena jubilación, sobre todo si creía que tenía demencia. En realidad, Amber estaba haciéndole un favor.

Además, Jackson merecía tener a su lado a una mujer más moderna y actualizada. Seguramente la mantenía en plantilla por una cuestión de lealtad. Pensándolo bien, Amber estaba haciéndoles un favor a ambos. Esa mañana había impreso una hoja de papel con cosas sin sentido y la había colado entre las páginas de un informe que Battley acababa de terminar. Sabía que la mujer pensaría que había perdido la cabeza cuando lo viera y, claro está, nunca se lo diría a nadie. Suponía que sería cuestión de semanas. Entre su autoestima, cada vez más debilitada, y los errores que pronto cometería, y que despertarían las sospechas de Jackson, Amber estaría sentada en su despacho en un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo 20

Necesitó más tiempo del que había imaginado, pero, pasados tres meses, la situación se volvió insostenible para Battley y presentó su dimisión. Amber la reemplazaba temporalmente mientras Jackson comenzaba la búsqueda de una nueva ayudante principal. Ella seguía en su diminuto cubículo, mientras que el despacho de Battley permanecía vacío, y aunque le molestaba que Jackson no la hubiera considerado para ocupar el puesto de manera permanente, estaba segura de que pronto le resultaría indispensable. Se había pasado las últimas siete noches averiguando todo sobre sus últimos clientes de Tokio; era asombroso lo que la gente ponía en los perfiles de las redes sociales. Aunque tuvieran la precaución de configurar la privacidad correctamente, no se daban cuenta de que cada foto en la que les etiquetaban estaba enlazada a la página de alguien, y no todo el mundo era tan cauto. Entre el *software* para verificar las referencias y la búsqueda en redes sociales, se había hecho una idea precisa de cada uno de ellos, incluyendo sus asquerosas predilecciones. También había investigado sus empresas más recientes para hacerse una idea de sus capacidades de negociación y de cualquier truco que pudieran guardar en la manga.

Jackson la llamó a su despacho y ella sacó el informe sobre el cliente. Él estaba recostado en su sillón de cuero negro, leyendo algo en el iPhone. Se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa remangada, lo que dejaba ver sus antebrazos bronceados. Los Parrish acababan de regresar de Antibes, imaginaba que habrían tenido ocasión de practicar el francés, que tanto parecía gustarles. No levantó la mirada cuando entró en el despacho.

—Hoy tengo la agenda muy apretada, pero se me había olvidado que esta tarde es la obra de teatro de Bella. Tendré que marcharme después de comer. Cambia mis citas.

Amber se preguntó lo que debía de ser tener un padre poderoso que se preocupara lo suficiente por ella como para sacar tiempo de su trabajo e ir a ver una obra de teatro. Y la mocosa egoísta no agradecía nada.

—Por supuesto.

—¿Has reservado en Catch para Tanaka y su equipo mañana?

—La verdad es que no.

Jackson levantó la cabeza y la miró.

—¿Qué?

—He reservado en Del Posto. A Tanaka le encanta la comida italiana y es alérgico al marisco.

Él la miró con interés.

—¿En serio? ¿Y cómo lo sabes?

Amber le entregó el informe.

—Me he tomado la libertad de investigar un poco. En mi tiempo libre, claro —se apresuró a añadir—. Pensé que resultaría útil. Con las redes sociales no es muy difícil

averiguar cosas.

Jackson sonrió y le mostró sus dientes perfectos. Ojeó el informe y volvió a mirarla.

—Amber, estoy impresionado. Gran iniciativa. Es fantástico.

Ella sonrió. Estaba segura de que Battley no habría sabido ni cómo utilizar Facebook.

—Si no necesitas nada más —dijo poniéndose en pie—, iré a cambiarte las citas.

—Gracias —murmuró él, inmerso de nuevo en el informe.

Estaba haciendo progresos con él, aunque le decepcionaba un poco que no se hubiera fijado en sus piernas con aquella falda corta y los zapatos de tacón que se había puesto aquel día. Era una *rara avis*; un hombre que solo tenía ojos para su esposa. Daphne, por su parte, se mostraba complaciente, como si diera por hecho la devoción de su marido. A ella le fastidiaba. Era evidente que Daphne no sentía tanta pasión por Jackson como él por ella, no lo merecía.

Abrió la agenda de Jackson en el ordenador y comenzó a llamar a sus citas de la tarde. Él apareció cuando estaba a punto de hacer otra llamada.

—Amber, ¿por qué no ocupas el despacho de la señora Battley hasta que encontremos a su sustituta? Será más práctico tenerte ahí. Llama a los de mantenimiento y que trasladen tus cosas.

—Gracias, así lo haré.

Lo vio marchar, con ese traje de Brioni que parecía hecho a mano por los dioses. Se preguntó cómo sería llevar una prenda que costaba más de lo que algunas personas ganaban en un año.

Agarró su móvil y escribió a Daphne.

¿Estás libre mañana? Me encantaría quedar para tomar algo.

Sonó el pitido que anunciaba la respuesta. *Claro. Le diré a Tommy que te recoja. Podemos ir a Sparta's. ¿A las siete y media?*

¡Genial! Nos vemos mañana.

Si Daphne iba a pedirle a Tommy que las llevase, eso significaba que estaba de humor para beber, lo cual era perfecto porque Amber estaba dispuesta a sacarle información. Había descubierto que, después de un Martini, Daphne se relajaba, y así resultaba más fácil lograr que se bebiera unos cuantos más.

Capítulo 21

El coche de los Parrish estaba esperando frente a su apartamento a la hora exacta. Amber estaba a punto de saludar a Daphne cuando se dio cuenta de que el asiento trasero estaba vacío.

—¿Dónde está la señora Parrish? —le preguntó a Tommy cuando este le abrió la puerta.

—El señor Parrish llegó a casa inesperadamente. Ella me pidió que viniera a recogerla y a llevarla a Sparta's, después iré a buscarla.

Amber se sintió molesta. ¿Por qué Daphne no la habría llamado para decirle que retrasaban la hora? Se sintió como si fuera una cita de negocios. ¿Y qué importaría que Jackson volviera a casa? ¿Por qué Daphne no le diría que ya tenía planes? ¿Acaso no tenía valor?

Cuando llegó al bar, escogió una acogedora mesa en la parte de atrás y pidió una botella de Sassicaia de 2007. Costaba doscientos diez dólares, pero Daphne se encargaría de la cuenta y además le estaba bien empleado por hacerle esperar. Dio un trago y saboreó la opulencia del vino. Era asombroso.

Miró a su alrededor a medida que el local iba llenándose y se preguntó si alguna de las supuestas amigas de Daphne se uniría también a la velada. Esperaba que no; quería tenerla para ella sola.

Por fin llegó Daphne, con cara de preocupación y, francamente, algo despeinada. Además tenía el maquillaje un poco corrido.

—Lo siento, Amber. Justo cuando me marchaba ha llegado Jackson y... —Levantó las manos—. No tiene sentido ni hablar de ello. Necesito una copa. —Miró la botella y frunció el ceño ligeramente.

—Espero que no te importe que haya pedido una botella. Se me han olvidado las gafas de leer y no veía bien, así que le he pedido al camarero que me recomendara algo.

Daphne pareció a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

—No importa.

Le llevaron una copa y ella se sirvió un trago generoso.

—Mmm. Delicioso —dijo tras el primer sorbo—. ¿Qué tal te van las cosas en Parrish International? Jackson me ha dicho que has resultado ser una gran empleada.

Amber se quedó mirándola, en busca de cualquier signo de celos o de desconfianza, pero no encontró ninguno. Daphne parecía alegrarse por ella, pero también se la veía preocupada.

—¿Todo el mundo te trata bien? No tienes problemas, ¿verdad?

Le sorprendió la pregunta.

—No. En absoluto. Me encanta. Muchas gracias por recomendarme. No se parece en nada a Rollins. Todo el mundo es muy amable. Bueno, ¿y cuál era la emergencia?

—¿Qué?

—Ha llegado Jackson... ¿Qué necesitaba que ha alterado tus planes?

—Nada. Solo quería pasar unos minutos conmigo antes de que me fuera.

—¿Unos minutos para qué? —preguntó Amber arqueando una ceja.

Daphne se puso roja.

—Ah, eso. Parece que no se cansa de ti. Es asombroso. Lleváis casados, ¿qué, nueve años?

—Doce.

Amber sabía que Daphne se sentía incómoda, así que cambió de táctica. Se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Considérate afortunada. Una de las razones por las que me fui de mi pueblo fue mi novio, Marco.

—¿A qué te refieres?

—Yo estaba loca por él. Llevábamos saliendo desde el instituto. Era el único chico con el que había estado, así que yo no sabía.

—¿Que no sabías qué? —preguntó Daphne, acercándose también.

Ella fingió que se sentía avergonzada.

—Que no era normal. Ya sabes. Que los chicos deberían estar... preparados. Tenía que hacerle cosas para que pudiera hacerme el amor. Me decía que no era suficientemente guapa para excitarle sin ayuda. —Estaba exagerando mucho, pero parecía que Daphne se lo creía—. La gota que colmó el vaso fue cuando me pidió meter a otro hombre en el dormitorio.

—¿Qué? —Daphne se quedó con la boca abierta.

—Sí. Resultó que era gay. No quería admitirlo. Ya sabes cómo son los pueblos pequeños.

—¿Has salido con alguien desde entonces?

—Ha habido algún chico, pero nada serio. A decir verdad, me da un poco de miedo volver a acostarme con alguien. ¿Y si descubro que en realidad soy yo?

Daphne negó con la cabeza.

—Eso es una tontería, Amber. Su orientación sexual no tenía nada que ver contigo. Tú eres preciosa. Cuando encuentres al hombre adecuado, lo sabrás.

—¿Fue así como te sentiste tú cuando encontraste a Jackson?

Daphne hizo una pausa y dio un trago al vino.

—Bueno... supongo que Jackson me deslumbró. Mi padre enfermó al poco de empezar a salir y Jackson se convirtió en mi apoyo. Después de eso, todo fue muy deprisa y, casi sin darme cuenta, nos habíamos casado. Jamás lo habría imaginado. Él salía con mujeres sofisticadas y poderosas. No sabía qué veía en mí.

—Vamos, Daph, si tú eres preciosa.

—Gracias, pero ellas también lo eran. Y además tenían dinero y mucho mundo. Yo no era más que una chica de un pueblo pequeño. No sabía nada de su mundo.

—¿Y qué crees que fue lo que te hizo especial?

Daphne se rellenó la copa y dio un trago largo.

—Creo que le gustaba tener un lienzo en blanco. Yo era joven, solo veintiséis años, y él me sacaba diez. Yo estaba tan centrada en fundar La sonrisa de Julie que no le hacía mucho caso. Después me dijo que jamás sabía si las mujeres con las que salía lo deseaban a él o deseaban su dinero.

A Amber le costaba trabajo creerlo. Aunque hubiera estado sin blanca, era un hombre guapo, brillante y encantador.

—¿Y cómo sabía él que no ibas detrás de su dinero?

—De hecho intenté ir más despacio. Tampoco es que me volviera loca. Pero se portó muy bien con mi familia y ellos me animaron a no dejarlo escapar.

—¿Ves? Tienes suerte. Mira lo bien que ha salido todo. Tienes una vida maravillosa.

—Nadie tiene una vida perfecta, Amber —respondió Daphne con una sonrisa.

—Pues lo parece. Es todo lo perfecta que podría imaginar.

—Soy muy afortunada. Tengo dos hijas sanas. Eso es algo que nunca doy por sentado.

Amber quería seguir hablando de su matrimonio.

—Sí, por supuesto. Pero vuestra relación desde fuera parece de cuento de hadas. Jackson te mira como si te idolatrara.

—Es muy atento. Supongo que a veces necesito un poco de espacio. Es agobiante tener que encajar en el papel de esposa de un director ejecutivo. Tiene unas expectativas muy elevadas. A veces preferiría quedarme en casa viendo *House of Cards* en vez de acudir a otro acto benéfico o a una cena de negocios.

«Oh, pobrecita», pensó Amber. Debía de ser muy duro vestirse con ropa de diseño, beber vino caro y comer caviar. Sin embargo, le dedicó una sonrisa compasiva.

—Lo entiendo. Yo me sentiría fuera de lugar si tuviera que hacer todo eso. Pero tú haces que parezca fácil. ¿Tardaste mucho en encajar?

—Los primeros dos años fueron duros. Pero Meredith acudió en mi auxilio. Me ayudó a entender los traicioneros círculos sociales de Bishops Harbor. —Se rio—. Cuando tienes a Meredith de tu parte, los demás van detrás. Ha sido la defensora más devota de la fundación... hasta que llegaste tú, claro.

—Debiste de sentirte muy afortunada. Como me siento yo teniéndote a ti.

—Exacto.

La botella estaba vacía, y Amber estaba a punto de sugerir que pidieran otra cuando el teléfono de Daphne se iluminó con un mensaje.

Lo leyó y después la miró arrepentida.

—Es Bella. Ha tenido una pesadilla. Tengo que irme a casa.

Maldita mocosa. Incluso sin estar presente interfería en sus planes.

—Oh, pobre. ¿Le pasa con frecuencia?

Daphne negó con la cabeza.

—No. No es frecuente. Siento tener que terminar la velada. Si no te importa, le

diré a Tommy que me lleve ahora y luego te dejaré en casa.

—Claro. Dale un beso de parte de la tía Amber —le dijo Amber sin pensárselo dos veces. ¿Por qué no elevar su estatus?

Daphne le estrechó la mano mientras se acercaban al coche.

—Me gusta. Lo haré.

Aunque le daba pena no poder tomarse otra copa de ese delicioso vino, había obtenido parte de lo que deseaba: parte del perfil de la mujer perfecta para Jackson. La construiría, paso a paso, hasta convertirse en una réplica exacta de lo que le resultaba irresistible.

Salvo que ella sería una versión más nueva y más joven.

Capítulo 22

Amber aspiró el embriagador aroma del océano. Era una preciosa mañana de domingo y Daphne y ella llevaban una hora en el agua. Jackson estaba en Bruselas por negocios y Daphne la había invitado a pasar con ella el fin de semana. Había tenido sus dudas cuando Daphne sugirió que fueran a montar en kayak, porque no lo había hecho nunca y no sabía si quería que su primera incursión fuese en las profundas aguas del estuario de Long Island. Pero no tenía por qué preocuparse. El agua estaba tranquila como una balsa de aceite cuando empezaron y, media hora más tarde, ya se sentía segura en sus movimientos. Al principio se quedaron cerca de la orilla, y le maravilló la paz de primera hora de la mañana, donde los únicos sonidos eran el canto de los pájaros y el agua que golpeaba contra sus remos. Todo estaba tranquilo, sin el bullicio de la vida diaria. Navegaban la una junto a la otra, ambas calladas y satisfechas.

—¿Nos alejamos un poco más? —preguntó Daphne.

—Supongo. ¿Es seguro?

—Totalmente.

Amber se esforzaba por seguir el ritmo de Daphne, respirando entrecortadamente con el ejercicio. Le impresionaba la energía de Daphne. Según se alejaron de la orilla, el agua fue adquiriendo una tonalidad totalmente distinta. La primera vez que pasó frente a ellas un barco, pensó que la estela iba a hacer que volcara, pero la segunda vez que sucedió, tuvo un subidón de adrenalina al dominar las pequeñas olas.

—Esto me encanta, Daph. Me alegra que me hayas hecho venir.

—Sabía que te gustaría. Me alegro. Así tendré una compañera. A Jackson no le gusta mucho el kayak. Prefiere ir en barco.

Amber pensó que el barco tampoco estaría mal. Todavía no había subido a su yate, pero sabía que no tardaría en recibir una invitación.

—¿No te gusta el barco? —le preguntó a Daphne.

—Oh, desde luego que me gusta, pero es una experiencia totalmente distinta. Ha habido que hacerle algunas reparaciones antes de volver a navegar. Estará listo a finales de junio. Saldremos a navegar todos juntos. Así podrás juzgar por ti misma.

—¿Cómo se llama?

—*Bellatada* —respondió Daphne con una sonrisa algo cortada.

Amber lo pensó unos instantes.

—Ah, ya lo pillo. Es el principio de cada uno de vuestros nombres. Las tres chicas de Jackson.

—Es un poco tonto, ya lo sé.

—No, en absoluto. Me parece un gesto bonito. —Aunque por dentro tenía ganas de vomitar.

—¿Regresamos? Son casi las diez. —Daphne miró el reloj y se ajustó la visera.

No tardaron en regresar a la playa situada frente a la casa y dejar los kayaks.

Mientras caminaban por el sendero hacia la casa, oyeron los gritos y las risas de las niñas. Bella y Tallulah estaban chapoteando en la piscina con su padre.

Amber se volvió hacia Daphne.

—Pensaba que Jackson regresaba esta noche.

—Yo también —respondió Daphne acelerando el paso.

Él levantó la cabeza y se pasó una mano por el pelo mojado.

—Hola, chicas. ¿Estabais con los kayaks?

—Sí. ¿Cuándo has vuelto? Siento no haber estado aquí, pero pensaba que volvías esta noche —se excusó Daphne, algo tensa.

—Terminamos anoche, así que he decidido volver esta mañana. —Bella estaba agarrada a su espalda y chapoteaba con los pies. Jackson se volvió para agarrarla y la tiró al agua. La niña emergió y fue nadando hacia él.

—Más, papi.

Pero él comenzó a caminar hacia la zona menos profunda de la piscina, sacudiéndose el agua de la cara.

—Ya no más, cielo. Es hora de descansar.

Por una vez Bella no se quejó. Era un principio.

Jackson les dio unas toallas a las niñas y comenzó a secarse con la suya. Resultó imposible no mirar su cuerpo mojado y brillante cuando se acercó para darle un beso a Daphne.

—Me alegro de estar en casa —dijo.

Daphne le había pedido a Amber que se quedara a pasar el día, pero, ahora que Jackson había vuelto, sabía que tendría que decir lo típico de «no quiero molestar».

—Me lo he pasado de maravilla con el kayak, Daph. Muchas gracias. Ahora te dejo que disfrutes de tu familia.

—¿Qué dices? No puedes marcharte todavía.

—Debería. Seguro que Jackson quiere estar a solas contigo y con las niñas.

—Tonterías. Sabes que te aprecia. Eres como de la familia. Vamos. Nos divertiremos.

—Desde luego —aseguró Jackson—. Puedes quedarte sin ningún problema.

—¿Estáis seguros?

—Por supuesto —insistió Daphne—. Vamos a preparar la comida. Margarita tiene libre el fin de semana, así que nos toca cocinar.

Trabajaron juntas en la cocina, pero, cuando terminaron de rellenar las tortillas de maíz con frijoles, verduras y queso, no les quedaron unos burritos tan bonitos y succulentos como los de Margarita.

—Tienen una pinta un poco mala, ¿no? —preguntó Daphne con una carcajada.

—Qué diablos. Estarán buenos de todos modos. —Amber se lavó las manos y cortó un trozo de papel de cocina para secarse mientras Daphne sacaba dos bandejas del armario.

—Ya está. Creo que cabrá todo aquí. Comeremos fuera, junto a la piscina.

—Oh, qué rico —dijo Bella cuando las vio salir con la comida.

Se sentaron los cinco bajo la enorme sombrilla, con el reflejo del sol creando diamantes brillantes en el agua turquesa de la piscina. Se había levantado una suave brisa; era un día perfecto de finales de primavera. Amber cerró los ojos un instante y fingió que todo aquello le pertenecía. Las últimas semanas habían demostrado que Daphne la consideraba su mejor amiga y confidente. La noche anterior, después de que las chicas se acostaran, se habían quedado las dos sentadas a la mesa de la cocina, charlando hasta tarde. Daphne le había hablado de su infancia, de lo mucho que sus padres intentaron que llevaran una vida totalmente normal pese a la enfermedad, que amenazaba con golpear sin previo aviso.

—Mis padres animaban a Julie a hacer cualquier cosa que hicieran los niños sanos. Le daban libertad para vivir su vida como quería, para intentar hacer las cosas que le apetecía —le había dicho Daphne.

Al principio, cuando Daphne le habló de las estancias en el hospital, de los ataques de tos que dejaban salir toda la mucosidad, de las diarreas y de la dificultad para digerir la comida, Amber había empezado a sentir compasión por ella. Pero, al comparar su infancia con la de Daphne, incluso con la de Julie, volvió a sentir envidia. Al menos Julie había crecido en una casa bonita con dinero y unos padres que se preocupaban por ella. De acuerdo, estaba enferma y al final murió. ¿Y qué? Mucha gente estaba enferma. Mucha gente moría. ¿Era esa razón para santificarla? ¿Qué pasaba con ella, con todo lo que había vivido? ¿No se merecía también un poco de compasión?

Contempló la mesa a su alrededor. Bella estaba recostada en su silla, balanceando las piernas mientras comía distraídamente su burrito, sin una sola preocupación en el mundo, la típica niña rica y malcriada. Tallulah, sentada muy erguida y concentrada en su comida. Daphne, bronceada y hermosa, asegurándose de que su prole tuviera todo lo que pudiera necesitar. Y Jackson, el señor del castillo, sentado como un caballero de armadura, contemplando sus inmensos dominios y su familia perfecta. De pronto el terrible vacío que Amber sentía en su interior se convirtió en un dolor físico, como si estuvieran arrancándole la vida. No era el momento de ponerse blanda. Esta vez ganaría.

Capítulo 23

Amber tenía tanto trabajo que llevaba dos semanas sin ver a Daphne, desde el día del kayak. Pero Jackson volvía a estar fuera por trabajo, así que la había llamado para ver si quería ir al cine, pero en su lugar Daphne la había invitado a ir a casa.

Había empezado a fantasear con el día en que la casa le pertenecería. Deseaba dejar su marca en todas partes. En una ocasión, cuando Daphne la dejó sola en casa para ir a recoger a las niñas, se probó toda su ropa interior. A veces subía a su habitación y utilizaba su cuarto de baño, se cepillaba el pelo con su cepillo y se ponía su pintalabios. Se miraba al espejo y creía que eran prácticamente iguales.

Llegó a su casa a las siete en punto. Bella abrió la puerta ligeramente y asomó la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola, cariño. Tu madre me ha invitado.

La niña puso los ojos en blanco.

—Esta noche vamos a ver *El mago de Oz*. No intentes cambiar el plan para ver una peli aburrida de adultos. —Abrió la puerta del todo y le dio la espalda a Amber.

Entonces fue ella la que puso los ojos en blanco. *El mago de Oz*. Si tenía que escuchar a Dorothy decir eso de «como en casa en ningún sitio», se cortarían las venas.

—Ah, aquí estás. Bella me ha dicho que ya habías llegado. Ven a la cocina. —Daphne estaba perfecta con un peto que se parecía mucho a un modelo de Stella McCartney que Amber había visto en *Vogue*.

Se sentó frente a la enorme isla de mármol.

—¿Quieres algo de beber?

—Lo que estés tomando tú.

Daphne le sirvió una copa de chardonnay de la botella abierta.

—Salud —dijo alzando su copa.

—Según he oído, esta noche vamos a ver *El mago de Oz* —comentó Amber tras probar el vino.

—Sí, lo siento. Se me había olvidado que se lo prometí a las niñas. —Bajó la voz para que Bella no la oyera—. Cuando llevemos media hora de película, podemos irnos a la otra habitación a charlar. No se darán cuenta.

«Lo que tú digas», pensó Amber.

En ese momento sonó el timbre.

—¿Viene alguien más? —preguntó.

—No estoy esperando a nadie —respondió Daphne—. Enseguida vuelvo.

Un minuto más tarde, Amber oyó voces y entonces apareció Meredith detrás de Daphne. Parecía decidida.

—Hola, Meredith —la saludó con cierta inquietud.

Daphne la miró preocupada y le puso una mano en el brazo.

—Meredith dice que quiere hablar con nosotras en privado.

A Amber se le aceleró el corazón. ¿Habría descubierto la verdad? Quizá la foto de la gala benéfica hubiera sido su perdición. Tomó aliento para intentar calmarse. No tenía por qué alterarse hasta no oír lo que Meredith tuviera que decir. Se levantó del taburete.

—Margarita, ¿puedes dar de cenar a las niñas? Volveremos enseguida. —Daphne se volvió hacia ellas—. Vamos al estudio.

Amber aún tenía el corazón desbocado mientras las seguía por el pasillo hasta el estudio, forrado de madera. Se quedó mirando la pared de libros que tenía enfrente, tratando de relajarse.

—Sentémonos. —Daphne sacó una silla y se sentó a la mesa de juego. Amber y Meredith hicieron lo mismo.

Meredith miró a Amber mientras hablaba.

—Como sabes, hago que verifiquen las referencias de todas las solicitudes del comité.

—¿No lo hiciste hace meses? —la interrumpió Daphne.

Meredith levantó una mano.

—Sí, eso creía. Pero al parecer la agencia traspapeló la de Amber. Hicieron la verificación la semana pasada y me han llamado hoy.

—¿Y? —preguntó Daphne.

—Han descubierto que Amber Patterson lleva cuatro años desaparecida. —Sacó la copia de un aviso de persona desaparecida, con la foto de una joven de pelo oscuro y cara redonda que no se parecía en nada a Amber.

—¿Qué? Debe de haber un error —dijo Daphne.

Amber guardó silencio, aunque se tranquilizó. Si solo era eso, no tenía de qué preocuparse.

—No hay ningún error —aseguró Meredith—. He llamado al registro de Eustis, Nebraska. El número de la seguridad social coincide. —Sacó una fotocopia de un artículo del *Clipper-Herald* con el titular *Amber Patterson sigue desaparecida* y se lo entregó a Daphne—. ¿Quieres contarnos la verdad, Amber, o como te llames?

Amber se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar de verdad.

—No es lo que parece —explicó con un sollozo ahogado.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Meredith con frialdad.

Amber se sorbió la nariz y respondió:

—Puedo explicarlo. Pero a ella no —añadió con desdén.

—Corta el rollo, bonita —le dijo Meredith alzando la voz—. ¿Quién eres y qué quieres?

—Meredith, por favor. Así no ayudas —dijo Daphne—. Amber, cálmate. Estoy segura de que habrá una explicación para todo esto. Dime de qué se trata.

Amber se hundió en su silla, con la esperanza de parecer tan angustiada como en realidad se sentía.

—Sé que suena mal. No quería tener que contárselo a nadie. Pero tuve que

escapar.

—¿Escapar de qué? —insistió Meredith, y ella se estremeció.

—Meredith, por favor, deja que pregunte yo —le dijo Daphne antes de ponerle una mano en la rodilla a Amber—. ¿De qué huías, cielo?

Amber cerró los ojos y suspiró.

—De mi padre.

—¿De tu padre? ¿Te hizo daño?

Amber dejó caer la cabeza mientras hablaba.

—Me da mucha vergüenza contarte esto. Me... me violó.

Daphne soltó un grito ahogado.

—Jamás se lo he contado a nadie.

—Dios mío. Lo siento mucho.

—Lo hizo durante años, desde que cumplí los diez. Dejé en paz a Charlene a condición de que yo me quedara y no dijera nada. Por eso tuve que quedarme. No podía dejar que le hiciera daño.

—Eso es horrible... ¿no podías contárselo a tu madre?

—Lo intenté, pero no me creyó, dijo que solo estaba intentando llamar la atención y que me azotaría si volvía a decir una «mentira tan vil». —Miró por el rabillo del ojo y vio que Daphne la creía, aunque Meredith parecía poco convencida.

—¿Qué ocurrió exactamente? —La voz de Meredith sonaba casi sarcástica, y Amber vio que Daphne le dirigía una mirada de advertencia.

—Me quedé hasta que murió Charlene. Él me dijo que, si me marchaba, me buscaría y me mataría. Así que tuve que cambiarme el nombre. Hice autostop hasta Nebraska y conocí a un chico en un bar. Él me buscó una compañera de piso. Yo trabajaba como camarera y ahorré hasta que pude venir aquí a empezar de cero. El chico trabajaba en el registro público y me proporcionó la información sobre la chica desaparecida, me presentó a alguien que me hizo un carné falso con el nombre de Amber.

Esperó unos instantes para que las otras dos respondieran.

Se sintió aliviada al ver que Daphne se levantaba y la estrechaba entre sus brazos.

—Lo siento mucho —repitió.

Meredith, sin embargo, era un hueso duro de roer.

—¿Cómo? Daphne, ¿de verdad pretendes decirme que vas a aceptar su palabra sin investigar? No me lo puedo creer.

—Por favor, Meredith, vete —le dijo Daphne con frialdad—. Te llamaré más tarde.

—Estás ciega en lo que a ella respecta. —Meredith se dirigió hacia la puerta, desairada, pero se giró antes de salir—. Recuerda mis palabras, Daphne. Esto no va a acabar bien.

Daphne le estrechó la mano a Amber.

—No te preocupes. Nadie volverá a hacerte daño.

—Pero ¿qué pasa con Meredith? ¿Y si ella lo cuenta?

—Deja que yo me encargue de Meredith. Me aseguraré de que no diga nada.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie, Daphne. Tengo que seguir fingiendo que soy Amber. No sabes cómo es mi padre. Me encontrará, esté donde esté.

—No se lo diré a nadie —le prometió Daphne—. Ni siquiera a Jackson.

Amber se sintió un poco culpable por describir a su padre como a un monstruo. Al fin y al cabo, él había trabajado sin descanso en la tintorería para mantener a su madre y a sus tres hermanas, y jamás habría tocado a una de sus hijas. Aunque también era cierto que las obligaba a trabajar en la maldita tienda sin cobrar, lo cual estaba segura de que rozaba la esclavitud infantil. Así que, ¿qué importaba que jamás la hubiera tocado? Se había aprovechado de ella de todos modos.

De pronto ya no se sentía tan culpable. Levantó la cabeza del hombro de Daphne y la miró a los ojos.

—No sé qué he hecho para merecer una amiga como tú. Gracias por estar siempre a mi lado.

Daphne sonrió y le acarició el pelo.

—Tú harías lo mismo por mí.

Ella sonrió con tristeza y asintió.

Daphne se dispuso a salir de la habitación, pero entonces se volvió.

—Le diré a Bella que *El mago de Oz* tendrá que esperar. Creo que esta noche te mereces escoger la película.

Amber sonrió con sinceridad; estaba deseando ver la desilusión en la cara de la princesita.

—Eso me ayudaría a olvidarme de todo lo demás.

Capítulo 24

De pequeña, a Amber nunca le había gustado el Cuatro de Julio. Lo único bueno de aquel día era que su padre cerraba la tintorería. Sus tres hermanas y ella veían el desfile; la banda del instituto que siempre desafinaba, al menos una *majorette* que dejaba caer su bastón y una chica rechoncha de granja que saludaba con alegría desde una carroza llena de heno. Era todo tan artificial y vergonzoso que Amber no lo soportaba.

Pero aquel año era diferente. Muy diferente. Estaba sentada con Daphne en la cubierta trasera del yate de veinte metros de eslora de los Parrish mientras surcaban el estuario. Iban a pasar el fin de semana entero en el barco y estaba entusiasmada. Había ido de compras con Daphne y se había gastado más de lo planeado, pero quería estar estupenda en todo momento, dado que pasaría junto a Jackson las veinticuatro horas del día. Se compró un bikini blanco y despilfarró en un bañador negro de una pieza con un pronunciadísimo escote en la parte delantera y aberturas en los laterales. Era uno de los bañadores más *sexys* que había visto jamás, y Daphne le había dado su aprobación cuando salió del probador. Su pareo era transparente, de modo que él siempre podría ver su cuerpo. Para cuando fueran a tierra, se había comprado unos pantalones cortos blancos que apenas le cubrían las nalgas y camisetas de tirantes ligeramente ceñidas. Se había llevado también unos pantalones blancos pitillos para la noche, algunas camisetas de manga corta y un jersey azul marino para echarse sobre los hombros. Incluso se había comprado espray bronceador. Había llegado su momento de brillar.

Jackson se encargaba de los mandos, sus piernas fuertes y bronceadas resaltaban con esos pantalones caquis cortos y su polo blanco. Se movía con seguridad y determinación en cubierta. Se volvió hacia donde estaban Daphne y ella y las llamó por encima del ruido.

—Eh, cariño, ¿me traes una cerveza?

Daphne buscó en la nevera y sacó una lata de Gordon Ale, goteando agua helada. Tenía que admitir que su bikini negro realzaba su cuerpo perfecto. Había albergado la esperanza de que Daphne se pusiera algo más de señora, pero no hubo suerte. Le pasó la cerveza a ella.

—Toma, ¿por qué no se la llevas tú? Así aprenderás un poco cómo se gobierna un barco.

Amber tomó la lata y se puso en pie.

—Claro... Eh. —Le dio una palmada a Jackson en el hombro—. Aquí está tu cerveza.

—Gracias. —Abrió la lata, dio un trago y Amber se fijó en sus dedos largos y, de inmediato, se los imaginó sobre su cuerpo.

—Daphne ha dicho que me ibas a enseñar a conducir un barco —dijo cohibida.

—¿Conducir un barco? ¿Así lo ha llamado? —preguntó él entre risas.

—Bueno, puede que no. No me acuerdo.

—Toma —dijo él apartándose ligeramente a la derecha—. Agarra el timón.

—¿Qué? No. ¿Y si chocamos?

—Qué mona. ¿Contra qué vamos a chocar? En realidad no tienes que moverlo mucho. Solo orienta el extremo de la proa en la dirección en la que quieras ir y no hagas movimientos bruscos.

Amber puso las manos en el timón y se concentró en el agua; sus nervios disminuyeron un poco cuando empezó a hacerlo.

—Bien —le dijo Jackson—. Con firmeza.

—Es divertido —comentó ella, echando la cabeza hacia atrás y riéndose—. Podría pasarme el día haciendo esto.

Jackson le dio una palmadita en la espalda.

—Genial. Está bien tener una compañera aquí arriba. A Daphne no le entusiasma el barco. Prefiere el kayak.

Amber abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿De verdad? No lo entiendo. Esto es mucho mejor que el kayak.

—Quizá puedas convencer a mi esposa de eso. —Dio otro trago a la cerveza y miró hacia Daphne, que estaba sentada leyendo *Retrato de una dama*.

Amber siguió la dirección de su mirada y le puso una mano en el brazo.

—Estoy segura de que le gusta más de lo que crees. A mí me pasaría.

Se quedó al timón durante una hora, haciendo preguntas y elogiando a Jackson por sus conocimientos de navegación. Le hizo prometer que luego le enseñaría sus cartas, para que pudiera estudiarlas y aprender cosas sobre las aguas que rodean Connecticut. Y de vez en cuando se acercaba un poco para que sus cuerpos se rozaran. Cuando pensó que podría resultar demasiado evidente, le devolvió el timón a Jackson y regresó a sentarse junto a Daphne. Se aproximaban a Mystic y el sol empezaba a ponerse.

Daphne levantó la mirada del libro.

—Bueno, parecía que te lo pasabas bien. ¿Has aprendido mucho?

Amber examinó su rostro en busca de alguna señal de enfado, pero Daphne parecía realmente contenta de que se lo hubiera pasado bien.

—Me ha gustado —respondió—. Jackson sabe mucho.

—Este barco es lo que más le gusta. Si yo se lo permitiera, se pasaría a bordo todos los fines de semana.

—A ti no te encanta, ¿verdad?

—Me gusta, pero no me gusta pasar todo mi tiempo aquí. Tenemos una casa preciosa, la playa, la piscina. Me gusta estar allí. En el barco solo ves agua y se tarda mucho en llegar a cualquier parte. Empiezo a aburrirme. Y las niñas se ponen nerviosas también. Es un espacio pequeño y resulta difícil mantenerlo todo en orden.

Amber pensó otra vez en la obsesión de Daphne con el orden. ¿Sería capaz de relajarse alguna vez?

—Bueno, has de admitir que es bastante emocionante. El viento en el pelo, surcar el agua a toda velocidad —dijo Amber.

—No me gusta mucho la velocidad. A decir verdad, prefiero la vela. Es más tranquila. Me siento mucho más conectada con la naturaleza cuando estoy en un velero.

—¿A Jackson le gusta? —preguntó Amber.

—No mucho. No me malinterpretes, es un buen marinero. Sabe lo que tiene que hacer. Pero con el yate puede ir a toda velocidad y además le gusta pescar. —Se apartó el pelo de la cara—. Mi novio de la universidad se crio navegando, así que pasamos mucho tiempo en el velero de su familia. Ahí fue donde aprendí.

—Supongo que entiendo que te guste más eso —dijo Amber.

—No importa, en serio. Me aseguro de traer siempre un buen libro y las niñas traen juegos. Y, claro, siempre es divertido traer a una amiga a bordo.

—Gracias por invitarme, Daph. Es algo alucinante para mí.

—De nada —dijo Daphne, bostezó y se levantó de la silla—. Voy abajo a ver a las chicas. No te importa si me tumbo un rato antes de la cena, ¿verdad?

—Claro que no. Vete a descansar. —Amber la vio bajar las escaleras y se apresuró a recuperar su lugar junto a Jackson—. Daphne ha ido a echarse una siesta. Creo que se aburría.

Observó su cara en busca de una reacción, pero, si le fastidiaba, desde luego no lo demostró.

—Se muestra muy comprensiva.

—Es verdad. Me estaba diciendo lo bien que se lo pasaba en la universidad cuando su antiguo novio y ella salían a navegar juntos. —Amber advirtió un leve tic en su mejilla—. No sé. Eso me parece muy aburrido comparado con esto.

—¿Por qué no lo intentas de nuevo? Iré a por algo de beber.

Amber agarró el timón y sintió que quizá por fin, muy lentamente, empezaba a controlar la embarcación.

Más tarde, aquella misma noche, después de cenar en Mystic, los cinco regresaron paseando al puerto deportivo bajo un cielo cálido cubierto de estrellas.

—Papi —dijo Tallulah mientras paseaban—. ¿Echaremos el ancla y veremos los fuegos artificiales mañana por la noche?

—Por supuesto. Como hacemos siempre.

—Bien —exclamó Bella—. Quiero sentarme yo sola en lo alto del puente de mandos. Ya soy mayor.

—No tan deprisa, pequeñaja. —Jackson le agarró una mano y Daphne la otra, y estuvieron columpiándola entre ambos—. Todavía no puedes ir sola.

—Yo quiero tumbarme en la cubierta delantera como hice el año pasado y verlos desde allí —intervino Tallulah.

—Papi se sentará en el puente contigo, Bella, y yo estaré en la cubierta con Tallulah —dijo Daphne antes de volverse hacia Amber—. Y tú puedes ir con Jackson y Bella. Es increíble ver los fuegos desde ahí, sobre todo si es tu primera vez.

«Por mí no hay problema», pensó Amber.

Eran poco más de las diez cuando regresaron a bordo del barco y, una vez más, Amber se encontró a solas con Jackson cuando Daphne llevó abajo a las niñas para acostarlas. Jackson había sacado vino de la cocina y tenía tres copas en una mano y la botella en la otra.

—Es demasiado pronto para irnos a dormir. ¿Qué te parece si tomamos una copa antes de acostarnos?

—Suenan fantástico —respondió Amber.

Se sentaron fuera y estuvieron bebiendo vino y charlando sobre la última adquisición de Parrish International y cómo realizarían la financiación. Cuando apareció Daphne, Jackson le sirvió otra copa y se la entregó.

—Aquí tienes, cariño.

—No, gracias, cielo. Tengo un poco de sueño. Quizá no debería haber cenado tanto. Creo que me iré a la cama.

De hecho Daphne sí que parecía cansada, pensó Amber. Pero ¿por cenar demasiado? Si apenas había tocado la comida.

—Buenas noches a los dos. —Dedicó una sonrisa a Jackson—. Te dejaré la lucecita encendida.

—Enseguida bajo. Descansa.

Cuando se quedaron solos, Amber se sirvió otra copa de vino.

—Recuerdo lo mucho que se cansaba mi madre, y que dejó de acostarse tarde. Mi padre bromeaba diciendo que las cosas habían cambiado desde su apasionada época de novios.

Jackson se quedó mirando su copa mientras hacía girar el tallo entre los dedos.

—¿Tus padres siguen vivos?

—Sí. Están en Nebraska. Daphne me recuerda mucho a mi madre.

Jackson pareció algo sorprendido, pero su rostro enseguida se volvió tan inescrutable como siempre. Ella empezaba a darse cuenta de que se le daba muy bien ocultar sus pensamientos y sus emociones.

—¿En qué se parecen?

—Bueno, ambas son personas hogareñas. A mi madre le encantaba ver películas sentimentales con nosotras. Muchas veces, cuando tú no estás, Daph me invita a ver una película con las niñas y con ella. Es divertido, me recuerda a cuando estaba en casa. Y creo que ella se cansa con tantos actos benéficos, inauguraciones de arte y cosas así. Al menos eso es lo que me ha dicho.

—Es interesante —murmuró Jackson—. ¿Qué más?

—Bueno, le gustan las cosas tranquilas, a mi madre, como a Daphne. A mi madre no le habría gustado lo deprisa que va este barco, ni sentir el viento en la cara. No es

que tuviéramos barcos, pero mi padre sí que tenía una moto. A ella no le gustaba; por el ruido y la velocidad. Prefería su bicicleta, más lenta y tranquila. —Era toda mentira, pero estaba dejando claro lo que quería decir.

Él se quedó callado.

—A mí me ha parecido emocionante estar en el puente, surcando el agua a toda velocidad. Aunque quizá mañana debamos tomárnoslo con más calma, para que Daphne también disfrute.

—Sí, buena idea —contestó él distraídamente antes de terminarse la copa.

Las cosas empezaban a marchar. Y Amber albergaba la esperanza de que, al día siguiente, no solo hubiera fuegos artificiales en el cielo.

Capítulo 25

Justo después del Cuatro de Julio, Amber logró por fin el codiciado puesto de ayudante principal de Jackson. Los currículums habían ido disminuyendo, y cualquier cosa que tuviera demasiada buena pinta Amber la tiraba a la basura. Se había vuelto indispensable para Jackson desde la marcha de la señora Battley, de modo que, cuando la llamó a su despacho, supo que era para nombrarla oficialmente su nueva ayudante. Tomó papel y boli y se sentó en un sillón de cuero frente a su mesa, con cuidado de cruzar las piernas, envueltas en medias negras, para que él las viera. Lo miró con sus pestañas espesas, que se había retocado en el salón de belleza, y los labios entreabiertos. Se había blanqueado los dientes recientemente en el dentista y sabía que contrastaban a la perfección con sus labios brillantes.

Jackson se quedó mirándola un instante y comenzó.

—Creo que sabes que has sido muy útil estos últimos meses. He decidido suspender la búsqueda de la nueva ayudante y te ofrezco el puesto a ti, si te interesa.

Amber quiso saltar y gritar de alegría, pero se contuvo.

—Me siento abrumada. Claro que me interesa. Gracias.

—Bien. Hablaré con Recursos Humanos. —Se quedó mirando el documento que tenía delante, como si hubiera terminado con ella, de modo que Amber se puso en pie—. Ah —agregó antes de que saliera—. Lógicamente, tendrás un importante aumento.

Con tal de acercarse a él, habría trabajado gratis, aunque, a decir verdad, había estado esforzándose mucho y creía que se merecía un salario de seis cifras. No tardó en adelantarse a las necesidades de Jackson en su nuevo puesto, y en muy poco tiempo ya trabajaban juntos con la precisión de un reloj suizo. A ella le encantaba la importancia que le otorgaba el puesto, la proximidad al jefe supremo. Los administrativos la miraban con envidia, los ejecutivos la trataban con respeto. Nadie quería ganarse la enemistad del ojito derecho de Jackson Parrish. Era una experiencia embriagadora. Pensó en ese hijo de perra de Lockwood y en lo mal que la había tratado en su pueblo, como si fuera un pedazo de basura que pudiera tirar sin más.

Dio un respingo cuando sonó el interfono a última hora del viernes, se levantó y fue al despacho de Jackson. Cuando se acercó al escritorio, vio lo que parecía un montón de facturas y una enorme chequera.

—Siento tener que cargarte con esto. Battley solía encargarse y yo no tengo tiempo de revisarlo todo.

—¿De verdad has utilizado esa palabra conmigo? Ya deberías saber que nada de lo que me des resulta una carga para mí.

Jackson sonrió.

—*Touché*. Lo haces todo con placer. Debería poner AP detrás de tu nombre en tus tarjetas. Ayudante perfecta.

—Mmm. Jefe perfecto. Supongo que estamos hechos el uno para el otro.

—A ver si es verdad —contestó él con una sonrisa irónica.

—¿De qué se trata?

—Son facturas. Se pagan de manera automática, pero quiero que las repases, que las compares con los recibos y te asegures de que son correctas. Y, por supuesto, hay facturas que es necesario pagar con cheque. Te he señalado cuáles son, así que tendrás que extender un cheque mensual para esas... Sabine y Surrey, los gastos escolares, cosas así.

—Por supuesto. Sin problema. —Agarró la pila de facturas y la chequera, pero vaciló un momento antes de salir del despacho—. Me siento como Telémaco.

Jackson la miró con las cejas arqueadas.

—¿Qué?

—Ya sabes, de la *Odisea*.

—Ya sé quién es Telémaco. ¿Has leído la *Odisea*?

Amber asintió.

—Varias veces. Me encanta. Me gusta que acepte cada vez más y más responsabilidad. Así que... no sientas que me estás asignando demasiada tarea.

Jackson la miró de un modo que le hizo sentir que estaba evaluándola, y ella creyó haber ganado muchos puntos. Sonrió con dulzura y abandonó su despacho, sabiendo que él seguía mirándola mientras salía por la puerta.

Lo dejó todo en su mesa y comenzó a revisar las carpetas. Resultó ser un ejercicio muy interesante. Le asombró descubrir las enormes sumas de dinero que se gastaba Daphne al mes. Había cargos en Barney's, Bergdorf Goodman, Neiman Marcus, Henri Bendel y *boutiques* independientes, por no mencionar las casas de alta costura y las joyerías. Solo en un mes había comprado por un valor superior a doscientos mil dólares. Luego estaban los sueldos de las niñeras, del ama de llaves y del chófer. La cuota del gimnasio de Daphne y sus clases privadas de yoga y de pilates. Las clases de hípica y de tenis de las niñas. Las mensualidades del club de campo. La cuota del club náutico. Los espectáculos y las cenas. Los viajes. Y así seguía la lista, como si fuera un maldito cuento de hadas.

El nuevo sueldo de Amber era una miseria comparado con el dinero al que tenía acceso Daphne. Una factura en particular la dejó con la boca abierta; era de un bolso Birkin de cocodrilo de Hermès en color rojo. La cabeza le dio vueltas al ver el precio: sesenta y nueve mil dólares. ¡Por un bolso! Era más de la mitad de su sueldo anual. Y probablemente Daphne lo usaría un par de veces y después lo abandonaría en su armario. Amber estaba tan indignada que creía que iba a ahogarse. Era obsceno. Si de verdad Daphne deseaba ayudar a las familias que vivían con fibrosis quística, ¿por qué no donaba su propio dinero y se conformaba con los doce bolsos de diseño que ya tenía? Menuda hipócrita. Al menos ella era sincera consigo misma en lo referente a sus motivos. Cuando estuviera casada con Jackson, no perdería el tiempo fingiendo que se preocupaba por los actos benéficos.

Daphne no tenía que mover un solo dedo en casa, podía comprarse cualquier cosa

que quisiera, tenía un marido que la quería, ¿y ni siquiera era capaz de pagar sus propias facturas? ¿Cómo podía ser tan malcriada? Ella jamás sería tan vaga como para permitir que alguien pudiera tener acceso a los detalles de su estilo de vida. Ahora que tenía un conocimiento más profundo de la vida consentida que llevaba Daphne, se daba cuenta de lo ilimitada que era la riqueza de Jackson y estaba más decidida aún a llevar a cabo su plan.

Tardó más de hora y media en revisar las facturas y los recibos y, para cuando terminó, echaba humo. Se levantó de la mesa y fue a la máquina de café del final del pasillo. Al regresar, se detuvo en el lavabo y se miró al espejo. Le gustó lo que vio, pero era hora de subir la apuesta, volverse un poco más *sexy*, pero de manera sutil; que Jackson tuviera que preguntarse qué había cambiado en ella. Cuando regresó a su mesa, vio que Jackson ya se había marchado a casa. Guardó las facturas y la chequera en su cajón, lo cerró con llave y se bebió el café. Cuando al fin cerró la puerta de su despacho y salió del edificio, los planes ya empezaban a tomar forma en su cabeza. Tenía todo el fin de semana para perfeccionarlos.

Capítulo 26

El sábado, Amber quedó con Daphne en Barnes & Noble y después fueron a comer a una pequeña cafetería situada al otro lado de la calle. Se sentaron a una pequeña mesa situada en la parte de atrás y Amber pidió una ensalada con pollo. Le sorprendió que Daphne pidiera hamburguesa con queso y patatas fritas, pero no dijo nada.

—Jackson me ha dicho que estás haciendo un trabajo excelente. ¿Te gusta?

—Desde luego. Es mucho trabajo, pero me encanta. Te estoy muy agradecida por recomendarme.

—Me alegro mucho. Sabía que lo harías genial.

Amber miró el paquete que Daphne tenía al lado, y que había llevado consigo durante toda la mañana.

—¿Qué llevas en la bolsa, Daph?

—Ah, eso. Es un frasco de perfume que tengo que devolver. Solía usarlo cuando Jackson y yo nos conocimos, y a él le encantaba. Hacía tiempo que no lo usaba, así que decidí probarlo de nuevo, pero debo de haberme vuelto alérgica, porque me salió urticaria.

—Eso es terrible. ¿Cómo se llama?

—Incomparable. Ja. Así me sentía yo al usarlo.

Llegó la comida y Daphne se lanzó sobre la hamburguesa como si llevara días sin comer.

—Mm. Deliciosa —murmuró.

—¿Cómo era? Cuando Jackson y tú erais novios.

—Yo era joven e inexperta, pero, en cierto modo, creo que eso le gustaba. Jackson había estado con muchas mujeres glamurosas que sabían desenvolverse, y creo que le gustaba poder llevarme a sitios en los que nunca había estado y mostrarme cosas que jamás había visto. —Hizo una pausa y miró al frente con la mirada perdida—. Yo me quedaba embobada con todo lo que decía. Le gusta que le adoren, ¿sabes? —Soltó una carcajada—. Y es bastante fácil adorarlo. Es único.

—Sí que lo es —convino Amber.

—Pero bueno, supongo que nada es eterno. Las cosas cambian.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Tienes hijos. Se instala la rutina. El sexo no es tan apasionado. A veces estás demasiado cansada y a veces simplemente no te apetece.

—Debe de ser especialmente duro cuando tienes un bebé. Agotador. Se leen tantas cosas sobre las madres que sufren depresión posparto.

Daphne se quedó callada y miró hacia abajo unos segundos.

—Estoy segura de que es terrible —contestó sin levantar la mirada.

Pasados unos momentos de incomodidad, Amber volvió a intentarlo.

—Bueno, el caso es que haber tenido hijas no parece haber arruinado vuestra historia de amor. Cada vez que estoy con vosotros, resulta evidente que está loco por

ti.

—Hemos pasado muchas cosas juntos —respondió Daphne con una sonrisa.

—Espero tener yo también algún día un matrimonio tan maravilloso. Como Jackson y tú. Sois la pareja perfecta.

Daphne dio un trago al café y se quedó mirándola largo rato.

—El matrimonio es complicado. Si amas a alguien, no permites que nada destruya eso.

Aquello se ponía interesante, pensó Amber.

—¿Como qué?

—Hubo un pequeño problema. Justo después de que naciera Bella. —Volvió a hacer una pausa y ladeó la cabeza—. Hubo una infidelidad.

—¿Te engañó?

Daphne asintió.

—Fue solo una vez. Yo estaba agotada. Muy ocupada con el bebé. Llevábamos meses sin hacer el amor. —Se encogió de hombros—. Los hombres tienen sus necesidades. Además, yo tardé mucho en volver a estar en forma.

¿En serio Daphne estaba justificando lo que hizo? Era más ingenua de lo que pensaba.

—No digo que lo que hiciera estuviera bien, pero después se arrepintió y juró que jamás volvería a suceder. —Le dirigió una sonrisa forzada—. Y no ha vuelto a hacerlo.

—Vaya. Debió de ser muy duro para ti. Pero al menos os recuperasteis. Parecéis muy felices —dijo Amber, y miró el reloj—. Bueno, creo que debería irme. Tengo cita en el salón de belleza.

Después de comer, Amber se fue a casa y pidió por internet un frasco de Incomparable. Levantó la mirada del ordenador y sonrió para sus adentros, disfrutando de aquella nueva información. ¡Jackson había engañado antes a Daphne! Si lo hizo una vez, entonces podría volver a hacerlo.

El lunes trajo consigo lluvias torrenciales y vientos fríos, que empaparon a Amber mientras esperaba el tren. Lo único que no le gustaba de su trabajo era el largo trayecto hasta la ciudad. Era agradable ir a pasar un día viendo museos, pero el transporte público en hora punta era una tortura. Sentada, todavía mojada y despeinada, entre un hombre gordo que olía a puros y un joven con la mochila sucia, iba leyendo los anuncios situados encima de las ventanillas. Casi podría recitarlos de memoria. Se preguntó cómo sería ver su foto en las paredes de los trenes o en los autobuses. ¿Las modelos disfrutarían con eso? Fantaseó con ser el objeto de deseo de miles de hombres. Su cuerpo desde luego no estaba mal y, con el peinado y el maquillaje adecuados, podría estar tan guapa como esas modelos, aunque solo midiese un metro sesenta y siete, poco menos que Daphne. Probablemente se

creyeran algo especial, metiéndose los dedos en la garganta para permanecer delgadas. Ella nunca haría eso, aunque, claro, tenía la suerte de ser delgada por naturaleza.

Para cuando llegó a la calle cincuenta y siete, ya casi se le habían secado los dobladillos del pantalón. Había dejado de llover, pero todavía soplaba con fuerza el viento. Saludó al portero y dio los buenos días al guardia de la entrada.

—Buenos días, señorita Patterson. Hoy hace un tiempo de perros. Aun así está usted perfecta. ¿Nuevo corte de pelo?

Le encantaba que todos supieran quién era.

—Sí, gracias. —Pasó su tarjeta por la máquina y se dirigió hacia el ascensor. En cuanto llegó arriba, lo primero que hizo fue ir al lavabo. Sacó su plancha de pelo inalámbrica y se alisó la melena, que ahora le llegaba hasta los hombros y era de un rubio achampanado claro. Tras rociarse unas gotas de Incomparable en las muñecas, se quitó las deportivas y se enfundó sus Louboutin color carne. Llevaba un jersey negro largo de cuello vuelto y un sujetador *push-up* de encaje, también negro, que realizaba sus pechos. En la muñeca llevaba una pulsera de plata. Se había puesto también unos pendientes plateados bastante sencillos, pero elegantes. Sonrió al mirarse en el espejo, convencida de que parecía recién salida de una sesión fotográfica para Ralph Lauren.

Cuando entró en su despacho, vio que la puerta de Jackson estaba cerrada y las luces apagadas. Ella se aseguraba de llegar temprano todos los días, pero Jackson siempre se las arreglaba para estar allí antes. Aquel día era una excepción. Empezó a responder *e-mails*, y cuando volvió a levantar la cabeza, eran las ocho y media. Jackson llegó pasadas las diez.

—Buenos días, Jackson. ¿Todo bien?

—Buenos días. Sí, bien. Tenía reunión en el cole de Bella. —Abrió la puerta de su despacho y se detuvo—. Por cierto, esta noche vamos al teatro. ¿Podrías hacer una reserva para dos a las seis en Gabriel's?

—Desde luego.

Antes de entrar, Jackson volvió a pararse.

—Hoy estás muy guapa.

Amber sintió el rubor en las mejillas.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

—De amable nada, es la verdad. —Entró en su despacho y cerró la puerta.

Le fastidiaba enormemente imaginarse a Daphne y a Jackson en una cena romántica antes de ver un espectáculo en Broadway. Quería ser ella la que le acompañase, ser la envidia de todos a su alrededor. Pero sabía que debía mantener la cabeza fría. No serviría de nada perder los nervios y cometer una estupidez.

Esa misma tarde, Jackson y ella estaban repasando el itinerario de su viaje por China para la semana siguiente cuando Daphne le llamó al móvil. Amber solo oyó su parte de la conversación, pero era evidente que no estaba satisfecho. Cuando colgó,

lanzó el teléfono sobre el escritorio.

—Mierda. A la mierda los planes de esta noche.

—¿Daphne está bien?

Él cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—Está bien. Por así decirlo. Dice que Bella no se encuentra bien. No quiere venir al teatro.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Cancelo la reserva?

Jackson lo pensó unos segundos y entonces la miró.

—¿Te interesaría salir a cenar y luego al teatro?

A ella le dio un vuelco el estómago. Era demasiado fácil, como un regalo caído del cielo.

—Me encantaría. Nunca he ido a ver un espectáculo de Broadway. —No había olvidado que a Jackson le gustaban las chicas inexpertas e inocentes.

—Bien. Las entradas para *Hamlet* están muy cotizadas, son funciones limitadas y no quiero perdérmelo. Terminaremos a las cinco y media y tomaremos un taxi para ir al restaurante. ¿La reserva es a las seis?

—Sí.

—Estupendo. Volvamos al trabajo.

Amber regresó a su mesa y llamó a Daphne, que respondió al primer tono.

—Daphne, soy Amber. Jackson me ha dicho que Bella no se encuentra bien. Espero que no sea nada serio.

—No, no creo. Algo de mocos y un poco de fiebre. Solo quiere estar con mami. No quería dejarla.

—Sí, te entiendo. —Hizo una pausa—. Jackson me ha pedido que vaya yo esta noche con él en tu lugar. Solo quería que lo supieras. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no me importa. Me parece buena idea. Pásatelo bien.

—De acuerdo. Gracias, Daphne. Espero que Bella mejore pronto.

Por una vez, agradeció la molesta intervención de la niña.

Salieron de la oficina a las cinco y media. Sentía que iba a explotar de emoción sentada junto a él en el taxi. Era la sensación más placentera que había tenido jamás. Cuando entraron en el restaurante, disfrutó con las miradas de admiración de quienes les rodeaban. Sabía que estaba guapa, y el hombre que tenía la mano puesta en su espalda era uno de los más ricos de la habitación. Se sentaron a una mesa ubicada en un discreto rincón del local, iluminada por la luz de las velas.

—Vaya, jamás había estado en un restaurante como este.

—Este fue uno de los primeros lugares donde traje a Daphne cuando empezamos a salir.

Daphne era lo último de lo que deseaba hablar, pero, si él insistía, quizá pudiera utilizarlo a su favor.

—Daphne me ha hablado mucho de cuando empezasteis a salir, de lo diferente que era entonces.

Él se recostó en su silla y sonrió.

—¿Diferente? Sí, era diferente. No hay nada comparado con el subidón del enamoramiento. Y yo me enamoré a lo bestia, eso seguro. Jamás había conocido a nadie como ella. —Dio un trago al vino y ella volvió a admirar sus manos.

—Parece que estabais hechos el uno para el otro. —Le costó un triunfo pronunciar esas palabras.

Él dejó su copa y asintió.

—Daphne se ha convertido en una mujer asombrosa con el paso de los años. Veo todo lo que ha logrado y me siento orgulloso de ella. Tengo la esposa perfecta.

Ella estuvo a punto de atragantarse con la ensalada. Justo cuando pensaba que iba a apreciar los cambios en su aspecto físico, la estilosa y atractiva Amber, resultó que quería seguir hablando de su adorada esposa.

Después de eso charlaron principalmente de negocios, y él la trató como a cualquier compañera con la que estuviera cenando. Cuando llegaron al teatro y ocuparon sus asientos, en un palco, Amber volvió a imaginar lo que sería estar casada con él. Si al menos estuviera interesado en ella como mujer y no solo como ayudante, la noche habría sido perfecta.

Cuando bajó el telón a las once, ella no quería que la velada terminase. Seguía habiendo mucha gente por la calle y los restaurantes y cafés estaban abarrotados.

Mientras caminaban hacia Times Square, Jackson miró el reloj.

—Se está haciendo tarde, y mañana tenemos un día muy largo. La reunión con Whitcomb Properties.

—Yo estoy despejada. No tengo nada de sueño —respondió ella.

—Mañana no pensarás lo mismo cuando suene el... —Jackson dejó la frase a medias—. Estarás agotada por la mañana. Daphne y yo íbamos a pasar la noche en el apartamento. Cuando me explicó que no podría venir, le dije que yo me quedaría aquí de todas formas. Podrías quedarte en la habitación de invitados. Me parece absurdo que tomes un tren a estas horas, y además ya te has alojado antes en la ciudad con nosotros. Supongo que el único problema es la ropa.

—Seguro que a Daphne no le importa que tome algo prestado. Al fin y al cabo, ya me prestó un vestido de diseño para el acto benéfico. Yo solo uso una talla menos que ella. —Esperaba que la comparación no pasara inadvertida.

—De acuerdo entonces. —Jackson paró un taxi y ella se montó a su lado, satisfecha con aquel inesperado cambio de planes.

El taxi los dejó frente a un edificio de la zona norte de la ciudad, y caminaron bajo el toldo alargado hacia la entrada.

—Buenas noches, señor Parrish. —El portero no mostró reacción alguna ante Amber, ya fuera por discreción o por falta de interés.

El ascensor privado daba directamente al recibidor del apartamento. Al contrario que su casa, poseía un diseño más moderno y minimalista, con tonos blancos y grises. Los puntos de fuga eran los cuadros de las paredes, arte abstracto con pinceladas de

color que lo fusionaban todo. Amber se fijó en todo, abrumada.

—Voy a tomarme una copa antes de dormir —le dijo Jackson—. La habitación de invitados es la tercera puerta a la derecha. Hay toallas limpias y cepillos de dientes, cualquier cosa que puedas necesitar. Pero antes, ¿por qué no echas un vistazo al armario de Daphne y escoges algo para mañana? —Se dirigió al carrito de cristal que contenía botellas y decantadores y se sirvió un *whisky*.

—De acuerdo. No tardaré. —Amber entró en el suntuoso dormitorio, con el deseo de que Jackson la tomara en brazos y la lanzara sobre la cama. En su lugar, buscó la lencería de Daphne en la cómoda. Una vez más advirtió la compulsión de Daphne, cuyos cajones estaban tan ordenados que casi daban risa. Sacó unas bragas de encaje negras y asintió. Esas le servirían. Después fue al armario, donde cada prenda guardaba la misma distancia con la siguiente, igual que en casa. Sacó un precioso traje rojo de Armani y una camisa blanca. Perfecto. Solo le quedaban las medias. Abrió varios cajones hasta encontrarlas y escogió unas de seda beis a la altura del muslo. Al día siguiente luciría un aspecto impresionante.

Agarró todas las prendas y salió del dormitorio.

Jackson levantó la mirada.

—¿Todo listo?

—Sí. Gracias, Jackson. Ha sido una velada maravillosa.

—Me alegra que lo hayas pasado bien. Buenas noches —dijo él mientras se dirigía hacia su habitación.

El dormitorio de invitados tenía todo lo que pudiera desear, como bien había dicho Jackson. Amber se desnudó, se duchó, se lavó los dientes y se metió en la cama. Se relajó sobre el colchón de plumas, que parecía abrazarla, y se tapó con la colcha hasta la barbilla. Era como si estuviese tumbada en una nube, pero le costaba trabajo quedarse dormida, sabiendo que Jackson estaba en la cama a pocas habitaciones de distancia. Esperaba que él percibiera lo mucho que lo deseaba y que se metiera en su cama, donde por fin se olvidaría de su esposa perfecta. Tras lo que le pareció una eternidad, se dio cuenta de que eso no iba a ocurrir y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, después de ducharse y vestirse, llamó por teléfono a Daphne para decirle que se había quedado a pasar la noche. No quería darle razones que le hicieran desconfiar. Todo legítimo, al menos de cara a ella. Y Daphne, en su actitud habitual, le aseguró que no había ningún problema.

Capítulo 27

Ahora que Amber tenía acceso a los entresijos financieros del mundo de Daphne, entendía por qué siempre tenía un aspecto tan fantástico. ¿Cómo no iba a tenerlo con tanto dinero? Desde la coronilla hasta la punta de los pies, la gente la atendía a diario. Amber pudo apreciarlo cuando Daphne la invitó a una cena en su casa. Fue ahí donde conoció a Gregg, el antídoto perfecto para su irrisoria cuenta corriente.

Estaban sentados el uno junto al otro en aquella cena para catorce personas. Gregg era joven, y, aunque era guapo, a ella le parecía que tenía la barbilla hundida y, además, el tono rojizo de su pelo no le gustaba. Pero, cuanto más lo examinaba, más cuenta se daba de que las demás mujeres probablemente lo encontrarán muy atractivo. Solo flaqueaba si se le comparaba con Jackson.

Con tantas conversaciones individuales alrededor de la mesa, a Gregg le resultó fácil monopolizar a Amber durante casi toda la velada. A ella la conversación le resultaba banal y él un auténtico muermo. No paraba de hablar de su trabajo en la empresa de contabilidad familiar.

—Es fascinante ver cómo todo cuadra al final. —Estaba hablando de las declaraciones de pérdidas y beneficios, y Amber pensó que preferiría hacerse una endodoncia a tener que escucharle hablar de esas estúpidas cifras.

—Estoy segura de que es increíble. Pero dime, ¿qué haces cuando no estás trabajando? Ya sabes, ¿qué clase de pasatiempos tienes? —le había preguntado, con la esperanza de que captara el mensaje.

—Ah, pasatiempos. Bueno, vamos a ver. Juego al golf, por supuesto, y elaboro mi propia cerveza artesanal. Juego al *bridge*. Eso me encanta.

¿Hablabas en serio? Amber examinó su cara para ver si estaba tomándole el pelo, pero no, hablaba en serio.

—¿Y tú? —le preguntó él.

—A mí me encanta el arte, así que voy a museos siempre que puedo. Me encanta nadar y he aprendido a montar en kayak. Leo mucho.

—Yo no leo mucho. Pienso, ¿por qué leer sobre la vida de otra persona cuando deberías estar viviendo la tuya?

Amber hizo un esfuerzo para no escupir la comida por la sorpresa y se limitó a asentir.

—Es un punto de vista interesante. Nunca lo había oído.

Gregg sonrió como si le hubiera hecho un regalo.

Amber había decidido que le sería útil, aunque algo difícil de soportar. Le serviría durante un tiempo. Sería su acceso temporal a cenas, obras de teatro y actos de sociedad. Suponía que no le costaría trabajo lograr que le hiciese regalos caros. Lo mantendría a su lado con la esperanza de que Jackson lo viese como a un rival. Ya había visto cómo los miraba con atención durante la cena. Y también se había fijado en que Daphne parecía satisfecha con su aparente cercanía a Gregg. Pero a ella no le

interesaba alguien con un padre rico. Ella quería al padre rico.

Mientras tanto, engatusó a Gregg y dejó que la llevase a restaurantes caros y le comprase regalos. Ya le había enviado flores a la oficina en dos ocasiones desde la cena, y le encantaba que a Jackson no pareciera hacerle mucha gracia cuando levantó la tarjeta y la leyó. Ella suponía que Gregg era un tipo agradable y guapo a su manera, pero también era un memo. Un aburrimiento de persona. Sin embargo, era una buena tapadera y, según avanzaba su plan, le serviría para asegurarse de que Daphne no sospechara ni sintiera celos de ella.

Había pasado un mes desde que Gregg y ella se conocieran en la cena de Daphne, y esa noche iban a cenar todos en el club de campo. Había manipulado a Daphne la otra noche por teléfono para convencerla.

—Quiero que salgamos los cuatro juntos —le había dicho—. Pero no creo que Jackson quiera relacionarse conmigo, dado que trabajo para él.

Daphne no había respondido de inmediato.

—¿A qué te refieres? —le preguntó al fin.

—Bueno, tú y yo estamos unidas. Somos amigas. Y quiero que Gregg te conozca mejor, porque siempre le digo que somos como hermanas. Ha intentado concertar algo con Jackson, pero él siempre pone alguna excusa. ¿Puedes convencerle tú?

Y, por supuesto, eso había hecho Daphne. Haría cualquier cosa que ella deseara; Amber jugaba la carta de la hermana pequeña y Daphne accedía.

Sospechaba que Jackson era un esnob y no la consideraba digna de él socialmente. No se lo tenía en cuenta; ella sentiría lo mismo de haber estado en su lugar. Pero también percibía que juntaba su cuerpo mucho al suyo cuando revisaban un documento, o se quedaba mirándola a los ojos un segundo más de lo necesario. Y, cuando la viera con Gregg, esperaba que florecieran las semillas de los celos y eso acelerase la seducción.

Se tomó su tiempo para vestirse y se aplicó el perfume al que Daphne se había vuelto alérgica. Quizá hiciera que le llorasen los ojos, pensó con rencor. El vestido tenía un escote insinuante, pero no vulgar. Llevaba zapatos de tacón de doce centímetros porque quería ser más alta que Daphne para variar, dado que Daphne se había hecho daño en el tobillo jugando al tenis y debía calzar zapatos cómodos hasta que se le curase.

Gregg pasó a recogerla a la hora exacta y ella bajó corriendo las escaleras hasta su Mercedes descapotable. Le encantaba montarse en ese lujoso coche y dejarse ver mientras él conducía. A veces Gregg dejaba que condujese ella, y disfrutaba manejando un vehículo superior como aquel. A él le gustaba malcriarla y ella se aprovechaba de la situación.

Se montó en el coche, se acomodó en el asiento y se inclinó para darle un beso. Al menos besaba bien, pero, cuando cerró los ojos, fingió que era de Jackson la

lengua que tenía en la boca.

—Mmm, eres delicioso —le dijo volviendo a recostarse—. Pero será mejor que nos vayamos. No quiero hacer esperar a Daphne y a Jackson.

Gregg tomó aliento y asintió.

—Preferiría quedarme aquí sentado besándote.

Hasta sus frases sonaban rancias. Pero ella fingió deseo.

—Yo también, pero prometiste que nos lo tomaríamos con calma. Ya te dije lo mal que acabó mi anterior relación. Todavía no estoy preparada —explicó haciendo un mohín.

Él arrancó y fueron hablando de trivialidades durante el trayecto hasta el club. Atravesaron las puertas justo detrás del Porsche Spyder de Jackson.

—Aparca a su lado y así entraremos juntos.

Quería que Jackson la viera caminar junto a Daphne.

Daphne y ella salieron de sus coches al mismo tiempo, y Amber se acercó a darle un beso y se fijó en que Daphne llevaba el nuevo bolso de Hermès.

—¡Qué compenetrados! —exclamó Daphne con una sonrisa mientras le apretaba el brazo.

—Me encanta tu bolso —dijo Amber, tratando de parecer sincera.

—Ah, gracias. —Daphne se encogió de hombros—. Un regalito de Jackson. —Miró a su marido y sonrió—. Es muy bueno conmigo.

—Qué afortunada —respondió Amber, aunque tenía ganas de escupir.

Entraron los cuatro juntos y Amber tuvo que hacer un esfuerzo por apartar los ojos de Jackson y mirar a Gregg.

Tras sentarse y pedir las bebidas, Gregg levantó su copa.

—Salud. Me alegro mucho de que por fin hayamos podido juntarnos. —Rodeó a Amber con un brazo—. No sabéis lo mucho que os agradezco que me hayáis presentado a esta joya.

Amber se inclinó hacia él y le dio un beso. Cuando volvió a recostarse en su silla, intentó analizar la reacción de Jackson, pero su expresión no había cambiado.

—Nos alegramos mucho de que haya salido bien. Tenía la impresión de que seríais perfectos el uno para el otro —respondió Daphne.

Amber miró a Jackson. Tenía el ceño fruncido. Bien. Se humedeció los labios, levantó su copa de vino y dio un largo trago antes de mirar a Gregg.

—Tenías razón; este es mejor que el cabernet de la casa. Ojalá supiera tanto de vinos como tú.

—Yo te enseñaré —le prometió él con una sonrisa.

—De hecho —comentó Jackson—, el añejo de 1987 era mejor. —Miró a Gregg con cara de disculpa—. Lo siento, amigo, pero yo soy prácticamente sumiller. Pediré una botella y notarás la diferencia.

—No pasa nada. Ese fue el año en que nací, así que fue un buen año —respondió Gregg muy en serio.

Amber tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse. Gregg había puesto a Jackson en su sitio, aunque fuera demasiado idiota para darse cuenta. Pero Jackson lo percibió de inmediato. Por mucho dinero y mucha inteligencia que tuviera, no podría rejuvenecer quince años.

—Obviamente los años son los que hacen que un vino se vuelva más deseable. Cuanto más viejo, mejor —dijo Amber, se pasó la lengua por los labios y miró a Jackson.

Capítulo 28

Amber estaba a punto de descubrir una nueva faceta de la vida de los Parrish. Al revisar las facturas, había visto que alquilaban una casa en el lago Winnepesaukee desde el Día de los Caídos, a finales de mayo, hasta el Día del Trabajo, a comienzos de septiembre, aunque probablemente la utilizarían menos de cuatro semanas en total. Sentía curiosidad por ver qué clase de lugar justificaba un alquiler tan desorbitado, y aquel día lo vería. Estaba esperando a que Daphne la recogiera para pasar el fin de semana en la casa del lago en New Hampshire. Jackson estaba en otro de sus muchos viajes de negocios por el extranjero.

A las ocho y media, el Range Rover blanco aparcó frente a su casa. Daphne salió del coche y abrió el maletero para que metiera su equipaje.

—Buenos días. —Le dio un abrazo y le quitó la bolsa—. Me alegra mucho que vengas con nosotras.

—A mí también.

Era un trayecto de cuatro horas y media hasta Wolfeboro, pero pareció pasar volando, con las niñas medio dormidas en la parte de atrás y ellas dos charlando delante.

—¿Qué tal van las cosas en la oficina? ¿Sigues gustándote ahora con todas las responsabilidades?

—La verdad es que me encanta. Jackson es un jefe fantástico —dijo ella mirando a Daphne—. Pero tú ya debes de saberlo.

—Me alegro. Por cierto, nunca te di las gracias por sustituirme cuando fuiste a ver *Hamlet* con él. ¿Lo pasaste bien?

—Desde luego. Resultó muy distinto verlo sobre el escenario. Siento que te lo perdieras.

—No soy una gran admiradora de Shakespeare. —Daphne se carcajeó—. Sé que es horrible admitir esto, pero prefiero los musicales de Broadway. Jackson, en cambio, adora a Shakespeare. —Apartó los ojos de la carretera y la miró un instante—. Tiene entradas para *La tempestad*. Creo que es dentro de dos semanas. Dado que te gustó *Hamlet*, si no te importa, le pediré que te lleve a ti en mi lugar.

—Estoy segura de que querría ir contigo. —Amber no deseaba parecer demasiado ansiosa.

—Le encantará llevarte a ver otro Shakespeare. Además, me harías un gran favor. Prefiero estar en casa con las niñas que escuchando un lenguaje del que no entiendo ni la mitad.

Aquello era demasiado. Daphne prácticamente estaba entregándole a Jackson en bandeja de plata.

—Bueno, visto así, supongo que no pasaría nada.

—Bien. Entonces decidido.

—¿Tu madre vendrá a visitarnos? Supongo que no está lejos de aquí.

Advirtió que Daphne agarraba el volante con más fuerza.

—New Hampshire es más grande de lo que crees. De hecho está a un par de horas de camino.

Amber aguardó a que continuara, pero se hizo un silencio incómodo, así que decidió no insistir. Minutos más tarde, Daphne miró por el retrovisor para hablar con las niñas.

—Nos queda como una hora. ¿Va todo bien o necesitáis parar para ir al baño?

Las niñas dijeron que estaban bien y Amber y Daphne charlaron sobre sus planes para el resto del día cuando llegaran a la casa.

Llegaron al pintoresco pueblecito de Wolfeboro a la hora de comer y continuaron hasta la casa del lago, recorriendo kilómetros y kilómetros de aguas cristalinas y colinas frondosas. Las casas situadas junto a la orilla eran una combinación perfecta de viejo y nuevo, unas grandiosas y otras pequeñas y eclécticas. Amber estaba encantada con aquella reminiscencia de los placeres veraniegos que parecía impregnarlo todo. Daphne aparcó en la entrada y, en cuanto abrieron las puertas, el olor a madreselva y pino inundó el coche. Amber salió del vehículo, pisó la grava cubierta de agujas de pino y respiró el aire fresco. Se sentía en el paraíso.

—Si todas cargamos con algo, podemos hacerlo en un solo viaje —dijo Daphne desde la parte de atrás del Rover.

Con las bolsas en la mano —incluso Bella ayudó— recorrieron el sendero que conducía hasta la casa. Amber se detuvo y contempló con la boca abierta la estructura que tenía delante: una inmensa casa de cedro de tres alturas repleta de porches, balcones y barandillas blancas. Detrás había un enorme cenador octogonal y un pequeño cobertizo para botes que daba al lago.

El interior de la casa era cómodo y acogedor, con suelos de pino y muebles tapizados que invitaban al relax. El porche delantero ocupaba toda la fachada de la casa y daba al lago.

—Mamá, mamá, mamá. —Bella ya había subido las escaleras y se había puesto el traje de baño—. ¿Podemos ir a nadar?

—Dentro de un rato, cariño. Espera a que todas nos pongamos el bañador.

Bella se dejó caer en uno de los sofás para esperar.

El agua del lago estaba fría y transparente. Tardaron un rato en acostumbrarse, pero después estuvieron chapoteando entre risas. Amber y Daphne se tomaron un descanso y se sentaron en el borde del embarcadero, con las piernas colgando, mientras las niñas nadaban. El sol de la tarde calentaba sus hombros mientras el agua fría del lago les goteaba del pelo.

Daphne dio una patada al agua y se volvió hacia ella.

—¿Sabes? Me siento más unida a ti que a nadie. Es casi como si volviera a estar con mi hermana. —Miró hacia el lago—. Esto es justo lo que Julie y yo estaríamos haciendo si estuviera viva; aquí sentadas viendo a las niñas, disfrutando de estar juntas.

Amber trató de pensar en una respuesta compasiva y entonces dijo:

—Es muy triste. Te entiendo.

—Ya lo sé. Me duele pensar en todas las cosas que me encantaría compartir con ella. Pero ahora, contigo, puedo hacerlo. No es lo mismo, claro, y sé que entiendes lo que quiero decir, pero me hace más feliz poder lograr que duela menos.

—Piensa que, cuando Bella y Tallulah sean mayores, estarán aquí sentadas también. Es bonito que se tengan la una a la otra.

—Tienes razón. Pero siempre he sentido que fue una pena que no tuviéramos más.

—¿Jackson no quería más hijos?

Daphne se inclinó hacia atrás y miró al cielo.

—Más bien al contrario. Él quería un niño. —Entornó los ojos e hizo visera con la mano para protegerse de la luz—. Pero nunca ocurrió. Lo intentamos mucho, pero no volví a quedarme embarazada después de Bella.

—Lo siento —le dijo Amber—. ¿Y no pensasteis en los tratamientos de fertilidad?

Daphne negó con la cabeza.

—No quería ser egoísta. Ya tenía dos niñas sanas y debía sentirme agradecida. Era solo porque Jackson siempre había querido un niño. —Se encogió de hombros—. Hablaba de tener un Jackson júnior.

—Todavía podría ocurrir, ¿no?

—Supongo que todo es posible, pero yo ya he perdido la esperanza.

Amber asintió con solemnidad, aunque por dentro daba saltos de alegría. Así que Jackson quería un niño y Daphne no podía dárselo. Era la mejor noticia que podía recibir.

Se quedaron las dos calladas y entonces Daphne volvió a hablar.

—He estado pensando. No tienes por qué trasladarte hasta el trabajo todos los días cuando el apartamento de la ciudad está vacío. Puedes quedarte a dormir las noches que Jackson no esté allí.

Amber se quedó de una pieza.

—No sé qué decir.

—No digas nada —respondió Daphne poniendo una mano sobre la suya—. Para eso están las amigas.

Capítulo 29

Amber estaba deseando dormir en la cama de Daphne esa noche. Iba a aceptar su oferta y a usar el apartamento durante el fin de semana. Como era la última semana de agosto y Jackson teletrabajaba desde el lago, el apartamento estaría disponible. No tenía grandes planes para el fin de semana, así que pasaría el sábado deambulando por Manhattan. Escribió un mensaje a Daphne para decírselo y para darle las gracias.

Hacía tiempo que no pasaba por allí, y volvió a sorprenderle la elegancia y el lujo de aquel lugar. Se imaginó a ese bastardo en su pueblo, con la arrogante de su madre... ¡Si pudieran verla en aquel apartamento palaciego! Se quitó los zapatos y caminó descalza sobre la mullida alfombra. Después se dejó caer sobre el sofá blanco en forma de media luna y contempló la estancia con deleite. Era casi como si fuera suya. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, totalmente satisfecha. Pasados unos minutos, fue al dormitorio principal a por una bata.

Escogió un bonito modelo de Fleur de seda y encaje. Fue como una caricia cálida sobre su piel. Después abrió los cajones de Daphne y sacó unas bragas de encaje blancas de Fox & Rose que le hicieron sentirse como una seductora; no es que tuviera a alguien a quien seducir, pero era agradable en cualquier caso. Fue al cuarto de baño y se cepilló el pelo, que estaba todavía más rubio tras sus frecuentes visitas al salón de belleza. Le caía sobre los hombros, espeso y brillante. «Quizá no sea tan guapa como Daphne, pero desde luego soy más joven», pensó.

Miró hacia la cama, que estaba cubierta por una suave colcha verde pálido. Esa noche dormiría allí y fingiría que era suya, para ver lo que se sentía siendo Daphne. Se sentó sobre la cama y botó unas cuantas veces antes de tumbarse y estirarse. Era como sentir el abrazo de un millón de nubes. Sería maravilloso despertarse ahí a la hora que quisiera y después explorar la ciudad. ¿Podría tener un fin de semana más perfecto?

Se quedó allí tumbada un rato más, hasta que el rugido de su estómago le recordó que no había comido nada desde el desayuno. Se levantó con reticencia y caminó hasta la cocina. Había comprado una ensalada en el mercado, así que vació el contenido en uno de los platos de porcelana china de Daphne. Antes había abierto una botella de malbec, de modo que se sirvió una copa. Después de cenar, puso algunos CD de *jazz* y se sentó con su segunda copa de vino, pensando en lo que haría al día siguiente. Quizá fuera al Guggenheim o al Whitney. Estaba sonando el tercer disco cuando oyó un ruido fuera. Dio un respingo y escuchó con atención. Sí. No cabía duda. Era el ascensor. De pronto se abrieron las puertas y entró Jackson.

—Amber —dijo sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se cerró la bata con fuerza.

—Eh, verás... Daphne me dio una llave y me dijo que me quedara aquí cuando estuviese demasiado cansada para tomar el tren. Me dijo que te lo había dicho. Yo pensaba que, como estabais todos en el lago, estaría vacío. Lo siento. No tenía idea de

que venías. —Se sonrojó.

Él dejó caer su maletín y negó con la cabeza.

—No pasa nada. Debería habértelo dicho.

—Pensaba que os quedaríais en el lago hasta el domingo por la noche.

—Es una larga historia. Digamos que he tenido semanas mejores.

—Bueno, iré a recoger mis cosas y te dejaré en paz. —No quería marcharse, pero imaginaba que Jackson esperaba que se ofreciera a ello.

Él negó con la cabeza y se dirigió hacia el dormitorio.

—Es tarde, puedes quedarte hasta mañana. Voy a cambiarme.

Le oyó hablar por teléfono, pero no distinguió lo que decía. Se quedó en el dormitorio durante casi una hora y ella empezó a preguntarse si volvería a salir. Pensó en quitarse la bata y ponerse algo de ropa, pero decidió no hacerlo. Tenía un buen presentimiento con aquella noche. Se recostó en el sofá con su copa de vino y una revista mientras esperaba.

Por fin salió, se sirvió una copa y se sentó al otro extremo del sofá. Pareció fijarse por primera vez en lo que llevaba puesto.

—Esa bata te queda muy bien. Últimamente a Daphne le aprieta un poco.

—Ha ganado algo de peso. Nos pasa a todas —dijo ella, escogiendo sus palabras con cautela.

—Últimamente está rara.

—Yo también me he dado cuenta. Cuando estamos juntas, parece distraída, como si tuviese algo en la cabeza.

—¿Te ha dicho algo? ¿Que no es feliz o algo así?

—No quiero repetir lo que me ha dicho, Jackson.

—Así que te ha dicho algo.

—Por favor, si no es feliz, tendréis que hablarlo entre vosotros.

—¿Te ha dicho que no es feliz?

—Bueno, no con esas palabras. No sé. No quiero traicionar su confianza.

Jackson dio un largo trago a su copa.

—Amber, si hay algo que deba saber, algo que pueda ayudar, por favor, dímelo.

—No creo que quieras oír lo que tengo que decir.

—Dímelo.

Amber dejó escapar un suspiro y permitió que se le abriera la bata ligeramente para dejar adivinar su escote.

—Daphne me dijo que el sexo es aburrido y rutinario. Y que todos los meses se alegra cuando le baja la regla y sabe que no está embarazada. —Fingió estar nerviosa—. Pero, por favor, no le digas que te lo he dicho. Me dijo lo mucho que deseabas tener un niño y quizá no quiera que sepas que no piensa lo mismo.

Él se quedó sin palabras.

—Lo siento, Jackson. No quería contártelo, pero tienes razón: tienes derecho a saber cómo se siente. Por favor... no le digas nada a Daphne.

Él guardó silencio, tenía la cara roja y Amber supo que estaba furioso.

Se levantó del sofá y se acercó a él. Se aseguró de que asomara su pierna entre los pliegues de la bata mientras se aproximaba. Se quedó frente a él y le puso una mano en la mejilla.

—Sea lo que sea, estoy segura de que pasará. ¿Cómo alguien no iba a ser feliz contigo, Jackson?

Él le apartó la mano de la cara y se la agarró. Ella le pasó la otra mano por el pelo y Jackson gimió, pero después la apartó.

—Perdóname, Amber. No pienso con claridad.

Ella se sentó a su lado.

—Lo entiendo. Es duro descubrir que la persona a la que quieres no desea lo mismo que tú.

Jackson se quedó mirándola fijamente.

—¿De verdad dijo esas cosas? ¿Que se alegraba cada vez que sabía que no estaba embarazada?

—Sí. Lo siento.

—No me lo puedo creer. Hemos hablado de lo maravilloso que sería. No me lo puedo creer. —Se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos en las rodillas.

Amber le acarició la espalda.

—Por favor, no le digas a Daphne que te lo he dicho. Me hizo prometer que guardaría su secreto. —Lo pensó por un momento y decidió arriesgarse más—. De hecho, se reía del tema, cada vez que te engañaba y tú no te dabas cuenta. —Esperaba que la mentira no le explotara en la cara, pero tenía que subir la apuesta.

Cuando Jackson la miró, tenía los ojos cargados de confusión y de dolor.

—¿Se reía? ¿Cómo es posible?

Amber le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó a ella.

—Yo tampoco lo entiendo. Deja que te ayude —dijo dándole un beso en la mejilla.

Él la apartó.

—Amber, no. Esto está mal.

—¿Mal? ¿Y lo que ha hecho ella está bien? ¿Traicionarte? ¿Reírse de ti? —Se levantó y se plantó de nuevo ante él—. Deja que te consuele. No va a cambiar nada.

Jackson negó con la cabeza.

—No puedo pensar ahora mismo.

—Estoy aquí para ti. Eso es lo único que debes pensar. —Se desató lentamente el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo, quedando de pie ante él solo con las bragas de encaje. Jackson la miró y ella tiró de su cabeza hasta que quedó hundida en su vientre. Después lo empujó hacia atrás para poder sentarse a horcajadas sobre su regazo y, una vez allí, le dio un beso en la oreja y le susurró lo mucho que le deseaba mientras restregaba las caderas contra él.

Encontró sus labios y le metió la lengua en la boca. Notó que cada vez se resistía

menos y la acercaba más a él, correspondiendo a sus besos.

Hicieron el amor de forma salvaje. Apenas se separaron el uno del otro, salvo para ir al dormitorio en mitad de la noche. Por fin, casi al amanecer, se quedaron profundamente dormidos.

Amber se despertó primero. Se dio la vuelta y miró a Jackson, que dormía junto a ella. Había sido un amante excepcional, un bonus añadido que no había imaginado. Estaba tan acostumbrada a planificar todos sus movimientos que le parecía casi imposible que hubieran acabado solos en el apartamento por pura casualidad. Cerró los ojos y se recostó sobre las almohadas. Jackson se estiró a su lado y entonces sintió su mano subiendo por el muslo.

Se quedaron en la cama hasta después de las doce, dormitando. Amber seguía medio dormida cuando Jackson se levantó para ducharse y vestirse. Estaba en la cocina preparando café cuando ella salió, vestida con una camiseta larga de Daphne.

—Buenos días, Superman. —Se acercó a él, pero Jackson se apartó.

—Escucha, Amber, esto no puede volver a ocurrir. Lo siento. Quiero a Daphne y jamás querría hacerle daño. Lo entiendes, ¿verdad?

Amber se sintió como si la hubiera abofeteado. Se tomó unos instantes para pensar en sus palabras y cambiar su estrategia. No iba a permitir que la rechazara.

—Claro que lo entiendo, Jackson. Daphne es mi mejor amiga y lo último que querría es hacerle daño. Pero no te castigues. Eres un hombre y tienes tus necesidades. No hay razón para que te avergüences de ello. Yo estoy aquí para ti siempre que quieras. Quedará entre nosotros, Daphne no tiene por qué saberlo.

Jackson la miró.

—Eso no es justo para ti.

—Yo haría cualquier cosa por ti, así que escúchame: siempre que quieras. Sin preguntas, sin compromiso y sin contarlo a nadie. —Le rodeó el cuello con los brazos y sintió los de él a su alrededor.

—Haces que me resulte imposible resistirme a ti —le susurró Jackson al oído.

Ella se apartó ligeramente y lo miró a los ojos mientras deslizaba la mano por debajo de su cintura y le acariciaba.

—Ah. —Jackson echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con placer.

—¿Por qué ibas a intentar resistirte? —preguntó ella con voz aterciopelada—. Ya te lo he dicho. Estoy aquí para ti. Acude a mí cuando lo necesites. Será nuestro pequeño secreto.

Capítulo 30

Amber se abrazó a un cojín y cerró los ojos para intentar dormir unos minutos más. Jackson y ella llevaban más de dos meses acostándose juntos y habían pasado la noche haciendo el amor. Estaba volviendo a quedarse dormida cuando sintió que él le sacudía el brazo.

—Tienes que levantarte. ¡Se me había olvidado! Matilda ha venido a limpiar.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Qué hago?

—¡Vístete! Vete a la habitación de invitados y haremos que parezca que has dormido allí. Tendremos que inventarnos algo para Daphne.

Enfadada, Amber se puso la bata que había a los pies de la cama y corrió por el pasillo hacia la habitación de invitados. ¿Tan terrible sería que Daphne lo descubriera? Sí, era demasiado pronto. Tenía que asegurarse de que Jackson estuviera comiendo de su mano antes de hacer algo que pusiera en peligro su situación. Fuera de su despacho se comportaba como una profesional, pero dentro, con la puerta cerrada, utilizaba cualquier truco que tuviera a su disposición para asegurarse de que jamás se cansara de ella. Era un poco agotador, sobre todo su afición al sexo oral, pero podría limitar sus servicios cuando llevara un anillo en el dedo. Y después, no le exigía nada y vivía su día a día como si no tuvieran nada más que una relación profesional. Normalmente pasaban en el apartamento algunas noches por semana. Eso era lo que más le gustaba. Despertarse a su lado, en aquel fabuloso apartamento, como si fuera todo suyo. Ahora se aseguraba de programar sus citas y cenas a última hora, para que se mostrara más dispuesto a quedarse a pasar la noche, y ella siempre tenía una bolsa de viaje preparada por si acaso.

Cada vez le costaba más trabajo desempeñar el papel de mejor amiga de Daphne. No soportaba tener que fingir que no era más que la ayudante de Jackson, que no conocía cada centímetro de su cuerpo probablemente mejor que su propia esposa. Sin embargo, por el momento debía mantener la calma. Pero, cuando Daphne la llamó para pedirle que le hiciera un recado, sintió que iba a explotar.

—Amber, cielo, ¿podrías hacerme un gran favor? —le había preguntado.

—¿Qué sucede, Daphne?

—Bella tiene una fiesta y necesita un accesorio para una de sus muñecas American Girl. A mí no me da tiempo a ir a la ciudad. ¿Te importaría recogerlo por mí y traérmelo a casa?

Desde luego que le importaba. No era su sirvienta. Había planeado quedarse a pasar la noche en el apartamento, pero ahora tendría que cambiar de planes.

—Por supuesto, Daphne, ¿de qué se trata? —preguntó sin un ápice de entusiasmo.

—Quiere el Carruaje de ciudad. Van a fingir que están en Central Park. Ya he

llamado a la tienda para reservarlo. Lo tienen a tu nombre.

Amber todavía echaba humo cuando su tren llegó a Bishops Harbor poco antes de las seis. Tomó un taxi hasta la casa y se preguntó si Jackson habría regresado ya de su viaje de negocios.

Cuando llegó, Daphne estaba en la cocina con las niñas y Jackson no estaba por ninguna parte.

—Eres un encanto. ¡Gracias! —exclamó Daphne, y señaló a Bella con la cabeza antes de continuar—. Habría tenido una crisis entre manos si me hubieras dicho que no.

Amber le dedicó una sonrisa forzada.

—Eso no puede ser.

—¿Quieres beber algo? —Daphne le mostró una botella de vino tinto medio vacía. Amber pensó que era un poco pronto para ella.

—Solo una copa. Esta noche tengo una cita con Gregg —mintió. No quería tener que quedarse allí toda la noche—. Veo que me llevas ventaja.

Daphne se encogió de hombros y le sirvió una copa.

—Gracias a Dios que es viernes.

Amber aceptó la copa y dio un trago.

—Gracias. ¿Dónde está Jackson?

Daphne puso los ojos en blanco.

—En su despacho, ¿dónde si no? —Bajó la voz para que las niñas no la oyeran y se acercó más a ella—. La verdad, lleva fuera toda la semana y lo primero que hace cuando llega a casa es quejarse de que Bella se ha dejado los zapatos en la entrada. A veces es más fácil cuando no está.

«No te preocupes, cielo», quiso decirle Amber. «No tendrás que soportarlo durante mucho tiempo». En su lugar, la miró con preocupación.

—Estás arruinando mi fantasía del matrimonio perfecto —comentó entre risas.

—No importa. Cuando se calmó, tuvimos un pequeño escarceo vespertino. Era la primera vez en mucho tiempo. —Se llevó la mano a la boca—. ¡No puedo creerme que te haya contado eso! Pero basta de hablar de mí. Cuéntame qué tal con Gregg. —Enlazó su brazo con el de Amber y se fueron juntas al porche interior—. Sabine —gritó Daphne por encima del hombro—, por favor, baña a las niñas cuando hayan terminado de cenar.

—Tengo que ir al baño —dijo Amber, y salió corriendo. Entró al baño, cerró de un portazo y se quedó apoyada contra la puerta. ¿Jackson ya se estaba cansando de ella? La expresión petulante de Daphne le ponía de los nervios. Empezó con un cosquilleo en los dedos y después se clavó las uñas en las manos para no gritar. Estaba a punto de explotar, la adrenalina recorría sus venas tan deprisa que apenas podía respirar. Quería romper algo. Se fijó en la delicada tortuga verde de cristal situada sobre la repisa que tenía enfrente. La levantó, la tiró al suelo y la pisoteó con ambos pies, pulverizando los trocitos contra la moqueta. Esperaba que Daphne se

cortara los pies con ellos. Abrió la puerta y regresó al porche. Eso era lo que pasaba cuando perdía a Jackson de vista durante demasiado tiempo. Tendría que hacer algo al respecto, y hacerlo rápido.

Daphne golpeó con la mano el asiento contiguo al suyo cuando Amber regresó.

—Bueno, cuenta. ¿Qué tal con Gregg?

En lo referente a Gregg, lo veía lo justo para que Daphne no sospechara. Salía a cenar con él, normalmente algún viernes o sábado, a veces jugaba al tenis con él en el club. Gregg la creía cuando le decía que necesitaba más tiempo para superar lo del exnovio agresivo que se había inventado; ese del que nadie sabía nada, salvo él.

—Es muy dulce y atento. No le veo todo lo que me gustaría por culpa del trabajo. —Se apresuró a levantar la mano—. No es que me queje. Aprecio el trabajo, créeme.

Daphne sonrió.

—Ya lo sé, no te preocupes. La esposa del jefe no dirá nada.

Por dentro Amber estaba echando humo.

—Yo no te veo como la esposa del jefe.

Daphne arqueó una ceja.

Amber estiró el brazo y le apretó la mano.

—Lo que quiero decir es que te veo como a mi mejor amiga. Si alguna vez me caso, me gustaría que fueras mi dama de honor.

—Oh. Qué bonito. Aunque probablemente sea demasiado mayor para eso, ¿no?

Amber negó con la cabeza.

—Claro que no. Cuarenta no es demasiado.

—¡Eh! Que tengo treinta y ocho. No me quieras enterrar ya.

Sabía perfectamente los años que tenía Daphne. Pero entre treinta y ocho y cuarenta, ¿qué importaba? Ella tenía veintiséis años. No se podía competir con eso.

—Perdona, Daph. Se me dan fatal esas cosas. De todos modos pareces joven.

—Ah, antes de que se me olvide, voy a deshacerme de algo de ropa, pero he pensado que a lo mejor querías echarle un vistazo primero —comentó Daphne.

Amber no necesitaba sus migajas. Tenía su propio fondo de armario nuevo, gracias a Jackson. Pero no podía mostrar sus cartas... aún no.

—Qué amable. Me encantaría echarle un vistazo. ¿Por qué tú ya no la quieres? ¿No te queda bien? —No pudo resistirse.

—¿Cómo? —preguntó Daphne sonrojada.

Amber miró al suelo. ¿Cómo iba a salir airosa de aquello? Antes de que pudiera decir nada, Daphne volvió a hablar.

—Sí que he ganado peso. No paro de picotear. Como cuando estoy estresada, y estoy preocupada por Jackson. Se comporta de manera extraña y no lo entiendo.

—Oh, Daph. No sabía si debía decírtelo, pero ha estado pasando mucho tiempo con una de sus vicepresidentas. Es nueva y se llama Bree. No sé si hay algo entre ellos, pero salen a comer y tardan mucho en regresar... —Bree era una atractiva mujer que había empezado a trabajar en la empresa pocas semanas antes. Era cierto

que Amber había desconfiado de ella y había estado dispuesta a sabotearla, hasta que descubrió que Bree era lesbiana. Pero eso Daphne no lo sabía. Bree y Jackson habían estado trabajando mucho juntos, pero era algo totalmente inocente... y ahora Daphne empezaría a preguntarle por ella y volvería a lanzarlo a sus brazos.

Daphne se llevó la mano a la boca.

—Ya sé a quién te refieres. Es preciosa.

Amber se mordió el labio.

—Lo sé. Y además es una víbora. He visto cómo lo mira. Siempre anda poniéndole la mano en el brazo o cruzándose de piernas, y lleva faldas muy cortas. Además es grosera conmigo, acude directamente a Jackson para concertar una cita como si tuviera acceso especial o algo así.

—¿Qué puedo hacer?

—Sé lo que haría yo si estuviera en tu lugar —respondió Amber.

—¿Qué?

—Le diría que se librara de ella.

—No puedo hacer eso —dijo Daphne—. Es su negocio. Pensará que me he vuelto loca.

Amber fingió pensar.

—Lo sé. Ve a hablar con ella.

—¡No puedo hacer eso!

—Claro que puedes. Ven a la oficina y dile con mucha discreción que la tienes vigilada y que, si valora su trabajo, será mejor que deje en paz a tu marido.

—¿Eso crees?

—¿Acaso quieres perderlo?

—Claro que no.

—Entonces sí, plántate allí y demuéstrole quién manda. Yo me aseguraré de mantenerlo ocupado mientras estás allí, para que no lo descubra.

Daphne tomó aliento.

—Quizá tengas razón.

Amber sonrió. Era perfecto. Daphne le avergonzaría en la oficina, lo cual le pondría furioso.

—Yo te cubriré las espaldas en todo momento.

Capítulo 31

Cada vez resultaba más difícil lograr que Gregg no se metiera en su cama. Tampoco le habría importado echar un polvo con él; besaba bien y se veía que estaba más que dispuesto a complacerla, pero no podía arriesgarse. Cuando se quedara embarazada, sería de Jackson, no de Gregg. Además, en cuanto su situación con Jackson fuera segura, mandaría a Gregg a paseo. Lo único que tenía que hacer hasta entonces era lo que mejor se le daba cuando estaba en el instituto. Se levantó del suelo, acarició el vientre de Gregg con los labios y lo besó en la boca antes de irse al baño a lavarse la boca. Él seguía allí de pie, con cara de asombro y los pantalones por los tobillos.

La miró avergonzado mientras se los subía.

—Lo siento. Parece que no eres de este mundo, cariño. —La acercó a él y Amber tuvo que resistir la tentación de escabullirse—. ¿Cuándo estarás preparada para hacer el amor? No sé cuánto tiempo más podré aguantar.

—Lo sé, a mí me pasa igual. Mi médico dice que necesito otras seis semanas hasta que se termine de curar todo. A mí también me está matando. —Gregg estaba impacientándose y ella había tenido que inventarse una nueva excusa. Le contó una historia patética sobre unos quistes que le habían quitado, por lo que no podía practicar el coito por el momento. Cuando empezó a darle detalles, él levantó las manos y dijo que no necesitaba saberlo todo—. Será mejor que te vistas. Llegaremos tarde a la obra si no empezamos a cenar pronto —le dijo con dulzura. «Mueve el culo», quería decirle. Habían ido a Nueva York a ver *El violinista en el tejado* e iban a pasar la noche en el apartamento que sus padres tenían frente a Central Park. Amber quería ver *The Book of Mormon*, pero, cuando se lo dijo, Gregg respondió que no le interesaba ver una obra religiosa.

Ella había accedido a preparar la cena antes del teatro; pollo asado precocinado y arroz instantáneo con ensalada. Estaba abriendo los armarios en busca de cacerolas, cuencos y utensilios cuando sintió que Gregg la abordaba por detrás. Se dio la vuelta y se quedó mirándolo.

—Perdona —dijo él—. Intentaba ayudarte a encontrar las cosas.

—Ya he encontrado todo lo que necesito —respondió ella con sequedad.

Al abrir el grifo para llenar la cacerola, Gregg estiró el brazo frente a ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Intento ayudarte. Iba a quitarte la cacerola para ponerla al fuego.

—Creo que puedo sola —dijo ella acercándose a los fuegos, pero Gregg se le adelantó, encendió el fuego y ambos se chocaron. A Amber le bailó la cacerola en la mano y el agua se derramó por todas partes, empapándole el vestido.

—Oh, Dios mío. ¿Estás bien? —preguntó Gregg, agarró un trozo de papel de cocina y empezó a secarle el vestido.

«¿Es que eres gilipollas?», quiso gritarle ella, pero en su lugar sonrió y dijo:

—No pasa nada. ¿Por qué no vas a sentarte mientras yo termino con esto?

Llegaron al teatro Broadway con tiempo de sobra, así que Gregg fue al bar a pedir una copa para cada uno. Amber contempló el magnífico teatro, admirando la lámpara de araña del vestíbulo, decorado en rojo y dorado. Gregg regresó con las bebidas, dos copas de vino blanco, aunque ella ya le había dicho en múltiples ocasiones que prefería el tinto. ¿Es que nunca la escuchaba?

—Creo que te gustarán los asientos. Patio de butacas primera fila —le dijo él mostrándole las entradas con una floritura.

—Fantástico. Primera fila para oír bien las canciones. —Amber había visto la película y no entendía a qué venía tanto alboroto. *El violinista* estaba pasado de moda. Eran las entradas de sus padres, y al parecer ni siquiera a ellos les interesaba.

—¿La has visto antes? —le preguntó a Gregg.

Él asintió.

—Siete veces. Es mi obra favorita. Me encanta la música.

—Vaya, siete veces. Debe de ser un récord —comentó ella mirando distraídamente a su alrededor.

Gregg se irguió y dijo con orgullo:

—En mi familia son grandes aficionados al teatro. Mi padre compra entradas para las mejores obras.

—Qué bien para ti.

—Desde luego. Es un gran hombre.

—¿Y tú? —preguntó ella sin mucho interés.

—¿Qué quieres decir?

—¿Eres un gran hombre? —Estaba jugando con él.

—Lo seré algún día, Amber —respondió riéndose—. Me educan para ser un gran hombre. Y espero que tú estés a mi lado.

Amber contuvo las ganas de reírse en su cara y en su lugar dijo:

—Ya veremos, Gregg, ya veremos. ¿Vamos a sentarnos?

Amber descubrió que le gustaba la obra pese a sus reparos iniciales. Justo cuando había empezado a pensar que la velada no había sido una pérdida de tiempo, Gregg se puso a seguir el ritmo de la música golpeando el suelo con el pie. Después empezó a tararear y la gente a su alrededor comenzó a mirarlos.

—¡Gregg! —murmuró ella en voz baja.

—¿Eh?

—Estás tarareando.

—Perdón. Es muy pegadiza.

Se quedó callado, pero entonces comenzó a mover la cabeza al ritmo de la música. A ella le daban ganas de estrangularlo.

Tres horas más tarde salieron del teatro. A ella se le había puesto dolor de cabeza.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Gregg.

—Bueno. —Cualquier cosa mejor que volver al apartamento de sus padres a esquivar sus zarpas.

—¿Vamos a Cipriani's?

—Suenan bien. Pero ¿podemos ir en taxi? No quiero caminar bajo la lluvia.

—Claro.

—Sigo sin entender a qué viene tanto alboroto cuando la hija pequeña se casa con el ruso —dijo Gregg cuando ya estaban sentados en el taxi—. Quiero decir, ¿no se quejaban los judíos de que los juzgaban por su religión? Y luego va Tevye y hace lo mismo.

Amber lo miró asombrada.

—Te das cuenta de que los rusos fueron los que les obligaron a marcharse, ¿verdad? Además ella se casaba fuera de su religión. —¿Había visto la obra siete veces y todavía no la entendía?

—Sí, sí, lo sé. Solo era un comentario. No es muy políticamente correcto. Pero, bueno, la música es fabulosa.

—¿Te importa si pasamos de las copas? Me va a explotar la cabeza. Necesito irme a dormir. —Si tenía que pasar más tiempo hablando con él esa noche, tendría que matarlo.

—Claro, cariño. —La miró preocupado—. Siento que no te encuentres bien.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa tensa.

Cuando volvieron al apartamento, se metió bajo las sábanas y se hizo un ovillo. Sintió el crujido del colchón cuando Gregg se tumbó a su lado y pegó su cuerpo al de ella.

—¿Quieres que te dé un masaje en las sienes? —le susurró.

«Quiero que te pierdas», pensó ella.

—No. Déjame, a ver si puedo quedarme dormida.

Él le rodeó la cintura con el brazo.

—Estoy justo aquí, por si cambias de opinión.

«No lo creo», pensó ella.

Capítulo 32

Amber se despertó con un rayo de luz que se colaba a través de las cortinas de su habitación en el hotel Dorchester. Se levantó de la cama y descorrió las cortinas para que el sol calentara su cuerpo. Pese a ser muy temprano, había mucha actividad en Hyde Park; corredores, personas paseando a sus perros, gente que iba a trabajar. Llevaban en Londres tres maravillosos días y ella estaba disfrutando cada momento. Estaba allí en calidad de ayudante de Jackson, puesto que había llevado consigo a toda la familia, y tenía su propia habitación frente a la *suite* familiar. Jackson y ella trabajaban durante el día mientras Daphne y las niñas hacían turismo.

La segunda noche fueron todos al teatro St. Martin's a ver *La ratonera*, pero la noche anterior Daphne había decidido llevarse a Tallulah y a Bella al *ballet* a ver *La bella durmiente*, mientras que Jackson y ella acudían a una cena de negocios. La verdad era que no existía tal cena. Habían pasado cuatro horas en su habitación. Él estaba como loco tras haber pasado tres días sin poder estar juntos. No estaba acostumbrado a sequías tan largas; ella se había asegurado de eso y, cuando tenía la regla, le daba placer de otras maneras. Ahora Jackson se quedaba en el apartamento de Nueva York por lo menos tres noches por semana y ella con él. Daphne podía localizarlos con el teléfono móvil, de modo que era imposible que averiguase que estaban juntos. Los fines de semana, solía pasar el rato en casa de los Parrish con su buena amiga Daphne, y, en al menos dos ocasiones, Jackson y ella habían tenido relaciones sexuales en el baño de abajo mientras Daphne acostaba a las niñas. El peligro de que los pillaran resultaba excitante. Y una noche salieron de la casa después de que Daphne se quedara dormida en el sofá, se bañaron desnudos en la piscina climatizada y después lo hicieron en el cenador. Jackson no se cansaba de ella. Le había echado el lazo y, en cuanto se quedara embarazada, tensaría la cuerda.

Amber le pasó una pierna por encima y se apoyó en su hombro.

—Mmm. Podría quedarme así para siempre —murmuró medio dormida.

Jackson la estrechó contra su cuerpo y le acarició el muslo.

—Volverán enseguida. Tenemos que ponernos la ropa de la cena y esperarlas en la *suite*. —Se giró hasta quedar encima de ella—. Pero primero...

Amber iba a desayunar con Daphne y con las niñas en el hotel, y, cuando entró, la sorprendente mezcla de cobre, mármol y cuero color mantequilla inundó sus sentidos una vez más. Daphne y las niñas estaban sentadas con Sabine a una mesa redonda en mitad del restaurante.

—Buenos días —dijo cuando se sentó—. ¿Qué tal el *ballet* anoche?

Antes de que Daphne pudiera decir nada, habló Bella.

—Oh, tía Amber, te habría encantado. La bella durmiente era preciosa.

—Supongo que por eso la llaman bella durmiente —contestó Amber.

—No, no. La llaman así porque se quedó dormida y nadie podía despertarla hasta que el príncipe la besó. —Bella tenía la cara roja de la emoción.

—La tía Amber estaba de broma. Era un chiste, estúpida —dijo Tallulah.

Bella golpeó su tazón de cereales con la cuchara.

—¡Mamá!

—Tallulah, discúlpate con tu hermana ahora mismo —dijo Daphne.

Tallulah miró a su madre.

—Perdón —le dijo a Bella.

—Así está mejor —contestó su madre—. Sabine, ¿quieres llevarlas a dar un paseo por el parque? La barcaza por el Támesis hasta Greenwich no sale hasta las once.

—*Oui*. —Echó su silla hacia atrás y miró a Bella y a Tallulah—. *Allez les filles*.

Daphne iba por su segunda taza de café cuando llegó el desayuno inglés completo de Amber y se puso a comerlo con fruición.

—Tienes mucho apetito esta mañana —comentó Daphne.

Amber levantó la mirada de su plato. Se dio cuenta de que Jackson y ella no habían comido la noche anterior. Era lo último en lo que pensaban.

—Me muero de hambre. No soporto las cenas de negocios. La comida se te enfría mientras hablas y luego ya no resulta apetecible.

—Siento que tuvieras que trabajar y te perdieras el *ballet*. Fue maravilloso.

—Yo también. Habría preferido ese plan.

Daphne estuvo removiendo el café distraídamente durante unos segundos antes de hablar.

—Amber —dijo en voz baja y seria—, necesito hablar contigo de una cosa que me inquieta.

Amber dejó el cuchillo y el tenedor.

—¿De qué se trata, Daph?

—Es Jackson.

Trató de controlar el pánico que amenazaba con consumirla.

—¿Qué pasa con Jackson? —preguntó sin delatar nada.

—Creo que se está viendo con alguien.

—¿Hablaste con Bree?

—Sé que no tiene nada que ver con Bree. Es lesbiana. Conocí a su novia en una fiesta a la que asistimos hace poco. Me alegro de no haber ido a la oficina a acusarla. Pero ha estado muy distante últimamente. Pasa casi toda la semana en el apartamento de Nueva York. Antes no lo hacía. Quizá se quedaba una noche esporádica, pero eso era la excepción. Ahora parece ser la norma. E incluso cuando está en casa, es como si no estuviera allí. Tiene la mente en otra parte. —Le puso una mano en el brazo—. Y hace semanas que no hacemos el amor.

Nada podría haber satisfecho más a Amber. Así que Jackson ya no se acostaba con Daphne. No le sorprendía. Se aseguraba de dejarlo saciado en todos los aspectos.

—Estoy segura de que te equivocas —le dijo poniendo la mano sobre la de ella—. Está cerrando un proyecto muy importante en Hong Kong y ha sido mucho trabajo. Además, la diferencia horaria entre aquí y allí le obliga a realizar llamadas a todas horas. Está agotado. No tienes nada de qué preocuparte. En cuanto cierre el trato, volverá a la normalidad. Confía en mí.

—¿De verdad lo crees?

—Sí —respondió Amber con una sonrisa—. Pero, si te hace sentir mejor, mantendré los ojos y los oídos abiertos y te lo diré si veo algo sospechoso.

—Te lo agradecería. Sabía que podía contar contigo.

Amber se reunió con ellas más tarde para el viaje en barco por el Támesis hasta Greenwich, y juntas subieron por la colina hasta el Observatorio Real. Comieron en el pueblo y pasearon durante un rato después; también visitaron el Museo Marítimo Nacional. Para cuando regresaron al hotel, Bella y Tallulah estaban agotadas y necesitaban descansar. Ella pensó que también le iría bien una siesta, de modo que se fueron todas a sus habitaciones a descansar. Se quedó dormida en cuestión de segundos y, cuando se despertó, eran las seis. Llamó a la *suite* para ver cuál era el plan para la cena.

—¿Has descansado? —le preguntó Daphne cuando descolgó.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí, hemos dormido todas. Yo llevo despierta un rato, pero Tallulah y Bella acaban de despertarse. Ellas van a cenar aquí esta noche. —Su voz se suavizó entonces—. Creo que tenías razón. Jackson quiere una cena romántica, solos los dos. Se ha disculpado por todas las noches que ha pasado fuera y por su obsesión con el trabajo. Debería haber sabido que tenías razón. Gracias por hacérmelo entender.

—De nada —respondió Amber con la voz ahogada. ¿A qué demonios estaba jugando Jackson? ¿Una cena romántica con Daphne? ¿Después de haber hecho el amor con ella la noche anterior?

—Gracias de nuevo —repitió Daphne—. Nos vemos mañana.

Amber colgó el teléfono y se sentó en la cama, furiosa. ¿Jackson creía que podía utilizarla sin más y después volver corriendo junto a Daphne? Oyó las palabras de su madre, repetidas con tanta frecuencia que a ella le daban ganas de meterle un trapo en la boca. «No seas el cubo de basura de nadie». A ella siempre le había parecido un consejo de lo más vil, pero ahora se sentía justo así.

Estaba terminando de maquillarse cuando oyó que llamaban a su puerta.

La abrió y Jackson se coló en la habitación. La miró con expresión confusa.

—¿Vas a salir?

Ella sonrió, puso una pierna sobre la cama y se subió la media antes de engancharla a la liga.

—Daphne me ha dicho que teníais planes, así que he llamado a un viejo amigo y

hemos quedado para tomar algo.

—¿Qué viejo amigo?

Ella se encogió de hombros.

—Un viejo amigo. Hoy he llamado a mi madre y me ha dicho que se mudó aquí hace algunos años con su esposa —mintió.

Jackson se sentó en la cama sin dejar de mirarla.

—Pobrecillo, acaba de divorciarse. Pensé que le vendría bien animarse un poco.

—No quiero que vayas.

—No seas tonto. Es agua pasada.

Jackson le agarró ambas manos y la empujó hacia atrás hasta que quedó aprisionada contra la pared. Empezó a besarla con pasión, moviendo su cuerpo contra el suyo mientras le levantaba la falda por encima de los muslos. De pie y medio desnudos, hicieron el amor con urgencia y, cuando terminaron, Jackson la arrastró hasta la cama para que se sentara a su lado.

—Cancela tu cita —le pidió.

—No esperarás que me quede aquí sola en la habitación mientras tú sales con Daphne. Además, ¿es que no confías en mí?

Jackson se levantó con la cara roja y los puños apretados.

—No quiero que salgas con otro hombre —declaró antes de sacarse una caja del bolsillo—. Esto es para ti.

Se la entregó y, al abrirla, descubrió una preciosa pulsera de diamantes.

—Vaya —murmuró—. Jamás había visto nada tan bonito. ¡Gracias! ¿Me la pones? —Le dio un largo beso—. Supongo que podría cancelar la cita si tanto te molesta. ¿Cuánto durará tu cena?

—Haré que sea rápido. Vendré a verte dentro de dos horas.

La pulsera era la joya más asombrosa que había visto jamás. Y era suya. Toda suya. Se dio la vuelta despacio y, sin dejar de mirar a Jackson, comenzó a desnudarse. Cuando se quedó solo con la pulsera, se acercó a él y ronroneó.

—Vuelve deprisa y te demostraré lo agradecida que es tu chica.

Cuando Jackson se marchó, ella sacó su teléfono y se hizo un *selfie*; un *selfie* muy erótico. Esperó una hora, sabiendo que estaría en mitad de la cena, y entonces se lo envió. Eso le haría pedir la cuenta lo antes posible.

Capítulo 33

Amber disfrutaba bañándose en la bañera de Daphne, con frecuencia en compañía de Jackson. Se deleitaba con las suaves sábanas de seda al tumbarse junto al marido de Daphne y volverlo loco de deseo. Resultaba liberador saber que, por muchas toallas que utilizara, por muy revueltas que estuvieran las sábanas, por muchas copas de vino y platos de comida que utilizara, podía salir por la puerta a la mañana siguiente y saber que la doncella se encargaría de dejarlo todo como nuevo para cuando Jackson y ella regresaran por la noche. El portero la saludaba educadamente con la cabeza al llegar y al salir, un modelo de discreción, al igual que la nueva doncella. Matilda, la antigua, había sido despedida. Al parecer había robado algunas joyas de Daphne. Las mismas joyas que Amber había empeñado para conseguir un poco de dinero extra.

La noche anterior habían ido a la inauguración de una exposición en una pequeña galería situada en la calle veinticinco. Jackson había descubierto al artista, Eric Fury, años atrás y se lo había presentado a sus amigos coleccionistas. Nada más entrar en la galería, se habían visto rodeados. Había quedado claro no solo que Jackson era un hombre muy conocido, sino que a la gente le gustaba estar en la órbita de su poder y de su encanto. Ella se había cuidado de no entrelazar su brazo con el de él o parecer demasiado cariñosa.

En cuanto Eric Fury vio a Jackson, corrió hacia ellos para darle la mano.

—Jackson. Cuánto me alegro de verte. —Hizo un gesto con el brazo para abarcar la habitación abarrotada de gente—. ¿A que es genial?

—Lo es, Eric, y te lo mereces todo —le aseguró Jackson.

—Es todo gracias a ti. No sabes lo agradecido que estoy.

—Tonterías. Yo solo te presenté. Tu arte habla por sí solo. No estarías aquí si no tuvieras talento.

Fury se volvió hacia Amber.

—Tú debes de ser Daphne.

—De hecho es mi ayudante, Amber Patterson. Por desgracia, mi mujer no ha podido venir, pero le encanta tu trabajo tanto como a mí.

Amber le ofreció la mano.

—Es un placer conocerle, señor Fury. Recientemente he leído que está sustituyendo los lienzos por madera que recoge en edificios antiguos.

Jackson la había mirado sorprendido.

—Tiene razón, señorita Patterson —le dijo Fury—. Es un reflejo de lo que perdemos cuando dejamos que derriben edificios históricos.

De pronto apareció un hombre con una cámara.

—Eh, señor Fury. ¿Le importa que le saque una foto para la edición de mañana?

Eric sonrió y se juntó a Jackson mientras Amber se apartaba del objetivo. Lo último que necesitaba era otra foto suya en el periódico.

—Bueno, chico, te dejo que vuelvas con tus fans para vender tu arte —le dijo

Jackson cuando el fotógrafo terminó. Cuando el artista se alejó, Jackson se acercó a Amber, que estaba admirando una de las obras.

—No sabía que supieras algo de Eric Fury —le dijo.

—En realidad no sé nada. Pero, cuando me preguntaste si quería venir a la exposición, leí algo sobre él. Siempre me gusta saber algo de antemano. Hace que la experiencia sea más enriquecedora.

Él asintió con aprobación.

—Impresionante.

Amber sonrió.

—Te has comportado con mucha discreción al apartarte de la foto. Espero que no te hayas sentido incómoda.

Qué gracioso. Pensaba que estaba protegiéndolo a él.

—En absoluto. Sabes que siempre te cubriré las espaldas. —Sonrió y se acercó más a él—. Y también el torso —susurró.

—Creo que es hora de irnos —dijo él.

—Tú mandas.

Mientras recorrían la habitación, despidiéndose de todos, Amber experimentó lo que sentiría al ser la esposa de Jackson, en el centro del universo junto a él... y resultó sublime. Solo tenía que esperar.

Tomaron un taxi para regresar al apartamento y prácticamente iban arrancándose la ropa mientras subían en el ascensor privado. No llegaron al dormitorio, sino que hicieron el amor apasionadamente en el suelo del salón. Esa era una de las cosas que más le gustaban; se había asegurado de que hicieran el amor en todas las habitaciones, incluso en los dormitorios de las niñas. Eso había sido un desafío, pero quería que su aroma estuviese por todas partes, como un gato callejero.

Oyó el grifo de la ducha y se giró sobre la cama para ver la hora en el reloj de la mesilla. ¡Las siete y media! Jackson salió del baño con una toalla enrollada a la cintura y el pecho húmedo. Se sentó al borde de la cama y le revolvió el pelo.

—Buenos días, dormilona.

—Ni siquiera había oído el despertador. Me levanto ya.

—Menudo espectáculo me diste anoche. No me extraña que estés agotada. —Se inclinó y le dio un beso largo y sensual.

—Ohhh, vuelve a la cama —le rogó ella.

Jackson deslizó la mano por su cuerpo.

—Nada me gustaría más, pero recuerda que tengo una reunión a las diez con Harding and Harding.

—Es verdad. Siento haberte tenido despierto hasta tan tarde.

—No te disculpes nunca por eso. —Se puso en pie, dejó caer la toalla y comenzó a vestirse. Amber se acurrucó contra la almohada y admiró ese cuerpo musculoso que

tan bien conocía. Terminó de vestirse cuando ella se levantó de la cama—. Me marchó —le dijo mientras arrastraba su cuerpo desnudo hacia él—. Dame un beso y date prisa. Tenemos que prepararnos para esa reunión.

Amber se sirvió un vaso de zumo y se fue a la ducha. Eligió un traje rojo de Óscar de la Renta que Jackson le había comprado la semana anterior y salió por la puerta casi a las ocho. Llegó a la oficina a las nueve menos cuarto y entró en el despacho de Jackson. Sabía que estaba mirándola al entrar con esa chaqueta ajustada y esa falda corta que marcaba tanto su trasero.

A las doce, la reunión en el despacho de Jackson todavía seguía cuando Amber levantó la mirada y vio a Daphne acercarse a su mesa. Parecía que había ganado más peso y no estaba tan impecable como de costumbre. Llevaba los labios mal pintados y la blusa le quedaba tan apretada que los botones parecían a punto de salir volando. Amber se fijó también en que no llevaba joyas más allá de su anillo.

—Daphne, qué sorpresa —le dijo poniéndose en pie—. ¿Va todo bien? —¿Qué estaba haciendo allí?

—Sí, todo bien. Estaba en la ciudad y me preguntaba si Jackson estaría libre para comer.

—¿Te esperaba?

—Bueno, no. He pasado por si acaso. Intenté llamarte a ti para que me dieras su agenda, pero me dijeron que todavía no habías llegado. ¿Está aquí?

—Está reunido con un grupo de inversores —respondió Amber—. No sé cuándo terminarán.

Daphne pareció decepcionada.

—Oh. ¿Y la reunión acaba de empezar?

Amber reordenó unos papeles que tenía sobre la mesa.

—No lo sé. Tuve un problema con el coche esta mañana y perdí el tren. Por eso he llegado tarde. —Se quedó mirando a Daphne.

—Bueno, a lo mejor espero un poco. ¿Te importa si me quedo aquí sentada contigo? No te molestaré si tienes trabajo que hacer.

—Claro que no. Por favor, siéntate.

—Por cierto, llevas un traje precioso.

—Gracias. Lo compré en una tienda de segunda mano aquí en la ciudad. Es increíble lo que se puede encontrar por poco dinero. —«Y adivina de quién son las bragas y el sujetador rojo que llevo debajo», quiso añadir.

Daphne se sentó y ella volvió a la pila de papeles que tenía sobre la mesa mientras devolvía y realizaba llamadas.

—Te has adaptado bien a este trabajo, ¿verdad? Jackson dice que no sabría qué hacer sin ti. Yo sabía que serías perfecta para él.

Amber echaba humo. Estaba harta de que Daphne la tratase con condescendencia. Estaba tan desconectada de las necesidades de su propio marido que casi daba risa.

Justo en ese momento se abrió la puerta del despacho de Jackson y los cuatro

miembros del equipo de Harding and Harding se despidieron con apretones de manos. A juzgar por la cara de Jackson, Amber supo que la reunión había ido bien. Se alegraba. Eso significaría un salto financiero importante. Cuando Jackson se quedó solo, le sorprendió ver a Daphne.

—Hola, cariño —le dijo ella levantándose de la silla para darle un abrazo.

—Daphne, qué sorpresa. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

—¿Podemos ir a tu despacho? —le preguntó con dulzura.

Jackson la siguió y cerró la puerta tras ellos. Pasados veinte minutos, Amber iba a explotar. ¿Qué estaría pasando ahí dentro? De pronto Jackson abrió la puerta y dijo:

—Amber, ¿puedes entrar y traer mi agenda contigo? No sé cómo, pero la mía se ha borrado.

Daphne levantó la mirada cuando Amber entró en el despacho.

—¿Ves, Amber? ¿Qué diablos haría sin ti? Jackson estaba contándome lo innovadora que eres.

—¿Qué tal tengo la tarde, Amber? Mi esposa quiere llevarme a comer.

Amber abrió la agenda en su iPhone.

—Parece que tienes una comida a la una menos cuarto con Margot Samuelson, de Atkins Insurance. —Era mentira, pero no pensaba dejar que Jackson y Daphne comieran juntos—. Siento que hayas venido para nada —le dijo a Daphne.

Daphne se levantó de su asiento.

—No te preocupes. Tenía que venir esta mañana para una reunión del comité. No hay problema. —Se situó detrás del escritorio y le dio un beso a Jackson—. ¿Te veré esta noche?

—Por supuesto. Llegaré a casa para cenar.

—Bien. Te hemos echado de menos.

Amber la acompañó fuera y Daphne le dio un abrazo.

—Me alegra que venga a casa esta noche. Las niñas le echan de menos. Antes no se quedaba a dormir en la ciudad con tanta frecuencia. ¿Estás segura de que no has notado nada sospechoso? ¿Nadie que le llame aquí o algo así?

—Créeme, Daphne, nadie le ha llamado ni ha venido. Yo incluso me quedé una noche en el apartamento cuando Jackson y tú estabais en el lago, y no vi rastro de que nadie, salvo él, hubiera estado allí. Es que en esta época estamos muy ocupados aquí. Estoy segura de que ya habrá tenido momentos así antes.

—Sí, supongo que tienes razón. Ha habido épocas así, pero esta vez es diferente.

—Creo que estás imaginándote cosas.

—Gracias por no permitir que me vuelva loca.

—De nada.

Cuando Daphne se hubo marchado, Amber fue directa al despacho de Jackson.

—¿Qué quería?

—Quería comer, como bien ha dicho.

—Habéis estado a solas mucho tiempo. ¿A qué ha venido eso?

—Eh, eh. Es mi esposa, ¿recuerdas?

Amber hizo un esfuerzo por recular.

—Lo sé. Lo siento. Es que... —Se tragó las lágrimas falsas—. Es que me importas tanto que no soporto la idea de que estés con otra.

Jackson se levantó de su mesa y abrió los brazos.

—Ven aquí, cabeza loca. —La abrazó y ella se aferró con fuerza a su cuerpo—. Deja de preocuparte. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Amber sabía que no debía desafiarlo y preguntarle cómo y cuándo sucedería.

—¿Vas a volver a Connecticut esta noche?

Él la apartó, le colocó las manos en los hombros y la miró a los ojos.

—Tengo que hacerlo. Además, quiero ver cómo va todo por casa. Parece que Daphne tiene problemas.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Ha ganado más peso, ¿verdad? —comentó.

—Parece descuidada y no es propio de ella. Quiero ver además cómo están las niñas, asegurarme de que va todo bien.

Amber regresó a sus brazos.

—Te echaré mucho de menos.

Jackson dejó caer los brazos y se acercó a la puerta del despacho. Amber ya estaba desabrochándose la falda cuando oyó el pestillo.

Capítulo 34

Jackson le dijo a Amber que tenía una sorpresa para ella. El chófer los recogió en el restaurante y los llevó al aeropuerto de Teterboro, donde les esperaba un *jet* privado. Cuando ella vio el aeródromo, se volvió hacia Jackson.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

—Nos vamos de viaje —respondió él acercándola a su cuerpo.

—¿De viaje? ¿Dónde? No llevo ropa.

—Claro que no, pero tampoco la necesitarás mucho —le dijo él riéndose.

—¡Jackson! —Fingió estar escandalizada—. Pero en serio, no he traído nada.

—No te preocupes. Hay tiendas en París.

—¿París? Oh, Jackson. ¿Vamos a París?

—La ciudad más romántica del mundo.

Amber se desabrochó el cinturón, se sentó en su regazo y comenzó a besarlo. Casi se desnudaron allí mismo, en el coche, pero se detuvieron junto a las escalerillas del avión. Jackson fue el primero en separarse.

—Ya hemos llegado —le dijo mientras abría la puerta.

Subieron al avión y Amber miró a su alrededor mientras Jackson hablaba con el piloto. Los únicos aviones en los que había estado eran de pasajeros de líneas comerciales, con montones de filas de asientos, y naturalmente siempre había volado en clase turista. Incluso aquella vez que se reunió con Jackson y su familia en Londres, había volado con una aerolínea comercial. Sabía que existían los *jets* privados, pero jamás había imaginado que serían así. Había sofás de cuero en color crema a ambos lados de la aeronave, uno enfrente del otro. También había una enorme televisión y una mesa para cuatro comensales con un jarrón de cristal lleno de flores frescas. Una puerta daba al dormitorio, con una cama doble y un baño casi tan lujoso como el del apartamento de Nueva York. De hecho era como estar en una casa más pequeña, pero igual de suntuosa.

Jackson apareció detrás de ella y le pasó los brazos por la cintura.

—¿Te gusta?

—¿Cómo no me va a gustar?

—Sígueme —le dijo él. La condujo al interior del dormitorio y abrió las puertas del armario. Señaló toda la ropa que había allí colgada—. Échale un vistazo y decide con qué quieres quedarte. Quédatelo todo, si te apetece.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—Me encargué de ello la semana pasada —respondió él.

Amber se acercó al armario y revisó las perchas una a una, examinando los vestidos, las camisas, los pantalones, las chaquetas y los jerséis, todo con la etiqueta puesta. Era evidente que lo había comprado específicamente para ella. Emocionada, empezó a sacar las perchas del armario para probárselo todo, se quitó los zapatos y el vestido. Jackson se sentó sobre la cama.

—No te importa que me quede a ver el espectáculo, ¿verdad?

—En absoluto.

Se probó hasta la última prenda, haciendo un pase de modelos para Jackson, que daba su aprobación a todo. Claro, él había escogido las prendas, así que tenía sentido que le gustaran.

—También tienes zapatos. Arriba, en la balda —le dijo.

—Has pensado en todo, ¿verdad?

—Así es.

Amber levantó la cabeza y contó quince cajas de zapatos con nombres con los que antes solo había soñado. Cada par costaba más o menos lo mismo que su alquiler mensual, alguno incluso más. Cuando llegó a los Jimmy Choo de ante blanco, con cristales y plumas de avestruz, se los puso y se quitó todo lo demás. Después se puso el sugerente corsé de encaje rojo y negro que Jackson había comprado para ella. Se sentía como una estrella de cine, con su ropa cara, un avión privado y un hombre atractivo que se moría por hacerle el amor. Se acercó a él, que seguía sentado en la cama, le pasó los dedos por el pelo y acercó su cara a su pecho. Después lo tumbó sobre la cama y comenzó a excitarlo. En cuestión de segundos, haría todo lo posible por transportarlo a otro planeta.

Más tarde cenaron a la luz de las velas. Amber seguía con los zapatos de tacón, pero ahora una bata de seda cubría su cuerpo desnudo.

—Me muero de hambre —dijo mientras atacaba su *filet mignon*.

—No me extraña. Debes de haber quemado cinco mil calorías.

—Si pudiera quedarme en la cama contigo y no tener que levantarme para respirar y comer, sería la mujer más feliz del mundo. —Se aseguraba de subirle el ego a cada oportunidad que veía.

Jackson alzó su copa de vino.

—Ese sería un mundo perfecto, mi pequeña adicta al sexo.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto Le Bourget de París, un chófer los llevó hasta el hotel Plaza Athénée. A Amber le encantó el hotel, con sus toldos rojos y sus ramos de flores carmesí en cada rincón. Visitó la bodega, con botellas de 35 000 dólares, y se dejó mimar en el *spa* del Dior Institut. Fue la semana más gloriosa de su vida, paseando por los Campos Elíseos y cenando en cafés íntimos a la luz de las velas, degustando una comida deliciosa. La Torre Eiffel le entusiasmó. Le impresionó la inmensidad del Louvre y sus obras maestras, le emocionó la grandiosidad de Notre-Dame y le encandiló el brillo ambarino de la ciudad al caer el sol. Y a lo largo de aquel viaje sorprendente, no permitió que Jackson se olvidara en ningún momento de lo mucho que le excitaba.

El viaje parecía haber pasado volando, pensó mientras subían al avión privado para volver a casa. Pasó una hora sentada sin hablar mientras Jackson sacaba papeles de su maletín y tomaba notas. Cuando terminó, se acercó a él y se sentó a su lado.

—Ha sido la semana más maravillosa de mi vida. Has abierto mi mundo.

Jackson sonrió, pero no dijo nada.

—Ha sido una maravilla tenerte para mí sola. No soporto la idea de compartirte con Daphne.

Él frunció el ceño y ella supo al instante que había cometido un error. No debería haber mencionado a Daphne. Ahora estaría pensando en ella y en las niñas. Maldita sea. Normalmente no tenía esa clase de descuidos. Tendría que intentar arreglarlo.

—He estado pensando —dijo él al fin—. ¿Qué te parecería tener tu propio apartamento en Nueva York?

Amber se quedó perpleja.

—¿Por qué iba a querer eso? Me gusta vivir en Connecticut. Además, cuando quiero estar en Nueva York contigo, tenemos tu casa.

—Pero cada vez es más complicado. Si tuvieras tu propio apartamento, podrías tener todas tus cosas allí. No tendrías que esconder tu ropa o asegurarte de que no hay nada tuyo en mi apartamento por si acaso Daphne viene a la ciudad.

Ella no quería su propio piso. Quería el piso de Daphne.

Al ver que no respondía, Jackson continuó.

—Yo te lo compraría, por supuesto. Lo amueblaríamos juntos, compraríamos todos los libros y las obras de arte que te gustan. Sería nuestro escondite. Solo nuestro.

Su escondite. Pero ella no quería esconderse. Quería dejarse ver, ser la señora de Jackson Parrish.

—No sé, Jackson. Quizá sea demasiado pronto para algo así. Además, Daphne se preguntaría de dónde he sacado dinero para tener un apartamento en Nueva York. ¿Y qué pasa con Gregg? De momento he conseguido frenarlo, pero, si cree que soy una mujer sofisticada de Nueva York, no podría seguir fingiendo que soy una chica inocente. Y tenemos que mantener esa farsa de cara a Daphne; aunque cada vez me cuesta más quitarme de encima a Gregg. Le he interrumpido en un par de ocasiones antes de que terminara lo que creo que iba a ser una proposición de matrimonio.

Jackson se puso rojo de ira, como ella esperaba.

—¿Te has acostado con él?

—¿De verdad? ¿Hablas en serio? —Se quitó la servilleta del regazo y la lanzó sobre la mesa—. Ya he terminado. —Se levantó de la silla y se fue al dormitorio. No pensaba permitir que la dejara tirada de nuevo. Sentía que los planes le salían mal. Sí, Jackson estaba comiendo de su mano por el momento, y le compraba cosas caras y la llevaba de viaje, pero ella quería más, mucho más. Y no dejaría que nada se interpusiera en su camino, mucho menos ahora que llevaba dos meses sin bajarle la regla.

Capítulo 35

Aquella era la noche. Amber estaba embarazada de diez semanas y no podía seguir ocultándolo. Jackson creía que tomaba la píldora, y ella incluso había conseguido una receta y sacaba una pastillita todos los días del dispensador para que él no sospechara. Después la tiraba al váter. La única medicación que estaba tomando era Clomid, para aumentar la fertilidad. Probablemente no lo necesitase, pero no quería correr riesgos. Tenía que quedarse embarazada antes de que Jackson se cansara de ella. Le preocupaba un poco la idea de tener gemelos, pero luego pensó que, si uno era bueno, dos serían aún mejor.

Había albergado la esperanza de descubrir el sexo del bebé en la consulta anterior, pero al parecer era demasiado pronto. Gracias a las habilidades informáticas que había perfeccionado durante meses de clases nocturnas, había logrado manipular la imagen de la ecografía, así que le diría que era niño. Para cuando estuvieran casados, si acababa teniendo una niña, sería demasiado tarde para que hiciera algo al respecto.

Aquel día había ido a Babesta y había comprado un babero —*El niño de papá*— que pensaba darle esa noche después de hacer el amor. Entonces por fin abandonaría a Daphne y ella podría dejar de fingir que era su amiga. Estaba deseando ver la cara que se le quedaba a Daphne cuando descubriera que estaba embarazada. Sería casi tan delicioso como decirle a Bella que ya no sería la pequeña. «Aparta, mocosa, te has quedado anticuada».

Cuando se convirtiera en la señora Parrish, esas dos malcriadas se irían al infierno. Por ella como si acababan yendo a la universidad pública. Pero estaba adelantándose a los acontecimientos; primero tenía que convencer a Jackson para que las abandonara.

Cuando Jackson llegó al apartamento, ella llevaba puesto un corsé de cuero negro y un collar. Daphne se había quejado hacía poco de que los gustos de Jackson estaban volviéndose poco convencionales. Cuando ella le pidió detalles, la muy mojigata se puso roja y mencionó algo de ataduras. Amber había decidido tantear el terreno y descubrió que Jackson quería más aventura en la cama. Y ella se la dio, y juntos buscaron tiendas *online* y encargaron toda clase de juguetes eróticos. Ella lo animaba a poner a prueba sus límites, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que Daphne saliera perdiendo en comparación. Guardaba todos los juguetes en un cajón de la habitación de invitados, con la esperanza de que Daphne husmeara cuando estuviera allí y reírse a su costa. Pero Daphne jamás mencionó nada.

—Ha sido asombroso —le dijo acurrucándose junto a él—. Si yo fuera Daphne, jamás te dejaría salir de mi cama. —Le mordió el lóbulo de la oreja.

—No quiero hablar de Daphne —susurró Jackson.

—Pues a ella le gusta hablar de ti —dijo ella riéndose.

Él se incorporó y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Oh, nada. Quejas de esposa. Nada del otro mundo.

—Quiero saberlo. ¿Qué te ha dicho? —Su voz sonaba tensa.

Ella se recostó para poder verle la cara y le acarició el pecho mientras hablaba.

—Dice que está en un momento de su vida en el que quiere relajarse un poco, pero tú siempre le insistes para salir por ahí. Dijo que preferiría quedarse en casa y ver reposiciones de *Ley y orden*. Yo le dije que tenía suerte de poder ir a sitios contigo, pero negó con la cabeza y dijo que era demasiado mayor para todas esas cenas y galas que la tienen despierta hasta tan tarde. —Era mentira, pero ¿y qué? Él nunca lo sabría.

Lo miró a la cara para ver su reacción y le alegró ver que apretaba la mandíbula.

—No me gusta que vayáis hablando de mí. —Salió de la cama y se puso su bata de seda.

Amber fue tras él, todavía desnuda, y apretó su cuerpo contra el suyo.

—No hablamos de ti, te lo prometo. Ella solo se queja y yo te defiendo y cambio de tema. Te adoro, ya lo sabes. —Esperaba que se lo creyese.

Jackson entornó los ojos, no parecía convencido.

Así que Amber cambió de táctica.

—Creo que Daphne se siente como un pez fuera del agua. Tú eres brillante y has conseguido grandes cosas. Sabes mucho de arte y de cultura en general, y ella... bueno, es una chica sencilla. Es difícil mantener la fachada.

—Supongo —admitió él.

—Vuelve a la cama. Tengo una sorpresa.

—No estoy de humor.

—Bueno, entonces vamos al salón. Tengo un regalo para ti —le dijo dándole la mano.

Él la apartó de golpe.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer. Empiezas a parecer una esposa pesada.

Amber sintió las lágrimas de rabia en los ojos. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Se tragó la rabia y se obligó a hablar con dulzura. No haría bien en mostrarle lo enfadada que estaba.

—Lo siento, cariño. ¿Te apetece una copa?

—Me la prepararé yo.

Ella no lo siguió, se sentó y se obligó a leer una revista, después otra, para darle tiempo para calmarse. Transcurrida más o menos una hora, sacó del armario la bolsita dorada con el babero y se la llevó al salón. Jackson estaba sentado en una de las sillas del comedor, todavía enfurruñado.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo, tonto.

Él retiró el papel de seda y sacó el babero. Se quedó mirándola, confuso.

Ella le dio la mano y la colocó sobre su vientre.

—Tu bebé está aquí.

Él se quedó con la boca abierta.

—¿Estás embarazada? ¿Vas a tener un niño?

—Sí. Yo tampoco podía creérmelo. No quería decir nada hasta no estar segura.

Ahí dentro hay otra cosa.

Rebuscó en la bolsa y encontró la ecografía.

—Es nuestro hijo —anunció ella con una sonrisa victoriosa.

—¿Un niño? ¿Estás segura?

—Al cien por cien.

Jackson se puso en pie sonriendo de oreja a oreja y la tomó en brazos.

—Es una noticia maravillosa. Había renunciado a tener un hijo. Ahora tienes que dejar que te compre un piso aquí.

¿Hablabas en serio?

—¿Un piso aquí?

—Bueno, sí. No puedes quedarte donde estás ahora.

Amber sentía la sangre palpitándole en los oídos.

—Tienes razón, Jackson. No puedo. Y no quiero que mi hijo crezca preguntándose por qué su padre lo tiene escondido por ahí. Necesita estar con la familia. Cuando nazca, volveremos a Nebraska.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

—¡Amber, espera!

Se puso unos vaqueros y una sudadera y comenzó a hacer la maleta. ¿De verdad esperaba que siguiera siendo su amante secreta ahora que iba a darle un heredero? Estaba loco si pensaba que iba a permitir que Daphne siguiese disfrutando de los beneficios de ser la señora Parrish mientras ella trabajaba en su oficina como una esclava y él se escabullía para visitar a su hijo. Ni hablar.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Me marchó! Pensé que me querías. He sido una idiota. No creo que Daphne vaya a darte un hijo, aunque ella parece más embarazada que yo.

—Para —le dijo él agarrándole las manos—. He sido un insensible. Vamos a hablar.

—¿De qué vamos a hablar? O vamos a ser una familia, o no.

Él se sentó en la cama y se pasó una mano por el pelo.

—Necesito pensar. Ya lo arreglaremos. Ni se te ocurra pensar en marcharte.

—Ella no te aprecia, Jackson. Me dijo que tiembla cuando la tocas. Pero yo te quiero mucho. Lo único que deseo es cuidar de ti, ser la esposa que mereces. Yo siempre te antepondré a todo, incluso a este bebé. Lo eres todo para mí. —Se arrodilló, como a él le gustaba, y le demostró lo mucho que le adoraba. Cuando terminó, la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué te ha parecido, papi?

Él le dirigió una sonrisa inescrutable, se puso en pie y volvió a agarrar la foto de la ecografía. Deslizó los dedos por la imagen.

—Mi hijo. —Miró a Amber—. ¿Lo sabe alguien más? ¿Tu madre? ¿Tus amigas?

—Claro que no. Quería que fueras el primero.

—Bien. No se lo digas a nadie aún. Tengo que encontrar la manera de poner fin a mi matrimonio sin que Daphne me lo quite todo. Si descubre que estás embarazada, podría costarme mucho dinero.

—Lo comprendo —dijo ella—. No diré nada a nadie.

Jackson siguió sentado, parecía tan concentrado que a ella le daba miedo hablar.

Por fin se levantó y comenzó a dar vueltas de un lado a otro.

—De acuerdo. Esto es lo que vamos a hacer. Tú lo sacarás todo de este apartamento y por el momento te trasladaremos a un piso de alquiler. Si Daphne sospecha, lo último que necesitamos es que encuentre tus cosas aquí.

—Pero, Jackson —se quejó ella—, no quiero mudarme a un horrible piso alquilado. Estaré muy sola.

Jackson dejó de moverse y se quedó mirándola.

—¿Qué quieres decir con un «horrible piso alquilado»? ¿Qué clase de agarrado crees que soy? Si no quieres un apartamento, te conseguiré una *suite* en el Plaza. Tendrás gente que atienda todas tus necesidades.

—Pero ¿qué pasa contigo? ¿Cuándo te veré?

—Hemos de tener cuidado, Amber. Voy a tener que pasar un poco más de tiempo en casa. Ya sabes, para no levantar sospechas. Y tendrás que dejar de trabajar cuando se te empiece a notar. Mantente alejada para que a Daphne no le llegue ninguna información.

—¿Y qué le voy a decir a ella? Sospechará si dejo de verla.

Él se mordió el labio y asintió.

—Dirás que tienes un familiar enfermo. Te irás un tiempo a ayudar.

A ella empezaba a parecerle un mal plan. Estaría encerrada en un hotel, dependiendo de que él cumpliera su palabra. Era como si quisiera meterla en una barca sin chaleco salvavidas ni remos, donde podría estar a merced de sus caprichos.

—No quiero estar en un hotel impersonal. No me hará bien encontrarme en un lugar extraño que no considero mi hogar. Tampoco será bueno para el bebé.

Él suspiró.

—De acuerdo. Alquilarémos un apartamento. Uno bonito que te guste. Podrás comprar cualquier cosa que quieras.

Amber lo pensó durante unos minutos. Probablemente fuese la mejor oferta que iba a obtener llegados a ese punto.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizá unos meses. Para entonces ya lo tendremos todo arreglado.

Estaba enfadada y asustada, lo que hacía que le resultase fácil llorar.

—No lo soporto, Jackson. Te quiero mucho y ahora vamos a tener que estar separados. Yo estaré sola en un apartamento que ni siquiera es nuestro. Me da mucho miedo, como cuando era pequeña y nos mudábamos todo el tiempo porque no podíamos pagar el alquiler. —Se sorbió la nariz y se secó las lágrimas de las mejillas, con la esperanza de que esa historia de infortunios le conmoviera.

Él se quedó mirándola largo rato.

—¿Quieres que lo pierda todo? Vas a tener que confiar en mí.

No mordía el anzuelo. Tendría que acceder a su plan y esperar que cumpliera su palabra hasta encontrar alguna otra solución. Pero ¿y si demostraba no ser de fiar? ¿Qué pasaría entonces? Le habría salido el tiro por la culata, como le pasó cuando huyó de Misuri. No pensaba permitir que les diera la espalda al bebé y a ella, incluso aunque tuviera que tomar medidas más drásticas esta vez. Nadie jodía a Amber. Esos días ya pasaron.

SEGUNDA PARTE
DAPHNE

Capítulo 36

Antes no le tenía miedo a mi marido. Pensaba que lo amaba, cuando era amable... o fingía serlo. Antes de saber qué aspecto tiene un monstruo de cerca.

Conocí a Jackson cuando yo tenía veintiséis años. Acababa de terminar la carrera de Trabajo Social y estaba planeando cómo levantar la organización que quería fundar en honor a Julie. Había conseguido un trabajo en Save the Children y llevaba allí seis meses. Era una organización fantástica donde poder trabajar en algo que me gustaba al mismo tiempo que aprendía todo lo que necesitaba saber para dirigir mi propia fundación algún día.

Una compañera de trabajo me recomendó ponerme en contacto con Parrish International, una empresa internacional de bienes inmobiliarios que tenía reputación de ser generosa. Ella tenía contactos; su padre era socio de la empresa. Yo esperaba tratar con alguno de los ejecutivos más jóvenes. En su lugar, me concedieron audiencia con el mismísimo señor Parrish. Jackson no se parecía en nada al empresario sobre el que había leído. Conmigo se mostró simpático y divertido, y me hizo sentir a gusto desde el principio. Cuando le hablé de mis planes para la fundación y del motivo por el que quería montarla, me sorprendió al ofrecerse a financiar La sonrisa de Julie. Tres meses más tarde, había dejado mi trabajo y estaba al frente de mi propia fundación. Jackson había creado una junta directiva, de la que formaba parte, había financiado el proyecto y me había encontrado una oficina. Nuestra relación era estrictamente profesional; yo no quería poner en peligro su apoyo y, para ser sincera, me daba un poco de miedo. Pero, con el tiempo, cuando las comidas se convirtieron en cenas, me pareció natural, incluso inevitable, que la relación se volviese más personal. He de admitir que su pasión por mi organización benéfica me abrumaba. De modo que accedí a ir a su casa a cenar para celebrarlo.

La primera vez que vi su mansión con treinta habitaciones, fui consciente de la enormidad de su riqueza. Vivía en Bishops Harbor, un pueblo pintoresco situado en la costa del estuario de Long Island con una población de unos treinta mil habitantes. La zona comercial del pueblo podría rivalizar con Rodeo Drive, con tiendas demasiado caras para mi presupuesto, y los únicos coches nacionales que se veían por las carreteras pertenecían a miembros del servicio. Las casas que poblaban la orilla eran grandiosas, alejadas de la carretera, protegidas por verjas y con unos jardines tan verdes y lustrosos que parecían de mentira. Cuando el chófer de Jackson metió el coche por el largo camino de la entrada, tardé todavía un minuto en ver la casa. Me quedé sin aliento al aproximarnos a aquella impresionante edificación de color gris.

Cuando entramos en el inmenso recibidor, con una lámpara de araña que bien podría haber salido del palacio de Buckingham, le dirigí una sonrisa forzada. ¿Había gente que realmente vivía así? Recuerdo que pensé que todos los excesos que había a mi alrededor podrían haber pagado las facturas médicas de muchas familias que padecían fibrosis quística y que luchaban por llegar a fin de mes.

—Es muy bonita.

—Me alegra que te guste. —Jackson me miró con una expresión confusa, llamó al ama de llaves para que se llevara nuestros abrigos y después me condujo a la terraza, donde nos aguardaba un fuego encendido en la chimenea exterior y pudimos disfrutar de las espectaculares vistas del estuario de Long Island.

Yo me sentía atraída por él, ¿cómo no iba a ser así? No podía negarse que Jackson Parrish era guapo, con un pelo oscuro que constituía el marco perfecto para aquellos ojos más azules que el mar Caribe. Era como un sueño hecho realidad; un hombre de treinta y cinco años, director ejecutivo de una empresa que había construido desde cero, generoso y filántropo, adorado por la comunidad, encantador y terriblemente guapo. Desde luego no era un hombre con el que yo pudiera salir. Había leído que tenía reputación de mujeriego. Las mujeres con las que salía eran modelos y chicas mucho más sofisticadas que yo. Quizá por eso su interés en mí me pilló por sorpresa.

Estaba relajada, disfrutando de las vistas del estuario y del aire salado del mar, cuando me entregó una copa con algo rosa.

—Un Bellini. Sentirás que es verano. —Una explosión de fruta inundó mi boca y la combinación de ácido y dulce me resultó deliciosa.

—Está muy bueno. —El sol se ponía por encima del agua y el cielo se había teñido de rosa y púrpura—. Es precioso. Seguro que no te cansas de esta vista.

Él se recostó y sentí que su muslo rozaba el mío, lo cual me embriagó más que el cóctel.

—Jamás. Yo crecí en las montañas y, hasta que no me mudé al este, no supe el atractivo que poseía el mar.

—Eres de Colorado, ¿verdad?

—¿Has estado investigándome? —me preguntó con una sonrisa.

Yo di otro trago, desinhibida por el alcohol.

—No es que seas una figura muy discreta. —Siempre que abría un periódico, leía algo sobre el maravilloso Jackson Parrish.

—La verdad es que soy bastante discreto. Cuando alcanzas el grado de éxito que yo tengo, es difícil saber quiénes son tus amigos de verdad. He de tener cuidado cuando dejo que alguien se acerque a mí. —Me quitó la copa y la rellenó—. Pero basta de hablar de mí. Quiero saber más de ti.

—Me temo que yo no soy muy interesante. Una chica de pueblo. Nada especial.

Él me dirigió una sonrisa irónica.

—Si crees que no es nada especial que te publiquen a los catorce años. Me encantó el artículo que escribiste para la revista *is* sobre tu hermana y su lucha.

—Vaya. Tú también has estado investigando. ¿Cómo lo encontraste?

—Tengo mis recursos —respondió guiñándome un ojo—. Fue muy emotivo. ¿Así que Julie y tú planeabais ir a Brown?

—Sí, desde que éramos pequeñas. Cuando ella murió, yo sentí que tenía que ir. Por las dos.

—Es duro. ¿Cuántos años tenías cuando murió?

—Dieciocho.

Él me acarició la mano.

—Seguro que está orgullosa de ti. Sobre todo con lo que estás haciendo, con tu dedicación. La fundación ayudará a mucha gente.

—Te estoy muy agradecida. Sin tu ayuda, habría tardado años en conseguir una oficina y unos empleados.

—Yo estoy encantado de hacerlo. Tuviste suerte de tenerla. Yo siempre me he preguntado cómo sería haber tenido hermanos y hermanas cuando era pequeño.

—Debiste de sentirte muy solo siendo hijo único —le dije yo.

Tenía la mirada perdida.

—Mi padre trabajaba a todas horas y mi madre estaba ocupada con sus actos benéficos. Yo siempre deseé tener un hermano con el que salir a jugar al fútbol o al baloncesto. —Se encogió de hombros—. Bueno, hay gente que tiene una vida mucho peor.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Era director ejecutivo de Boulder Insurance. Un cargo de mucha responsabilidad. Ya está retirado. Mi madre era ama de casa.

Yo no quería cotillear, pero parecía que tenía ganas de hablar.

—¿Era?

De pronto se puso en pie.

—Murió en un accidente de coche. Hace un poco de frío. ¿Por qué no entramos?

Yo me puse en pie, algo mareada, y apoyé la mano en la silla para no perder el equilibrio. Entonces él se volvió hacia mí, mirándome con intensidad, me acarició la mejilla y susurró:

—Cuando estás conmigo, no me siento solo. —Yo no dije nada cuando me tomó en brazos y me llevó a su cama.

Todavía hay partes borrosas de aquella primera noche que pasamos juntos. Yo no había planeado hacer el amor con él; sentía que era demasiado pronto. Pero, casi sin darme cuenta, estábamos desnudos y enredados entre las sábanas. Él no dejó de mirarme en todo el rato. Daba miedo, como si estuviera viendo mi alma, pero yo no logré apartar la mirada. Cuando terminó, se mostró cariñoso y tierno y después se quedó dormido entre mis brazos. Yo observé su cara a la luz de la luna y acaricié su mandíbula con el dedo. Deseaba borrar todos sus recuerdos tristes y hacerle sentir el amor y el cariño que le habían faltado de niño. Aquel hombre guapo, fuerte y poderoso a quien todo el mundo admiraba había compartido conmigo sus vulnerabilidades. Me necesitaba. Y no hay nada que me seduzca más que sentir que me necesitan.

Cuando amaneció, me dolía mucho la cabeza. Me pregunté si yo habría sido una conquista más, si ahora que ya se había acostado conmigo volveríamos a ser socios y nada más. ¿Pasaría a ser una más de sus examantes, o sería aquel el comienzo de una

nueva relación? Me preocupaba que me comparase con las chicas sofisticadas con las que solía acostarse y yo saliera perdiendo. Pareció leerme el pensamiento. Se incorporó sobre un codo y me acarició el pecho con la mano derecha.

—Me gusta tenerte aquí.

Yo no supe qué responder, así que sonreí y dije:

—Seguro que le dices eso a todas las chicas.

Se puso serio y retiró la mano.

—No es verdad.

—Lo siento —dije antes de tomar aliento—. Estoy un poco nerviosa.

Entonces me besó, buscó mi lengua con la suya y devoró mi boca. Después se apartó y me acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No tienes por qué estar nerviosa conmigo. Yo cuidaré de ti.

Me invadió una mezcla de sentimientos. Me zafé de sus brazos y le dirigí una sonrisa sincera.

—Tengo que irme. Voy a llegar tarde.

Jackson volvió a acercarme a él.

—Eres la jefa, ¿recuerdas? Solo tienes que dar explicaciones a la junta. —Se puso encima de mí sin dejar de mirarme con aquellos ojos hipnóticos—. Y a la junta le da igual que llegues tarde. Por favor, quédate. Solo quiero abrazarte un poco más.

Todo comenzó con muchas promesas. Y entonces, al igual que un parabrisas astillado por una minúscula piedrecita, la grieta fue haciéndose cada vez más grande, extendiéndose hasta que ya no quedó nada que pudiera repararse.

Capítulo 37

Salir con alguien para llegar a conocerlo mejor es algo que está sobrevalorado. Cuando tienes las hormonas revolucionadas y la atracción es magnética, tu cerebro se toma unas vacaciones. Él era todo lo que jamás imaginé que necesitaba.

En el trabajo, había vuelto a mi zona de confort, aunque no paraba de recordar con una sonrisa nuestra noche juntos. Horas más tarde, oí un jaleo frente a mi pequeño despacho y levanté la mirada. Un joven empujaba un carrito lleno de jarrones de rosas rojas. Fiona, mi secretaria, iba detrás de él, agitando las manos y visiblemente azorada.

—Alguien te ha enviado flores. Muchas flores.

Me levanté y firmé el recibo. Conté doce jarrones. Puse unas pocas en mi mesa y miré a mi alrededor, preguntándome qué hacer con el resto. Las colocamos por el suelo de mi despacho, dado que no había más espacio.

Fiona cerró la puerta cuando se marchó el repartidor y se dejó caer en la silla que tenía frente a mí.

—Vale, escupe.

Yo no había querido hablar con nadie de Jackson todavía. Ni siquiera sabía lo que éramos. Estiré el brazo y saqué la tarjeta.

Tu piel es más suave que estos pétalos. Ya te echo de menos.

J.

Estaban por todas partes. Era demasiado. El olor de las flores me abrumaba y me mareaba.

Fiona me miraba con una expresión de fastidio.

—¿Y bien?

—Jackson Parrish.

—¡Lo sabía! —exclamó triunfal—. A juzgar por cómo te miraba el otro día cuando se pasó a ver las oficinas, supe que era cuestión de tiempo. —Se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en las manos—. ¿Va en serio?

—No lo sé —dije negando con la cabeza—. Me gusta... pero no sé. —Señalé las flores—. Pisa fuerte.

—Sí, qué idiota, enviarte todas estas bonitas rosas. —Se levantó y abrió la puerta.

—Fiona.

—¿Sí?

—Llévate un par a tu mesa. No sé qué hacer con el resto.

—Claro, jefa —dijo ella—. Pero te digo una cosa: va a ser difícil deshacerte de este.

Yo tenía que seguir trabajando. Ya vería más tarde qué hacer con Jackson. Estaba a punto de hacer una llamada cuando Fiona volvió a abrir la puerta. Estaba lívida.

—Es tu madre.

Yo agarré el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—¿Mamá?

—Daphne, tienes que venir a casa. Tu padre ha sufrido un infarto.

—¿Es muy grave? —pregunté.

—Tú ven. Lo antes posible.

Capítulo 38

La siguiente llamada que realicé fue a Jackson. En cuanto logré explicarme, él se encargó de todo.

—Daphne, todo saldrá bien. Respira profundamente. Quédate donde estás. Voy para allá.

—Pero tengo que ir al aeropuerto. Tengo que encontrar un vuelo y...

—Yo te llevaré, no te preocupes.

Se me había olvidado que tenía un avión.

—¿Puedes hacer eso?

—Escúchame. Quédate ahí. Yo salgo ahora mismo a buscarte. Pasaremos por tu casa a por ropa y estaremos volando dentro de una hora. Respira.

El resto está borroso. Hice lo que me dijo, metí ropa en una maleta, seguí sus indicaciones hasta que estuve sentada en su avión, aferrada a su mano mientras miraba por la ventanilla y rezaba. Mi padre tenía solo cincuenta y nueve años; no podía morir.

Cuando aterrizamos en New Hampshire en un aeropuerto privado, Marvin, camarero de la pensión, estaba esperándonos. Supongo que hice las presentaciones, o quizá se encargó Jackson. No lo recuerdo. Solo recuerdo que sentía un vacío en el estómago pensando que quizá no volviera a hablar con mi padre nunca más.

En cuanto llegamos al hospital, Jackson tomó las riendas. Averiguó quién era el médico de mi padre, evaluó las instalaciones e hizo que lo trasladaran de inmediato al hospital de St. Gregory's, a una hora de nuestro pequeño pueblo. No me cabe duda de que mi padre habría muerto si Jackson no hubiera detectado la ineptitud de su médico en el hospital general del condado y la falta de equipo sofisticado. Logró que un importante cardiólogo de Nueva York se reuniera con nosotros en el hospital. El médico llegó poco después que nosotros y, tras examinar a mi padre, declaró que no había tenido un infarto, sino una disección aórtica. Nos explicó que el revestimiento del corazón de mi padre se había rasgado y que, si no le operaba de inmediato, moriría. Al parecer la causa había sido la elevada presión sanguínea. Nos advirtió que el retraso en el diagnóstico había disminuido las probabilidades de éxito a un cincuenta por ciento.

Jackson canceló todas sus reuniones y no se separó de mi lado. Pasada una semana, yo ya me había hecho a la idea de que volvería a Connecticut, pero él tenía otros planes.

—Vosotras tranquilas —nos dijo a mi madre y a mí—. Ya lo he hablado con tu padre. Voy a volver a la pensión para asegurarme de que todo va bien.

—¿Y qué pasa con tu empresa? ¿No tienes que volver?

—Puedo trabajar desde aquí por el momento. He reorganizado un poco las cosas. Tampoco pasa nada si estoy unas semanas fuera.

—¿Estás seguro? Tenemos personal que puede sustituirle por ahora.

Él negó con la cabeza.

—Puedo llevar el negocio desde aquí, pero en la pensión hay que estar presente y, si el jefe no está, las cosas salen mal. Pienso proteger los intereses de tu padre hasta que vuelva a la pensión y tu madre pueda supervisar el negocio.

Mi madre me dirigió una de esas miradas que decían: «No le dejes escapar».

—Gracias, querido —le dijo a Jackson poniéndole una mano en el hombro—. Sé que Ezra se sentirá más tranquilo sabiendo que tú estás allí.

Con la eficiencia y la clase que le caracterizaban, Jackson se aseguró de que todo fuese como la seda; incluso mejor que cuando mi padre estaba al frente. La cocina estaba aprovisionada, se encargó de supervisar al personal, incluso se aseguró de que los comederos para pájaros nunca estuvieran vacíos. Una noche en la que estábamos escasos de personal, regresé a la pensión y le vi sirviendo mesas. Creo que fue entonces cuando me enamoré de él. Le había quitado una enorme carga de trabajo a mi madre, lo que le permitió a ella pasar tiempo en el hospital sin tener que preocuparse por el negocio.

Pasado un mes, mi madre estaba tan encantada con él como yo.

—Creo que has encontrado al hombre perfecto, cariño —me susurró una noche cuando Jackson salió de la habitación.

Yo me preguntaba cómo habría logrado hacer eso. Era como si hubiera estado allí siempre, en mi familia. Mis reparos iniciales se evaporaron. No era un mujeriego despreocupado. Era un hombre comprometido y de carácter. En el transcurso de unas pocas semanas, se había vuelto indispensable para todos nosotros.

Capítulo 39

Mi padre había vuelto a casa del hospital, seguía débil, pero iba mejor, y Jackson y yo volamos a New Hampshire para pasar la Navidad con mi familia. Mi primo Barry y su esposa, Erin, venían también con su hija, y estábamos todos muy emocionados por pasar la Navidad juntos.

Llegamos en Nochebuena, estaba nevando y el paisaje de Nueva Inglaterra resultaba precioso. La pensión rebosaba alegría navideña. De pie en la pequeña iglesia a la que iba todos los domingos desde que era pequeña, me sentí en paz. Mi padre había sobrevivido y yo estaba enamorada. Era como un cuento de hadas; había conseguido al príncipe que ni siquiera sabía que existiera en la vida real. Me pilló mirándolo y me dedicó esa sonrisa deslumbrante suya, con aquellos ojos azul cobalto que brillaban con devoción, y yo apenas podía creer que fuera mío.

Cuando regresamos a la pensión, mi padre abrió una botella de champán y nos sirvió una copa a cada uno. Después rodeó a mi madre con el brazo.

—Quiero que sepáis lo mucho que significa para mí teneros aquí. Hace unos meses, no sabía si viviría para ver otra Navidad. —Se secó una lágrima de la mejilla y levantó su copa—. Por la familia. Por los que estamos aquí y por nuestra querida Julie, que está en el cielo. Feliz Navidad.

Yo di un sorbo, cerré los ojos y le deseé feliz Navidad a mi hermana. Seguía echándola mucho de menos.

Nos sentamos en los sofás situados en torno al árbol para darnos los regalos. Mis padres habían instaurado una tradición familiar que consistía en darnos tres regalos, que simbolizaban los que los Reyes Magos le dieron a Jesús. Jackson tenía tres regalos también, y yo me sentí agradecida porque mi madre hubiera querido incluirle. Los regalos eran modestos, pero especiales: un jersey que le había tejido, un CD de Beethoven y un velero de adorno pintado a mano para su árbol de Navidad. Jackson se llevó el jersey al pecho con una sonrisa.

—Me encanta. Con esto nunca pasaré frío. —Se levantó y se acercó al árbol—. Ahora me toca a mí. —Disfrutó entregando los regalos que había seleccionado para todos. Yo no tenía ni idea de lo que había comprado; quería que fuese todo una sorpresa. Le había mencionado que los regalos serían modestos y le había pedido que no se excediera. Empezó con mi sobrina pequeña, que por entonces tenía ocho años. Le había comprado una preciosa pulsera plateada de dijes con personajes de Disney, y a la niña le encantó. A Barry y a Erin les compró un altavoz *bluetooth* Bose de última generación. Yo estaba un poco nerviosa pensando en el libro de coches antiguos que le habían regalado ellos y en cómo debían de sentirse. Él no pareció darse cuenta, pero, a juzgar por la expresión de Barry, supe que se sentía incómodo.

Jackson se sacó algo del bolsillo, se arrodilló frente a mí y me entregó una pequeña cajita envuelta en papel de seda.

El corazón se me aceleró. ¿Estaba sucediendo de verdad? Me temblaban las

manos mientras rasgaba el papel. Saqué la cajita negra y abrí la tapa.

Era un anillo. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo mucho que deseaba que fuera un anillo.

—Oh, Jackson. Es precioso.

—Daphne, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Mi madre soltó un grito ahogado y dio una palmada.

—¡Sí! —exclamé rodeándole con los brazos—. ¡Sí!

Me puso el anillo en el dedo.

—Es precioso, Jackson. Y qué grande.

—Para ti solo lo mejor. Un diamante de seis quilates de corte circular. Perfecto. Como tú.

Encajaba a la perfección. Estiré la mano y la giré de un lado a otro. Mi madre y Erin corrieron junto a mí para admirarlo.

Mi padre se quedó a un lado, extrañamente callado, con una expresión inescrutable.

—Es un poco rápido, ¿no?

Todos nos quedamos callados. Yo vi la mirada de rabia de Jackson, pero acto seguido sonrió y se acercó a mi padre.

—Señor, entiendo sus reparos, pero quiero a su hija desde el momento en que la vi. Le prometo que la trataré como a una reina. Espero que nos dé su bendición —dijo tendiéndole la mano a mi padre.

Todos los mirábamos. Mi padre estiró el brazo y le estrechó la mano a Jackson.

—Bienvenido a la familia, hijo —dijo con una sonrisa, pero creo que yo fui la única que se dio cuenta de que no era una sonrisa sincera.

Jackson lo miró a los ojos mientras le apretaba la mano.

—Gracias. —Acto seguido, con una sonrisa pícara, se sacó algo del bolsillo—. Quería reservar esto para el final. —Le entregó un sobre a mi padre.

Mi padre lo abrió y frunció el ceño. Parecía confuso cuando se lo devolvió a Jackson negando con la cabeza.

—Esto es demasiado extravagante.

—¿Qué es, Ezra? —preguntó mi madre acercándose.

—Un tejado nuevo —respondió Jackson—. Sé que tenéis problemas de goteras con este. Lo harán en primavera.

—Bueno, es muy considerado, pero Ezra tiene razón, Jackson. Esto es demasiado. Él me rodeó con un brazo y sonrió a mis padres.

—Tonterías. Ahora formo parte de la familia. Y a la familia hay que cuidarla. No aceptaré un no por respuesta.

Yo no entendía por qué estaban siendo tan testarudos. A mí me parecía un gesto maravilloso y sabía que no afectaría a las finanzas de Jackson.

—Mamá, papá, no seáis los típicos yanquis orgullosos —bromeé—. Es un regalo maravilloso.

Mi padre miró directamente a Jackson.

—Te lo agradezco, hijo, pero no hacemos las cosas así. Es mi negocio y pondré un tejado nuevo cuando esté preparado. Ahora no quiero saber nada más del tema.

Jackson apretó la mandíbula y apartó el brazo de mi hombro. Se desinfló ante mis ojos, se guardó el sobre en el bolsillo y volvió a hablar, en esa ocasión casi en un susurro.

—Ahora os he ofendido cuando solo quería hacer algo agradable. Por favor, perdonadme. —Tenía la cabeza gacha y levantó la mirada hacia mi madre, como un niño travieso que busca perdón—. Quería formar parte de vuestra familia. Ha sido muy difícil desde que mi madre murió.

Mi madre se acercó y lo abrazó.

—Jackson, claro que eres parte de la familia. —Miró a mi padre con desaprobación—. La familia se ayuda entre sí. Estaremos encantados de aceptar tu regalo.

Esa fue la primera vez que la vi; aquella sonrisa que se dibujó en sus labios, y esa mirada que anunciaba la victoria.

Capítulo 40

Aunque se había recuperado de la operación, mi padre no estaba bien y yo no sabía cuánto tiempo le quedaba realmente. Parte del motivo por el que nos apresuramos a casarnos fue que quería estar segura de que pudiese acompañarme al altar. La boda fue algo íntimo. Mi padre insistió en pagarla y, pese a los ruegos, no permitió que Jackson contribuyera. Jackson deseaba celebrar una gran boda en Bishops Harbor e invitar a todos sus socios. Yo le prometí que, cuando regresáramos de nuestra luna de miel, celebraríamos una fiesta, y eso le tranquilizó.

Nos casamos en febrero en la iglesia presbiteriana de mi familia y celebramos el banquete en la pensión. El padre de Jackson acudió a la boda y yo estaba muy nerviosa antes de conocerle. Vino acompañado y a Jackson no le hizo gracia. Había enviado su avión privado a buscarlos y tenía a un chófer esperándolos en el aeropuerto para llevarlos a la pensión.

—No puedo creerme que venga con esa idiota. No debería salir con nadie todavía.

—Jackson, eso es un poco injusto, ¿no te parece?

—Ella no es nada. Es un insulto para mi madre. Es una camarera.

Yo pensé en las encantadoras mujeres que trabajaban en el restaurante de la pensión y me puse a la defensiva.

—¿Qué tiene de malo ser camarera?

—Nada —respondió él con un suspiro—, si estás en la universidad. Ella tiene sesenta y tantos años. Y mi padre tiene mucho dinero. Probablemente quiera que la retire.

Yo sentía una inquietud en la boca del estómago.

—¿Hasta qué punto la conoces?

—La he visto una vez —respondió encogiéndose de hombros—. Fue hace un par de meses, cuando volé a Chicago por negocios. Cenamos los tres juntos. Hablaba muy alto y no era especialmente lista, pero estaba embobada con mi padre. Mi madre, en cambio, tenía carácter.

—¿Estás seguro de que no te molesta porque te resulta difícil ver a tu padre con alguien que no sea tu madre? Me has contado que estabas muy unido a ella. No creo que sea fácil ver que alguien la ha reemplazado.

Entonces se puso rojo.

—Mi madre es irremplazable. Esa mujer jamás le llegará a la altura de los zapatos.

—Lo siento. No quería decir eso. —No me había contado gran cosa sobre sus padres, aparte de que su padre era un adicto al trabajo que jamás tenía tiempo para él cuando era pequeño. Supongo que, siendo hijo único, tendría una relación más estrecha con su madre. Su muerte un año antes había supuesto un duro golpe para él y, por lo que percibía, todavía sufría. Yo no quería dar mucho pie a la desagradable idea que me rondaba por la cabeza: que era un esnob. Lo achaqué a la tristeza por su

madre y lo relegué a un rincón de mi cabeza.

Cuando conocí a Flora, me pareció simpática; y su padre, feliz. Se mostraron amables con mis padres y todos se llevaron bien. Al día siguiente, cuando mi padre me llevó al altar, yo solo pensaba en lo afortunada que era por haber encontrado al amor de mi vida y poder empezar una nueva vida con él.

—¿No crees que ya es hora de que me cuentes el gran secreto? —le pregunté cuando nos subimos a su avión para irnos de luna de miel—. Ni siquiera sé si he metido la ropa adecuada.

Él se inclinó y me besó.

—Qué tonta. El avión está lleno de maletas con ropa que yo te he comprado. Déjame a mí.

¿Me había comprado ropa?

—¿Cuándo has tenido tiempo para hacer eso?

—No te preocupes por eso, cariño. Descubrirás que se me da muy bien planificar.

Cuando nos acomodamos en nuestros asientos, di un trago a mi copa de champán y volví a intentarlo.

—Entonces, ¿cuándo lo averiguaré?

Él bajó la persiana de mi ventanilla.

—Cuando aterricemos. Ahora recuéstate y relájate. Duerme un poco si quieres. Y, cuando te despiertes, nos divertiremos entre las nubes. —Deslizaba una mano por la cara interna de mi muslo mientras hablaba, y yo sentí el deseo que me invadía.

—¿Por qué no nos divertimos ahora? —le susurré al oído.

Jackson sonrió y, cuando lo miré a los ojos, vi el mismo deseo que sentía yo. Se puso en pie, me tomó en brazos y me llevó al dormitorio, donde caímos sobre la cama con nuestros cuerpos enredados. Dormimos después; no sé cuánto tiempo, pero, poco después de despertarnos y volver a hacer el amor, el capitán informó a Jackson de que aterrizaríamos en pocos minutos. Tuvo cuidado de no mencionar el destino, pero, cuando me asomé por la ventanilla, vi kilómetros y kilómetros de mar azul a nuestros pies. Fuera lo que fuera, parecía el paraíso. Jackson se levantó de la cama, se acercó a mí y me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Ves eso? —preguntó señalando una enorme montaña que parecía emerger del mar como un monolito—. Es el monte Otemanu, una de las vistas más impresionantes del mundo. Y pronto te mostraré toda la grandiosidad de Bora Bora.

Polinesia, pensé yo, y me volví para mirarlo.

—¿Ya has estado aquí antes?

—Sí, cariño mío —respondió antes de besarme en la mejilla—. Pero nunca contigo.

En cierto modo me quedé decepcionada, pero no sabía cómo expresarlo con palabras. Aun así lo intenté.

—Daba por hecho que iríamos a algún lugar en el que no hubiéramos estado ninguno de los dos, para que pudiéramos experimentarlo juntos. Por primera vez.

Jackson me sentó en la cama y me revolvió el pelo.

—He viajado mucho. Cualquier lugar que merezca la pena visitar ya lo conozco. ¿Habrías preferido ir a Davenport, Iowa? Ahí no he estado nunca. Tenía una vida antes de conocerte, ya lo sabes.

—Claro —dije yo—. Es que quería que esta vez fuese algo nuevo para los dos, algo que compartiéramos solo nosotros. —Quise preguntarle si había estado allí solo o con otra mujer, pero temía estropear más aún el momento—. Bora Bora —dije—. Nunca pensé que vendría aquí.

—He reservado un bungalow encima del agua. Te encantará, cariño. —Y volvió a estrecharme entre sus brazos.

Volvimos a nuestros asientos y a los pocos minutos aterrizamos en un aeropuerto situado en la pequeña isla de Motu Mute. Se abrió la puerta, bajamos las escalerillas del avión y allí nos recibieron varios isleños sonrientes, que nos pusieron guirnalda al cuello. Yo estiré la mano para tocar la suya.

—Me gusta más tu guirnalda. El azul es mi color favorito.

Él se la quitó y me la puso a mí.

—Te queda mejor a ti de todos modos. Por cierto, en Bora Bora se llaman *heis*.

El aire cálido y aromático era embriagador. Ya me encantaba aquel lugar. Nos llevaron en barco a nuestro bungalow, que parecía una villa flotante, con suelos de cristal que permitían ver la vida de la laguna de debajo.

Llegó nuestro equipaje, yo me puse un vestido de verano y Jackson unos pantalones azul marino y una camisa blanca de lino. Su piel bronceada en contraste con el blanco de la camisa le hacía parecer aún más guapo, si acaso eso era posible. Acabábamos de acomodarnos en nuestra terraza privada cuando llegó una canoa hawaiana para servirnos champán y caviar. Yo miré a Jackson sorprendida.

—¿Has pedido tú esto? —le pregunté.

Él me miró como si fuera una ingenua chica de pueblo.

—Esto es parte del servicio, querida. Nos traerán cualquier cosa que queramos. Si decidimos cenar aquí, nos lo traerán; si queremos comer, comemos... lo que se nos antoje. —Colocó una cucharadita de caviar sobre una tostada redonda y me la acercó a la boca—. Para mi chica lo mejor. Acostúmbrate.

A decir verdad, el caviar y el champán eran dos de las cosas que menos me gustaban, pero imaginé que tendría que aprender a que me gustaran.

Él dio un trago de champán y ambos nos quedamos allí sentados disfrutando del aire fresco, embelesados por el azul turquesa del agua que nos rodeaba. Yo me recosté, cerré los ojos y me quedé escuchando el ruido del agua al golpear contra los pilares.

—Tenemos reserva para cenar a las ocho en La Villa Mahana —me dijo Jackson. Yo abrí los ojos y lo miré.

—Ah.

—Es una auténtica joya con solo unas pocas mesas. Te encantará.

De nuevo volví a sentirme decepcionada. Era evidente que él ya conocía ese restaurante.

—Supongo que podrás decirme exactamente qué pedir y qué es lo mejor de la carta —le dije con cierta frivolidad.

Él me miró fríamente.

—Si prefieres que no vayamos, cancelaré la reserva. Seguro que hay cientos de parejas en la lista de espera que disfrutarían cenando allí.

Yo me sentí como si fuera una idiota desagradecida.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. Claro que iremos.

Jackson ya había sacado y colgado todo lo que me había comprado. La ropa estaba colocada no solo por tipo de prenda, sino también por color. Los zapatos estaban en la balda superior, divididos entre sandalias planas y tacones, en todos los colores y modelos. Me mostró un vestido largo y blanco de tirantes con el corpiño ajustado. Había más ropa que días para utilizarla: zapatos de noche, sandalias, trajes de baño, pareos, joyas, ropa informal para el día y vestidos ligeros para la noche.

—Toma —me dijo—. Esto te irá perfecto esta noche, mi chica guapa.

Resultaba extraño que alguien me eligiera la ropa, pero hube de admitir que el vestido era precioso. Me quedaba perfecto, y los pendientes de turquesas que había escogido suponían un bonito contraste al blanco de la tela.

La segunda noche nos quedamos en el bungalow y nos llevaron allí la cena. Sentados en la terraza, disfrutamos de la comida y de la preciosa puesta de sol, que teñía el cielo de rosa. Era algo mágico.

Esa era nuestra rutina; nos quedábamos en el bungalow una noche y a la noche siguiente íbamos a un restaurante como Bloody Mary's, Mai Kai o St. James. Cada uno de ellos tenía su propio ambiente, y a mí me gustó especialmente el toque isleño del Bloody Mary's con su suelo de arena y su deliciosa tarta al ron. Hasta los baños tenían el suelo de arena. Cuando cenábamos fuera, paseábamos por la playa agarrados de la mano y hacíamos el amor al llegar a casa. Las noches que nos quedábamos en el bungalow, el sexo comenzaba antes y duraba más. Mi piel estaba adquiriendo un bonito tono tostado y la sentía limpia y tersa gracias al sol y al agua. Jamás había sido tan consciente de mi cuerpo, de las caricias de alguien sobre mi piel, de la emoción de alcanzar juntos el orgasmo y sentirnos tan unidos.

Jackson había planificado cada actividad, desde la natación y el buceo hasta las excursiones privadas y las cenas románticas. Hicimos el amor en la arena de una playa privada, en una barca en la laguna y, por supuesto, en la intimidad de nuestro bungalow. Había pensado en todo, hasta el más mínimo detalle. Y, aunque a veces yo percibía cierta inquietud en la boca del estómago, nunca entendí de manera consciente hasta qué punto su necesidad de orden y de control acabaría dominando mi vida.

Capítulo 41

Ya había hecho la maleta y estaba preparada cuando llegó a casa; estaba emocionada ante la idea de pasar cuatro días en el Greenbrier con mi marido. Llevábamos casados poco más de tres meses. Mi maleta estaba sobre la cama y, después de darme un beso, Jackson se dirigió hacia allí y la abrió.

—¿Qué estás haciendo? Tu maleta está ahí —dije señalando la maleta a juego junto a su cómoda.

Él me dedicó una sonrisa divertida.

—Lo sé. —Sacó lo que yo había guardado y frunció el ceño al empezar a revisar toda mi ropa.

Yo me quedé ahí parada, con ganas de decirle que apartara las manos de mis cosas, pero no me salían las palabras. Me quedé mirando, petrificada, mientras lo revolvía todo y me miraba.

—¿Te das cuenta de que no vamos a una pensión de paletos como la que dirigen tus padres?

Yo retrocedí como si me hubiera abofeteado.

Él advirtió mi expresión y se rio.

—Oh, vamos, no quería decir eso. Pero estamos hablando del Greenbrier. Tienen código de vestimenta. Necesitas algunos vestidos de cóctel.

Me puse roja de vergüenza y de rabia.

—Sé lo que es el Greenbrier. De hecho ya he estado allí. —No era cierto, pero lo había buscado en internet.

Él arqueó las cejas y se quedó mirándome durante unos segundos.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Eso no viene al caso. Lo que quiero decir es que no tienes por qué revisar mis cosas como si fuera una niña pequeña. Lo que he metido en la maleta está bien.

Él levantó las manos en un gesto de rendición.

—Vale. Como tú quieras. Pero luego no me vengas llorando cuando te des cuenta de que no vas bien vestida en comparación con las demás mujeres.

Yo pasé frente a él, cerré mi maleta y la tiré al suelo.

—Nos vemos abajo. —Fui a recoger la maleta, pero me detuvo.

—Daphne.

—¿Qué? —pregunté dándome la vuelta.

—Déjalo. Tenemos gente que se encarga de eso. —Entonces negó con la cabeza y murmuró algo en voz baja.

Yo levanté la maleta. Todavía no me había acostumbrado a toda esa gente que estaba esperando a hacer lo que fácilmente podía hacer yo misma.

—Soy capaz de llevar mi propia maleta. —Me fui al estudio y me serví un vaso de *whisky*. Me lo bebí de un trago, cerré los ojos y respiré profundamente. Sentí el ardor en la garganta, pero también una súbita calma que me invadió, y recuerdo que

pensé: «Así es como la gente se vuelve alcohólica». Me acerqué a la ventana y me quedé mirando el mar, que terminó de calmar mis nervios.

Estaba descubriendo que la intimidación emocional podía ser tan angustiada como la física. Pequeñas cosas habían ido alterando sus nervios y, pese a mis esfuerzos por complacerle, nunca nada era suficientemente bueno. Había escogido la copa de vino equivocada o había dejado una toalla húmeda sobre la mesa de madera. Quizá era que me había olvidado el secador de pelo sobre la encimera. Lo más difícil era vivir con la incertidumbre. ¿Con qué Jackson estaría hablando ahora? ¿Con el hombre de sonrisa fácil que caía bien a todo el mundo? ¿O con el del ceño fruncido y la voz crítica que con solo una mirada me hacía saber que había hecho algo que le había decepcionado? Era un camaleón y sus transiciones eran tan rápidas que a veces me dejaban perpleja. Y ahora ni siquiera pensaba que fuese capaz de hacerme la maleta.

Sentí una mano en el hombro que me sobresaltó.

—Lo siento.

No me di la vuelta ni le respondí.

Comenzó a masajearme los hombros, acercando la boca a mi cuello, y sus labios me produjeron un escalofrío por la espalda. No quería responder, pero mi cuerpo tenía otros planes.

—No puedes hablarme así. No soy uno de tus empleados —le dije, apartándome.

—Lo sé. Tienes razón y lo siento. Esto es nuevo para mí.

—Para mí también, pero aun así... —Negué con la cabeza.

Él me acarició la mejilla.

—Sabes que te adoro. Estoy acostumbrado a estar al mando. Dame tiempo para habituarme. No permitamos que esta pelea nos estropee el viaje. —Volvió a besarme y yo respondí—. Me interesa más lo que no vas a ponerte este fin de semana.

Así que me dejé llevar, y nos fuimos.

Estábamos ambos de buen humor cuando llegamos, y, al entrar en la suntuosa *suite*, con esas alfombras rojas, los tapices grises de las paredes, los espejos dorados y los cuadros, sentí que había retrocedido en el tiempo. Era enorme y resultaba un poco intimidante. Había una mesa de comedor donde podían comer diez personas, un salón y tres dormitorios. De pronto me pregunté si en efecto habría metido en la maleta la ropa adecuada.

—Es preciosa, pero ¿para qué necesitamos una *suite* tan grande? Solo somos dos.

—Para ti solo lo mejor. No iba a permitir que estuviéramos apiñados en una habitación pequeña. ¿Eso fue lo que hiciste tú cuando viniste la otra vez?

Intenté imaginarme las habitaciones que había visto en la página web y agité la mano para quitarle importancia.

—Me alojé en una habitación normal.

—¿Y cuándo dices que fue eso?

Me miraba con una expresión divertida, pero yo veía el enfado en sus ojos.

—¿Qué más da eso?

—¿Sabes? Yo tenía un mejor amigo. Lo hacíamos todo juntos desde que éramos pequeños. Cuando estábamos en la universidad, íbamos a ir de *camping* con su familia. Me llamó la noche de antes y canceló el plan; dijo que estaba enfermo. El lunes descubrí que había estado en un bar de la zona con su novia. —Había empezado a dar vueltas de un lado a otro—. ¿Sabes lo que hice?

—¿Qué?

—Seduje a su novia, hice que rompiera con él por mí y después los dejé tirados a ambos.

A mí se me heló la sangre.

—Eso es horrible. ¿Qué te había hecho a ti esa pobre chica?

—Lo de la chica es broma —respondió con una sonrisa—, pero sí que puse fin a la amistad con él.

Yo no sabía qué creer.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque creo que estás mintiendo. Y, si hay algo que no tolero, es la mentira. No me tomes por tonto. Nunca antes habías estado aquí. Admítelo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —pregunté con más valentía de la que sentía.

—Demasiado tarde para que siga confiando en ti.

Yo me eché a llorar y él se acercó y me rodeó con sus brazos.

—No quería que pensaras que nunca había estado en un lugar elegante o que no había visto las cosas a las que tú estás acostumbrado.

Él me levantó la barbilla y me besó las lágrimas para secarlas.

—Cariño, conmigo no tienes que fingir. Me encanta ser yo quien te enseñe cosas nuevas. No trates de impresionarme. Me encanta que todo sea nuevo para ti.

—Siento haber mentido.

—Prométeme que será la última vez.

—Te lo prometo.

—De acuerdo. No ha pasado nada. Vamos a deshacer las maletas y luego te enseñaré esto.

Mientras colgaba mis escasas pertenencias junto a sus trajes a medida y sus corbatas, me volví hacia él arrepentida.

—¿Te apetecería ir de compras después de la visita? —le pregunté.

—Ya estaba en los planes —respondió.

Los siguientes dos días fueron maravillosos. Fuimos a montar a caballo, pasamos horas en el *spa*, y en la cama no nos cansábamos el uno del otro. Era nuestro último día y, cuando íbamos a desayunar, sonó mi móvil. Era mi madre.

—¿Mamá? —Noté en su voz que algo pasaba.

—Daphne. Tengo malas noticias. Tu pa... —Oí sus llantos a través de la línea.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Ha muerto, Daphne. Tu padre. Nos ha dejado.

Empecé a llorar.

—No, no, no.

Jackson se acercó, me quitó el teléfono y me abrazó con el otro brazo. No podía creérmelo. ¿Cómo iba a estar muerto? Si había hablado con él la semana anterior. Recordé que su cardiólogo había advertido que estaba lejos de una plena recuperación. Jackson me abrazó mientras lloraba y me condujo hasta el sofá, donde me quedé sentada mientras él hacía las maletas.

Volamos directamente a la pensión y nos quedamos allí la semana siguiente. Al ver como bajaban el ataúd de mi padre, lo único que pensé fue en el día en que habíamos hecho lo mismo con Julie. Pese a tener el brazo fuerte de Jackson sobre mis hombros y a mi madre junto a mí, me sentía completamente sola.

Capítulo 42

Jackson quería tener niños cuanto antes. Llevábamos casados solo seis meses cuando me convenció para que me quitara el diafragma. Me recordó que yo tenía veintisiete años; podría tardar un poco. Pero me quedé embarazada el primer mes. Él estaba encantado, pero a mí me costó más asimilar la idea. Por supuesto, ya nos habíamos hecho pruebas para asegurarnos de que él no fuese portador del gen de la fibrosis quística. Yo tenía el gen recesivo y, si él también lo tenía, no podríamos tener un hijo sin correr el riesgo de transmitirle la enfermedad. Pese a que el médico nos aseguró que todo estaba en orden, a mí me costó librarme de la ansiedad. Había muchas otras enfermedades y defectos de nacimiento que podrían aguardarle a nuestro bebé, y si algo había aprendido de pequeña era que, a veces, las peores cosas ocurren. Le transmití mis preocupaciones a Jackson una noche durante la cena.

—¿Y si algo sale mal?

—Lo sabremos. Harán las pruebas y, si no viene sano, abortaremos.

Hablaba con tal determinación que yo me quedé helada.

—Lo dices como si fuera poca cosa.

—Es que lo es —respondió encogiéndose de hombros—. Para eso se hacen pruebas, ¿no? Para que tengamos un plan. No hay nada de lo que preocuparse.

Yo no había terminado con el tema.

—¿Y si yo no quiero abortar? ¿O si dicen que el bebé está bien y no lo está, o dicen que no lo está y luego sí?

—¿De qué estás hablando? Saben lo que hacen —me dijo con cierta impaciencia.

—Cuando Erin, la mujer de mi primo, se quedó embarazada, le dijeron que su bebé iba a tener importantes defectos de nacimiento, pero no abortó. Era Simone. Y estaba perfecta.

Él suspiró con exasperación.

—Eso fue hace años. Las cosas ahora son más precisas.

—Pero aun así...

—Maldita sea, Daphne, ¿qué quieres que diga? Te diga lo que te diga, me sales con una respuesta ilógica. ¿Es que te gusta estar triste?

—Claro que no.

—Entonces déjalo ya. Vamos a tener un bebé. Espero que estos nervios se te pasen antes del parto. No soporto a esas madres neuróticas que se preocupan por todo. —Dio un trago a su copa de coñac.

—Yo no creo en el aborto —le dije.

—¿Y prefieres dejar que los niños sufran? ¿Quieres decir que, si descubrieras que nuestro bebé va a tener una horrible enfermedad, lo tendrías de todos modos?

—No es todo blanco o negro. ¿Quiénes somos nosotros para decidir quién merece vivir y quién no? No quiero tomar decisiones que solo competen a Dios.

Él arqueó las cejas.

—¿Dios? ¿Crees en un Dios que permitiría a tu hermana llevar una vida de sufrimiento y morir siendo una niña? Creo que ya sabemos cuál es el punto de vista de Dios con estas cosas. Yo tomaré mis propias decisiones, muchas gracias.

—No es lo mismo en absoluto, Jackson. Yo no puedo explicar por qué ocurren cosas malas. Solo digo que llevo una vida en mi interior y no sé si podría abortar de un modo u otro. No creo que sea capaz de hacerlo.

Se quedó callado, apretó los labios y después habló con mucha determinación.

—Entonces deja que te ayude. Yo no puedo criar a un niño enfermo. Sé que eso es algo que no soy capaz de hacer.

—Es probable que el bebé esté bien, pero ¿cómo puedes decir que no eres capaz de criar a un niño enfermo o discapacitado? Es tu hijo. No puedes despreciar una vida porque no es lo que tú consideras perfecto. ¿Cómo no te das cuenta?

Me miró durante largo rato antes de responder.

—De lo que me doy cuenta es de que no tienes ni idea de lo que es crecer de manera normal. Ni siquiera deberíamos estar teniendo esta conversación todavía. Si, y solo si, resulta que hay algo por lo que debemos preocuparnos, lo discutiremos entonces.

—Pero...

Levantó una mano para detenerme.

—El bebé estará perfecto. Necesitas ayuda, Daphne. Es evidente que eres incapaz de olvidar el pasado. Quiero que veas a un terapeuta.

—¿Qué? No hablarás en serio.

—Jamás he hablado más en serio. No permitiré que críes a nuestro niño con todas tus fobias y paranoias.

—¿De qué estás hablando?

—La enfermedad de tu hermana lo impregna todo. No puedes separar eso de tu vida actual. Tienes que dejarlo atrás. Supéralo, por el amor de Dios. La terapia te ayudará a cerrar ese capítulo de una vez por todas.

Yo no quería desenterrar mi infancia y revivirla.

—Jackson, por favor, he dejado atrás el pasado. ¿Acaso no hemos sido felices? Estaré bien, te lo prometo. Solo estaba un poco preocupada, nada más. Todo saldrá bien, de verdad.

Él enarcó una ceja.

—Quiero creerte, pero he de estar seguro.

Yo le dediqué una sonrisa forzada.

—Vamos a tener un bebé perfecto y todos viviremos felices para siempre.

—Esa es mi chica —dijo con una sonrisa.

Entonces pensé en algo que Jackson había dicho unos segundos antes.

—¿Cómo sabes que va a ser un niño?

—No lo sé, pero espero que lo sea. Siempre he querido tener un hijo; alguien con quien poder hacer todas las cosas que mi padre nunca tuvo tiempo de hacer conmigo.

—¿Y si es una niña? —le pregunté, nerviosa.

—Lo intentaremos de nuevo —respondió encogiéndose de hombros.

Capítulo 43

Por supuesto, tuvimos una niña, Tallulah, y nació perfecta. Era un bebé fácil y yo disfrutaba siendo madre. Me encantaba darle el pecho por las noches cuando la casa estaba en silencio, mirándola a los ojos y sintiendo un vínculo que jamás había experimentado. Seguí el consejo de mi madre y dormía cuando dormía ella, pero aun así estaba más cansada de lo que había anticipado. A los cuatro meses, todavía no dormía las noches de un tirón y, como estaba dándole el pecho, había rechazado la sugerencia de Jackson de contratar a una niñera. No quería tener que sacarme leche y que comiera con biberón. Quería hacerlo todo yo, pero eso significaba tener menos tiempo para Jackson.

Fue entonces cuando todo empezó a ir mal. Para cuando reveló sus cartas, ya era demasiado tarde. Había utilizado mi vulnerabilidad a su favor, como un general armado para la batalla. Sus armas eran la ternura, la atención y la compasión; y, cuando la victoria estuvo asegurada, se despojó de ellas y me mostró su verdadera naturaleza.

Jackson pasó a un segundo plano, todo mi tiempo y mi energía se los dedicaba a Tallulah. Aquella mañana había sacado la báscula de debajo de la cómoda, me quité la bata y me pesé: 63 kilos. Me quedé mirando el número sorprendida. Oí abrirse la puerta y él apareció ahí, mirándome con una expresión extraña. Fui a bajarme de la báscula, pero él levantó una mano, se acercó y miró por encima de mi hombro. Vi su cara de desprecio, aunque solo duró un segundo. Estiró el brazo y me dio una palmadita en el estómago con las cejas arqueadas.

—¿No debería estar ya plano?

Yo noté el rubor en las mejillas y me sentí avergonzada. Me bajé de la báscula, recogí la bata del suelo y me la puse.

—¿Por qué no pruebas tú a tener un bebé, a ver cómo se te queda la tripa?

Él negó con la cabeza.

—Han pasado cuatro meses, Daph. Esa excusa ya no sirve. Veo a muchas de tus amigas en el club con sus vaqueros ajustados. Ellas también han tenido hijos.

—Probablemente porque les hicieron la liposucción junto con la cesárea — respondí yo.

Él me agarró la cara entre las manos.

—No te pongas a la defensiva. Tú no necesitas una liposucción, solo necesitas disciplina. Me casé con una talla treinta y seis, y espero que puedas volver a ponerte toda esa ropa cara que te he comprado. Vamos. —Me dio la mano y me condujo hasta el sofacito dos plazas situado en un rincón de nuestro dormitorio—. Siéntate y escucha.

Me pasó un brazo por los hombros y se sentó a mi lado.

—Voy a ayudarte. Necesitas llevar la cuenta. —Entonces sacó un diario.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Te lo compré hace unas semanas. —Continuó con una sonrisa—. Quiero que te peses todos los días y lo escribas aquí. Luego anota lo que has comido en la sección correspondiente. —Me señaló la página en cuestión—. Yo lo revisaré todas las noches cuando llegue a casa.

No podía creérmelo. ¿Llevaba semanas pensando en eso? Me dieron ganas de morirme. Cierto, no había vuelto a mi peso anterior, pero tampoco estaba gorda.

Lo miré, con miedo a preguntar, pero necesitaba saberlo.

—¿No me encuentras atractiva?

—¿Y me culpas por ello? Hace meses que no haces ejercicio.

Yo contuve las lágrimas y me mordí el labio.

—Estoy cansada, Jackson. Me paso la noche despierta con el bebé y por la mañana estoy cansada.

Él me cubrió la mano con la suya.

—Por eso no paro de decirte que me dejes contratar a una niñera a jornada completa.

—Yo disfruto pasando tiempo con ella. No quiero que haya una desconocida en casa por las noches.

Entonces se puso en pie, furioso.

—Llevas meses así y mira lo que has conseguido. A este paso, te vas a poner como una vaca. Quiero recuperar a mi esposa. Hoy mismo pienso llamar para contratar a una niñera. Tú volverás a dormir por las noches y recuperarás las mañanas. Insisto.

—Pero estoy dándole el pecho.

—Sí, esa es otra —respondió con un suspiro—. Es asqueroso. Tienes las tetas que parecen dos globos. No quiero que te cuelguen hasta el suelo. Ya basta.

Me levanté con las piernas temblorosas y con náuseas, y salí corriendo al baño. ¿Cómo podía ser tan cruel? Me quité de nuevo la bata y me miré en el espejo de cuerpo entero. ¿Por qué no me había fijado antes en toda esa celulitis? Levanté una mano y me golpeé el muslo. Parecía gelatina. Hundí ambas manos en la tripa y fue como amasar un pan. Jackson tenía razón. Miré por encima del hombro y me fijé en los glúteos caídos. Tenía que ponerle solución. Era hora de volver al gimnasio. Me fijé en los pechos que a mi marido tanto le asqueaban. Tragué saliva para aliviar el nudo que sentía en la garganta, me vestí y bajé las escaleras. Agarré la lista de la compra y añadí otro artículo: leche en polvo.

Aquella mañana Margarita había preparado un bufé de desayuno digno del Ritz. Cuando entró Jackson, llenó su plato de tortitas, beicon, fresas y una magdalena casera. Yo pensé en el diario que acababa de darme y sentí el rubor en las mejillas. Estaba loco si pensaba que iba a permitirle decidir lo que podía comer y lo que no. Empezaría mi dieta al día siguiente y con mis condiciones. Agarré un plato y tomé un tenedor para servirme una tortita de la fuente, pero él se aclaró la garganta. Lo miré y le vi inclinar ligeramente la cabeza hacia la fuente de fruta. Tomé aliento, pinché tres

tortitas con el tenedor y las dejé en mi plato. Lo ignoré, agarré el sirope y prácticamente las inundé con él. Levanté el tenedor y le mantuve la mirada mientras me metía en la boca un pedazo de tortita bañada en sirope.

Capítulo 44

Pagué por aquel pequeño acto de rebeldía. No de inmediato, porque ese no era su estilo. Para cuando llevó a cabo su plan tres semanas más tarde, yo ya me había olvidado de ello. Pero él no. Mi madre iba a venir a visitarnos. Desde la muerte de mi padre, venía con frecuencia, cada pocos meses, y yo la animaba a ello. La noche antes de su llegada, Jackson ejecutó su venganza. Esperó a que Tallulah estuviese durmiendo y fue a la cocina, donde me encontraba yo hablando con Margarita sobre el menú de la cena del día siguiente. Se quedó de pie en la puerta, apoyado en el marco, con los brazos cruzados y una expresión divertida. Cuando Margarita se fue, él se acercó a mí, me retiró un mechón de pelo de la frente y se inclinó para susurrarme al oído.

—No va a venir.

—¿Qué? —pregunté con un nudo en el estómago.

—Acabo de hablar con ella por teléfono y le he dicho que no te encuentras bien. Yo lo aparté de mí con un empujón.

—¿De qué estás hablando? Me encuentro bien.

—Nada de eso. Te duele la tripa por haberte atiborrado a tortitas.

¿De verdad me guardaba rencor desde hacía semanas?

—Estás de broma, ¿verdad? —pregunté, con la esperanza de que así fuera.

—Nunca he hablado más en serio —respondió él con frialdad.

—Voy a llamarla ahora mismo. —Me agarró del brazo antes de que pudiera moverme.

—¿Y qué vas a decirle? ¿Que tu marido ha mentado? ¿Cómo lo interpretaría? Además, le he dicho que te había sentado algo mal y me habías pedido a mí que la llamara. Le he asegurado que te sentirías mejor en unos días. —Entonces se rio—. También he mencionado que has estado un poco estresada y que sus frecuentes visitas te suponen mucha presión, que tal vez debería espaciarlas un poco más.

—No puedes hacer eso. No permitiré que mi madre piense que no la quiero aquí.

Él me apretó el brazo con más fuerza.

—Ya está hecho. Deberías haber oído lo triste que parecía. Pobre paleta idiota. — Se rio.

Yo me zafé y le di una bofetada, pero volvió a reírse.

—Una pena que no muriera cuando lo hizo tu padre. No soporto tener suegros.

Entonces yo exploté. Le arañé la cara, deseaba despellejarlo. Sentí la humedad en las manos y me di cuenta de que le había hecho sangre. Horrorizada, retrocedí y me llevé la mano a la boca.

—Mira lo que has hecho —dijo él negando con la cabeza. Entonces se sacó el teléfono de la chaqueta y se lo puso delante de la cara. Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que estaba haciendo—. Gracias, Daph. Ahora ya tengo pruebas para demostrar que tienes un temperamento inestable.

—¿Me has provocado intencionadamente?

—Un consejo —me dijo con una sonrisa fría—. Yo siempre iré diez pasos por delante de ti. Tenlo en mente cuando creas que sabes mejor que yo qué es lo que te conviene. —Se me acercó, pero yo me quedé clavada al suelo, demasiado sorprendida para moverme. Me acarició la mejilla y me miró con ternura—. Te quiero. ¿Por qué no te das cuenta? No quiero castigarte, pero ¿qué voy a hacer cuando insistes en hacer cosas que son malas para ti?

«Está loco», pensé. «¿Cómo he tardado tanto tiempo en darme cuenta?». Tragué saliva y me estremecí cuando me secó las lágrimas con los dedos. Salí corriendo de la habitación, agarré unas pocas cosas del dormitorio y me fui a una de las habitaciones de invitados. Me miré en el espejo; estaba blanca como un fantasma y me temblaba todo. Fui al baño de invitados, me lavé las manos para limpiarme la sangre de debajo de las uñas y traté de entender cómo me había permitido perder el control. Jamás había hecho algo así. Al decir de manera despreocupada que desearía que mi madre estuviese muerta, me había dado cuenta de que, después de esa noche, no había vuelta atrás. Tenía que marcharme. Al día siguiente recogería mis cosas y me iría con el bebé a casa de mi madre.

Pasados unos minutos, fui a ver a Tallulah y encontré a Jackson de pie junto a la cuna. Vacilé en la puerta, porque algo en aquella estampa me parecía extraño. Su postura resultaba amenazante; tenía el rostro ensombrecido y daba miedo. El corazón se me aceleró al acercarme.

No se dio la vuelta ni respondió a mi presencia. En las manos sujetaba el enorme oso de peluche que le había comprado a la niña cuando nació.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Habló sin dejar de mirarla.

—¿Sabías que cada año más de dos mil bebés sufren la muerte súbita?

Traté de responder, pero no me salían las palabras.

—Por eso no hay que poner nada en la cuna. —Entonces se volvió para mirarme—. No paro de repetirte que no pongas sus peluches en la cuna, pero siempre se te olvida.

—No te atreverías —dije yo—. Es tu hija, ¿cómo ibas a...?

Lanzó el peluche hacia la mecedora y adoptó de nuevo una expresión neutra.

—Estaba bromeando. Te lo tomas todo muy en serio. —Me agarró las manos—. No le ocurrirá nada siempre y cuando tenga dos padres que cuiden de ella.

Me di la vuelta para mirar a mi bebé, que respiraba profundamente, y me abrumó su vulnerabilidad.

—Voy a quedarme aquí sentada un rato —susurré.

—Buena idea. Y ya que estás, piensa un poco en lo que haces. Yo estaré esperándote en la cama. Asegúrate de no tardar mucho.

Yo lo miré con odio.

—No hablarás en serio. No pienso acercarme a ti.

Él me sonrió.

—Quizá quieras replanteártelo. Será mejor que me canses, o si no podría levantarme sonámbulo y llegar hasta la habitación del bebé. —Estiró el brazo hacia mí—. Pensándolo mejor, te deseo ahora.

Callada y muriéndome por dentro, le di la mano y me condujo hasta nuestro dormitorio y nuestra cama.

—Quítate la ropa —me ordenó.

Yo me senté en la cama y comencé a bajarme los pantalones.

—No. De pie. Hazme un *striptease*.

—Jackson, por favor.

Solté un grito ahogado cuando me tiró del pelo hacia él y me pellizcó un pecho con fuerza.

—No me cabrees. Hazlo. Ahora.

Me temblaban tanto las piernas que no sé cómo me mantuve en pie. Puse la mente en blanco, cerré los ojos y fingí estar en cualquier otro sitio. Me desabroché los botones de la blusa uno a uno, abriendo los ojos para mirarlo y ver si lo estaba haciendo bien. Él asintió y, mientras me desnudaba, comenzó a tocarse. Yo no sabía quién era aquel hombre, sentado en mi cama, que tanto se parecía a mi marido. Lo único que podía hacer era preguntarme cómo lo habría logrado. ¿Cómo había interpretado un papel durante más de un año? ¿Qué clase de persona podía mantener una farsa durante tanto tiempo? ¿Y por qué me mostraba ahora la verdad? ¿Pensaba que me quedaría con él solo porque teníamos una hija en común? Me marcharía al día siguiente, pero esa noche haría lo que me decía, haría cualquier cosa para que pensara que había ganado.

Seguí con mi representación hasta que me quedé desnuda. Él estiró el brazo y me lanzó sobre la cama. Después se puso encima de mí y sus caricias se volvieron tiernas y atentas. Yo habría preferido que abusara de mí con violencia, y, por el bien de mi hija, obligué a mi cuerpo a responder; porque Jackson era perceptivo y sabía que no toleraría que me resistiera.

Capítulo 45

A la mañana siguiente, después de que se marchara al trabajo, me apresuré a meter en la maleta todo lo que pude, metí al bebé en el coche y partí hacia New Hampshire. Sabía que mi madre se sorprendería al descubrir la verdad, pero podría contar con su apoyo. Tardaríamos unas cinco horas en llegar a la pensión. Se me aceleró el corazón al pensar en cómo acabaría todo aquello. Jackson se pondría furioso, claro, pero no podría hacer nada una vez que nos hubiéramos ido. Yo le contaría a la policía sus amenazas al bebé. Ellos nos protegerían.

Llamó a mi móvil cuando llegamos a Massachusetts. Dejé que saltara el buzón de voz. El teléfono seguía pitando cada vez que recibía un mensaje de texto. No los leí hasta que no me paré en un área de servicio a repostar.

¿Qué estás haciendo en Massachusetts? Daphne, ¿dónde está el bebé?

No le habrás hecho daño, ¿verdad? Por favor, respóndeme.

Anoche no pensé que hablaras en serio. No hagas caso a las voces.

¡Daphne, por favor, responde! Estoy preocupado por ti.

Llámame, por favor. Te conseguiré ayuda. No le hagas daño a Tallulah.

¿Qué estaba haciendo? ¿Y cómo sabía dónde me encontraba? No le había dado ninguna indicación de que me iba. Me había asegurado de que no me viera ningún miembro del servicio. ¿Me habría instalado un localizador en el coche?

Agarré le teléfono y le llamé. Respondió al primer tono.

—¡Zorra! ¿Qué diablos te crees que estás haciendo? —Sentía su furia a través del teléfono.

—Voy a ver a mi madre.

—¿Sin decírmelo? Da la vuelta y vuelve aquí ahora mismo. ¿Me oyes?

—¿O si no qué? No puedes decirme lo que tengo que hacer. Ya estoy harta, Jackson. —Me temblaba la voz y miré hacia el asiento trasero para asegurarme de que Tallulah seguía durmiendo—. Amenazaste con hacer daño a nuestro bebé. ¿De verdad pensabas que te permitiría algo así? No vas a acercarte a ella nunca más.

Él comenzó a reírse.

—Eres una idiota.

—Adelante, insúltame. Me da igual. Voy a contárselo todo a mi madre.

—Esta es tu última oportunidad para regresar, o lo lamentarás.

—Adiós, Jackson. —Colgué y volví a arrancar el coche.

Empecé a recibir mensajes de nuevo, así que apagué el teléfono.

A cada kilómetro que pasaba, me sentía más decidida y esperanzada. Sabía que estaba haciendo lo correcto y sus amenazas no lograrían influirme. Seguía en Massachusetts cuando vi las luces parpadeantes por el espejo retrovisor. Según se acercaba el coche de policía, me di cuenta de que quería que me detuviera. Apenas había superado el límite de velocidad. Detuve el coche en el arcén y el agente se acercó.

—Carné y documentación, por favor.

Saqué los papeles de la guantera y se los entregué.

El agente regresó a su coche con ellos y, pasados unos minutos, volvió al mío.

—Por favor, salga del coche.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Por favor, señora, salga del coche.

—¿He hecho algo malo?

—Hay una orden de arresto urgente contra usted. Dicen que es un peligro para su hija. El bebé tendrá que quedarse con nosotros hasta que llegue su marido.

—¡Es mi hija! —El muy cabrón me había denunciado a la policía.

—Por favor, no haga que la espose. Necesito que venga conmigo.

Salí del coche y el agente me agarró del brazo.

Tallulah se había despertado y empezó a llorar. Tenía la cara roja y sus llantos iban convirtiéndose en gritos.

—Por favor, está asustada. ¡No puedo dejar a mi bebé!

—Nosotros cuidaremos de ella, señora.

Me zafé y traté de llegar hasta el coche para sacarla del asiento y consolarla.

—¡Tallulah!

—Por favor, pare. No quiero tener que sujetarla por la fuerza. —Me arrastró hasta meterme en el coche patrulla, y tuve que dejarla allí, con la policía, mientras a mí me llevaban a un hospital de la zona.

Hasta el día siguiente no descubrí que Jackson había puesto en marcha un plan de contingencia semanas atrás. Había convencido a un juez de que yo sufría depresión y que había amenazado con hacer daño al bebé. Incluso tenía dos declaraciones firmadas por médicos; doctores a los que yo no había visto jamás. Imaginé que los había comprado con su dinero. Nadie me hizo caso cuando dije que me había tendido una trampa. Los locos no tienen credibilidad, y a mí me consideraban una loca. Durante mi estancia en el hospital, me evaluaron diversos doctores que confirmaron que necesitaba tratamiento. Nadie me creyó cuando les dije lo que había hecho Jackson, cómo había manipulado la situación. Me miraban como si fuera una lunática. Lo único que me decían era que Jackson había recogido a Tallulah de la comisaría y se la había llevado a casa. A mí me informaron de que iban a trasladarme al hospital de Meadow Lakes, que estaba en Fair Haven, el pueblo vecino a Bishops Harbor. Tras setenta y dos horas gritando, suplicando y llorando, no había conseguido que me dejaran salir, y para entonces ya estaba drogada con quién sabe qué. Mi única esperanza era convencer a Jackson de que me dejara salir.

Cuando me trasladaron a Meadow Lakes, me dejó allí durante siete días hasta que por fin vino a verme. Yo no tenía ni idea de lo que le había dicho a mi madre o al personal sobre mi ausencia. Cuando apareció en la zona común, me dieron ganas de matarlo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le pregunté entre dientes, pues no quería

montar una escena.

Se sentó a mi lado y me estrechó la mano, sonriendo a una mujer que tenía delante y que no se molestaba en disimular su curiosidad mientras nos observaba.

—Daphne, lo único que hago es cuidar de nuestra hija y de ti. —Se aseguró de hablar en voz alta para que todos le oyeran.

—¿Qué quieres de mí?

Me apretó la mano con fuerza.

—Quiero que vuelvas a casa, donde perteneces, pero solo cuando estés preparada. Me mordí la lengua para no gritar. Respiré profundamente hasta que pude hablar sin que me temblara la voz.

—Estoy preparada.

—Bueno, eso debe decidirlo tu terapeuta.

—¿Por qué no damos un paseo? —le dije poniéndome en pie.

Cuando estuvimos fuera, sin nadie que nos oyera, le mostré mi rabia.

—Corta el rollo, Jackson. Sabes que este no es mi lugar. Quiero a mi bebé. ¿Qué le has dicho a todo el mundo?

Él miraba al frente mientras caminábamos.

—Que estás enferma y que volverás a casa en cuanto te encuentres mejor.

—¿Y mi madre?

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Le he dicho que estabas cada vez más deprimida por lo de Julie y lo de tu padre y que habías intentado suicidarte.

—¿Qué? —grité.

—Quiere que te quedes el tiempo que sea necesario, asegurarse de que estés mejor.

—Eres asqueroso. ¿Por qué haces esto?

—¿Por qué crees?

Yo empecé a llorar.

—Te quería. Éramos felices. No entiendo qué ha pasado. ¿Por qué has cambiado? ¿Cómo puedes pretender que me quede contigo cuando amenazas a nuestra hija y eres horrible conmigo?

Empezó a caminar de nuevo, con una tranquilidad que me sacaba de quicio.

—No sé de qué estás hablando. Yo no he amenazado a nadie. Y te trato como a una reina. Eres la envidia de todos tus conocidos. Si en ocasiones tengo que meterte en cintura, eso es algo que forma parte del matrimonio. Yo no soy un blandengue como tu padre. Así es como un hombre fuerte maneja a su mujer. Acostúmbrate.

—¿Acostumbrarme a qué? ¿A que abuses de mí? Jamás me acostumbraré a eso. —Me ardía la cara de la rabia.

—¿Abusar? Jamás te he puesto la mano encima.

—Hay otros tipos de abuso —respondí. Observé su cara en busca de algún rastro del hombre que creí que era. Decidí probar con otra táctica y suavicé el tono—.

Jackson.

—¿Mmm?

—No soy feliz —dije tras tomar aliento—, y creo que tú tampoco lo eres.

—Claro que no soy feliz. Mi esposa ha intentado robarme a mi hija sin previo aviso.

—¿Por qué quieres que vuelva a casa? No me quieres.

Dejó de caminar y me miró con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? Daphne, me he pasado los dos últimos años enseñándote, instruyéndote, educándote para ser una esposa de la que poder estar orgulloso. Tengo una familia preciosa. Todos nos envidian. ¿Cómo puedes no entender que quiero luchar por mi familia?

—Me has maltratado desde que nació Tallulah, y cada día es peor.

—Vuelve a acusarme y te quedarás aquí para siempre, no volverás a verla. — Empezó a caminar de nuevo, rápido esta vez.

Traté de alcanzarlo y abandoné mi tono conciliador.

—¡No puedes hacer eso!

—Verás como sí puedo. La ley está de mi lado. ¿Y te he dicho que acabo de donar diez millones de dólares para que construyan un ala nueva en este hospital? Seguro que estarán encantados de tenerte todo el tiempo que yo quiera.

—Estás loco.

Se dio la vuelta, me agarró y me acercó a él.

—Es la última vez que tenemos esta conversación —me dijo con la boca a escasos centímetros de la mía—. Me perteneces. Eres mía y siempre lo serás, y de ahora en adelante harás caso a lo que yo te diga. Si eres una buena esposa y obedeces, todo irá bien. —Se me acercó más, me besó en los labios y después me mordió con fuerza. Yo grité y me eché hacia atrás, pero tenía la mano puesta en mi cabeza y me impidió apartarme—. Si no lo haces, créeme, te pasarás el resto de tu vida lamentándolo, y tu hija tendrá una nueva madre.

Sabía que me tenía atrapada. Daba igual que fuera él el que estaba loco. Tenía dinero y contactos, y había jugado bien sus cartas.

¿Cómo había ocurrido aquello? Me esforcé por tomar aire, por convencerme de que encontraría una solución. Pero al mirar a mi marido, a aquel desconocido que tenía mi futuro en sus manos, no se me ocurrió nada.

—Haré lo que me digas —susurré, desesperada—. Pero sácame de aquí.

Él sonrió.

—Esa es mi chica. Tendrás que quedarte más o menos un mes. No quedaría bien que salieras antes. Tu terapeuta y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Somos amigos desde la universidad. Hace unos años tuvo un pequeño problema. — Se encogió de hombros—. El caso es que yo le ayudé y me lo debe. Le diré que te deje salir en treinta días. Dirá que fue un desajuste hormonal o algo que se arregló fácilmente.

Me dejaron salir treinta y cinco días más tarde. Tuvimos que ir al juzgado de familia para demostrar que yo era una buena madre. Quedamos con su abogado y yo le seguí el juego. Me hizo corroborar la mentira de Jackson, que aseguraba que yo oía voces que me decían que hiciera daño al bebé. Accedí a seguir viendo al doctor Finn, el amigo de Jackson, que era de chiste. Siempre se mostraba solícito, me preguntaba cómo me estaba adaptando de nuevo a la vida doméstica, pero ambos sabíamos que las sesiones eran una farsa. Ahora Jackson tenía algo más con lo que chantajearme para asegurarse de que no volviera a marcharme, y yo sabía que las notas del doctor Finn dirían lo que Jackson quisiera. Cuando al fin me permitieron volver a casa, lo único que me importaba era volver a estar con Tallulah. Me dije a mí misma que acabaría por encontrar la manera de escapar. Mientras tanto, hice lo que haría cualquier buena madre: sacrifiqué mi felicidad para proteger a mi hija.

Capítulo 46

Había estado en Meadow Lakes poco más de un mes, pero me parecieron años. Jackson vino a buscarme en persona y yo fui sentada en el asiento del copiloto de su Mercedes, mirando por la ventanilla, con miedo a decir algo incorrecto. Él estaba de buen humor, tarareando como si aquel fuera un día normal y hubiéramos salido a dar una vuelta. Cuando aparcó en casa, me sentí fuera de mí misma, como si estuviera viendo la vida de otra persona. Alguien que vivía en una preciosa casa junto al mar, con mucho dinero y todo lo que pudiera desear. De pronto deseé volver a estar en mi habitación del hospital, lejos de los ojos curiosos de mi marido.

Lo primero que hice al entrar fue correr escaleras arriba a la habitación de Tallulah. Abrí la puerta, ansiosa por tenerla entre mis brazos. Sentada en la mecedora con la niña se encontraba una hermosa joven de pelo oscuro a la que no había visto antes.

—¿Quién eres tú?

—Sabine. ¿Quién es usted? —me preguntó ella con un fuerte acento francés.

—Soy la señora Parrish —respondí estirando los brazos—. Por favor, devuélveme a mi hija.

Se puso en pie, me dio la espalda y se alejó.

—Lo siento, *madame*. El señor Parrish tiene que decirme que no hay problema.

A mí se me crisparon los nervios.

—¡Dámela! —grité.

—¿Qué sucede? —preguntó Jackson al entrar en la habitación.

—¡Esta mujer no quiere darme a mi hija!

Jackson suspiró, le quitó el bebé a Sabine y me lo entregó.

—Por favor, discúlpanos, Sabine.

Ella me miró y se marchó.

—¿Dónde está Sally? ¿Has contratado a esa... a esa criatura? No me tiene ningún respeto.

—Sally se ha ido. No culpes a Sabine, ella no sabía quién eras. Estaba cuidando a Tallulah. Sabine le enseñará a hablar francés. Tienes que pensar en el bienestar de tu hija. Las cosas van bien por aquí, así que no intentes volver y revolucionar la casa.

—¿Revolucionar la casa? Pero si es mi hija.

Él se sentó sobre la cama.

—Daphne, sé que creciste siendo pobre, pero de nuestros hijos se esperarán ciertas cosas.

—¿Cómo que crecí siendo pobre? Soy de una familia de clase media. Teníamos todo lo que necesitábamos. No éramos pobres.

Él suspiró y levantó las manos.

—Disculpa. Vale, no erais pobres. Pero desde luego tampoco erais ricos.

Yo sentí un nudo en el estómago.

—Nuestras definiciones de «rico» y «pobre» varían bastante.

—Sabes bien lo que estoy intentando decir —dijo alzando la voz—. No estás acostumbrada a la manera de proceder de la gente con dinero. No importa, déjame a mí. Sabine será un gran activo para nuestra familia. Pero ya basta, tengo una cena especial planeada. No lo estropees.

Lo único que yo quería era estar con mi bebé, pero sabía que no debía quejarme. No podía arriesgarme a que me enviara de vuelta a Meadow Lakes. Otro mes allí y entonces sí que perdería la cabeza.

Durante la cena Jackson se mostró de muy buen humor. Compartimos una botella de vino, y Margarita había preparado mi marisco favorito: cangrejo imperial. Y de postre tomamos helado con salsa de cerezas. Todo muy festivo, como si mi exilio no hubiera estado provocado por él y hubiera sido un retiro vacacional para relajarme. Yo me pasé la velada tratando de seguir el ritmo a su incesante conversación. Para cuando nos fuimos a la cama, estaba agotada.

—Te he comprado algo especial para esta noche. —Me entregó una caja negra.

La abrí con miedo.

—¿Qué es? —Saqué los cordones de cuero negro y me quedé mirándolos sin saber qué era. También había un grueso collar con un aro metálico pegado.

Jackson se puso detrás de mí y deslizó una mano por mi cadera.

—Es para jugar un poco. —Me quitó el collar y me lo acercó al cuello.

Yo le di un manotazo.

—¡Olvídalo! No pienso ponerme esa cosa. —Lo tiré sobre la cama junto con el corsé de cuero—. Estoy agotada, me voy a dormir. —Lo dejé ahí de pie y me fui al cuarto de baño a lavarme los dientes. Cuando salí, estaba en la cama, con las luces apagadas y los ojos cerrados.

Debería haber sabido que era demasiado fácil.

Estuve dando vueltas en la cama hasta que oí el suave sonido de sus ronquidos y me relajé lo suficiente para quedarme dormida. No sé qué hora era cuando me desperté sintiendo algo duro y frío en los labios. Abrí los ojos e intenté quitármelo, pero él me agarró la muñeca.

—Abre la boca. —Su voz sonaba gutural.

—¿Qué estás haciendo? Quítate de encima.

Él me agarró con más fuerza y, con la otra mano, me tiró del pelo hasta que me quedé con la barbilla apuntando hacia el techo.

—No pienso repetírtelo.

Abrí la boca y él me introdujo un cilindro hasta que me entraron arcadas. Entonces empezó a reírse. Se sentó a horcajadas encima de mí y alcanzó la lámpara de la mesilla. Cuando se encendió la luz, me di cuenta de que lo que tenía en la boca era el cañón de una pistola.

«Va a matarme», pensé. Me invadió el pánico y me quedé muy quieta. Contemplé horrorizada como su dedo índice se acercaba al gatillo.

—¿Qué le diré a Tallulah cuando crezca? —me preguntó—. ¿Cómo le explicaré que su madre no la quería lo suficiente para seguir viviendo?

Yo quería gritar, pero me daba miedo moverme. Sentí las lágrimas que resbalaban por mi cara hasta colarse en mis oídos.

—Supongo que podría mentir y decir que el suicidio es algo de familia. Ella nunca lo sabría. Quizá algún día le diga incluso que la tía Julie se suicidó también. — Se rio. Se inclinó hacia delante, me besó en la frente y entonces sus ojos se volvieron fríos—. O podrías empezar a hacer lo que te digo.

Me sacó la pistola de la boca y con ella recorrió mi cuello, mis pechos y mi estómago, como si fuera la caricia de un amante. Yo cerré los ojos y recuerdo que solo oía la sangre palpitando en mis oídos. «No veré crecer a mi hija», pensé.

—Abre los ojos.

Se apartó sin dejar de apuntarme con la pistola.

Yo respiré aliviada.

—Ponte el traje.

—Lo que tú quieras, pero, por favor, aparta la pistola —conseguí susurrar.

—No me hagas repetirlo.

Me levanté de la cama y recogí la bolsa de la silla donde la había lanzado. Me temblaban tanto las manos que el corsé se me caía todo el rato. Por fin entendí cómo ponérmelo.

—No te olvides del collar.

Me abroché el collar de cuero alrededor del cuello.

—Más fuerte —me ordenó.

Levanté la mano y apreté el collar un poco más. El corazón me latía desbocado y tuve que hacer un esfuerzo por respirar con normalidad. Quizá si hacía lo que me decía, dejaría de apuntarme con la pistola.

Se acercó a mí con una sonrisa perezosa, agarró el aro metálico del collar y tiró con fuerza. Yo me eché hacia delante, pero tiró con más fuerza hasta que caí al suelo.

—Ponte de rodillas.

Obedecí.

—Muy bien, mi pequeña esclava. —Se acercó a su armario, sacó una corbata y me la acercó—. Pon las manos en la espalda. —Me ató la corbata a las muñecas con fuerza, después se echó hacia atrás y colocó las manos como si estuviera enmarcando una imagen—. Así no. —Se acercó de nuevo al armario y regresó con una pelota.

—Abre. —Me metió la pelota de plástico en la boca—. Así está mejor. —Dejó la pistola en su mesilla de noche, agarró el móvil y comenzó a sacarme fotos—. Quedará un álbum precioso. —Se desnudó y caminó hacia mí—. Vamos a cambiar la pelota por otra cosa. —Me metió el pene en la boca y sacó más fotos. Se apartó y me miró con desdén—. No me mereces. ¿Sabes cuántas mujeres disfrutarían acercando sus labios a mí? Y tú actúas como si fuera un deber.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo. Quédate ahí y piensa en lo que significa ser una buena esposa, en cómo demostrarme que me deseas. Quizá te deje darme placer por la mañana. —Se metió en la cama—. Y no se te ocurra moverte hasta que te dé permiso, o la próxima vez apretaré el gatillo. —Se guardó la pistola bajo la almohada.

La habitación quedó a oscuras cuando apagó la luz y, de pronto, casi deseé que hubiera disparado.

Capítulo 47

Vivía con miedo permanente a perder a Tallulah. La trabajadora social, los abogados, los burócratas, todos me miraban del mismo modo: con una mezcla de desconfianza y desprecio. Sabía lo que pensaban. «¿Cómo ha podido amenazar con hacer daño a su hija?». En el pueblo oía los rumores; era imposible ocultar algo así. No hablaba con nadie, no podía contarles la verdad a mis amigas, ni siquiera a Meredith. Tenía que vivir la horrible mentira que él había fabricado y, pasado un tiempo, casi me la creí.

Desde entonces, hacía lo que me decía. Le sonreía, me reía de sus chistes, me mordía la lengua cuando me sentía tentada de discutir o responder. Era como caminar por la cuerda floja, porque, si me mostraba demasiado complaciente, se enfadaba y me acusaba de ser un robot. Quería algo de rebeldía, pero yo no sabía cuánta. Siempre estaba en equilibrio, con una pierna en el abismo. Lo veía con Tallulah, temiendo que pudiera hacerle daño, pero según pasó el tiempo me di cuenta de que sus juegos retorcidos solo iban conmigo. Cualquiera que nos viera desde fuera pensaría que éramos la familia perfecta. Él se aseguraba de que solo yo viera su verdadera naturaleza. Cuando estábamos con gente, me comportaba como una esposa devota de su maravilloso marido.

Los días se convirtieron en semanas y en meses, y aprendí a ser justo lo que él quería. Descubrí cómo leer sus gestos, notaba la tensión en su voz y hacía lo posible por evitar insultarlo u ofenderlo. Pasaban meses enteros sin ningún incidente. Incluso se mostraba amable y vivíamos como una pareja normal. Hasta que me descuidaba demasiado y me olvidaba de realizar un recado que me había pedido, o pedía el caviar equivocado al *catering*. Entonces la pistola volvía a hacer su aparición y yo siempre me preguntaba si sería esa la noche en que me mataría. Al día siguiente recibía un regalo. Una joya, un bolso de diseño, algún perfume caro. Y, siempre que tenía que ponerme algo de eso, recordaba lo que había tenido que soportar para recibirlo.

Cuando Tallulah cumplió dos años, Jackson decidió que era el momento de tener otro bebé. Una noche, yo estaba en el cuarto de baño buscando en el cajón mi diafragma; me lo ponía todas las noches, porque nunca sabía cuándo querría tener sexo conmigo. Habría preferido tomarme la píldora, pero había tenido una reacción adversa y mi médico insistía en que usara otra cosa. Me volví hacia él cuando entró en la habitación.

—¿Has visto mi diafragma?

—Lo he tirado.

—¿Por qué?

Se acercó y me estrujó contra su cuerpo.

—Deberíamos tener otro bebé. Esta vez un niño.

Yo noté el nudo en el estómago e intenté tragar saliva.

—¿Tan pronto? Si Tallulah solo tiene dos años.

Me condujo hasta la cama y me desató el cinturón de la bata.

—Es el momento perfecto.

—¿Y si tenemos otra niña?

—Entonces seguiremos intentándolo hasta que me des lo que deseo. ¿Cuál es el problema?

Vi palpar en su sien la vena delatora, así que me apresuré a suavizar la situación antes de que perdiera los estribos.

—Tienes razón, cariño. Es que disfrutaba mucho centrando toda mi atención en ti. No pensaba en tener otro bebé. Pero, si es lo que deseas, entonces yo también.

Jackson ladeó la cabeza y se quedó mirándome.

—¿Me estás tratando con condescendencia?

—No, Jackson. Claro que no.

Sin mediar palabra, me quitó la bata y se tumbó encima de mí. Cuando terminó, agarró dos almohadas y me las puso debajo de las caderas.

—Quédate así media hora. He estado controlando tus ciclos. Debes estar ovulando.

Yo quise protestar, pero me contuve. Sentía la frustración y la rabia inundándome por dentro como una fuerza física que quería explotar, pero respiré profundamente y le sonreí.

—Habrá que tener esperanza.

Esta vez tardamos casi nueve meses y, cuando por fin sucedió, se alegró tanto que se le olvidó ser cruel. Y entonces fuimos a la revisión de la semana veinte, en la que podrían decirnos el sexo del bebé. Había cambiado su agenda para poder ir conmigo ese día. Yo estuve de los nervios toda la mañana, temiendo su reacción si no obteníamos el resultado que quería, pero él se mostraba seguro de sí mismo e incluso fue silbando en el coche de camino al médico.

—Tengo un buen presentimiento con esto, Daphne. Jackson júnior. Así lo llamaremos.

Yo lo miré por el rabillo del ojo.

—Jackson, pero y si...

—Basta de negatividad —me interrumpió—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan pesimista?

Mientras me hacían la ecografía y mirábamos en la pantalla los latidos y el torso del bebé, yo tenía el puño tan apretado que me di cuenta de que estaba clavándome las uñas en la palma de la mano.

—¿Quieren saber el sexo? —preguntó la doctora alegremente.

Yo miré a Jackson.

—¡Es una niña! —anunció ella.

Su mirada se volvió fría, se dio la vuelta y abandonó la habitación sin decir nada. La doctora me miró sorprendida y yo tuve que inventarme algo sobre la marcha.

—Acaba de perder a su madre. Ella siempre quiso una niña. Le daba vergüenza

que le viera llorar.

Ella me dedicó una sonrisa forzada y dijo:

—Bueno, vamos a limpiarte y después podrás irte a casa.

Jackson no dijo nada durante todo el camino de vuelta a casa. Yo sabía que no debía intentar decir nada para arreglar la situación. Había vuelto a fastidiarla y, aunque sabía que no era culpa mía, sentía la rabia dentro de mí. ¿Por qué no había podido darle un niño?

Nos quedamos en el apartamento de Nueva York las tres noches siguientes y yo agradecí el descanso. Cuando llegó a casa la noche siguiente, casi parecía haber vuelto a la normalidad, o lo que fuera normal en él. Me había escrito para decirme que llegaría a las siete y yo me había asegurado de tener listo el faisán relleno para la cena, uno de sus platos favoritos. Cuando nos sentamos a la mesa, se sirvió una copa de vino, dio un trago y se aclaró la garganta.

—Se me ha ocurrido una solución.

—¿Qué?

Suspiró con impaciencia.

—Una solución a tu ineptitud. Ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto —dijo señalando mi tripa—. Todos saben ya que estás embarazada. Pero la próxima vez te harás la prueba antes. Muestra de vellosidades coriónicas. He estado informándome. Eso nos dirá el sexo del bebé y podemos hacerlo antes del tercer mes.

—¿Y qué conseguiremos con eso? —pregunté, pese a saber cuál sería la respuesta.

Él arqueó las cejas.

—Si el próximo es una niña, abortarás y seguiremos intentándolo hasta que tengamos un niño. —Levantó el tenedor y dio un bocado—. Por cierto, ¿podrás acordarte de enviar la solicitud de Tallulah a la guardería de St. Patrick's?

Yo asentí mientras los espárragos que tenía en la boca se convertían en una pasta. Los escupí discretamente en mi servilleta y di un trago al vaso de agua que tenía delante. ¿Un aborto? Tenía que hacer algo al respecto. ¿Podría ligarme las trompas sin que se enterase? Tendría que ocurrírseme algo después de que naciera el nuevo bebé. Alguna manera para asegurarme de que aquel fuera mi último embarazo.

Capítulo 48

Las niñas fueron las que me ayudaron a mantener la cordura. Como suele decirse, los días eran largos, pero los años cortos. Aprendí a soportar sus exigencias y sus cambios de humor, y solo en ocasiones me atrevía a responderle o a negarle algo. Entonces él se aseguraba de recordarme todo lo que estaba en juego. Me mostró una carta actualizada de dos médicos que certificaban mi enfermedad mental, que guardaba en una caja fuerte. No me molesté en preguntarle cómo conseguía que le siguieran el juego con sus mentiras. Me dijo que, si intentaba volver a escaparme, me encerraría para siempre en un psiquiátrico. Yo no quería ponerle a prueba.

Me convertí en un proyecto para él. Para cuando Bella empezó el primer curso, las dos niñas se pasaban el día en el colegio, así que decidió que mi formación debería continuar también. Yo ya tenía un máster, pero no era suficiente. Regresó a casa una noche y me entregó un catálogo.

—Te he apuntado a clases de francés tres días a la semana. La clase empieza a las tres menos cuarto. Así podrás llegar a la fundación los dos días que tienes que ir y también al gimnasio antes.

Las niñas estaban haciendo los deberes en la isla de la cocina y Tallulah levantó la mirada, con el lápiz detenido en el aire, esperando a que respondiera.

—Jackson, ¿de qué estás hablando?

Entonces miró a Tallulah.

—Mami va a volver a clase. ¿No es genial?

Bella empezó a dar palmas.

—Sí. ¿Va a venir a mi cole?

—No, cielo. Irá a la universidad local.

Tallulah apretó los labios.

—¿Mami no fue ya a la universidad? —preguntó.

—Sí, cariño —le dijo su padre—, pero ella no sabe hablar francés como vosotras. No querréis tener una madre estúpida, ¿verdad?

—Mami no es estúpida —respondió Tallulah con el ceño fruncido.

—Tienes razón, cielo —dijo él riéndose—. No es estúpida. Pero no sabe cómo comportarse. Viene de una familia pobre donde no saben cómo comportarse en sociedad. Tenemos que ayudarla a aprender. ¿Verdad, mami?

—Verdad —respondí yo entre dientes.

La clase me partía el día y no me gustaba. La profesora era una francesa esnob que llevaba pestañas falsas y los labios demasiado pintados, y que hablaba de lo groseros que éramos los americanos. Disfrutaba especialmente metiéndose con mi acento. Solo llevaba una clase y ya estaba harta.

Aun así, estaba preparándome para regresar a la semana siguiente cuando recibí una llamada de Fiona, de la fundación. Uno de nuestros clientes tenía que llevar a su hijo al hospital y su coche no arrancaba. Yo me ofrecí a llevarlo, aunque eso

implicase perderme una clase. Claro está, no le dije nada a Jackson.

El lunes siguiente, recibí una llamada del colegio de las niñas cuando acababa de regresar a casa después de un largo masaje y un tratamiento facial.

—¿Señora Parrish?

—Sí.

—Llevamos tres horas intentando localizarla.

—¿Va todo bien? ¿Las niñas están bien?

—Sí, pero están bastante disgustadas. Se suponía que tenía que pasar a buscarlas a mediodía.

¿A mediodía? ¿De qué estaba hablando?

—Pero si no salen hasta las tres.

Oí un suspiro impaciente al otro lado de la línea.

—Esta tarde es para la planificación de los profesores. Lleva un mes en el calendario y enviamos una nota a casa. Debería haber recibido además un correo electrónico y un mensaje de texto.

—Lo siento mucho. Enseguida voy. No he recibido ninguna llamada en mi móvil —dije a modo de disculpa.

—Bueno, llevamos horas llamando. Tampoco hemos localizado a su marido. Según parece está fuera.

Jackson no estaba de viaje y yo no sabía por qué su ayudante no le habría pasado la llamada.

Colgué y corrí hacia el coche. ¿Qué podría haber ocurrido? Saqué el teléfono y lo miré. No tenía llamadas perdidas. Revisé los mensajes, pero nada.

En el semáforo, estuve revisando los correos y no vi ninguno del colegio. Un escalofrío me recorrió por dentro. Jackson tenía que ser el responsable, pero ¿cómo? ¿Me habría borrado los correos y los mensajes del móvil? ¿Habría bloqueado el número del colegio? ¿Y por qué iba a hacerles eso a las niñas?

Llegué al despacho de la directora muerta de vergüenza y recogí a las niñas bajo su mirada de desaprobación.

—Señora Parrish, esta no es la primera vez. Este comportamiento no puede continuar. No es justo para sus hijas y, francamente, tampoco para nosotros.

Me puse roja y deseé que me tragara la tierra. Un par de semanas antes no me había presentado a recogerlas y habían tenido que llamar a Jackson para que fuera. Aquel mismo día, él había ido a comer a casa y, cuando se marchó, de pronto me sentí agotada y me tumbé a echar una cabezadita. No me desperté hasta que entraron los tres por la puerta a las cuatro de la tarde. No había oído la alarma del teléfono y me había quedado dormida.

—Lo siento, señora Sinclair. No sé qué ha ocurrido. No tengo ningún correo ni mensaje y, por alguna razón, mi teléfono no ha sonado.

Dejó claro con su expresión que no se creía una sola palabra.

—Sí, bueno. Por favor, asegúrese de que no vuelva a pasar.

Fui a darles la mano, pero Bella apartó la suya y se marchó enfurruñada hacia el coche. No me habló en todo el camino. Cuando llegamos a casa, Sabine estaba allí esperando, preparándoles la merienda.

—Sabine, ¿estabas aquí esta tarde? En el colegio han estado intentando localizarme.

—No, *madame*. Estaba en la tienda.

Descolgué el teléfono de casa y llamé a mi móvil. Oí los tonos en la oreja, pero el móvil, que tenía en la mano, no sonó. ¿Qué estaba pasando? Desbloqueé el teléfono, entré en Ajustes, pulsé Teléfono y miré en Mi número. Me quedé con la boca abierta al descubrir un número que no era el mío. Lo observé con atención. Era un teléfono nuevo. Mi antiguo teléfono tenía una pequeña grieta en el plástico junto a la tecla de responder. Jackson debía de habérmelo cambiado. Empecé a pensar entonces en la otra vez que me había quedado dormida. ¿Me habría drogado?

—¡Ha llegado papi! —chilló Bella.

Mientras corría hacia sus brazos, él me miró por encima de su cabeza.

—¿Qué tal está mi chica?

La niña hizo pucheros.

—Mami se ha olvidado otra vez de recogerlos del cole. Nos hemos pasado el día en el despacho. Ha sido horrible.

Jackson y Sabine se miraron.

Abrazó a Bella con fuerza y le dio un beso en la coronilla.

—Pobrecita. A mami se le olvidan muchas cosas últimamente. También se ha perdido su clase de francés.

Tallulah me miró.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Jackson respondió por mí.

—Mami tiene un problema con la bebida, cielo. A veces se emborracha demasiado y no hace lo que tiene que hacer. Pero nosotros la ayudaremos, ¿verdad?

—¡Jackson! Eso no es...

Oí que Sabine soltaba un grito ahogado.

—Deja de mentir, Daphne. Sé que la semana pasada no fuiste a clase de francés —me interrumpió él y me agarró la mano con fuerza—. Si admites que tienes un problema, yo podré ayudarte. De lo contrario, tendrás que volver al hospital.

Tallulah se puso en pie con lágrimas en los ojos.

—¡No, mami! No nos abandones —me rogó mientras me rodeaba la cintura con los brazos.

—Claro que no, cariño —le dije yo con voz temblorosa—. No voy a ninguna parte.

—Sabine os recogerá de ahora en adelante. Así en el colegio no se harán una idea equivocada si mami se vuelve a olvidar. ¿Verdad, mami?

Yo tomé aliento y traté de calmar los latidos de mi corazón.

—Verdad.

Estiró el brazo y me tocó la manga de la camisa.

—Y llevas una ropa bastante fea. ¿Por qué no vas a cambiarte? Bella, ve a ayudar a tu madre a elegir un vestido bonito para la cena.

—Vamos, mami. Yo sé qué es lo que te queda bien.

Capítulo 49

De pronto empecé a ver tortugas por todas partes. Escondidas detrás de las fotografías, asomando por las estanterías, amenazantes sobre las cómodas.

Anteriormente, antes de aprender a no compartir mis sentimientos, le había explicado a Jackson por qué no me gustaban. Cuando Julie y yo éramos pequeñas, mi padre nos trajo una tortuga. Siempre habíamos querido un perro o un gato, pero, además de tener fibrosis quística, Julie era alérgica. Mi madre le había pedido que nos comprara una tortuga de tierra, pero él nos trajo en su lugar una tortuga caimán. La habían devuelto a la tienda pasado un año porque su anterior dueño no podía seguir cuidándola. Aquel primer día, estaba dándole de comer una zanahoria y me mordió un dedo. Tenía tanta fuerza que yo no podía soltarme, así que me puse a gritar mientras Julie iba a buscar a mi madre. Todavía recuerdo el dolor y el miedo a que me lo arrancara. A mi madre se le ocurrió ofrecerle otra zanahoria y la idea funcionó; el animal abrió la boca. Yo saqué el dedo ensangrentado y nos fuimos a urgencias. Por supuesto, devolvimos la tortuga y yo me quedé con un miedo permanente a cualquier cosa que tuviera caparazón.

Jackson me había escuchado con atención, y recuerdo que me alivió poder compartir con él un trauma de mi infancia. Cuando Bella era pequeña, la metí en la cuna un día para que se echara la siesta y, cuando iba a salir de su cuarto, me llamó la atención algo que asomaba por encima de la estantería. Estaba colocado entre sus animales de peluche. Sin dudar, llamé a Jackson al trabajo.

—¿De dónde ha salido la tortuga que hay en la habitación de Bella?

—¿Qué?

—La tortuga. Estaba entre sus animales de peluche.

—¿Hablas en serio? Tengo un día de trabajo infernal y tú me preguntas por un peluche. No tengo ni idea. ¿Quieres algo más?

De pronto me sentí idiota.

—No. Siento haberte molestado.

Agarré la maldita tortuga y la tiré a la basura.

Al día siguiente Meredith vino a visitarme y la invité a tomar café en el porche interior. Se acercó a la librería y sacó algo.

—Es preciosa, Daphne. No la había visto nunca. —Sujetaba una tortuga de porcelana blanca y dorada.

Yo dejé caer la taza y me eché encima el café caliente.

—Dios mío, qué torpe —murmuré, y llamé a Margarita para que lo limpiara—. Debe de haberla comprado Jackson. No me había fijado. —Junté las manos para que dejaran de temblar.

—Bueno, pues es preciosa. De Limoges.

—Quédatela.

—No seas tonta. Solo estaba admirándola. —Me miró de manera extraña—. Será

mejor que me vaya. He quedado con Rand en el club para comer. —Entonces me puso una mano en el brazo—. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada. Todavía estoy adaptándome a los horarios del bebé.

—Claro —me dijo con una sonrisa—. Intenta descansar un poco. Te llamaré más tarde.

Cuando se marchó, busqué la tortuga *online*. ¡Más de novecientos dólares!

Aquella noche la dejé sobre la mesa delante de su plato. Cuando se sentó a cenar, la vio y me miró a mí.

—¿Qué hace esto aquí?

—Eso mismo me gustaría saber a mí.

—Su sitio es el porche interior —respondió encogiéndose de hombros.

—Jackson, ¿por qué estás haciendo esto? Sabes lo que opino de las tortugas.

—¿Te estás oyendo? No es más que una figurita. No te hará daño. —Me miraba con arrogancia, desafiándome con los ojos.

—No me gustan. Por favor, para.

—¿Parar qué? Te estás volviendo paranoica. Quizá haya vuelto la depresión posparto. ¿Hablamos con el médico?

Dejé caer la servilleta sobre mi plato y me levanté.

—No estoy loca. Primero el peluche y ahora esto.

Él negó con la cabeza e hizo un movimiento circular con el dedo junto a su oreja, como hacen los niños en clase para indicar que alguien está chalado.

Salí corriendo escaleras arriba y cerré de golpe la puerta del dormitorio. Me lancé sobre la cama y grité contra la almohada. Cuando levanté la cabeza, dos ojos de mármol me miraban desde la mesilla. Agarré la tortuga de cristal y la lancé con fuerza contra la pared del dormitorio. No se rompió, simplemente cayó al suelo con un fuerte golpe. Se quedó allí tirada, mirándome con sus ojos de reptil, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre mí y castigarme por lo que había hecho.

Capítulo 50

Cuando descubres que te has casado con un sociópata, tienes que encontrar tus recursos. No tiene sentido intentar cambiarlo; cuando el pastel está en el horno, ya es demasiado tarde. Lo mejor que podía hacer era estudiarlo; al Jackson de verdad, el que se escondía tras una fachada de humanidad y normalidad. Ahora que conocía la verdad, era fácil localizarla. Cosas como esa pequeña sonrisa que se dibujaba en sus labios cuando fingía estar triste. Era un mimo brillante y sabía qué tenía que decir para ganarse el favor de los demás. Ahora que se había quitado la máscara conmigo, tenía que averiguar cómo vencerle con su propia medicina.

Acepté su sugerencia de apuntarme a más clases en la universidad. Pero no estudié arte. Me compré los libros de texto para la clase de arte y me propuse leerlos en mi tiempo libre por si acaso me preguntaba. En su lugar, me apunté a clases de psicología, pagué en efectivo y me registré con un nombre diferente usando un apartado de correos. El campus era demasiado grande como para que mi profesora de francés me viera mientras fingía ser otra persona, pero, por si acaso, llevaba una gorra de béisbol y sudadera cuando acudía a esas clases. Merece la pena destacar que, llegados a ese punto en mi matrimonio, esas medidas no me parecían extremas. Me había ajustado a una vida donde el subterfugio y la mentira estaban a la orden del día.

En mi clase de psicopatología empecé a entenderlo todo. Mi profesora era una mujer fascinante que tenía una consulta privada. Oírla describir a algunos de sus pacientes era como escuchar una descripción de Jackson. Tomé otra clase de psicopatología con ella, además de su clase sobre personalidad. Además pasaba horas en la biblioteca de la universidad leyendo todo lo que podía sobre personalidad antisocial.

Las entrevistas con sociópatas han revelado que pueden identificar a una posible víctima solo por su manera de caminar. Al parecer nuestro cuerpo transmite nuestras vulnerabilidades y sensibilidades. Se dice que las mujeres casadas con sociópatas tienen un exceso de empatía. A mí esa información me resultó difícil de entender. ¿Se puede tener demasiada empatía? Sin embargo, me parecía que la idea poseía cierta ironía poética. Si a los sociópatas les falta empatía y a sus víctimas les sobra, parecen hechos los unos para los otros. Pero, claro, la empatía no se puede repartir. «Toma un poco de la mía. A mí me sobra». Y además los sociópatas no pueden adquirirla; esa ausencia de empatía es lo que les define. Sin embargo, creo que se equivocan. No es una cuestión de tener demasiada empatía. Es cuestión de proyectarla hacia el lugar equivocado en un intento por salvar a alguien a quien no se puede salvar. Después de todos estos años, yo sé qué fue lo que vio en mí. Lo que todavía no sé es qué vi yo en él.

Cuando Bella cumplió dos años, Jackson empezó a presionarme para quedarme embarazada otra vez, porque se moría por tener un hijo. Yo me negaba a traer a este mundo a otro hijo suyo. Sin que él lo supiera, fui a una clínica gratuita de otro

pueblo, utilicé un nombre falso y me pusieron un DIU. Todos los meses controlaba mis ciclos, sabía exactamente cuándo ovularía, y se aseguraba de que hiciéramos el amor con más frecuencia durante esos días. Un día tuvimos una gran pelea cuando me bajó la regla.

—¿Qué diablos te pasa? Han pasado tres años.

—Podríamos consultar a un especialista. Quizá tengas una baja concentración de espermatozoides.

Él me miró con el ceño fruncido.

—A mí no me pasa nada. Eres tú la que está seca como una ciruela pasa.

Pero ya había sembrado la duda, lo veía en sus ojos. Contaba con el hecho de que su ego no sería capaz de soportar una amenaza a su virilidad.

—Lo siento, Jackson. Lo deseo tanto como tú.

—Bueno, pues ya no eres joven. Si no te quedas embarazada dentro de poco, nunca sucederá. Quizá debas tomar medicación para la fertilidad.

—El médico no lo permitiría —le dije—. Primero tienen que hacernos un chequeo completo a los dos. Llamaré el lunes para pedir cita.

Vi la indecisión en su rostro.

—Esta semana me va mal. Cuando tenga tiempo te lo diré.

Fue la última vez que sacó el tema.

Capítulo 51

Necesitaba que Jackson estuviese de buen humor. Quería invitar a mi madre a la fiesta de cumpleaños de Tallulah y tuve que esforzarme por complacerle durante todo el mes anterior para que no cancelara su visita en el último momento. Eso significaba propiciar las relaciones sexuales al menos tres veces por semana, en vez de esperar a que lo hiciera él, ponerme sus vestidos favoritos, elogiarlo delante de mis amigas y seguir aumentando los libros de mi mesilla de noche, que llegaban semanalmente según sus pedidos. Mis libros de autores contemporáneos como Stephen King, Rosamund Lupton y Barbara Kingsolver fueron reemplazados por obras de Steinbeck, Proust, Nabokov, Melville... libros que él creía que me convertirían en una compañera de cena más interesante. Esos además de los clásicos que estábamos leyendo juntos.

Habían pasado seis meses desde la última visita de mi madre y me moría por verla. Con los años, ella había aceptado que ya no estábamos unidas, creyendo que yo había cambiado y el dinero se me había subido a la cabeza, que tenía poco tiempo para ella. Era lo que Jackson le había hecho creer.

Me había costado mucho no contarle la verdad, pero, de haberlo hecho, a saber qué nos habría hecho Jackson. Así que solo la invitaba dos veces al año, para los cumpleaños de las niñas. La pensión la mantenía ocupada durante las Navidades, lo que me libraba de tener que decirle que no era bienvenida. Jackson no nos permitía viajar a verla, asegurando que era importante que las niñas pasaran las fiestas en su casa.

Este año Tallulah cumplía once años. Íbamos a hacer una gran celebración. Asistirían todos sus amigos del colegio. Yo había contratado a un payaso, había alquilado ponis y un castillo hinchable. Nuestros amigos adultos no estaban invitados, salvo Amber. Hacía unos meses que éramos amigas y ya la consideraba como de la familia. El personal se encargaría de vigilar a los niños. Tendríamos a las dos niñeras. Sabine solo trabajaba entre semana, así que Jackson había contratado a Surrey, una joven universitaria, para que pasara el fin de semana con nosotros y nos ayudara. Sin embargo, Sabine quiso asistir a la fiesta. Yo estaba contándole a Amber cómo lo había organizado todo. Se había pasado por casa a devolverme una película.

—Me encantaría conocer a tu madre, Daphne —me aseguró.

—La conocerás. Va a venir a la fiesta, pero ¿estás segura de querer venir tú? Serán veinte niños gritando. Ni siquiera yo tengo claro si me apetece. —Estaba de broma, claro.

—Puedo ayudarte. Ya sé que tenéis servicio, pero será agradable tener también a una amiga.

A Jackson no le hizo gracia cuando le dije que vendría.

—¿Qué narices, Daphne? Es una celebración familiar. Ella no es tu hermana. Siempre anda por aquí.

—No tiene a nadie aquí. Y es mi mejor amiga. —Me di cuenta de mi error nada más decirlo. ¿Lo era? No había tenido una mejor amiga en años. Era imposible estar unida a alguien cuando estabas viviendo una mentira. Todas mis relaciones, salvo con mis hijas, eran superficiales por necesidad. Pero con Amber sentía un vínculo que nadie entendía. Por mucho que quisiera a Meredith, ella no entendía lo que era perder a una hermana.

—¿Tu mejor amiga? También podrías decir que Margarita es tu mejor amiga. Es una cualquiera.

Entonces me corregí.

—Claro, tienes razón. No me refería a eso. Quería decir que es la única persona que entiende lo que he vivido. Siento que le debo algo. Además, siempre dice que le haces sentir bienvenida y que te admira mucho.

Eso le apaciguó. Para ser un hombre tan listo, una pensaría que se habría dado cuenta. Pero eso era lo que le pasaba a Jackson: siempre quería creer que los demás le adoraban.

Así que vendría, y sí que sería agradable tener a una amiga cerca. Viendo a Jackson interactuar con ella, era imposible saber lo que sentía realmente. Cuando llegó, le dio un abrazo y le dedicó una amplia sonrisa.

—Bienvenida. Me alegra que hayas podido venir.

Ella sonrió con timidez y murmuró un «gracias».

—Voy a traerte algo de beber. ¿Qué te apetece?

—Oh, no te preocupes.

—Vamos, Amber. Vas a necesitarlo para sobrellevar el día. —Le dedicó una sonrisa deslumbrante—. Te gusta el cabernet, ¿verdad?

Ella asintió.

—Enseguida vuelvo.

—¿Dónde puedo dejar mi regalo? —me preguntó ella.

—No deberías haberte molestado.

—Es solo una tontería que pensé que le gustaría.

Más tarde, cuando Tallulah estaba abriendo los regalos, observé con interés cuando llegó al regalo de Amber. Era un libro sobre la vida de Edgar Allan Poe.

Tallulah levantó la mirada y le dio las gracias con timidez.

—Recuerdo que estabas leyendo sus historias aquel día en Nueva York —le dijo Amber.

—¿No es un poco pequeña para Poe? —preguntó mi madre cerca de Amber; era típico de ella no guardarse nada.

—Tallulah va muy avanzada para su edad. Lee a nivel de octavo —le expliqué.

—Hay una diferencia entre el desarrollo intelectual y el desarrollo emocional —señaló mi madre.

Amber no dijo nada, se quedó mirando al suelo, y yo no supe si defenderla o darle la razón a mi madre.

—Le echaré un vistazo y, si tienes razón, lo reservaré hasta que sea mayor —le dije a mi madre con una sonrisa.

Levanté la cabeza y vi que Surrey corría a recoger unos regalos que estaban tirados por el suelo.

—Santo cielo, ¿qué pasa? —preguntó mi madre.

—Bella los ha tirado al suelo —explicó Amber.

—¿Qué? —Corrí para ver qué había sucedido.

Bella estaba de pie frente a la mesa, con las manos en las caderas y los labios apretados.

—Bella, ¿qué pasa?

—No es justo. Ella tiene todos estos regalos y a mí nadie me ha traído nada.

—No es tu cumpleaños. El tuyo fue hace seis meses.

Ella dio un pisotón contra el suelo.

—Me da igual. Yo no tuve tantos regalos. Y no tuve ponis. —Levantó el puño y golpeó una esquina de la tarta.

Era lo último que necesitaba aquel día.

—Surrey, por favor, llévate a Bella dentro hasta que se calme. —Señalé la tarta—. Mira si puedes arreglar eso.

Surrey intentó convencer a Bella para que se fuera con ella, pero la niña se negó y salió corriendo en otra dirección. Yo me alegré de que las madres de los otros niños no hubieran presenciado la escena. No tenía energía para ir a buscarla. Al menos así no molestaba a nadie.

Cuando regresé junto a Amber y mi madre, me encontré con una mirada de reprobación por parte de esta última.

—Esa niña es una malcriada.

Me palpitaba la sangre en los oídos.

—Madre, simplemente le cuesta manejar sus emociones.

—Está demasiado mimada. Quizá, si no dejaras la educación a las niñeras, se comportaría mejor.

Amber me miró con solidaridad, yo tomé aire, temiendo decir algo de lo que luego me arrepintiera.

—Te agradecería que te guardaras tus opiniones sobre paternidad. Bella es hija mía, no tuya.

—Desde luego. Si fuese mía, no se comportaría así.

Me levanté y entré corriendo en casa. ¿Quién era ella para juzgarme? No tenía ni idea de cómo era mi vida. «¿Y de quién es la culpa?», preguntó una vocecilla en mi cabeza. Me hubiera gustado que formara parte de mi vida, que entendiera mis razones, pero ahora mismo su desaprobación y sus críticas no eran más que otra nueva voz en el mar de acusaciones en el que vivía a diario.

Saqué un Valium del bolso y me lo tomé sin agua. Amber entró en la cocina, se acercó y me puso la mano en el hombro.

—Madres —dijo.

Yo parpadeé para contener las lágrimas y no dije nada.

—No dejes que te altere. Lo dice con buena intención. Eres una madre estupenda.

—Lo intento. Sé que Bella es complicada, pero tiene buen corazón. ¿Crees que soy demasiado blanda con ella?

Ella negó con la cabeza.

—Claro que no. Es un encanto. Un poco impetuosa, pero ya se le pasará. Lo que necesita es comprensión y cariño.

—No sé.

No podía culpar a mi madre. Sí que parecía que ignoraba el mal comportamiento de Bella. Lo que mi madre no sabía era que Bella lloraba hasta quedarse dormida casi todas las noches. Quizá Jackson fuese un padre cariñoso en público, pero en privado sabía lo que tenía que decir para enfrentar a las niñas y hacer que Bella se sintiese inferior a su hermana mayor. La niña tenía dificultades con la lectura e iba por detrás de sus compañeros de clase. Casi había terminado el primer curso y todavía no sabía leer. Cuando Tallulah terminó primero, leía a nivel de quinto. Jackson no tardó en recordarle eso a la pequeña. La pobre Bella tenía suerte si conseguía leer el abecedario. Su profesora nos recomendó que le hiciéramos pruebas, pero Jackson se negó. Habíamos tenido una discusión en el coche cuando volvíamos a casa de la reunión.

—Puede que tenga problemas de aprendizaje. No es tan raro.

Él miraba a la carretera y me respondió entre dientes.

—Lo que pasa es que es vaga. Esa niña hace lo que quiere cuando quiere.

Yo sentí la frustración dentro de mí.

—Eso no es cierto. Se esfuerza. Lloro todas las noches tratando de leer una página o dos. De verdad creo que necesita ayuda.

Jackson dio un golpe al volante con la mano.

—Maldita sea, no permitiré que la tachen de disléxica o algo así. Eso la atormentará siempre y jamás entrará en Charterhouse. Contrataremos a un profesor privado, y me da igual si tiene que trabajar cinco horas diarias, aprenderá a leer.

Yo había cerrado los ojos, resignada. No tenía sentido intentar razonar con él. Cuando las niñas llegaran al instituto, pensaba enviarlas a Charterhouse, un exclusivo internado de Inglaterra. Pero yo sabía que, antes de que llegara ese día, encontraría la manera de escapar. Mientras tanto, fingía seguirle el juego.

Yo había contratado a una profesora de educación especial. Sin que Jackson ni Bella se dieran cuenta, la había evaluado y sospechaba que padecía dislexia. ¿Cómo iba Bella a superar sus estudios sin una adaptación curricular, sin que nadie supiera cómo aprendía? Yo sabía que estaba en el lugar equivocado. St. Luke's no tenía los recursos para darle lo que necesitaba, pero Jackson se negaba a hablar de trasladarla a otro sitio.

La pobre iba al colegio durante todo el día y luego volvía a casa para seguir

dando clases con la profesora privada. Trabajaban juntas durante horas, pero el avance de la niña era muy lento y se veía entorpecido por las horas extra sentada a la mesa. Quería ir a jugar, y debería haber podido hacerlo, pero, todas las noches a la hora de la cena, Jackson insistía en que nos leyese. Cuando la niña se atascaba con una palabra o tardaba demasiado en entender lo que leía, él empezaba a tamborilear con los dedos sobre la mesa hasta que ella empezaba a tartamudear más aún. Lo irónico del asunto era que él no entendía que su impaciencia tenía el efecto contrario al deseado. Pensaba que estaba haciendo lo correcto, pendiente a todas horas de sus avances, o al menos eso era lo que decía. Todos comenzamos a temer las cenas familiares. Y Bella, la pobre, estaba agotada a todas horas, alterada y llena de inseguridades.

Hay una noche en particular que me atormenta. Bella había tenido un día horrible en clase y una discusión con la profesora privada. Para cuando se sentó a cenar, era un volcán a punto de entrar en erupción. Cuando terminamos de comer, Margarita nos trajo el postre.

—Nada de postre para Bella hasta que no lea —ordenó Jackson.

—No quiero leer. Estoy cansada. —Trató de alcanzar el plato con los *brownies*.

—Margarita. —Habló con tanta frialdad que todas nos volvimos hacia él—. He dicho que no.

—Señor, los traeré después para todos.

—No. Tallulah puede comerse el suyo. Ella es una chica lista.

—No importa, papi. Puedo esperar —había dicho Tallulah mirando su plato.

Margarita había dejado el plato sobre la mesa antes de retirarse.

Jackson se había levantado de la mesa y le había entregado a Bella el libro que le había comprado. Ella lo había tirado al suelo y él se había puesto rojo.

—Llevas seis meses recibiendo ayuda extra. Estás en primer curso. Debería ser fácil para ti. Lee la primera página. —Se había agachado para recogerlo del suelo.

Yo eché un vistazo al libro. *La telaraña de Carlota*. Era imposible que pudiera hacerlo.

—Jackson, así no conseguirás nada.

Él me ignoró y dejó caer el libro con fuerza sobre la mesa, lo que hizo que Bella diera un respingo.

Yo me fijé en la vena palpitante de su frente.

—O lee este maldito libro, o despido a la inútil de su profesora. Vamos a ver lo que has aprendido. ¡Ahora!

Bella levantó el libro con manos temblorosas, lo abrió y, con voz entrecortada, comenzó a leer.

—¿Adddon de va pap a ccon esa ha cha?

—Por el amor de Dios. ¡Pareces una imbécil! Escúpelo.

—¡Jackson!

Me miró con odio y después se volvió hacia Bella.

—Te pones fea cuando lees así.

Bella se echó a llorar y salió corriendo. Yo vacilé un instante antes de ir tras ella.

Cuando la hube calmado y acostado, me miró con esos ojos grandes y azules y me preguntó:

—¿Soy estúpida, mami?

Se me partió el corazón.

—Claro que no, cielo. Eres muy lista. A muchas personas les cuesta trabajo aprender a leer.

—A Tallulah no. Ella nació con un libro en la mano. Yo soy la tonta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Papi.

Me dieron ganas de matarlo.

—Escúchame. ¿Sabes quién es Einstein?

Ella miró al techo.

—¿Ese señor gracioso con el pelo como de loco?

—Sí —dije riéndome—. Fue uno de los hombres más listos de la historia y no aprendió a leer hasta los nueve años. Tú eres muy lista.

—Papi no lo cree.

¿Cómo podía arreglar aquello?

—Papi no habla en serio. Él no entiende cómo funcionan los cerebros que son diferentes. Cree que, si dice esas cosas, trabajarás más. —Me sonaba patético hasta a mí, pero no podía ofrecerle otra cosa.

Bostezó y empezaron a cerrársele los ojos.

—Estoy cansada, mami.

—Buenas noches, mi ángel —dije antes de darle un beso en la frente.

Así que se comportaba mal a veces, ¿quién no lo haría con tanta presión? Pero ¿cómo le explicas a la gente que tienes un poco de manga ancha con tu hija porque su padre ha destrozado su autoestima?

Capítulo 52

Cuando Jackson se aburría, le gustaba esconderme las cosas, ponerlas en sitios donde nunca las encontraría. Con frecuencia mi cepillo del pelo aparecía en el baño de invitados y el líquido de las lentillas en la cocina. Aquel día llegaba tarde a una reunión importante con un posible donante para La sonrisa de Julie y no encontraba las llaves por ninguna parte. Tommy, nuestro chófer, tenía el día libre por una emergencia familiar, y Sabine se había llevado a las niñas al zoo del Bronx, puesto que la escuela estaba cerrada por otro día de planificación de los profesores.

Jackson sabía que llevaba toda la semana preparándome para la reunión y yo sabía que no era casualidad que mis llaves hubieran desaparecido. Tenía que estar allí en quince minutos. Pedí un taxi y llegué a la reunión con un minuto de tiempo. Estaba tan fatigada que no me concentraba. Cuando terminó la reunión, agarré el teléfono y llamé a Jackson.

—Podrías haberle costado a la fundación cientos de miles de dólares —le dije sin molestarme en andarme por las ramas.

—¿Perdona?

—Mis llaves han desaparecido.

—No sé de qué estás hablando. No me culpes a mí de tu desorganización. —Hablabla con una condescendencia que me sacaba de quicio.

—Siempre las dejo en el cajón de la mesa de la entrada. Ambos juegos han desaparecido y Tommy tiene el día libre. He tenido que pedir un taxi.

—Estoy seguro de que habrá alguien a quien los detalles cotidianos de tu día le resulten interesantes, pero ese alguien no soy yo —dijo antes de colgar.

Yo tiré el teléfono contra la mesa.

Trabajé hasta tarde y no volvió a casa hasta pasadas las nueve. Cuando llegó, yo estaba en la cocina, decorando magdalenas para la feria de la clase de Bella. Abrió el frigorífico y empezó a maldecir.

—¿Qué pasa?

—Ven aquí.

Me preparé para lo que fuera a reprocharme y me acerqué por detrás.

—¿Puedes decirme qué pasa? —preguntó señalando el interior de la nevera.

—¿Qué? —pregunté siguiendo la dirección de su dedo. Todo tenía que estar perfecto; había empezado a utilizar una cinta métrica para asegurarse de que los vasos tuvieran una separación de medio centímetro. Realizaba inspecciones por sorpresa de los cajones y los armarios para comprobar que todo estaba en orden.

Negó con la cabeza y me miró con desprecio.

—¿No te das cuenta de que los zumos no están alineados alfabéticamente? Has puesto el arándano después de la fresa.

Fui consciente entonces de lo absurda que era mi vida y comencé a reírme sin poder evitarlo. Él me miraba cada vez con más odio y yo no paraba de reírme. Traté de controlarme, sentía el miedo en el estómago. «¡Deja de reírte!», pensaba. No sabía qué me pasaba, ni siquiera pude parar cuando vi la rabia en sus ojos; de hecho, eso hizo que me riera con más fuerza. Estaba histérica.

Jackson agarró la botella, le quitó el tapón y me la echó por la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté dando un respingo.

—¿Todavía te parece divertido? ¡Vaca estúpida! —En un ataque de ira, comenzó a sacarlo todo y a tirar cosas al suelo. Yo me quedé ahí petrificada, mirándole. Cuando llegó a los huevos, comenzó a tirármelos. Traté de protegerme la cara, pero sentí los golpes en las mejillas cuando me los lanzaba con toda su fuerza. A los pocos minutos, estaba cubierta de líquidos y de comida. Cerró el frigorífico y se quedó mirándome durante unos segundos.

—¿Por qué no te ríes ahora, guarra?

Yo me quedé clavada al suelo, con miedo a decir algo. Me tembló el labio cuando murmuré una disculpa.

—Deberías sentirlo —respondió—. Limpia toda esta mierda y ni se te ocurra pedirle ayuda al servicio. Es tu culpa. —Se acercó a la fuente de magdalenas que yo estaba decorando y la tiró al suelo. Se bajó la cremallera de los pantalones y orinó sobre ellas. Yo quise gritar, pero me contuve a tiempo.

—Tendrás que decirle a Bella que eres demasiado vaga para hacerle magdalenas. —Me apuntó con un dedo—. Mala madre.

Después se volvió, abrió el cajón donde guardaba mis llaves y me las mostró antes de tirármelas.

—Y tus llaves han estado siempre aquí, idiota. La próxima vez, busca mejor. Estoy harto de tener una esposa vaga y estúpida. —Salió de la cocina y me dejó allí, acurrucada en un rincón, temblando.

Tardé más de una hora en limpiarlo todo. Como en un trance, tiré toda la comida a la basura, barrí, pasé la fregona y limpié hasta que todo volvió a estar brillante. No podía dejar que el servicio viera el desastre cuando llegara a la mañana siguiente. Tendría que pasarme por la pastelería para comprar magdalenas nuevas y reemplazar las que él había arruinado. Me daba miedo subir a la habitación, albergaba la esperanza de que estuviera dormido para cuando me hubiera duchado y me metiera en la cama, pero sabía que le excitaba humillarme. Las luces estaban apagadas cuando terminé de secarme el pelo y me acerqué a mi lado de la cama. Respiraba de manera regular y yo suspiré aliviada al comprobar que estaba dormido. Me tapé hasta la barbilla y estaba a punto de quedarme dormida cuando noté su mano en el muslo. Me quedé helada. Esa noche no.

—Dilo —me ordenó.

—Jackson...

—Dilo —repitió apretándome con más fuerza.

Cerré los ojos y me obligué a decirlo.

—Te deseo. Hazme el amor.

—Ruégamelo.

—Te deseo ahora. Por favor. —Sabía que quería que dijera más, pero eso era todo lo que podía decir.

—No suenas muy convincente. Demuéstramelo.

Me destapé y me quité el camisón. Me senté a horcajadas encima de él, como le gustaba, y me incliné para que mis pechos le tocaran la cara.

—Eres una zorra. —Me penetró sin más preámbulo. Yo me aferré a las sábanas y dejé la mente en blanco hasta que terminó.

Capítulo 53

Al día siguiente, como de costumbre, recibí un regalo. En esa ocasión fue un reloj; un Vacheron Constantin valorado en más de cincuenta mil dólares. No lo necesitaba, pero, claro, me lo pondría, sobre todo con sus socios y en el club, para que todos vieran lo generoso que era mi marido. Sabía lo que pasaría. Sería encantador las próximas semanas: me halagaría, me llevaría a cenar, se mostraría atento. En realidad, eso era casi peor que su desprecio. Al menos cuando me humillaba, sentía que mi odio estaba justificado. Pero, cuando se pasaba días fingiendo ser el hombre cariñoso del que me enamoré, resultaba confuso, pese a saber que era todo una farsa.

Me llamaba todas las mañanas para saber qué había planeado hacer durante el día. Aquella mañana había decidido saltarme la clase de pilates e ir a hacerme un masaje y un tratamiento facial. Me llamó a las diez, como todos los días.

—Buenos días, Daphne. Te he enviado por *mail* un artículo sobre la nueva exposición en el Guggenheim. Asegúrate de echarle un vistazo. Me gustaría que lo hablásemos esta noche.

—De acuerdo.

—¿Vas de camino al gimnasio?

—Sí, luego nos vemos —mentí. No estaba de humor para que me echara un sermón sobre la importancia del ejercicio físico.

Aquella noche, estaba tomándome una copa de vino en la terraza interior y leyendo el maldito artículo del Guggenheim mientras las niñas se bañaban. En cuanto vi su cara, supe que pasaba algo.

—Hola —dije con voz despreocupada.

Él llevaba en la mano un vaso de *whisky*.

—¿Qué estás haciendo?

—Leer el artículo que me enviaste —respondí levantando mi iPad.

—¿Qué tal pilates?

—Bien. ¿Qué tal tu día?

Se sentó frente a mí en el sofá y negó con la cabeza.

—No muy bien. Uno de mis *mánager* me ha mentido.

Levanté la mirada de la pantalla.

—Oh.

—Sí. Y por una estupidez. Le pregunté si había hecho una llamada de teléfono y me dijo que sí. —Dio un trago a su vaso antes de continuar—. El caso es que no lo había hecho. Lo único que tenía que decirme era que tenía planeado hacerlo más tarde. No habría sido para tanto. Pero me mintió.

Se me aceleró el corazón, agarré mi copa y di un trago.

—Quizá le diese miedo que te enfadaras.

—Esa es la cuestión. Ahora sí que estoy enfadado. Muy enfadado. Me siento insultado. Debe de pensar que soy un idiota. No soporto que me mientan. Soportaré

muchas cosas, pero la mentira es algo que no tolero.

A no ser que fuera él quien mintiera, claro. Yo le dirigí una mirada neutra.

—Lo entiendo. No te gustan los mentirosos. —¿Ahora quién estaba tratando a quién como a una idiota? Sabía que no había ningún *mánager*, que aquella era su manera pasivo-agresiva de enfrentarse a mí. Pero no le daría esa satisfacción. Aunque sí me pregunté cómo se habría enterado de lo de la clase.

—¿Y qué hiciste?

Se acercó a mí, se sentó y me puso la mano en la rodilla.

—¿Qué crees que debería hacer?

Yo me aparté de él, pero se acercó más.

—No lo sé, Jackson. Haz lo que creas que tienes que hacer.

Apretó los labios, quiso decir algo, pero entonces se puso en pie de un salto.

—Ya basta de gilipollecés. ¿Por qué me has mentido?

—¿Con qué?

—Con lo de ir al gimnasio. Estuviste en el *spa* de once a dos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Has contratado a alguien para que me siga?

—No.

—Entonces, ¿cómo?

Me dirigió una mirada maliciosa.

—Quizá te siga la gente. Quizá haya cámaras observándote. Nunca se sabe.

Sentí que se me cerraba la garganta. No podía respirar y me agarré a un lado del sofá para intentar que la habitación dejase de dar vueltas. Él no dijo nada, se limitó a mirarme como si aquello le hiciese mucha gracia. Cuando por fin recuperé la voz, lo único que pude preguntar fue:

—¿Por qué?

—¿No es evidente? —Como no respondí, continuó—. Porque no puedo confiar en ti. Y tenía razón. Me has mentido. No permitiré que me dejes por tonto.

—Debería habértelo dicho, estaba muy cansada hoy. Lo siento. Puedes confiar en mí.

—Depositaré mi confianza en ti cuando te la merezcas. Cuando dejes de mentir.

—Alguien debió de hacerte mucho daño en el pasado, debió de tomarte por tonto —dije con tono compasivo, sabiendo que eso le alteraría.

—Nadie me tomó por tonto y nadie lo hará —respondió con rabia en la mirada. Agarró mi copa de vino, se acercó a la barra y tiró el resto por el fregadero—. Creo que ya has consumido suficientes calorías, sobre todo teniendo en cuenta que has sido una vaga y no has hecho ejercicio hoy. ¿Por qué no vas a cambiarte para la cena? Te veré entonces.

Cuando se marchó, me serví otra copa y pensé en aquella última revelación. Seguro que estaba espíandome de otras maneras. No podía bajar la guardia. Quizá hubiese pinchado el teléfono o instalado cámaras por la casa. Era el momento de

actuar, necesitaba un plan. Él controlaba todo el dinero. Me daba dinero en efectivo para imprevistos, pero tenía que darle recibos de todo lo que gastaba. El resto de las facturas las enviaban a su despacho. No me permitía gastar libremente; otra manera más de controlarme. Lo que no sabía era que yo había acumulado mi propio botín secreto.

Había abierto una cuenta de correo con un nombre falso en uno de los portátiles de la oficina y había escondido el ordenador en un armario bajo un montón de panfletos y papeles, un lugar donde jamás se le ocurriría mirar. Vendía algunos de mis bolsos y vestidos de diseño por eBay y hacía que girasen el dinero a una cuenta de la que él no sabía nada. Lo enviaba todo a un apartado de correos que tenía en Milton, Nueva York, a treinta minutos de casa. Era un proceso lento, pero a lo largo de los últimos cinco años había acumulado una cantidad decente para emergencias. Hasta la fecha había ahorrado cerca de treinta mil dólares. También compré unos cuantos teléfonos de usar y tirar, que guardaba en la oficina. No sabía aún qué iba a hacer con todo aquello, solo sabía que algún día lo necesitaría. Jackson pensaba que lo tenía todo controlado, pero, al contrario que a él, a mí no me cegaban los delirios de grandeza. Estaba convencida de que eso acabaría siendo su perdición.

Capítulo 54

La Navidad solía ser mi época favorita del año. Cantaba en el coro de nuestra iglesia todas las Nochebuenas, y Julie siempre estaba en primera fila, animándome. Luego volvíamos a la pensión y cenábamos, contentos de que nos atendieran a nosotros por una vez. Podíamos darnos un regalo aquel día y reservar el resto para el día de Navidad. La última Navidad que pasé con Julie, ella estuvo nerviosa durante toda la cena, como si estuviese guardando un secreto que no podía compartir. Le di mi regalo: unos pendientes de oro que había comprado con lo que había ahorrado en propinas de la pensión. Cuando llegó su turno, me entregó una cajita con los ojos brillantes de emoción.

Rasgué el papel, levanté la tapa y solté un grito ahogado.

—No, Julie. Es tu favorito.

Ella sonrió, sacó de la caja el colgante en forma de corazón y me lo entregó.

—Quiero que lo tengas tú.

Últimamente estaba mucho más débil. Creo que supo, o al menos aceptó, antes que nosotros que su tiempo se acababa.

Yo contuve las lágrimas y agarré con fuerza la cadena del colgante.

—Jamás me lo quitaré. —Y no lo hice. Hasta después de casarme con él, y supe que, si no lo escondía, me lo quitaría también. Estaba escondido bajo el fondo de cartón de uno de los muchos joyeros de terciopelo donde guardaba los regalos que me hacía.

Durante los últimos diez años, la Navidad no había sido más que una obscena oda al consumo. No íbamos a la iglesia. Jackson era ateo y se negaba a exponer a nuestras hijas a lo que él llamaba «un cuento de hadas». Pero no le importaba perpetuar el mito de Papá Noel. Yo ya había dejado de intentar razonar con él.

Aunque sí que disfrutaba con la ilusión de las niñas. Les encantaban la decoración, los dulces, los paisajes y las canciones de la época. Aquel año tenía una razón más para estar emocionada. Tenía a Amber. Había tenido que contenerme para no hacerle demasiados regalos. No quería avergonzarla. Tenía algo que me daba ganas de cuidar de ella, de darle todas las cosas que nunca tuvo. Era casi como si estuviera dándole a Julie todo aquello de lo que nunca pudo disfrutar en vida.

Nos levantamos antes que las niñas y bajamos a tomar el café. Ellas no tardaron en entrar corriendo, como tornados atacando las montañas de regalos con ilusión, y aun así a mí volvió a preocuparme el mensaje que estábamos dándoles.

—Mamá, ¿tú no vas a abrir ningún regalo? —me preguntó Tallulah.

—Sí, mami. Abre un regalo —añadió Bella. Los míos estaban amontonados en una pila altísima; envueltos con un precioso papel dorado y lazos de terciopelo rojo. Sabía lo que contendrían las cajas: más ropa de diseño elegida por él, joyas para demostrar lo bueno que era conmigo, el perfume carísimo que a él le gustaba, nada que yo habría escogido para mí. Nada que yo deseara.

Ambos habíamos acordado que los regalos que las niñas nos harían a nosotros serían hechos a mano, y estaba deseando abrir esos.

—Abre el mío primero, mami —dijo Bella. Dejó el paquete que tenía entre manos a medio abrir y corrió hacia mí.

—¿Cuál es el tuyo, cielo? —le pregunté.

Señaló el único paquete envuelto en papel de Papá Noel.

—Está envuelto con papel especial para que fuera fácil de ver —dijo con orgullo.

Yo le revolví el pelo cuando me lo entregó con una sonrisa y se quedó de puntillas mirándome con atención.

—¿Puedo abrirlo yo por ti?

—Por supuesto —le dije riéndome.

Arrancó el papel y lo tiró al suelo, después abrió la caja y me la devolvió.

Era un cuadro; un retrato familiar. Bastante bueno. No me había dado cuenta de que tuviera tanto talento.

—¡Bella! Es precioso. ¿Cuándo has hecho esto?

—En el cole. Mi profe dice que tengo talento. El mío era el mejor. Los demás ni se sabía lo que eran. Quiere hablar contigo para ir a clases de arte.

El cuadro era de treinta por treinta y estaba pintado con acuarela. Estábamos todos en la playa, con el océano detrás, Jackson en el medio conmigo a un lado y Tallulah al otro. Bella estaba frente a nosotros, visiblemente más grande. Jackson, Tallulah y yo íbamos vestidos de gris y blanco, mientras que ella vestía tonos naranjas, rosas y rojos. Jackson y Tallulah me miraban a mí; Tallulah con tristeza y Jackson con arrogancia. Y yo miraba a Bella con una amplia sonrisa. El cuadro me inquietó. No hacía falta ningún psicólogo para darse cuenta de que la dinámica familiar estaba desequilibrada. Traté de no pensar en eso y le di un abrazo.

—Es precioso, me encanta. Voy a colgarlo en mi despacho para que pueda mirarlo todo el día.

—¿Por qué tú apareces mucho más grande que el resto? —preguntó Tallulah.

Bella le sacó la lengua a su hermana.

—Se llama perespectiva —dijo con cierta dificultad.

Jackson se rio.

—Querrás decir perspectiva, cielo.

Tallulah puso los ojos en blanco y me trajo mi regalo.

—Abre el mío ahora.

Era una escultura de arcilla con dos corazones unidos con un lazo, sobre el que había pintado la palabra «amor».

—Sois la tía Julie y tú —me dijo.

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Me encanta, cariño. Es perfecto.

Ella sonrió y me abrazó.

—Sé que a veces te pones triste, pero vuestros corazones siempre estarán juntos.

Me sentía tremendamente agradecida por tener esa hija tan considerada.

—Abre uno de los míos —dijo Jackson mientras me entregaba una cajita envuelta con papel rojo.

—Gracias. —Acepté el paquete, rasgué el papel y me encontré con una cajita blanca. Al abrir la tapa, vi una cadena de oro con un amuleto circular, también de oro. Lo saqué de la caja y solté un grito ahogado.

Tallulah me quitó el collar y lo miró.

—¿Quién es EMP, mami?

Antes de poder recuperar la voz, Jackson habló por mí y mintió con su facilidad habitual.

—Son las iniciales de la abuela de tu madre, a quien quería mucho. Deja que te lo ponga —dijo mientras me lo abrochaba al cuello—. Espero que lo lleves puesto siempre.

Le dediqué una amplia sonrisa que sabría que era falsa.

—Otro recordatorio más de lo que sientes por mí.

Entonces me besó en los labios.

—¡Puaj! —exclamó Tallulah, y las dos niñas se rieron.

Bella había vuelto a su pila de regalos y seguía desenvolviendo paquetes cuando sonó el timbre.

Jackson había accedido a que Amber viniera a comer con nosotros, dado que iba a estar sola en Navidad. No había sido fácil, pero saqué la conversación delante de algunos de nuestros amigos, y quiso aparentar que era un buen samaritano al incluirla.

La saludó como si fuera de la familia, le llevó algo de beber y todos pasamos un buen rato durante las próximas horas, mientras las niñas jugaban con sus regalos y nosotros hablábamos.

Amber nos hizo unos regalos preciosos: un libro para Jackson que a él pareció gustarle; libros para las niñas, más algunas joyas brillantes para Bella, que le encantaron. Cuando me entregó mi regalo, yo estaba algo nerviosa, con la esperanza de que no se hubiese gastado demasiado. Nada habría podido prepararme para la sorpresa que me llevé con la pulsera plateada grabada con el nombre de Julie; ella llevaba otra igual con el nombre de Charlene.

—Es un regalo maravilloso, Amber.

Ella levantó el brazo y vi que tenía una idéntica.

—Yo también tengo una. Así nuestras hermanas siempre irán con nosotras.

Jackson estaba contemplando la escena y vi la rabia en sus ojos. Siempre me decía que pensaba en Julie demasiado. Pero ni siquiera él podía arrebatarme mi ilusión. Dos regalos que honraban a mi hermana y el amor que sentía por ella. Sentí que me entendían por primera vez en mucho tiempo.

—Ah, una cosa más que pensé que te gustaría —añadió entregándome una bolsita de regalo.

—¿Otro regalo? Esto es demasiado.

Retiré el papel de seda y noté algo duro. Me quedé sin respiración al sacarlo de la bolsa. Una tortuga de cristal.

—Sé lo mucho que te gustan —me dijo.

Jackson sonrió y vi el placer en sus ojos.

Y así, sin más, la sensación de que me entendían se evaporó por completo.

Capítulo 55

Meredith iba a darle una fiesta sorpresa a su marido por sus cincuenta años en Benjamin Steakhouse. A decir verdad, era lo último que me apetecía hacer. Seguía cansada de todos los preparativos de Navidad y además nos íbamos a St. Bart's en dos días, pero no quería decepcionar a Meredith. Había insistido en que la fiesta se celebrara el veintisiete, la fecha del cumpleaños de Rand, dado que con los años siempre pasaba desapercibido por su proximidad a la Navidad.

Yo acababa de llegar a la ciudad; Jackson me había pedido que me reuniera con él en el Oyster Bar de Grand Central. De ese modo estaríamos cerca del restaurante y solo tardaríamos unos minutos en llegar.

Ya cuando me puse el vestido de Dior, supe que estaba cometiendo un error. Era uno de mis vestidos favoritos, pero a Jackson no le gustaba el color. Era de seda, de un tono dorado pálido, y él decía que con él mi piel parecía amarillenta. Pero era una fiesta para mi amiga y quería tomar yo la decisión para variar. En cuanto vi su cara, aquel ceño ligeramente fruncido, la arruga entre los ojos, supe que estaba enfadado. Se puso en pie para besarme y yo me senté en el taburete que había junto a él. Levantó su vaso de cristal, se lo bebió de un trago con un golpe de muñeca y llamó al camarero.

—Tomaré otro Bowmore, y un Campari con soda para mi esposa.

Yo quise protestar, jamás había probado el Campari, pero me tragué las palabras antes de que escaparan. Sería mejor dejar que sus planes se desarrollaran solos.

—Meredith ha dicho que lleguemos al restaurante a las siete para no encontrarnos con Rand. Quiere que se sorprenda.

Jackson arqueó una ceja.

—Estoy seguro de que la factura será sorpresa suficiente.

Yo me reí, como era mi deber, y miré el reloj.

—Tenemos una media hora, luego será mejor que nos vayamos.

El camarero me puso la copa delante.

Jackson levantó su vaso.

—Salud, cariño. —Brindó con tanta fuerza que mi copa acabó derramada sobre mi vestido color champán, que ahora estaba manchado de rojo.

—Oh, vaya, mira lo que has hecho. —Ni siquiera se molestó en disimular su sonrisa.

Yo me puse roja y tomé aliento para no llorar. Meredith se quedaría decepcionada. Lo miré sin variar la expresión.

—¿Y ahora qué?

Él levantó las manos.

—Bueno, obviamente no puedes presentarte así en el restaurante. Si tu vestido fuera más oscuro o tú no fueras tan torpe.

«Si tú estuvieras muerto», quise responderle.

Pidió la cuenta.

—Tendremos que ir al apartamento para que te cambies. Pero, para cuando volvamos, será demasiado tarde para la sorpresa.

Me obligué a dejar la mente en blanco y lo seguí mientras salíamos del bar. Nos montamos en la limusina y él me ignoró mientras leía los correos en su teléfono. Yo saqué el mío y escribí a Meredith para pedirle disculpas.

Debido al tráfico, tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar hasta allí. Sonreí al portero y subimos en el ascensor en silencio. Me fui al dormitorio, tiré el vestido al suelo y me quedé mirando el armario. Lo sentí antes de oírlo; su aliento en mi cuello, después sus labios en la espalda.

Tuve que esforzarme por no gritar.

—Cariño, no tenemos tiempo.

Él fue deslizándose la boca por mi espalda hasta llegar a mis bragas. Me las bajó y me agarró las nalgas con las manos. Se acercó más y me di cuenta de que se había quitado los pantalones. Sentí su erección contra mí.

—Siempre hay tiempo para esto.

Me agarró los pechos, después las manos, y me las colocó contra la pared, con las suyas encima. Yo me preparé mientras me penetraba, con violencia, moviéndose frenéticamente. Acabó en cuestión de minutos.

Me fui al baño a limpiarme y, cuando salí, mi Versace negro estaba colgado en la puerta del dormitorio. Lo agarré y lo extendí sobre la cama.

—Espera —me dijo acercándose a mí—. Ponte esto debajo.

Era un tanga negro de Jean Yu con sujetador sin tirantes a juego. Lo había encargado a medida para mí, y era asombroso, como una caricia de seda, pero al verlo recordé lo que había hecho antes de dármelo. Se lo quité y me obligué a sonreír.

—Gracias.

Insistió en vestirme él, me subió las medias por las piernas, deteniéndose cada pocos centímetros para besarme la piel.

—¿Estás segura de que no prefieres quedarte en casa y dejar que te posea de nuevo? —me preguntó con una sonrisa perversa.

¿De verdad pensaba que sentía algún deseo por él? Me humedecí los labios.

—Por tentador que suene, se lo prometimos. Y Randolph es un viejo amigo.

—Sí, claro, tienes razón. —Me abrochó el vestido y me dio una palmadita en el trasero—. Entonces vamos.

Cuando me di la vuelta, me miró de arriba abajo.

—Es una suerte que derramaras tu copa. Este te queda mucho mejor.

Para cuando llegamos, una hora y media más tarde, estaban todos picoteando. Yo le dirigí a Meredith una mirada de arrepentimiento mientras corríamos a saludarla.

—Siento mucho llegar tarde...

—Sí —intervino Jackson—. Le dije que llegábamos tarde, pero insistió en darse un masaje. Nos ha hecho perder una hora. —Se encogió de hombros.

Meredith pareció sorprendida y se volvió hacia mí con dolor en la mirada.

—¿Por qué me escribiste diciendo que te habías derramado algo en el vestido y que tenías que ir a casa a cambiarte?

Yo me quedé ahí, paralizada por la indecisión. Si le decía la verdad, tendría que contradecir a Jackson. La humillación pública tendría un precio muy elevado. Pero ahora mi buena amiga pensaba que le había mentado para poder darme un capricho.

—Lo siento, Mer. Han sido las dos cosas. Me dio un tirón y derramé... —Empecé a divagar mientras Jackson me observaba con una sonrisa—. Lo que quiero decir es que, sí, me di un masaje, me molestaba mucho la espalda, pero aun así habríamos llegado a tiempo si no me hubiera tirado la copa encima como una idiota. Lo siento mucho.

Jackson negó con la cabeza y sonrió a Meredith.

—Ya sabes lo torpe que puede llegar a ser nuestra pequeña Daphne. No hago más que decirle que tenga más cuidado.

Capítulo 56

Cuando conocí a Amber, jamás habría imaginado que acabaría dependiendo tanto de ella. Admitiré que la primera impresión que me dio fue de una joven sencilla y humilde que me resultaba poco interesante, salvo por el hecho de haber experimentado un dolor similar al mío. Su pena parecía tan desgarrada que me ayudó a dejar mi propio dolor en un segundo plano para ayudarla. Quería que mejorase, darle una razón para levantarse por las mañanas.

Viéndolo con perspectiva, supongo que debería haber advertido las señales. Pero estaba deseando tener una amiga, una amiga de verdad. No, eso no es cierto. Estaba desesperada por tener una hermana; a mi hermana, lo cual, claro está, era imposible. Lo que más se le parecía era una amiga que hubiera sufrido la misma pérdida que yo. Ya es malo perder a un hermano, pero ver a tu hermana morir un poco cada día... no hay manera de explicarle eso a alguien que no lo haya experimentado. En mi vida no tenía a nadie en quien poder confiar. Jackson había hecho bien su trabajo, aislándome de todo mi pasado y levantando muros impenetrables alrededor de mi vida. Ninguna de mis amigas conocía la realidad de mi matrimonio o de mi vida. Pero con Amber compartía una emoción auténtica. Ni siquiera Jackson podía hacer nada al respecto.

Aquella amistad floreciente le ponía nervioso; no le gustaba que viera a mis amigas más de una vez cada pocas semanas, a no ser que él estuviese presente. Cuando le pedí que le buscara trabajo en su empresa, al principio se mostró indignado.

—Vamos, Daphne. ¿No te estás excediendo un poco con este pequeño acto de caridad? ¿Qué tienes tú en común con esa paleta descuidada?

—Ya sabes lo que tenemos en común.

—Déjalo ya, ¿quieres? Han pasado veinte años. ¿No has llorado ya bastante? Su hermana también murió, ¿y qué? Eso no significa que la quiera trabajando en mi empresa. Ya pasa suficiente tiempo con nuestra familia.

—Jackson, por favor. Le tengo cariño. Hago todo lo que deseas, ¿no es cierto? —Me obligué a acercarme a él y rodearle el cuello con los brazos—. Ella no es una amenaza para ti. Necesita un trabajo. Su familia depende de ella. Podré presumir ante todos diciendo que tú la rescataste. —Sabía que le gustaría ser el héroe.

—Hilda necesita una ayudante. Supongo que podría darle una oportunidad. Llamaré a Recursos Humanos para que la entrevisten.

Yo no quería arriesgarme.

—¿Y no podrías darle una oportunidad sin entrevistarla, basándote en mi palabra? Es lista. Ha hecho un gran trabajo como copresidenta. Y, habiendo trabajado en Rollins, sabe mucho sobre el negocio. Trabajaba en la sección comercial.

—¡Rollins! Eso no es nada. Si tan buena es, ¿por qué han dejado que se fuera? Había esperado no tener que decírselo, pero no vi otra salida.

—Su jefe la acosaba sexualmente.

—¿Es que está ciego? —preguntó entre risas.

—¡Jackson! Qué cruel.

—En serio, con ese pelo castaño, esas gafas horrendas, y no me hagas hablar de su sentido de la moda —dijo negando con la cabeza.

Me alegró que no le pareciese atractiva. Me daba igual que me fuera infiel, pero no quería que eso me hiciera perderla como amiga. Y, trabajando para Hilda Battley, estaría protegida de los asuntos de los hombres que trabajaban allí. Me sentí bien por ayudarla, sabiendo que nadie volvería a traumatizarla.

—Por favor, Jackson. Eso me haría muy feliz, y tú harías algo bueno.

—Lo arreglaré. Puede empezar el lunes, pero tú tendrás que hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Cancela la visita de tu madre del mes que viene.

El corazón me dio un vuelco.

—Tiene muchas ganas de venir. Ya he comprado entradas para *El rey león*. Las niñas están emocionadas.

—Depende de ti. Si quieres que contrate a tu amiga, entonces necesitaré paz y tranquilidad. Con tu madre aquí, no puedo relajarme. Además, si vino hace poco para el cumpleaños de Tallulah.

—De acuerdo, la llamaré.

Me dedicó una sonrisa gélida.

—Ah, y dile que cancelas el plan porque las niñas prefieren ir a ver el espectáculo con Sabine y no con ella.

—No hace falta ser cruel.

—Vale. Pues no hay trabajo.

Descolgué el teléfono y marqué. Cuando colgué, desolada por el dolor que había percibido en la voz de mi madre, él asintió con aprobación.

—Bien hecho, ¿ves? De todas formas, solo me necesitas a mí. Yo soy tu familia.

Capítulo 57

Me encantaba volver a tener una mejor amiga. No me había dado cuenta de lo sola que estaba hasta que llegó Amber. Su manipulación fue tan sutil y gradual que nunca sospeché.

No tardamos en estar en contacto a todas horas: nos escribíamos cuando ocurría algo gracioso, nos llamábamos, íbamos a comer. Yo quería que estuviese en casa a todas horas. Estaba lista para salir e ir a buscarla cuando oí el coche de Jackson en la entrada. Me dio un vuelco el corazón y consideré la posibilidad de salir por la puerta de atrás, pero, cuando miré por la ventana, él ya había salido del coche y estaba hablando con Tommy, nuestro chófer. Mierda.

Cerró de un portazo la puerta de la entrada y se dirigió hacia mí.

—¿Para qué necesitas a Tommy esta noche? Ha dicho que va a recoger a Amber también. ¿Es que pensáis emborracharos como dos zorras?

Yo negué con la cabeza.

—Claro que no. Solo una copa o dos, pero no quiero conducir. Ella ha estado muy ocupada con el trabajo y queríamos una noche para ponernos al día. Creí que esta noche salías con clientes.

—Se ha cancelado la cena. —Se quedó mirándome unos instantes—. Es una empleada. Es impropio de ti que seas amiga suya. ¿Y si alguien os ve juntas?

Noté el rubor que se extendía por mi cara.

—Es como una hermana para mí. Por favor, no me pidas que dejemos de ser amigas.

—Arriba —me ordenó.

Las niñas se estaban bañando; yo ya les había dado las buenas noches.

—No quiero que me oigan las niñas. Tendré que volver a despedirme.

Me agarró de la mano y me arrastró hasta su despacho, donde me empotró contra la pared y cerró la puerta con llave. Se desabrochó los pantalones y me puso de rodillas.

—Cuanto antes empieces, antes podrás marcharte.

Resbalaron por mis mejillas las lágrimas provocadas por la humillación, que me estropearon el maquillaje. Quería negarme, decirle que me daba asco, pero estaba aterrorizada. Si me resistía mínimamente a cualquier cosa que deseara, volvería a sacar la pistola.

—¡Deja de llorar! Me das asco.

—Lo siento.

—Calla y ponte a ello.

Cuando terminé, volvió a meterse la camisa por dentro y se abrochó los pantalones.

—¿Lo has pasado tan bien como yo? —preguntó riéndose—. Por cierto, tienes un aspecto horrible. Se te ha corrido el maquillaje.

Abrió la puerta y se marchó sin decir palabra.

Yo me fui al baño y me lavé los ojos. Escribí a Tommy para decirle que fuese a buscar a Amber y después regresase a por mí. No podía dejar que alguien me viera así.

Cuando por fin llegué al bar y vi a Amber esperando, quise contárselo todo, decirle cómo era Jackson en realidad. Su amistad me hacía sentir tan segura que estuve a punto de contarle el verdadero motivo de mi retraso, pero no me salían las palabras. ¿Y qué podría hacer ella de todos modos?

Mientras me miraba con brillo en los ojos y me preguntaba por mi matrimonio perfecto, yo quería sincerarme. Pero ella no podía ayudarme y no ganaría nada contándole la verdad. Así que hice lo que mejor se me daba: relegué la realidad a un rincón de mi mente y fingí que mi vida de cuento era como parecía.

Capítulo 58

La noche que Meredith vino a decirme que había descubierto que Amber no era su verdadero nombre, al principio creí la explicación de Amber, que habían abusado de ella y que había tenido que escapar de su padre. Al fin y al cabo, yo entendía lo que era estar prisionera. Si hubiera pensado que podría sobrevivir y que Jackson no nos encontraría, yo también habría adoptado una identidad falsa. Pero algo en su relato me resultaba familiar. Y entonces me di cuenta: había empleado la misma frase —«me da mucha vergüenza contarte esto»— cuando me contó que su jefe había intentado propasarse con ella. Cuanto más lo pensaba, más sospechosa me parecía su historia. Decidí hacer caso a mi instinto e investigar, pero fingí creerla. Tenía mis razones, pero Meredith pensó que estaba loca. Se presentó en mi casa el día siguiente al enfrentamiento.

—Me da igual lo que diga, Daphne. No puedes confiar en ella. Es una impostora. Me pregunto si tendrá una hermana.

Pero eso era imposible. Aunque hubiera mentido en lo demás, tenía que tener una hermana. No soportaba la idea de que alguien pudiera ser tan cruel como para fingir haber sufrido tanto como yo, para inventarse historias sobre una hermana que padecía esa terrible enfermedad. Eso la convertiría en un monstruo. Y mi mejor amiga no podía ser un monstruo.

—La creo. No todo el mundo tiene los mismos recursos que nosotras. A veces la única salida es la mentira.

Ella negó con la cabeza.

—Hay algo en ella que no me cuadra.

—Mira, Mer, ya sé que solo intentas protegerme, pero yo conozco a Amber. Su dolor por su hermana es auténtico. Ha tenido una vida difícil y yo lo entiendo. Por favor, ten un poco de fe en mi criterio.

—Creo que estás cometiendo un error, pero es tu decisión. Por tu bien espero que esté diciendo la verdad.

Cuando se hubo marchado, me fui corriendo a mi habitación, abrí el cajón de la mesilla y saqué la tortuga de cristal que Amber me había regalado. Sujetándola por los bordes, la metí en una bolsa de plástico. Me recogí el pelo en una coleta, me puse una gorra de béisbol, unos vaqueros y una camiseta. Salí de casa solo con la cartera y el teléfono de usar y tirar que había comprado unos meses antes, y caminé los tres kilómetros hasta el pueblo. El taxi que había pedido estaba esperando frente al banco de la calle principal y me subí en el asiento trasero.

—Tengo que ir a Oxford. A esta dirección, por favor.

Le entregué un trozo de papel al taxista y me recosté en el asiento mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie conocido me hubiera visto. Pensaba en las implicaciones del hallazgo de Meredith y sentía náuseas. ¿Sería posible que toda nuestra amistad estuviera construida sobre una mentira? ¿Estaría utilizándome por mi

dinero, o iría detrás de mi marido? «No corras tanto», pensé. «Espera y verás».

Cuarenta minutos más tarde, el taxi se detuvo frente al edificio de ladrillo.

—¿Puede esperarme aquí? —Le entregué un billete de cien dólares—. No tardaré.

—Claro, señora.

Subí hasta la cuarta planta y encontré la puerta con el cartel de *Investigaciones Hanson*. Había encontrado la agencia por internet, utilizando un ordenador de la biblioteca. Entré en la pequeña zona de recepción. No había nadie sentado tras el escritorio, pero se abrió entonces una puerta y salió un hombre. Era más joven de lo que había imaginado, bien vestido y mono. Me sonrió y se acercó para estrecharme la mano.

—Jerry Hanson.

—Daphne Bennett —dije estrechándole la mano. Era improbable que conociera a Jackson o a alguien de mi entorno, pero no quería correr riesgos.

Lo seguí hasta una agradable estancia de colores brillantes. En vez de sentarse a su mesa, ocupó uno de los sillones y me indicó que me sentara en el que tenía delante.

—¿En qué puedo ayudarla? Parecía muy alterada por teléfono.

—Necesito averiguar si alguien que está muy unida a mí es quien dice ser. Tengo sus huellas. —Le entregué la bolsa—. ¿Puede descubrir a quién pertenecen?

—Puedo intentarlo. Comenzaré buscando los antecedentes criminales. Si sus huellas no figuran en el registro, veré si puedo contactar con algunas personas que quizá puedan acceder a bases de datos privadas donde tal vez haya dejado sus huellas para algún trabajo.

Le entregué el artículo de periódico con su foto. Había rodeado su cara con un rotulador.

—No sé si esto le ayudará. Dice que es de Nebraska, pero no sé si se lo ha inventado. ¿Cuánto tardará en averiguar algo?

Se encogió de hombros.

—No más de unos pocos días. Si encontramos algo, elaboraré un informe para dárselo. Para ir sobre seguro, digamos el próximo miércoles.

—Muchas gracias —dije poniéndome en pie—. Escríbame si hay algún retraso. De lo contrario, le veré el miércoles. ¿A mediodía está bien?

—Sí, perfecto —respondió—. Escuche, señora Bennett, tenga cuidado, ¿de acuerdo?

—No se preocupe, lo tendré.

Bajé las escaleras con la sensación de que me daría un ataque si dejaba de moverme. Pensé en todas las conversaciones íntimas, en las cosas que había compartido con ella. Julie. Mi querida Julie. Si se burlaba del recuerdo de mi hermana, no sabía lo que sería capaz de hacer. Quizá fuera todo un malentendido.

Volví a montarme en el taxi para regresar a casa. Ahora solo podía esperar.

Capítulo 59

—No son buenas noticias, señora Bennett —me dijo Jerry Hanson al pasarme la carpeta por encima de su mesa—. Tiene bastante que leer. Yo voy a dar un paseo y a por un café. Volveré en una media hora y hablaremos de todo.

Yo asentí, pero ya estaba inmersa en la lectura del informe. Lo primero que vi fue un artículo de periódico con la foto de Amber. Tenía los ojos pintados de negro y el pelo rubio platino. Parecía *sexy*, pero dura. Pero su nombre no era Amber. Era Lana. Lana Crump. Leí el artículo y después eché un vistazo al resto del documento. Me temblaban las manos cuando dejé el último folio. Empecé a sudar, mareada por la traición. Era mucho peor de lo que había imaginado. Se lo había inventado todo. No había tenido ninguna hermana enferma y ningún padre maltratador. Le había dejado entrar en mi vida, en la vida de mis hijas, acercarse a mí, le había contado cosas que jamás había compartido con nadie. Me había manipulado a la perfección. Había sido una idiota. Me había cegado tanto la pena por la muerte de Julie que le había abierto las puertas de mi casa a esa hiena.

El corazón me dolía. Era una criminal, una fugitiva. Y lo que había hecho... demostraba una clara falta de conciencia y de remordimientos. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Toda su vida estaba en aquellas páginas. Comenzó a formarse en mi cabeza una nueva imagen. Una niña pobre de un pequeño pueblo consumida por los celos y el deseo: codiciosa, depredadora. Había elaborado un plan y, al fracasar, se vengó. Allí también los había engañado a todos, había destrozado la vida de otra familia y después había huido. Adquirió entonces una identidad diferente. Sentí un escalofrío al pensar en la desaparición de la verdadera Amber Patterson. ¿Lana habría tenido algo que ver? Ahora entendía por qué siempre se escondía de las cámaras. Temía que alguien que la hubiera conocido en su otra vida pudiera ver su foto.

Se abrió la puerta y regresó el detective.

—¿Cómo alguien como usted ha acabado juntándose con alguien como ella?

—Eso no importa. Dígame, según esto, hay una orden de busca y captura. ¿Qué ocurriría si yo avisase a la policía?

Él se recostó en su silla y juntó las puntas de los dedos.

—La arrestarían, llamarían a la policía de Misuri y la llevarían allí para juzgarla.

—¿Qué clase de sentencia conlleva el perjurio y la manipulación de un jurado?

—Varía según el estado, pero es un delito grave y normalmente conlleva una pena de prisión de al menos un año. El hecho de que violase la condicional añadirá tiempo a la sentencia.

—¿Y qué hay de lo que le ocurrió a ese pobre chico? ¿Eso influirá?

Él se encogió de hombros.

—Los cargos criminales no tienen un componente disciplinario, así que técnicamente no. Pero estoy seguro de que ese intento despreciable influiría en

cualquier juez, aunque él o ella no lo admita.

—Esto es todo confidencial, ¿verdad?

Él arqueó las cejas.

—¿Me está preguntando si estoy obligado a entregarla?

Yo asentí.

—Yo no soy funcionario judicial. Este es su informe. Haga con él lo que quiera.

—Gracias. Verá, esto no tiene nada que ver con Amber, pero necesito que investigue una cosa más. —Le informé del asunto, le entregué una carpeta y me marché.

Paré un taxi e hice que me llevara al banco; el que estaba a treinta kilómetros de casa, donde Jackson no sabía que tenía una cuenta ni una caja fuerte. Revisé el informe una vez más antes de guardarlo. Una foto llamó mi atención: una mujer que debía de ser la madre de Amber. Fue entonces cuando me di cuenta de la otra cosa que había hecho, y eso me convenció de que Amber, también conocida como Lana, tenía tan poca conciencia como Jackson. Aquella revelación resultaba liberadora. Significaba que podía proceder con el plan que había empezado a tomar forma en mi cabeza.

No pensaba entregarla. No. Amber no volvería a Misuri para cumplir una simple condena de dos años. Se quedaría en Connecticut y cumpliría cadena perpetua.

Capítulo 60

Si algo he aprendido de vivir con un psicópata, es a aprovechar lo mejor de una mala situación. Cuando me recuperé de la traición, me di cuenta de que Amber podía ser la respuesta a mis problemas. Era ya evidente que solo me había utilizado para acercarse a Jackson. Me había manipulado para conseguirle un trabajo y estar a su lado cada día. El problema era que Jackson no se dejaba engañar tan fácilmente como yo. Y, por muy retorcida que fuese Amber, le faltaba la otra mitad de la fotografía; no sabía qué era lo que le provocaba, lo que le excitaba. Ahí entraría yo. Le suministraría la información que necesitaba para que Jackson dejara de centrar su obsesiva atención en mí y la centrara en ella. Poco a poco, la manipularía igual que ella me había manipulado a mí.

Tenía que lograr que Jackson la deseara más que a mí. Su dinero, su poder y su obsesión por controlarlo todo hacían que la única manera de escapar fuese que él me dejara libre. Hasta entonces, no había tenido razón para hacerlo, pero eso estaba a punto de cambiar. Decidí que tenía que fingir que me había puesto los cuernos en una ocasión. Quería que Amber creyese que nuestro matrimonio tenía fisuras, que Jackson era capaz de dejarse seducir.

Nos vimos en Barnes & Noble aquel sábado y, cuando se acercó, casi ni la reconocí.

—Vaya. Estás fantástica. —Su pelo ya no era castaño, sino de un bonito rubio ceniza, se había depilado las cejas, se había puesto rímel y se había pintado los ojos a la perfección. Llevaba la cantidad justa de colorete en las mejillas y los labios brillantes completaban la imagen. Parecía otra mujer. No había perdido tiempo en transformarse.

—Gracias. Fui a uno de esos sitios de maquillaje de Saks y me ayudaron. No podía ir a trabajar a una elegante oficina neoyorquina con aspecto de paleta de pueblo.

Por favor, se había hecho un cambio radical profesional. Me pregunté de dónde habría sacado el dinero.

—Bueno, pues estás guapísima.

Tras mirar algunas cosas, nos fuimos a la cafetería de enfrente a comer.

—¿Qué tal van las cosas? ¿Sigue gustándote tu trabajo? —le pregunté.

—Sí. Estoy aprendiendo mucho. Y agradezco mucho que Jackson me haya dado la oportunidad de sustituir a Battley. Sé que no fue fácil para él, después de trabajar con ella durante tantos años.

Hube de reconocerle que lo hacía muy bien, no soltaba prenda. No sé cómo lo hizo, pero, cuando Jackson volvió a casa pocos meses después de que Amber hubiera empezado a trabajar y me dijo que Battley había dimitido, sospeché que ella había tenido algo que ver.

—Era una joya. Muy leal. La verdad es que Jackson no me dijo por qué había

decidido jubilarse tan pronto. ¿Tú sabes el motivo?

Ella arqueó las cejas.

—Bueno, era mayor, Daph. Creo que estaba más cansada y agobiada de lo que decía. Tuve que cubrirle las espaldas en alguna ocasión. —Se inclinó hacia mí y adoptó un tono conspiratorio—. Creo que evité que la despidieran algunas veces, como cuando borró una reunión importante de la agenda de Jackson. Por suerte yo lo arreglé a tiempo.

—Qué suerte para ella.

—Bueno, supongo que se dio cuenta de que había llegado el momento. Creo que además quería pasar más tiempo con sus nietos.

—Seguro, pero basta de hablar de trabajo. ¿Qué tal tu vida personal? ¿Hay chicos guapos en la oficina?

—La verdad es que no. Empiezo a preguntarme si alguna vez conoceré a alguien.

—¿Has pensado en un servicio de citas?

—No. No me van ese tipo de cosas. Yo creo en el destino.

Desde luego que sí.

—Lo entiendo. Quieres la clásica historia de chico conoce a chica.

—Sí —respondió sonriente—. Como Jackson y tú. La pareja perfecta.

—No hay nada perfecto —dije con una carcajada.

—Hacéis que el matrimonio parezca fácil. Te mira como si siguerais de luna de miel.

Ahí se me presentó la oportunidad perfecta para hacerle pensar que había problemas en el paraíso.

—Últimamente no. Hace dos semanas que no tenemos sexo. —Miré hacia abajo—. Perdona, espero que no te importe que hable de esto.

—Claro que no, para eso están las amigas. —Removió su té helado con la pajita—. Seguro que solo está cansado, Daph. Tenemos mucho trabajo.

—Si te digo una cosa, ¿prometes no contársela a nadie?

—Por supuesto —me respondió inclinándose hacia mí.

—Ya me había engañado antes.

Vi el placer en sus ojos antes de que pudiera ocultarlo.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Después de que naciera Bella. Todavía me sobraban algunos kilos después del embarazo y estaba cansada a todas horas. Había una clienta, una joven que se quedaba embobada escuchándole. La conocí en un evento y, a juzgar por su manera de mirarlo, supe que me traería problemas.

Ella se humedeció los labios.

—¿Cómo lo descubriste?

Empecé a inventarme la historia según hablaba.

—Encontré sus bragas en el apartamento.

—¿En serio? ¿Se la llevó al piso de Nueva York?

—Sí. Creo que las dejó allí deliberadamente. Cuando le pregunté por ello, se vino abajo. Me pidió perdón. Me dijo que se había sentido ignorado por todo el tiempo que le dedicaba al bebé, y ella le había halagado mucho. Admitió que le resultó imposible resistirse a su adoración.

—Vaya. Debió de ser muy duro para ti. Pero al menos os recuperasteis. Parecéis muy felices. Y tienes que reconocerle que no mintió.

Sabía que estaba dándole vueltas a la cabeza.

—Creo que se sintió mal. Juró que no volvería a suceder, pero ahora empiezo a ver algunos de los indicios que veía entonces. Trabaja siempre hasta tarde, no propicia los encuentros sexuales, parece distraído. Creo que hay otra persona.

—Yo no he visto nada sospechoso en la oficina.

—¿No hay nadie allí que esté más pendiente de él que de costumbre?

Ella negó con la cabeza.

—No me viene nadie a la cabeza. Pero lo tendré vigilado y te diré si veo algo por lo que tengas que preocuparte.

Yo sabía que lo vigilaría, y quizá más que eso.

—Gracias, Amber. Me siento mucho mejor sabiendo que cuento contigo.

Colocó la mano sobre la mía y me miró a los ojos.

—Haría cualquier cosa por ti. Tenemos que permanecer juntas. Hermanas del alma, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondí con una sonrisa apretándole la mano.

Capítulo 61

Fue muy fácil de organizar. Él tenía muchas ganas de ver *Hamlet* y yo sabía que no quería echar a perder la segunda entrada. Bella no estaba enferma, pero me salí del plan con la esperanza de que invitara a Amber. Se enfadó mucho porque no pudiera ir. Mi teléfono sonó aquel día a medianoche.

—No vuelvas a hacerlo jamás, ¿me oyes?

—Jackson, ¿qué pasa?

—Quería estar contigo esta noche. Tenía planes para ti después de la obra.

—Bella me necesitaba.

—Y yo te necesitaba a ti. La próxima vez que me cambies los planes, habrá serias consecuencias. ¿Entendido?

Al parecer Amber no se había enterado de su mal humor. Me llamó a la mañana siguiente y dijo lo que ya me esperaba.

—¿Diga?

—Hola, Daph, soy yo.

—Hola. ¿Qué tal la obra?

Oí el roce de papeles al otro extremo de la línea.

—Increíble. Era mi primera obra de Broadway. Me pasé todo el tiempo con la boca abierta.

Su papel de niña inexperta empezaba a cansarme.

—Me alegro. ¿Y qué ocurre?

—Bueno, quería decirte que, cuando salimos, ya era tarde, así que me quedé en el apartamento.

—Oh. —Hice que mi voz sonara en guardia.

—Jackson insistió en que era absurdo que volviera hasta casa cuando tendría que regresar a primera hora de la mañana. He quitado las sábanas de la habitación de invitados y las he dejado en el cuarto de la lavadora para que la asistente sepa que hay que cambiarlas.

Muy inteligente por su parte. No podía decir claramente que se había quedado en la habitación de invitados, de lo contrario insinuaría que había la posibilidad de que se hubiera acostado con mi marido, pero al mismo tiempo me informó de que no había ocurrido nada.

—Qué considerada. Gracias.

—Y he tomado prestado tu traje rojo de Armani, el de los botones dorados. Espero que no te importe. Obviamente no llevaba más ropa encima.

Traté de imaginar cómo me sentiría si siguiera pensando que era mi amiga. ¿Me habría importado?

—Claro que no. Seguro que te queda genial. Deberías quedártelo. —Quería demostrarle que no significaba nada para mí, que Jackson tenía tanto dinero que podía permitirme darle a ella lo que ya no quería, como si fuera un simple par de

guantes.

—No podría. Es un traje de dos mil dólares.

Me pareció captar cierto tono de reproche en su voz y me obligué a reírme.

—¿Es que lo has buscado en Google?

Se hizo una pausa.

—Eh, no. Daphne, ¿te has enfadado? Creo que sí. Sabía que no debería haber ido. Es que...

—Vamos, estaba bromeando. Me alegra que fueras. Así me libraste a mí. No se lo digas a Jackson, pero a mí Shakespeare me parece un aburrimiento. —No era cierto, pero sabía que ella emplearía esa información a su favor—. Lo del traje lo digo en serio. Por favor, quiero que lo tengas tú. Yo tengo más de lo que puedo ponerme. ¿Para qué están las amigas?

—Bueno, si estás segura. Escucha, tengo que colgar. Jackson me necesita.

—Claro. Antes de que cuelgues, ¿estás libre este sábado? Vamos a invitar a algunos amigos a cenar y me encantaría que vinieras. Hay alguien a quien quiero que conozcas.

—¿A quién?

—Un chico del club que resulta que está soltero y es perfecto para ti, creo. —Había invitado a Gregg Higgins, un niño rico. Tenía veintimuchos años y era muy guapo, lo cual era una suerte para él, dado que no tenía gran cosa en la azotea. Su padre había perdido la esperanza de que Gregg se hiciera con las riendas del negocio familiar, pero le había puesto un despacho enorme y un cargo, y le dejaba pasarse el día yendo a comer con clientes. Sería como plastilina en manos de Amber y se enamoraría de ella, que era justo lo que yo quería que Jackson presenciara. Gregg no jugaba en la misma liga que él, así que no me preocupaba que pudiera llamar verdaderamente la atención de Amber, pero le resultaría irresistible durante un tiempo; sería su llave para acceder al club y a los eventos con glamur, alguien que la malcriara hasta que alcanzase su meta definitiva. Supuse que además Amber sería lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que un poco de competencia despertaría el interés de Jackson.

—Suenas interesante —me dijo por teléfono—. ¿A qué hora?

—Empieza a las seis, pero puedes venir un poco antes. ¿Por qué no vienes a mediodía y así pasamos el rato en la piscina antes de prepararnos? Tráete la ropa, podrás ducharte y vestirte aquí. De hecho, ¿por qué no te quedas a pasar la noche?

—Fantástico, gracias.

Quería que Jackson viera a Amber en bikini y, dado que últimamente ella había subido su apuesta, sabía que se presentaría en casa como si fuera una modelo de Victoria's Secret.

Colgué el teléfono, agarré mi raqueta de tenis y me marché. Había quedado con Meredith para echar un partido de dobles. Seguía habiendo cierta tensión entre nosotras desde su enfrentamiento con Amber. Sabía que a ella le fastidiaba que me

hubiera creído la historia de Amber sobre su padre violento, pero, cuando vio que no iba a cambiar de opinión, lo dejó correr. Era una pena que nuestra amistad se viese perjudicada por mi plan, pero, por primera vez en diez años, me sentía esperanzada. No iba a dejar que nada se interpusiese en mi camino.

Me inflé a carbohidratos la semana siguiente. Galletas, patatas, panecillos. Jackson acababa de partir por un viaje de negocios, así que no estaba allí para detenerme. Las niñas estaban encantadas de tener comida basura en casa. Normalmente él inspeccionaba la nevera y los armarios a diario y tiraba cualquier cosa que se pareciera a un aperitivo. Tuve que hacer jurar a las niñas que guardarían el secreto e incluso ocultárselo a Sabine, que ya había ido corriendo a Jackson cuando dejé a Tallulah despierta hasta tarde una noche viendo una película. Pero ayer había insistido en que se tomara un par de días libres, y su alegría superó a su sentido del deber.

Quería asegurarme de haber engordado unos kilos antes del sábado, para que Jackson se diera cuenta de que a Amber le quedaba mejor su bañador que a mí el mío. Es sorprendente lo deprisa que engordas cuando estás acostumbrada a comer menos de mil doscientas calorías al día. Iba por el decimocuarto diario dietético; Jackson lo inspeccionaba todos los días cuando llegaba a casa y tenía guardados en su armario los que ya había acabado, pequeños recuerdos del control que ejercía sobre mí. A veces yo escribía una comida que no estaba en la lista que me había proporcionado; era demasiado listo para creer que nunca me saltaba la dieta. Esos días, se sentaba a mirarme mientras me obligaba a correr ocho kilómetros en la cinta del gimnasio que teníamos en casa. Todavía no había decidido si incluiría algunos extras en el diario esa semana o si fingiría que la culpable de los kilos de más era la perimenopausia. La idea de que cada vez yo era menos fértil haría que Amber resultara mucho más atractiva en comparación.

Se me había olvidado lo bien que sabe el azúcar. Llegado el viernes, mi vientre tenía una pequeña curva y todo mi cuerpo estaba algo hinchado. Metí todos los envoltorios en una bolsa de basura que llevé al basurero. Cuando Jackson regresó el viernes por la noche, la cocina estaba de nuevo en perfecto estado. Eran poco más de las nueve cuando oí su coche en el garaje. Agarré el mando a distancia y apagué la televisión. Saqué el pato asado del horno y le puse un mantel individual en la isla de la cocina.

Entró cuando estaba sirviéndome una copa de pinot noir.

—Hola, Daphne. —Señaló el plato—. He cenado en el avión. Puedes guardarlo.

—¿Qué tal el vuelo?

Agarró la copa de vino y dio un trago.

—Bien, sin incidencias. —Frunció entonces el ceño—. Antes de que se me olvide, he echado un vistazo al historial de Netflix. Me he dado cuenta de que has

visto un drama con muy malas críticas. Creí que ya habíamos hablado de eso.

Se me había olvidado borrar el historial. Maldita sea.

—Creo que empezó automáticamente después de la biografía de Lincoln que había estado viendo con las niñas. Debí de dejar Netflix encendido.

Me miró fijamente y se aclaró la garganta.

—Sé más responsable la próxima vez. No me obligues a cancelar la suscripción.

—Por supuesto.

Me miró a la cara, me puso una mano en la mejilla y apretó.

—¿Estás con la alergia?

—Creo que no, ¿por qué?

—Pareces hinchada. No habrás estado comiendo azúcar, ¿verdad? —Abrió el armario donde estaba la basura y rebuscó en ella.

—No, claro que no.

—Tráeme tu diario.

Corrí arriba a buscarlo. Cuando regresé a la cocina, estaba registrando todos los armarios.

—Aquí tienes.

Me lo quitó de las manos, se sentó y lo revisó, señalando cada producto con el dedo.

—¡Ajá! ¿Qué es esto? —Señaló una entrada del día anterior.

—Una patata asada.

—Eso se convierte en azúcar. Ya lo sabes. Si quieres ser una cerda y comerte una patata, asegúrate de que sea una batata. Al menos eso tiene valor nutricional. —Me miró de arriba abajo—. Me pones enfermo. Vaca gorda.

—¿Papi?

Tallulah estaba de pie en la puerta y me miró preocupada.

—Ven a darle un abrazo a papá. Estaba diciéndole a tu madre que tiene que dejar de atiborrarse. No quieres una mamá gorda, ¿verdad?

—Mamá no está gorda —dijo la niña con la voz temblorosa.

Él me miró y frunció el ceño.

—Cerde estúpida, dile a tu hija que tienes que vigilar lo que comes.

—¡Papá, para! —Tallulah había empezado a llorar.

Jackson levantó las manos.

—¡Vaya dos! Me voy al estudio. Acuesta a esta llorona y luego ven a verme. —Entonces se inclinó y me susurró al oído—. Si tanta hambre tienes, te daré algo para que chupes.

Capítulo 62

Amber alcanzó el bote de bronceador y se echó un poco en la mano. Tras extenderse por los brazos y la cara, me lo pasó a mí.

—¿Me echas en la espalda?

Se lo quité y capté un olorcillo a coco mientras me frotaba las manos.

—¿Quieres ir a sentarte en el banco de la piscina? —Hacía mucho calor y quería refrescarme.

—Claro.

Su bikini era prácticamente pornográfico; lo único que tenía que hacer era sentarse en la posición equivocada y se le vería todo. Me alegraba de que Tallulah y Bella se hubieran ido a pasar el día con Surrey. Era evidente que no había desaprovechado su tiempo en el gimnasio, aunque, con las horas que empleaba intentando ligarse a Jackson, no sabía cómo lo lograba. Yo me había puesto un bañador de una pieza que me quedaba ajustado y me marcaba bien la tripa. Jackson se daría cuenta nada más verme.

Nos sentamos en el banco construido en la zona menos profunda de la piscina. El agua estaba a veintinueve grados y era muy agradable. Contemplé la amplia superficie azul y la playa más allá, me relajé y respiré profundamente el aire del mar.

Jackson salió para nadar, como todos los días.

—Hola, chicas. Espero que os pongáis protección. Es la hora más calurosa del día.

Yo sonreí.

—Yo sí, pero Amber se ha embadurnado de aceite bronceador.

Ella se irguió y sacó pecho para causar el efecto deseado.

—Me gusta ponerme morena.

—Eso es porque eres demasiado joven para saber que el sol te produce arrugas —le dije.

Jackson se acercó al trampolín y me sorprendió al darse la vuelta y ejecutar un salto hacia atrás perfecto. ¿Estaría presumiendo? Cuando salió a la superficie, Amber comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! Bien hecho.

Nadó hasta el lado de la piscina, salió del agua e hizo una reverencia.

—Eso no ha sido nada.

—Ven con nosotras un momento —le dije.

Agarró una toalla del armario exterior situado detrás de la barra y se sentó en uno de los asientos acolchados frente a nosotras.

—Tengo que trabajar un poco antes de la fiesta.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Amber.

—No, no —respondió él con una sonrisa—. Es tu día libre. No seas tonta. Además, Daphne me mataría si te pusiera a trabajar.

—Es verdad. Hoy eres nuestra invitada.

—Estoy asada de calor, voy a refrescarme un poco. —Se apartó del banco y se sumergió. Yo miré a Jackson, que la observaba mientras nadaba hasta el otro extremo y salía por las escaleras, permitiéndole admirar su cuerpo mojado y su bikini transparente—. Qué gusto —agregó ella mirándolo directamente. Cada vez era más descarada.

—Bueno, tengo que ponerme a ello —dijo Jackson mientras volvía a entrar en casa.

Amber regresó hasta donde yo estaba y volvió a sentarse.

—Gracias de nuevo por invitarme hoy. Esto es maravilloso. —¿Se creía que yo era idiota?—. ¿A qué hora dices que vienen los demás?

—Sobre las seis. Podemos relajarnos durante un par de horas y después ducharnos y cambiarnos. Le he pedido a Angela que venga a las tres para arreglarnos el pelo. —Tenía más cosas planeadas para esa tarde, con la intención de que viera todos los beneficios de los que podría disfrutar con el dinero de Jackson.

—Qué bien. ¿Siempre te arregla ella el pelo?

—Solo cuando tenemos invitados o voy a algún sitio especial. La tenemos con contrato fijo, así que, cuando la necesito, deja cualquier otra cosa que esté haciendo. —Vi en sus ojos lo que ya reconocía como un brillo de resentimiento, pero se recuperó de inmediato.

—Vaya.

—Aunque, claro, intento avisarla con tiempo. No quiero fastidiarle los planes a nadie de manera intencionada.

—¿Lo de esta noche es muy formal?

Estiré las piernas frente a mí.

—En realidad no. Vienen otras tres parejas del club y Gregg, el chico que quería presentarte.

—Háblame más de él.

—Tiene veintimuchos años, rubio rojizo, ojos azules. El típico pijo guapo —dije riéndome.

—¿A qué se dedica?

—Su padre es el dueño de Carvington Accounting. Trabaja en el negocio familiar. Tienen muchísimo dinero.

Ahora había captado su atención.

—No sé si yo le interesaré. Es probable que esté acostumbrado a chicas elegantes de buena familia.

Aquella humildad fingida empezaba a hartarme. Levanté la cabeza y vi a las dos masajistas salir al jardín.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué?

—Nos vamos a dar un largo masaje.

—No me digas que a ellas también las tienes contratadas —me dijo ella.

—No. Solo vienen a tiempo parcial. Jackson y yo no podríamos sobrevivir sin darnos al menos dos masajes a la semana. —No era cierto, pero quería que se pusiera verde de envidia.

Pasamos una tarde tranquila. Después de una hora de masaje, me di un largo baño mientras a Amber le arreglaban el pelo; luego estuvo hablando conmigo mientras Angela me peinaba a mí. A las tres y media, nos sentamos en la terraza interior con una copa en la mano para contemplar el estuario. En unas pocas horas comenzaría la segunda fase de mi plan.

A las seis en punto, estábamos tomando una copa en el porche y Gregg, como había imaginado, estaba embobado con Amber. Yo no podía evitar comparar a la chica que había asistido a aquella primera reunión del comité con la mujer refinada y segura de sí misma que tenía allí delante. Nadie que la viera por primera vez se daría cuenta de que estaba fuera de lugar. Todo en ella resultaba sofisticado y elegante. Hasta su vestido, un Marc Jacobs, estaba a años luz de las prendas de L. L. Bean que solía ponerse.

Me acerqué a Gregg y a ella.

—Veo que ya conoces a nuestra Amber.

Él me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Dónde la tenías escondida? No la he visto en el club. —La miró con picardía—. Me acordaría.

—No pertenezco al club —respondió ella.

—Entonces tendrás que venir como mi invitada. —Se fijó en su copa vacía—. ¿Te la relleno?

—Gracias, Gregg —contestó ella poniéndole una mano en el brazo—. Eres todo un caballero. Iré contigo.

Gregg le puso la mano en la parte inferior de la espalda mientras se alejaban hacia la barra, y yo vi que Jackson estaba mirándolos. En sus ojos advertí una mirada de territorialidad que decía «estás meando en mi jardín». Mi plan funcionaba.

Me acerqué a él.

—Parece que Amber y Gregg han conectado. —Me daba cuenta de que ella estaba manipulándolo, pero Jackson solo veía las feromonas que desprendía Gregg.

—Podría encontrar a alguien mejor que ese idiota.

—No es un idiota, es un joven muy amable. No le ha quitado los ojos de encima.

Jackson se bebió el resto de su *bourbon* de un trago.

—Es más simple que una piedra.

Para cuando nos sentamos a cenar, Gregg estaba ya encandilado. Amber lo tenía comiendo de su mano. No tenía más que mencionar que tenía sed y él llamaba al camarero para que le sirviera otra copa. Las demás mujeres también se percataron.

Jenka, una belleza morena casada con uno de los compañeros de golf de Jackson, se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Te pone nerviosa? ¿Una chica así frente a su despacho todos los días? Sé que te quiere, pero no deja de ser un hombre.

Yo me reí.

—Confío plenamente en Jackson y Amber es una buena amiga.

—Si tú lo dices —respondió ella con reticencia—. Yo jamás le permitiría a Warren contratar a alguien así como su ayudante.

—Tú eres demasiado desconfiada, cariño. Yo no tengo nada de qué preocuparme.

Gregg fue el último en marcharse. Le dio a Amber un beso casto en la mejilla.

—Te veo el domingo. Te recogeré a mediodía.

Cuando se hubo marchado, me volví hacia ella.

—¿El domingo?

—Me ha invitado a comer con él en el club y después iremos a ver *La gata sobre el tejado de zinc* al Playhouse.

—Qué bonito. Bueno, yo estoy agotada. ¿Nos vamos a la cama?

Ella asintió.

Le di la habitación de invitados que estaba frente a la nuestra, porque quería que Jackson supiera que estaba cerca.

Él estaba en la cama cuando entré en el dormitorio.

—Una noche agradable, ¿verdad? —comenté.

—Salvo por ese imbécil de Gregg. No sé por qué lo has invitado —murmuró Jackson.

—Habría sido extraño que Amber no tuviera pareja. Es simpático, pero se ha excedido un poco con la bebida.

—¿Un poco? Ese tío es un borracho. No soporto a la gente que no sabe controlarse.

—Amber tiene una cita con él el domingo —le dije mientras me metía bajo las sábanas.

—Es demasiado lista para él.

—Bueno, parece gustarle. —Bien. Estaba celoso.

—Si no tuviera un padre rico, viviría en un estudio sobre el garaje de alguien.

—Jackson, tengo que pedirte una cosa.

Se incorporó y volvió a encender la luz.

—¿Qué?

—Sabes cuánto echo de menos a Julie. Amber es lo más parecido a una hermana que tendré jamás, pero tu interés en ella parece algo más que profesional.

—Un momento —dijo alzando la voz—. ¿Cuándo te he dado motivos para estar celosa?

Yo le puse una mano en el brazo.

—No te enfades. No te estoy acusando de nada, pero he visto cómo te mira. Te

adora. ¿Y quién puede culparla? —Me pregunté si sonaría convincente—. Es que no quiero que ocurra nada entre vosotros. Cualquiera puede tener un descuido. Amber es mi única amiga de verdad. Si te sintieras atraído por ella, por favor, no cedas a la tentación. Eso es lo único que te pido.

—No seas ridícula. No me interesan otras mujeres.

Pero yo conocía esa mirada. La determinación en sus ojos. Nadie le decía a Jackson Parrish lo que podía y lo que no podía tener.

Capítulo 63

El engaño se me daba bien. Todos esos años conviviendo con Jackson me habían enseñado algunas cosas. A veces era difícil soportar que Amber se creyera tan lista y a mí me viera tan estúpida, pero al final merecería la pena. El fin de semana que pasó en la casa del lago con las niñas y conmigo fue una pesadilla. Yo odiaba esa casa. Mi madre estaba a una hora de camino y Jackson no me dejaba invitarla. Eligió esa casa específicamente por ese motivo, para que mi madre creyese que era tan egoísta que no se me ocurría incluirla. Ella era demasiado orgullosa para pedírmelo. Pero invitar a Amber al lago había sido un paso necesario para seguir avanzando con mi plan. Ese fue el fin de semana en el que le di la información crucial que esperaba que utilizara: el hecho de que Jackson deseaba tener un hijo y yo no podía dárselo. También le di una llave del apartamento de Nueva York, sabiendo que no tardaría en encontrar una excusa para usarlo.

Cuando recibí su mensaje el viernes por la mañana preguntándome si podía quedarse a pasar el fin de semana en el apartamento, se me ocurrió un plan. Jackson llevaba toda la semana trabajando desde la casa del lago, convirtiendo en un infierno mi vida y la de las niñas. Era rígido y estricto incluso de vacaciones. Cuando no estaba allí, nos pasábamos el día en el lago, comíamos cuando queríamos, nos quedábamos levantadas hasta tarde y veíamos películas. Pero si Jackson estaba con nosotras, se comía a mediodía, se cenaba a las siete y las niñas tenían que acostarse a las ocho. Nada de comida basura, solo orgánica y saludable. Yo tenía que esconder los libros de mi mesilla y sustituirlos por su selección semanal.

Aquella semana, sin embargo, hice algunas cosas para molestarle. Volvía de nadar con el maquillaje corrido, me dejaba el pelo hecho un desastre, dejaba migas en la encimera... Llegado el viernes, sabía que no aguantaría mucho más. Acabábamos de terminar de comer y yo me había asegurado de dejar un trozo de espinaca alojado entre mis dientes.

Me miró asqueado.

—Eres una cerda. Tienes una cosa verde entre los dientes.

Yo levanté los labios y me incliné hacia él.

—¿Dónde?

—¡Aj! Ve a mirarte en un espejo —dijo negando con la cabeza.

Al levantarme, golpeé adrede la mesa con la cadera y mi plato cayó al suelo.

—¡Mira lo que has hecho! —Me miró de arriba abajo—. ¿Has engordado?

En efecto, había engordado cinco kilos, pero me encogí de hombros.

—No sé. Aquí no hay báscula.

—Traeré una la semana que viene. Por el amor de... Pero ¿qué haces cuando yo no estoy? ¿Te inflas a comida basura?

Recogí el plato, me fui al fregadero y dejé deliberadamente un trozo de pepino en el suelo.

—¡Daphne! —dijo señalando con el dedo.

—Ay, perdón.

Pasé el plato bajo el grifo y lo metí en el lavavajillas... del lado equivocado.

—Oh, Jackson, los Lane vienen a cenar esta noche. —Sabía que esa sería la gota que colmaría el vaso. Nuestros vecinos del lago vivían en Woodstock el resto del año y eran más izquierdistas que el propio Marx. Jackson no podía soportar estar en la misma habitación que ellos.

—¿Hablas en serio? —Se me puso detrás, me agarró por los hombros y me dio la vuelta. Su cara estaba a escasos centímetros de la mía—. He sido muy paciente contigo toda esta semana, he soportado tu aspecto descuidado, tu ineptitud en la casa. Esto ya es demasiado.

Yo miré al suelo.

—¡Qué estúpida! Pensaba que esta semana estarías fuera. Confundí las fechas. Lo siento mucho.

Él suspiró con fuerza.

—En ese caso, estaré fuera. Me marcho a casa.

—Había encargado que limpiaran todas las alfombras durante el fin de semana. No deberías estar allí, con todos los productos químicos.

—Mierda. Entonces iré al apartamento. Debería ir a la oficina de todos modos. Gracias por estropearlo todo otra vez.

Se fue al dormitorio a hacer la maleta.

A Amber le enviaría a la mañana siguiente el mensaje que tenía «intención» de enviarle ese día, informándole de que Jackson dormiría en el apartamento y que ella no podría usarlo. Le diría que se me había olvidado pulsar la tecla de enviar y que esperaba que no se hubiera asustado cuando apareció Jackson.

Al entrar en el dormitorio, tiré el *Ulises* al suelo y lo reemplacé por lo último de Jack Reacher. Me estiré sobre la cama y tomé aliento. Cenaríamos *pizza* aquella noche. Los Lane disfrutarían del concierto al que iban a asistir; me lo habían comentado cuando fueron a cenar a casa la semana anterior.

Horas más tarde, sonó mi teléfono.

—¿Qué diablos te propones? —me preguntó Jackson.

—¿A qué te refieres?

—Amber está aquí. ¿A qué estás jugando, Daphne?

Yo fingí sorpresa.

—Le mandé un mensaje para decirle que tú ibas a quedarte en el apartamento. Espera. Déjame mirar el móvil. —Esperé unos segundos—. Soy una idiota. No llegué a enviarlo. Lo siento mucho.

—Te has propuesto arruinar mi fin de semana —me contestó—. Solo quiero un poco de paz y tranquilidad. No me apetece tener que charlar con una empleada.

—Entonces dile que se marche. ¿Quieres que la llame yo?

—No. Yo me encargo —dijo—. ¡Gracias por nada!

Pulsé a enviar y le escribí otro mensaje a Amber.

Perdona. Quería decirte que Jackson iba al apartamento. Será mejor que no le molestes. No está de muy buen humor, gracias a mí.

Eso bastaría para que Amber se prestara a escucharle. Después de eso, no haría falta más que un pequeño empujoncito para que acabaran juntos en la cama.

Capítulo 64

Le había dado fuerte. Amber debía de ser muy buena. Casi todas las noches Jackson decía que tenía que trabajar hasta tarde y que, en vez de volver a casa, se quedaba en el apartamento. Solo para confirmar mi teoría, la tercera noche que me dijo eso me ofrecí a ir a hacerle compañía, pero puso pegos, diciendo que estaría en la oficina hasta muy tarde. También resultaba evidente en el comportamiento de Amber. Se creía muy lista y pensaba que yo no me daba cuenta, pero me fijaba en las miradas que se dirigían cuando ella venía a casa, y además había empezado a terminarle las frases.

Durante nuestro viaje a Londres, advertía el olor de su perfume en la ropa y en el pelo de Jackson cada vez que volvía de una reunión. Al parecer la infidelidad le excitaba, porque quería sexo a todas horas. Yo nunca sabía cuándo le iba a apetecer. El sexo además había cambiado; era más rápido y agresivo, como un perro con su presa. Ante Amber yo fingía que hacía semanas que no me tocaba. Necesitaba que pensara que solo tenía ojos para ella; salvo la vez que mi orgullo pudo más que yo y le dije que nos habíamos acostado. Su mirada de sorpresa y de rabia no tuvo precio. Sin embargo, a mí me preocupaba que fuese cuestión de tiempo que Jackson se cansara de ella y volviera junto a mí, más obsesionado que nunca. Mi única esperanza era que Amber despertara en él los mismos sentimientos que yo había provocado cuando nos conocimos. Tenía que centrarse en poseerla. Ella ya estaba haciendo su parte, tratando de convertirse en una versión más joven de mí misma. Me había fijado en que copiaba mi perfume y llevaba el pelo como yo; incluso había imitado mi color de pintalabios. Y yo seguía dándole munición. Pero ¿sería suficiente? ¿Por qué tardaba tanto tiempo en quedarse embarazada? Aunque, si no se quedaba embarazada de un niño, no serviría de nada. Eso ya lo habíamos vivido. Jackson no tenía interés en tener otra hija.

Yo me esforcé por resultar más patética para él. Quería que viera a Amber como la sustituta perfecta. Me ponía prendas interiores largas bajo la ropa para sudar y poder achacarlo a los sofocos. Empecé a insinuar que estaba sufriendo una menopausia precoz, para que supiera que, si se quedaba conmigo, su sueño de tener un hijo se esfumaría. Depositaba toda mi esperanza en que Amber se quedara embarazada de un niño. Pero, si eso no funcionaba, esperaba que fuese lo suficientemente lista como para encontrar otra manera de atraparlo.

La noche que regresó de París, estaba de buen humor. Ella me había dicho que iba a tomarse unos días libres para ir a visitar a una amiga, para que yo no sospechara. Pero sabía que estaba con él, había visto la lencería que había metido en la maleta en el último momento.

Estaba casi dormida cuando entró en el dormitorio y encendió la luz de la mesita de noche.

—No estabas dormida, ¿verdad? —Se acercó a mi lado de la cama y se quedó allí

mirándome.

—Sí lo estaba.

—Me siento herido. Pensé que me esperarías levantada. Sabes cuánto te echo de menos cuando no estoy.

Noté un tic en el ojo y le dediqué una sonrisa forzada.

—Claro. Yo también te he echado de menos, pero pensé que estarías cansado.

Él sonrió.

—Nunca estoy demasiado cansado para ti. Te he traído un regalo.

Yo me incorporé y esperé.

Era el corsé rojo y negro que había visto en su maleta. Se lo quité y capté el aroma del perfume Incomparable. El muy cabrón quería que me lo pusiera después de habérselo puesto ella.

—Aquí están las medias. Levántate y pónelo.

—¿Por qué no me dejas escoger algo y sorprenderte? —No quería que esas prendas tocaran mi piel después de haber estado sobre su cuerpo.

—¡Ahora! —exclamó lanzándome el corsé. Me agarró la mano y me sacó a rastras de la cama—. Los brazos.

Levanté los brazos, me bajó el camión y me quedé allí de pie, en bragas.

—Estás engordando. —Me pellizcó un trozo de carne de la cintura y puso cara de asco—. Dentro de nada voy a tener que comprarte una faja. No hagas planes para el resto de la semana, te pasarás el día con el entrenador. El martes tenemos cena en el club y te he comprado un vestido nuevo. Será mejor que te entre. —Negó asqueado con la cabeza—. Zorra vaga. Ahora ponte el conjunto que tu marido se ha molestado en comprar para ti.

Me subí el corsé por las caderas y el estómago. Estaba apretado, pero conseguí ponérmelo. Estaba roja por la vergüenza y tuve que mirar hacia el techo para no llorar. Cuando me hube puesto las medias, me obligó a hacer una pirueta.

—Te queda fatal —me dijo negando con la cabeza, y me empujó hacia el suelo—. A cuatro patas.

Caí al suelo y me hice daño en las rodillas con la madera. Antes de que pudiera prepararme, oí que se desabrochaba los pantalones y lo sentí a mis espaldas. Se mostró agresivo y yo sentí como si me partiera por la mitad. Cuando al fin terminó, se puso en pie y me miró.

—Sigues siendo la mejor, Daph.

Debilitada y angustiada, me desplomé en el suelo. ¿Acaso todo esto no había servido para nada? ¿Ya se había cansado de Amber? Ahora que me había permitido imaginar una vida sin él, no podía darme por vencida. De un modo u otro, sería libre.

Capítulo 65

Debía de haberle dado un ultimátum. La noche anterior le oí susurrando al teléfono en el cuarto de baño, diciéndole que necesitaba más tiempo. Sería mejor que Amber jugara bien sus cartas o podría echarlo todo a perder, pensé yo. A Jackson no se le amenazaba. Yo la había visto el día anterior, cuando me pasé por la oficina, y me di cuenta. Sin duda estaba embarazada, por lo menos de tres meses. Me pregunté si sería niño o niña. Creo que, desde que Julie murió, no había rezado tanto por nada.

Estábamos todos visiblemente tensos durante la cena. Yo oía los mensajes que llegaban a su teléfono desde el comedor. En un momento dado, se levantó, lanzó la servilleta sobre la silla y salió de la habitación. Regresó minutos más tarde y no volví a oír ningún otro mensaje.

Tras acostar a las niñas, vimos un documental sobre pingüinos. En torno a las diez, por fin me miró.

—Vámonos a la cama.

Para mí fue un alivio ver que se lavaba, se metía en la cama y se quedaba dormido. Me quedé allí tumbada, a oscuras, preguntándome qué estaría pasando entre ellos. Me había bajado la regla la noche anterior y acababa de levantarme a tomarme algo para el dolor de cabeza, después volví a la cama y me quedé dormida.

Creí que estaba soñando. Algo brillante me hacía daño en los ojos y traté de darme la vuelta, pero estaba inmovilizada. Abrí los ojos y vi que Jackson estaba sentado a horcajadas encima de mí, apuntándome a la cara con una linterna.

—Jackson, ¿qué estás haciendo?

—¿Estás triste, Daphne?

Yo me protegí los ojos de la luz y giré la cabeza hacia un lado.

—¿Qué?

Me apretó la mejilla para que volviera a mirar hacia la luz.

—¿Estás triste porque te ha bajado la regla? Otro mes y nada de bebés.

¿De qué estaba hablando? ¿Habría descubierto lo del DIU?

—Jackson, por favor, me hace daño a los ojos.

Apagó la luz y entonces sentí el frío acero de la pistola en el cuello.

Volvió a encender la linterna. Luego la apagó otra vez. Así estuvo un rato, con la pistola contra mi cuello.

—¿Es que te ríes a mis espaldas todos los meses? Sabiendo lo mucho que deseo tener un hijo.

—Claro que no. Jamás me reiría de ti. —Me salieron las palabras en un susurro.

Deslizó la pistola por mi cara hasta colocármela sobre un ojo.

—Sería difícil llorar sin un ojo.

«Esta vez va a matarme», pensé.

Entonces la deslizó hacia mi boca y me la pasó por los labios.

—Sería difícil hablar de mí sin una boca.

—Jackson, por favor, piensa en las niñas.

—Estoy pensando en los niños que no tengo. En el hijo que no tengo porque tú eres una vieja ciruela pasa. Pero no te preocupes, tengo una solución.

Deslizó la pistola hasta mi vientre y dibujó con ella un ocho.

—No pasa nada, Daphne, si estás demasiado vieja para engendrar un bebé. He decidido que podemos adoptar.

—¿De qué estás hablando? —Estaba demasiado asustada para moverme, temiendo que se le disparase la pistola.

—Conozco a alguien que va a tener un bebé y no lo quiere. Podemos quedárnoslo nosotros.

—¿Por qué íbamos a querer adoptar el bebé de otra persona?

Oí el percutor de la pistola. Se inclinó hacia delante y encendió la lámpara para que yo pudiera verlo.

—Solo tiene una bala —dijo con una sonrisa—. Veamos qué ocurre. Si aprieto el gatillo y sobrevives, adoptaremos. Si mueres, no adoptaremos. ¿Te parece justo?

—Por favor...

Contemplé horrorizada como echaba el dedo hacia atrás y aguanté la respiración hasta que oí el clic. Dejé escapar el aliento y solté un grito.

—Buenas noticias. Vamos a tener un hijo.

TERCERA PARTE

Capítulo 66

Amber salió del apartamento de la calle sesenta y dos Este con una pequeña maleta, su tarjeta de crédito y un fajo de billetes. Jackson había llamado antes para decirle que estaría ahí a las nueve de la noche y ella pensaba asegurarse de que se encontrara con el apartamento vacío. Estaba cansada de esperar. Un día decía que iba a contárselo a Daphne y al día siguiente se inventaba una excusa por la que no podía hacerlo. Ella no pensaba aguantarlo más. Había llegado el momento de la verdad.

Había reservado una habitación en un pequeño hotel con un nombre diferente. La nota que le había dejado decía:

Me temo que no nos quieres a tu hijo ni a mí. No creo que tengas intención de dejar a Daphne para casarte conmigo. Si no quieres este hijo, me encargaré de que no llegue a nacer.

Con gran pesar,

Amber

A las nueve y diez comenzó a sonar su teléfono. Lo ignoró. A los pocos minutos volvió a sonar y de nuevo se negó a contestar. Eso duró veinte minutos, hasta que Jackson le dejó un mensaje. «Amber, por favor, no hagas ninguna locura. Te quiero. Por favor, llámame».

Amber oyó el pánico y el tono suplicante de su voz, sonrió y apagó el teléfono. Que llamase toda la noche y se preguntara dónde se había metido y qué había hecho. Encendió la televisión y se tumbó sobre la cama. Sería una noche larga y aburrida, pero había llegado el momento de hacer algo drástico. «No voy a volver a ser una pringada», pensó antes de quedarse dormida.

Se había levantado varias veces a lo largo de la noche para ir al baño, y todas ellas revisó su teléfono. Llamadas y llamadas de Jackson, mensajes que oscilaban entre la súplica y la furia. La última vez que se levantó eran las cuatro de la madrugada, y por fin se durmió sin interrupciones hasta las ocho. Se levantó y llamó al servicio de habitaciones. Veinte minutos más tarde le llevaron té descafeinado y yogur junto con el periódico. Ojeó las páginas sin mucho interés y esperó. Y esperó. Y esperó.

A las dos de la tarde llamó a Jackson. Respondió antes de que terminara de sonar el primer tono.

—¡Amber! ¿Dónde estás? Llevo intentando localizarte desde anoche.

Ella susurró con voz temblorosa.

—Lo siento, Jackson. Te quiero, pero me has obligado a hacerlo. —Dejó escapar un sollozo para enfatizar su tristeza.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has hecho?

—Tengo cita en una hora, Jackson. Lo siento. Te quiero. —Y colgó.

Le dejaría sufriendo durante un rato. Volvió a sonar su teléfono y esta vez

respondió al quinto tono.

—¿Qué? —preguntó.

—Amber, escúchame. No lo hagas. Te quiero. Quiero a nuestro hijo. Quiero casarme contigo. Me casaré contigo. Se lo contaré a Daphne esta noche. Por favor, créeme.

—Ya no sé qué creer, Jackson. —Hizo que su voz sonara débil y cansada.

—Amber, no puedes hacer eso. Llevas dentro a mi hijo. No perderé a mi hijo. — Parecía furioso.

—Me has obligado a hacerlo, Jackson. Es culpa tuya. —Le oyó suspirar y entonces su tono cambió.

—No, no. Ya sé que me he tomado mi tiempo, pero lo hacía por nosotros. Estaba esperando el momento perfecto.

—Eso es. Parece que el momento perfecto nunca llega. No puedo esperar eternamente, Jackson. Y la cita tampoco.

—¿De verdad matarías a nuestro bebé? No me lo puedo creer. ¿A nuestro precioso niño?

—No puedo tener al bebé yo sola y sin casarme. Quizá a ti te parezca bien, pero a mí no me educaron así.

—Te prometo que nos casaremos antes de que nazca. Te lo prometo, pero vuelve conmigo, Amber. ¿Dónde estás? Iré a buscarte ahora mismo.

—No sé...

Jackson la interrumpió.

—Volveremos a mi apartamento. Podrás quedarte ahí. Para siempre. Por favor.

En los labios de Amber se dibujó entonces una sonrisa felina.

Jackson llegó en menos de una hora. Amber se subió a la limusina y le dedicó una mirada lastimera. Él tenía los labios blancos y el ceño fruncido.

—No vuelvas a hacerme esto.

—Jackson, yo...

La agarró de la mano y se la retorció con fuerza.

—¿Cómo has podido amenazar con matar a nuestro bebé? Tenerlo como rehén.

—Me estás haciendo daño.

Él le soltó la mano.

—No sé lo que haría si le ocurriera algo a mi hijo. O a ti.

Había algo en su actitud y en su voz que le ponía nerviosa, pero le restó importancia. Claro que estaba enfadado. Y preocupado. No se comportaba como de costumbre.

—No lo haré, Jackson. Te lo prometo.

—Bien.

Regresaron al apartamento y ella lo arrastró a la cama. Se quedaron allí hasta que

anocheció. Amber le pedía perdón y trataba de asegurarse de que sus planes siguieran su curso.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Mucha. ¿Te apetece una tortilla? —preguntó Jackson, retiró las sábanas y salió de la cama. Amber lo siguió hasta la cocina y él comenzó a cascar los huevos en un cuenco. «Ahora es el momento», pensó ella. «Antes de que cambie de opinión».

—He estado pensando, Jackson. No vas a abandonar la casa, ¿verdad? Era tuya antes de casarte con ella.

Amber había deseado esa casa desde la primera vez que la vio. Quería ser la señora de la casa, que Bella y Tallulah tuvieran que obedecerla. Entonces serían ellas las invitadas en su casa, y Bella se llevaría una buena bofetada si seguía con sus travesuras. Lo primero que haría sería encargarse de un retrato suyo, uno de esos desnudos integrales estando embarazada. Lo colgaría en algún lugar donde tuvieran que verlo cada vez que vinieran de visita. Se lo haría pasar tan mal a las niñas que no querrían ir los fines de semana, y se aseguraría de que a Jackson le diese igual. Con el tiempo, le haría darse cuenta de que eran pequeñas sanguijuelas, igual que su madre.

—No puedo echarla de casa cuando soy yo el que la deja —respondió Jackson mientras batía los huevos.

—Supongo que tienes razón, pero... ella odia esa casa. Me ha dicho que le parece pretenciosa. No creo que la merezca. Probablemente se lleve a su madre a vivir con ellas. ¿De verdad quieres que esa preciosa casa le pertenezca? ¿Crees que se la quedará?

Veía que Jackson estaba reflexionando.

—Bueno, sí que es verdad que la tenía mucho antes de conocerla. Veré qué puedo hacer. Quizá pueda convencerla para que me deje quedármela.

—¡Oh, Jackson! Eso sería maravilloso. Me encanta esa casa y seremos muy felices allí.

Lo único que le haría más feliz que mudarse allí sería que Daphne tuviera que mudarse al cuchitril de una sola habitación donde vivía ella. Sabía que estaba siendo una zorra, pero le daba igual. Daphne llevaba demasiado tiempo siendo una consentida. Le vendría bien descubrir cómo era la vida en el otro lado. Quizá hubiera fingido ser su amiga, pero Amber sabía que, en el fondo, Daphne seguía viéndola como a una empleada. La señora generosa que ayudaba a la pobre y patética Amber. Se enfurecía al pensar que Daphne nunca la hubiese visto como una amenaza. Daphne pensaba que era mucho más guapa que ella, estaba segura del amor que Jackson sentía por ella. «¿Pues sabes una cosa, Daphne? Él me quiere. Ahora me pertenece. Y pienso darle una nueva familia. Tus mocosas y tú os habéis quedado obsoletas».

Capítulo 67

¡Por fin iba a suceder! Jackson la había llamado esa mañana y le había pedido que fuera al apartamento de Nueva York para hablar de algo «importante». Daphne ya sabía de qué quería hablar porque, gracias a una interesante lección del detective Jerry Hanson, había aprendido a clonar un teléfono móvil. Estaba al tanto de los mensajes entre Amber y Jackson desde hacía un mes. Tenía que reconocerle a Amber que ese numerito de la desaparición había sido un golpe maestro. Jackson haría casi cualquier cosa para asegurarse de no perder al hijo que tanto tiempo había estado esperando.

Llegó a las cinco en punto y, cuando entró en el apartamento, olió el perfume de Amber. Ambos estaban sentados en el sofá.

Fingió sorprenderse.

—¿Qué sucede?

—Siéntate, Daphne —le dijo Jackson. Amber no dijo nada, se quedó allí sentada con una sonrisa tensa y una mirada maliciosa—. Queremos hablar contigo.

Daphne se quedó de pie y miró a Amber.

—¿Queremos?

Amber se miró las manos, pero seguía sonriendo.

—Decidme qué está pasando.

Jackson se recostó en el sofá y se quedó mirándola unos segundos.

—Creo que es más que evidente que últimamente no éramos felices.

«¿Últimamente?», quiso decir Daphne. «¿Cuándo hemos sido felices?».

—¿De qué estás hablando?

Se puso en pie, comenzó a dar vueltas de un lado a otro y después se volvió para mirarla a ella.

—Voy a divorciarme de ti, Daphne. Amber está embarazada y va a tener un hijo mío.

Daphne fingió sorpresa y se dejó caer en el sillón.

—¿Embarazada? ¿Estás acostándote con ella?

—¿Qué esperabas? —preguntó él mirándola de arriba abajo—. Tú te has echado a perder. Estás gorda y eres una vaga. No me extraña que no puedas darme un hijo. Tratas a tu cuerpo como a una mierda.

Daphne tuvo que hacer un auténtico esfuerzo por no decirles lo estúpidos que eran. En su lugar, puso cara de pena y miró a Amber.

—¿Cuánto tiempo llevas acostándote con mi marido?

—No era mi intención que sucediera. Nos enamoramos. —Entonces miró a Jackson y este le estrechó la mano.

—¿De verdad? —Daphne levantó la voz—. Entonces, ¿cuánto tiempo lleváis enamorados?

—Lo siento, Daphne. No era mi intención hacerte daño. —Sus ojos contaban otra

historia. Era evidente que estaba disfrutando mucho con aquello.

—He confiado en ti, te he tratado como a una hermana, ¿y así me lo pagas?

—No pudimos evitarlo —respondió Amber con un suspiro—. Somos almas gemelas.

Daphne estuvo a punto de echarse a reír, y se le escapó un sonido que esperó que confundieran con un sollozo.

—De verdad que lo siento, Daphne —repitió Amber—. A veces estas cosas ocurren. —Se llevó una mano a la tripa y se la frotó—. Nuestro hijo será pariente tuyo, así que espero que con el tiempo puedas perdonarme.

Daphne se quedó con la boca abierta.

—¿En serio? ¿Estás lo...?

—Ya basta —la interrumpió Jackson—. Queremos casarnos y quiero hacerlo antes de que nazca mi hijo. Te lo compensaré si me concedes el divorcio de forma rápida.

Daphne se puso en pie.

—Tengo mucho que pensar. Cuando esté preparada para hablarlo, te lo diré. Y no quiero que ella esté presente.

En cuanto salió del apartamento y de su ángulo de visión, ella también sonrió. Ya sentía que le compensaba, pero eso no se lo diría a Jackson. ¿Cómo se le puede poner precio a la libertad? Pero ella aceptaría el dinero por el bien de sus hijas. ¿Por qué iba Amber a quedárselo todo? No. Se aseguraría de que el acuerdo fuese generoso y entonces le concedería el divorcio sin problemas.

Capítulo 68

Amber cerró los ojos mientras la manicurista le masajeaba las manos con crema. Le había dicho a la chica que iba a casarse y ella le había sugerido una manicura francesa. Qué horrerada. Abrió los ojos y se miró la mano izquierda. Era la primera vez que se quitaba del dedo el diamante Graff, un quilate más pesado que el de Daphne. Sonrió viendo cómo le pulían las uñas, pero de pronto apartó la mano.

—No me gusta ese color. Quítamelo y déjame ver qué otras cosas tienes —exigió.

La joven sacó obedientemente más botes y los colocó frente a ella. Se tomó su tiempo para examinarlos y finalmente escogió un tono champán.

—Este. —Señaló el bote y se recostó en el sillón de cuero. Aquel día se había hecho de todo: masaje, tratamiento facial, pedicura. Al día siguiente estaría guapísima, y todos sus sueños se harían realidad cuando se plantara ante un juez de paz y se convirtiera en la señora de Jackson Parrish. El divorcio de Jackson se había hecho definitivo justo a tiempo. El bebé nacería pronto y ella quería ser la esposa de Jackson antes de que eso pasara. Jackson estaba en éxtasis por el inminente nacimiento de su hijo y quería una boda por todo lo alto para presentársela a sus amigos.

—La celebraremos en la casa e invitaremos a todo el mundo. Será algo grandioso, por lo menos trescientos invitados. Quiero que todos conozcan a mi preciosa esposa. Anunciaremos la llegada inminente de nuestro maravilloso hijo —le había dicho.

—Jackson, de verdad, todo el mundo sabe lo del bebé. El divorcio, el embarazo, nuestro compromiso... ha sido el cotilleo de moda durante los últimos seis meses. Además, yo quiero algo íntimo. Solos los dos. —No pensaba permitir que todos los pijos de Bishops Harbor la vieran gorda y embarazada, que hablaran a sus espaldas en su propia boda y fueran a contárselo a Daphne—. Ya celebraremos una boda por todo lo alto más tarde, cuando haya nacido el bebé. —Se rio y le dio un beso en la mejilla—. Además, entonces no tendré esta tripa tan horrible y podré ponerme algo bonito. Por favor. —Quería asegurarse de que, la primera vez que apareciese oficialmente como esposa de Jackson, estuviese a la altura. Ya no le preocupaba que pudieran reconocerla. Nadie de su insignificante pueblo se daría cuenta. Jamás imaginarían que Lana Crump se había convertido en la fabulosa Amber Parrish. Y además, si alguien se ponía a husmear, ella tendría suficiente dinero para librarse de cualquier problema molesto.

Jackson había apretado los labios y asentido con la cabeza.

—De acuerdo. Lo haremos más tarde. Pero ¿qué pasa con Tallulah y Bella? Ellas deberían estar.

No pensaba permitir que una Tallulah taciturna y una Bella malcriada fueran el centro de atención en su boda. Lo arruinarían todo. Sería mejor que se enterasen cuando ya hubiese pasado, cuando fuera ya demasiado tarde para que sus rabietas y sus lágrimas pudieran desalentar a su padre.

—Sí, tienes razón, pero ¿no crees que se disgustarán al verme embarazada? No quiero que se pongan tristes porque no es su madre la que va a tener el bebé. No me gustaría que se sintieran heridas o reemplazadas. Quizá sea más fácil cuando haya nacido. Será su hermano y en realidad no importará quién sea la madre. Mejor que esperen a la gran celebración de después. Creo que eso será más fácil para ellas.

—No sé. Quizá se sientan mal por no estar allí —había dicho él.

—Lo pasarán mucho mejor en la fiesta que daremos después.

—Supongo que tienes razón.

—Solo quiero caerles bien, que me acepten como madrastra. Hasta lo he hablado con la pediatra. Ella piensa que sería demasiado para ellas, pero me dijo que te lo consultara. —Se había inventado lo de la pediatra, pero abrió mucho los ojos para parecer inocente.

—Tienes razón. Supongo que no es necesario. Al fin y al cabo, nadie del resto de la familia estará presente.

Amber había sonreído y le había dado la mano.

—Seremos una gran familia, ya lo verás. Estoy segura de que querrán mucho a su hermanito.

—Estoy deseando conocerlo.

—Pronto —le había dicho ella—. Pero, mientras tanto, ¿le apetecería a mi futuro marido un pequeño gesto de agradecimiento? —preguntó mientras le desabrochaba el cinturón.

—Me excitas como nadie —le dijo él mientras se recostaba en el sillón. Cuando se puso de rodillas, Amber se recordó a sí misma que, cuando fuera la señora Parrish, ya no tendría que fingir que disfrutaba de aquello.

Amber se levantó temprano a la mañana siguiente. Le había dicho a Jackson que daba mala suerte que la novia y el novio se vieran la noche antes de la boda, así que él se había ido a dormir al Plaza mientras ella se quedaba en el apartamento. Le daban igual esas absurdas supersticiones, pero deseaba la mañana para ella sola. Quería hacer algunas llamadas y no quería que Jackson estuviera por ahí para oírlas. Tomó un desayuno ligero a base de yogur y fruta y revisó sus correos. Había tres correos del nuevo ayudante administrativo de Jackson. Amber se había tomado su tiempo para escoger entre un montón de solicitudes. Le parecía que su selección era perfecta: jóvenes, inteligentes, con un gran atractivo, de mente abierta, al corriente de las últimas tecnologías y, sobre todo, hombres. Además, las facturas irían a casa. Solo ella sabría lo que se gastaba en su casa. No cometería los mismos errores estúpidos que Daphne.

Tras darse un baño relajante, se secó, se embadurnó de crema hidratante carísima y se dio la vuelta para verse de perfil la tripa en el espejo. Aquel bulto le resultaba asqueroso. Estaba deseando que naciera y recuperar así su figura. Negó con la

cabeza, apartó la mirada y agarró uno de los albornoces. Había encargado uno para cada uno, con monograma, muy mullidos y muy caros. Se rio para sus adentros. Cada vez que compraba algo, se metía en internet y tecleaba «el más caro», fuera lo que fuera. Aprendía deprisa.

Jackson y ella se verían en el ayuntamiento a la una en punto, de modo que aún tenía tiempo para vestirse y llamar a la limusina. Se recostó en la *chaise longue* de terciopelo del dormitorio y marcó un número en su móvil.

—¿Diga? —Era Daphne.

—Quiero hablar con las niñas.

—No creo que ellas quieran hablar contigo —respondió Daphne secamente.

—Escucha, puedes interponerte todo lo que quieras, pero te conviene cooperar conmigo, de lo contrario tus mocosas desaparecerán del mapa antes de que puedas decir «acuerdo de divorcio».

Amber no oyó nada durante unos segundos, hasta que le llegó el sonido de la voz de Tallulah al teléfono.

—¿Diga?

—Tallulah, cielo, ¿dónde está tu hermana? ¿Puedes ponerla a ella también al teléfono?

—Espera, Amber.

Tallulah le dio un grito a Bella para que descolgara el teléfono y esperó unos minutos.

—Bella, ¿estás al teléfono?

—Sí.

—Tallulah, ¿tú sigues ahí? —preguntó Amber.

—Sí, Amber.

—Quiero deciros a las dos que me da mucha pena que no vengáis hoy a la boda. Le dije a vuestro padre que quería que solo asistiera la familia. Quería que estuvierais vosotras y nadie más, pero él pensó que erais demasiado pequeñas para asistir. — Amber se sorbió la nariz como si estuviera llorando—. Debéis entender que a vuestro padre le hace mucha ilusión tener un niño, así que a veces se olvida de vosotras dos. Quiero que seamos buenas amigas y me aseguraré de que forméis parte de nuestra nueva familia. ¿Lo entendéis?

—Sí —respondió Tallulah sin más.

—Bella, ¿y tú?

—Mi papá me quiere. No se olvidará de mí.

Amber se imaginó a la niña dando un pisotón en el suelo.

—Tienes razón, Bella. Yo no me preocuparía si fuera tú. Por cierto, ¿os he dicho que el bebé se llamará como vuestro padre? Jackson Marc Parrish júnior.

—Te odio —dijo Bella antes de colgar.

—Lo siento, Amber. Ya sabes cómo se pone Bella —agregó Tallulah.

—Lo sé, Tallulah. Pero estoy segura de que conseguirás que entre en razón,

¿verdad?

—Lo intentaré —respondió la niña—. Ya hablaremos.

—Adiós, cielo. La próxima vez que hablemos, seré tu madrastra.

Amber colgó el teléfono, satisfecha por haber transmitido su mensaje con claridad. Tallulah era una pacificadora y no supondría ningún problema. Unas joyas brillantes y juguetes nuevos bastarían para calmar a Bella. Aunque Amber no pensaba dejar que pasaran mucho tiempo en casa, así que tampoco le importaba en exceso.

Se acercó el ordenador y respondió a los correos urgentes, después se puso en pie para vestirse. No había gran cosa que pudiera hacer para ponerse sexy para Jackson, pero, al parecer, la tripa de embarazada bastaba para ponerle como loco. Se puso el vestido color crema y unas perlas de Ella Gafter que Jackson le había comprado como regalo de bodas. No llevaba más joyas, salvo el anillo de diamantes con corte esmeralda.

Cuando llegó, Jackson y Douglas, su nuevo ayudante, estaban de pie esperándola frente al ayuntamiento.

—Estás preciosa —le dijo Jackson dándole la mano.

—Parezco una ballena varada.

—Eres la imagen de la belleza. No quiero oír una palabra más.

Amber negó con la cabeza y se volvió hacia Douglas.

—Gracias por acceder a ser nuestro testigo.

—Un placer.

Jackson la rodeó con el brazo y los tres subieron las escaleras hacia la entrada.

Esperaron su turno y, cuando llegó el momento, se presentaron ante el juez de paz. Casi sin que se dieran cuenta, estaba diciéndole a Jackson que podía besar a la novia. Su esposa. Amber saboreó esa palabra. Era una palabra deliciosa.

—Bueno, creo que voy a volver a la oficina. Enhorabuena —dijo Douglas estrechándole la mano a Jackson.

Según se alejaba, Amber se inclinó sobre su ya marido y sintió una emoción electrificante que recorría su cuerpo. Ahora una alianza de platino complementaba el diamante que llevaba en el dedo. Por fin estaban casados. «Cuando quieras» fue el mensaje silencioso que le envió a su bebé. Al montarse en la limusina, ella se recostó en el asiento de cuero e imaginó la vida que le esperaba; casas caras por todo el mundo, viajes de ensueño, niñeras y criadas a sus órdenes, joyas y ropa de diseño.

Las pijas de Bishops Harbor no tardarían en arrodillarse ante ella, de eso estaba segura. Solo hacía falta mucho dinero y un marido poderoso. Se desvivirían por ser sus amigas. Le encantaba. Todos en el club querrían sentarse a su mesa en la cena anual de la regata. Tendría que evaluar daños para asegurarse de que la familia de Gregg no hiciera nada por estropeárselo. Después de que Jackson y ella le dieran la noticia a Daphne, Amber había invitado a Gregg a tomar algo. Imaginó que tendría

menos probabilidades de montar una escena si estaban en público, de modo que habían quedado en el White Whale de Bishops Harbor, una pequeña taberna situada sobre el agua. Ella ya estaba sentada a la mesa cuando llegó Gregg. Se acercó y se inclinó para besarla. Ella volvió la cara para que le diera el beso en la mejilla. Confuso, Gregg se sentó frente a ella.

—¿Va todo bien?

Ella parpadeó para contener las lágrimas y señaló el vaso de *whisky* que él tenía delante.

—Bebe un poco. Lo he pedido para ti.

Él la miró confuso y dio un largo trago.

—Me estás asustando.

—No hay manera fácil de decir esto, así que voy a decirlo sin más. Me he enamorado de otra persona.

Él se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿De quién?

—No era mi intención que ocurriera —le aseguró ella, cubriéndole la mano con la suya—. Es que... —Se detuvo para secarse una lágrima de la mejilla—. Es que pasamos juntos todos los días. Trabajamos juntos y hemos descubierto que somos almas gemelas.

Él frunció el ceño y la miró aún más perplejo.

«¿Es que es estúpido?», pensó ella.

—Es Jackson.

—¿Jackson? ¿Jackson Parrish? Pero si está casado. Y además es mucho mayor que tú. Pensé que estabas enamorada de mí —dijo con el labio inferior tembloroso.

—Ya sé que está casado, pero no era feliz. A veces estas cosas ocurren. Ya sabes lo que es trabajar junto a alguien y cómo pueden florecer los sentimientos. He visto cómo te mira tu ayudante en la oficina.

—¿Becky? —preguntó él con los párpados entornados.

—Sí. Y es muy guapa. Seguro que habrás notado lo enamorada que está de ti.

Había tenido que quedarse a tomar otras dos copas antes de poder marcharse, y él le había dicho que lo entendía. Amber le había rogado que siguieran siendo amigos, porque necesitaba tenerlo a su lado en aquellos momentos de incertidumbre y críticas. Y el muy idiota se lo tragó. Él no le causaría ningún problema en el club. Y Becky debería darle las gracias. Estaba a punto de pasar de ayudante a prometida.

Jackson y Amber Parrish serían la pareja de oro de Bishops Harbor. Y, en cuanto naciera ese bebé, ella se aseguraría de que fuese el último. Iba a recuperar su cuerpo. El brillo de felicidad y satisfacción que le rodeaba en aquel momento podría haber iluminado todo Manhattan.

Capítulo 69

Daphne sabía que, con solo una visita a la casa que antes era suya, las niñas ya nunca querrían volver. Hasta ese momento las visitas se habían producido en terreno neutral, pero Amber y Jackson querían pasar el fin de semana con ellas y Daphne finalmente había accedido.

Amber se había abierto paso en sus círculos sociales sin problemas y, si Daphne hubiera sentido más cariño por las mujeres con las que había pasado los últimos diez años, quizá se habría sentido herida al ver que aceptaban a la nueva esposa de su marido con tanta facilidad. Aunque, claro, nadie en ese pueblo se atrevería a desairar a la nueva señora de Jackson Parrish. La única amiga que no la abandonó fue Meredith. Ella había seguido siendo una verdadera amiga. Deseaba poder contarle la verdad, pero no podía arriesgarse. Así que dejó que creyera que era una tonta y una ingenua.

Llegaron a la casa y se bajaron del coche.

—Déjame llamar al timbre —gritó Bella mientras ambas niñas corrían hacia la puerta.

—Lo que tú digas —respondió Tallulah.

Apareció un hombre de uniforme. «Así que ahora tienen mayordomo», pensó Daphne. No sabía por qué se sorprendía.

—Vosotras debéis de ser Bella y Tallulah —dijo el hombre al abrir la puerta—. La señora Parrish os está esperando.

Oír que se refería a Amber como la señora Parrish resultó algo chirriante, pero Daphne entró tras ellas y le saludó con la cabeza.

—Por favor, espere aquí, iré a buscar a la señora.

Poco después entró Amber con su hijo en brazos.

—¿Dónde está mi padre? —le preguntó Bella.

—Bella, ¿no quieres conocer a tu hermanito, Jackson júnior? —le preguntó Amber acercándole el bebé.

Bella se quedó mirando al niño haciendo pucheros.

—Es feo. Está arrugado.

Amber puso cara de odio antes de volverse hacia Daphne.

—¿Por qué no les enseñas modales a tus hijas?

Por una vez, Daphne agradeció la franqueza de Bella. Miró a Amber con frialdad y le puso una mano en el hombro a su hija.

—Cariño, no seas maleducada.

—Quizá vuestro padre se haya olvidado de que veníais —dijo Amber—. Está comprando juguetes para el pequeño Jackson. Le quiere tanto. ¿Queréis que le llame y se lo recuerde?

Tallulah miró a Daphne horrorizada y ella quiso matar a Amber en aquel mismo instante.

—Quizá podamos cambiar la visita para... —comenzó a decir Daphne, pero Bella dio un pisotón contra el suelo y la interrumpió.

—¡No! Hace semanas que no vemos a papá.

—Claro, deberíais quedaros —dijo Amber, y se volvió hacia su mayordomo—. Edgar, ¿quieres llevar a Bella y a Tallulah al salón principal para que esperen al señor Parrish? Yo tengo cosas que hacer.

—Por favor, quédate hasta que llegue papá —le susurró Tallulah a su madre.

Daphne le apretó la mano y respondió:

—Por supuesto. —Se volvió hacia Amber—. Una cosa, Amber.

—¿Sí?

—Yo esperaré con las niñas. ¿Cuánto tiempo crees que tardará?

—Las proteges demasiado —respondió Amber poniendo los ojos en blanco—. Ponte cómoda, no creo que tarde.

Daphne les dio la mano a sus hijas y las tres siguieron a Edgar hasta el «salón principal», donde se hallaba colgado un enorme retrato de Amber, embarazada y desnuda, sobre la chimenea. Con una mano se cubría los pechos y la otra descansaba sobre su tripa. En la habitación había por todas partes fotos de su boda, y Daphne se dio cuenta de que Amber quería que lo vieran. Lo había organizado todo para que Jackson no estuviera, sabiendo que Daphne no dejaría solas a las niñas hasta que él regresara.

—La odio —anunció Tallulah.

—Ven aquí. —La estrechó entre sus brazos y susurró—: Sé que es horrible. Intenta ignorarla y disfrutar con tu padre.

—¡Niñas! —Levantaron la mirada y, al ver entrar a Jackson, corrieron a sus brazos.

—Supongo que esa es mi señal —comentó Daphne levantándose—. Volveré el domingo a recogerlas.

Jackson ni siquiera la miró mientras salía de la habitación con sus hijas.

Ella regresó al recibidor y, cuando ya tenía la mano en el picaporte, oyó la voz de Amber.

—Adiós, Daph. No te preocupes, yo cuidaré de tus pequeñas mocosas.

Daphne se dio la vuelta y la miró con odio.

—Si les tocas un pelo, te mato.

Amber se rio.

—Qué dramática eres. No les pasará nada. Pero no llegues tarde a recogerlas, tengo planes picantes para mi marido. No se cansa de mí.

—Disfrútalo mientras puedas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Amber.

—Pronto lo averiguarás —respondió Daphne con una sonrisa.

Capítulo 70

Daphne estaba a punto de jugar su mejor carta. Llevaban dos meses divorciados y ella ya había empleado los millones que había logrado en el acuerdo. Se había quedado con la custodia de las niñas y Jackson tenía el derecho de visita los fines de semana, pero había ido allí para cambiar esto último.

Se acercó a la mesa del ayudante de Jackson.

—Buenos días, Douglas. ¿Jackson está solo?

—Sí, pero ¿está esperándola?

—No, pero solo será un momento. Te lo prometo.

—De acuerdo.

Entró en el despacho de Jackson, que la miró sorprendido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Buenos días a ti también. Tengo una noticia que te resultará de lo más interesante —le dijo ella mientras cerraba la puerta y le entregaba un informe.

—¿Qué diablos es esto? —Se puso pálido al ojear el contenido—. Esto no puede ser cierto. He visto su pasaporte.

—Amber es una persona desaparecida. Tu esposa, Lana, está usando su identidad. ¿Qué se siente al estar en el otro lado? No es más que una estafadora. —Se rio—. Hace que te preguntes si realmente te desea a ti o si solo busca tu dinero.

La vena de su sien le palpitaba con tanta fuerza que temió que fuese a explotar.

—No lo entiendo —murmuró él sin dejar de mirar el artículo.

—Es bastante sencillo. Amber, o sea, Lana, te fijó como su objetivo. Se coló en mi vida con el expreso propósito de conseguir un marido rico. Aunque, claro, cuando la descubrí, se convirtió en la solución a mis problemas.

—¿De qué estás hablando? ¿Sabías que Amber y yo estábamos juntos?

—Yo lo organicé. Prácticamente te la entregué envuelta en papel de regalo. El fin de semana en el lago, te envié a sus brazos. ¿Y la razón por la que no podía quedarme embarazada? Bueno, digamos que es difícil cuando llevas un DIU.

Él abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Me manipulaste?

—Aprendí del mejor.

—Maldita hija de...

—Calma, calma, Jackson. No es bueno que pierdas el control.

—¿Piensas delatarla? —preguntó con la respiración acelerada.

—Eso depende de ti.

—¿Qué quieres?

—Que renuncies a tu derecho de visita.

—¿Estás loca? No pienso renunciar a mis derechos sobre mis hijas.

—Si no lo haces, iré a la policía y contaré quién es. La arrestarán. ¿Es ese el legado que quieres para tu hijo? ¿Una madre convicta? Jamás lo admitirán en

Charterhouse con ese historial.

Él dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Zorra!

Daphne arqueó las cejas y, por primera vez en años, se sintió tranquila en su presencia.

—Si vas a empezar a insultarme, llamaré a la policía sin dudar. Quizá también a los periódicos, para que puedan ver a tu mujer salir de casa con las esposas puestas.

Jackson tomó aliento varias veces, abriendo y cerrando las manos.

—¿Cómo sé que, cuando renuncie a mis derechos, no la delatarás de todos modos?

—No lo sabes, pero sabes que yo no soy como tú. Solo quiero alejarme de ti de una vez por todas. Mientras estés con Amber, sé que me dejarás en paz. Eso es lo único que deseo. Entonces ¿firmarás?

—¿Qué pensará la gente? No puedo permitir que piensen que he abandonado a mis hijas —dijo él.

—Diles que yo no te concedía el divorcio a no ser que me permitieras irme a vivir a California; que te he estado poniendo los cuernos, lo que quieras. Se te da bien inventar. Descríbeme como una madre horrible y finge que vas a verlas de vez en cuando. Nadie lo sabrá.

—¿No te importa lo mal que puedas quedar?

—No. Eso te importa a ti. —Lo único que le importaba a ella era alejarse lo más posible junto con sus hijas—. Tendrás todo lo que quieras. Y, antes de que se te ocurra hacer algo para detenerme, has de saber que, si me ocurriera algo, las pruebas le serían enviadas a Meredith. Y tengo además otros planes de contingencia.

Él no sabía a qué detective privado había contratado ni cuántos documentos protegidos tenía. Para empezar, el detective tenía toda la información y, si a ella le pasara algo, acudiría a la policía. También se lo había contado todo a su madre y le había dado copias del archivo de Amber.

—¿Tienes aquí los papeles?

Daphne abrió su bolso y sacó el sobre.

—Que los revise tu abogado. Hay sitio para su firma. Tienen que pasar por un notario. También hay una declaración en la que aseguras que te inventaste todos los cargos contra mí ante el Departamento de Familia.

—¿Por qué iba a firmar eso?

—Porque, si no lo haces, llamaré a la policía. No pienso dejar que sigas controlando mi vida. Fírmalo y nadie lo sabrá, salvo que intentes venir a por las niñas.

Él suspiró.

—De acuerdo. Puedes quedarte con tu vida, Daphne. De todas formas yo ya me había cansado de ti. Eres vieja y estás desgastada. —La miró de arriba abajo—. Al menos disfruté de tu juventud.

Ella negó con la cabeza, inmune a sus palabras.

—Casi siento pena por ti. No sé si naciste así o si tus padres la fastidieron contigo, pero eres un hijo de puta amargado. Nunca serás feliz. Pero la verdad es que ni siquiera me arrepiento de haber estado contigo. Porque, de no haberlo hecho, no tendría a las dos niñas más maravillosas del mundo. Así que cambio todos esos años horribles contigo por mis hijas. Y a mí todavía me queda mucho amor y mucha vida.

—¿Has terminado? —preguntó él con un bostezo.

—Terminé hace años —respondió Daphne poniéndose en pie—. Y, por cierto, eres un amante horrible.

Jackson explotó furioso, se levantó de la silla y fue hacia ella.

Daphne abrió la puerta y salió.

—Quiero esos papeles mañana —anunció mientras se marchaba.

Capítulo 71

La felicidad de Amber duró poco. Después de que naciera el bebé, Jackson y ella se habían ido de luna de miel a Bora Bora. Él era todo lo que podía desear en un marido. No tenía más que pedir cualquier cosa y se la concedía. Una niñera interna para cuidar de su hijo, dinero sin límites para compras y cualquier capricho que deseara. Le encantaba que la gente en las tiendas y en los *spas* se postrase a sus pies, y disfrutaba siendo grosera sin sufrir consecuencias. Nadie se atrevería a insultar a la señora de Jackson Parrish, sobre todo con la cantidad de dinero que gastaba.

Además no le preocupaba que esos dos pequeños monstruos se pasaran por la casa, dado que Daphne se había trasladado con ellas a California. Jackson le había dicho que iría a visitarlas allí.

De modo que, cuando se despertó aquella mañana y encontró a Jackson de pie junto a la cama, mirándola, no tenía ni idea de lo que le esperaba. Se frotó los ojos y se incorporó.

—¿Qué haces?

—Preguntarme cuándo piensas sacar ese culo perezoso de la cama —respondió él con el ceño fruncido.

Al principio pensó que estaba de broma.

—Si te encanta mi culo —dijo riéndose.

—Está volviéndose muy gordo para mi gusto. ¿Cuándo fuiste al gimnasio por última vez?

Entonces Amber se enfadó. Se destapó y se puso en pie.

—Puede que le hablaras así a Daphne, pero a mí no.

Jackson la empujó y cayó de nuevo sobre la cama.

—Pero qué coño...

—Cállate. Lo sé todo sobre tu pasado.

—¿De qué estás hablando?

Él lanzó una carpeta sobre la cama.

—De eso estoy hablando.

Lo primero que vio fue la copia de un artículo de periódico con una foto antigua suya. Lo levantó y lo ojeó con rapidez.

—¿De dónde has sacado esto?

—Eso no importa.

—Jackson, puedo explicarlo. Por favor, tú no lo entiendes.

—Ahórratelo. Nadie me toma por tonto. Debería entregarte, dejar que fueras a la cárcel.

—Soy la madre de tu hijo. Y te quiero.

—¿De verdad? ¿Como le querías a él?

—Eso... no era lo mismo...

—No te preocupes, no se lo contaré a nadie. No quiero que mi hijo tenga una

madre presa. —Se inclinó hacia ella y situó su cara a escasos centímetros de la suya —. Pero ahora me perteneces, así que te hablaré como me dé la gana y tú lo aceptarás. ¿Entendido?

Ella asintió mientras intentaba calcular su próximo movimiento. Pensaba que solo estaría enfadado; que, cuando se le ocurriera una historia plausible, se calmaría y las cosas volverían a la normalidad.

Pero, en su lugar, la situación empeoró. Le limitó el dinero para sus compras, la obligaba a justificar hasta el último centavo gastado. Todavía estaba intentando encontrar la manera de solucionar eso. Luego quiso escogerle la ropa, los libros y las actividades de ocio. Tenía que ir al gimnasio todos los días. Jackson quería que colaborase como voluntaria en ese club de jardinería pijo en el que participaba Daphne. Sabía que las mujeres no la querían allí y además le daba igual. ¿Por qué tenía que aprender jardinería? Para eso estaban los jardineros. Y el diario... el maldito diario dietético que Jackson insistía en que siguiera, y en el que debía anotar su peso. Era humillante. Esa fue la gota que colmó el vaso. Había ocurrido la semana anterior.

—¿Estás loco? No pienso darte explicaciones de todo lo que como durante el día. Métete el diario por el culo. —Lo había tirado al suelo.

Él se puso rojo y se quedó mirándola como si quisiera matarla.

—Recógelo —le dijo entre dientes.

—No.

—Te lo advierto, Amber.

—¿O qué? Ya dijiste que no ibas a entregarme. Deja de amenazarme. No soy una mujer débil sin personalidad como tu primera esposa.

Al oír eso, Jackson explotó.

—A Daphne no le llegas ni a la suela de los zapatos, zorra inmunda. Puedes leer cuanto quieras, estudiar cuanto quieras, pero siempre serás basura blanca.

Antes de poder pararse a pensar, Amber agarró el reloj de cristal que había sobre la mesa y se lo lanzó. Cayó al suelo sin llegar a darle. Vio que avanzaba hacia ella con mirada asesina.

—Putá loca. No te atrevas a intentar hacerme daño. —La agarró de las muñecas y apretó hasta que chilló de dolor.

—No me amences, Jackson. Acabaré contigo. —Por dentro estaba temblando, pero sabía que tenía que aparentar valentía si quería mantener el control.

Él la soltó de golpe, se dio la vuelta y se marchó. Y Amber pensó que había ganado.

Cuando Jackson llegó a casa aquella noche, ninguno de los dos dijo nada sobre la pelea. Amber le había pedido a Margarita que preparase algo francés para la cena: *coq au vin*. Lo había buscado en Google, junto con el vino adecuado y el postre. Le

enseñaría quién tenía clase. Él llegó a casa a las siete y se fue directo al estudio, donde permaneció hasta que Amber lo llamó para cenar a las ocho.

—¿Qué te parece? —le preguntó cuando dio el primero bocado.

—¿Por qué lo preguntas? Ni que lo hubieras hecho tú —respondió él con hastío.

Ella lanzó la servilleta sobre la mesa.

—Lo he elegido yo. Mira, Jackson, estoy intentando hacer las paces, no quiero discutir. ¿No quieres que las cosas vuelvan a ser como antes entre nosotros?

Él dio un trago al vino y la miró.

—Me engañaste para que dejara a Daphne. Me hiciste pensar que eras algo que no eres. Así que no, Amber, no creo que las cosas puedan volver a ser como antes. Si no fuera por nuestro hijo, estarías en la cárcel.

Estaba harta de oírle hablar de la santa de Daphne.

—Daphne no te soportaba. Se quejaba a todas horas y decía que le dabas asco. — Daphne jamás le había dicho tal cosa, pero eso le calló la boca.

—¿Qué te hace pensar que creo las palabras que salen de tu boca?

Estaba empeorando las cosas.

—Es cierto. Pero yo te quiero y recuperaré tu confianza.

Terminaron de cenar en silencio. Después, Jackson se fue a su estudio y Amber se pasó por el cuarto del bebé para ver cómo estaba. La señora Wright, la niñera, estaba sentada en la mecedora leyendo un libro. Amber había convencido a Jackson para que contratara a una niñera interna para ayudarla con el bebé. Habían despedido a Sabine. No quería que esa zorra francesa anduviera por la casa. Surrey seguía yendo los fines de semana. Bunny le había hablado de la señora Wright, que tenía unas referencias excelentes, además de una edad respetable, así que Jackson no le prestaría la más mínima atención.

—¿Ha sido difícil dormirlo? —preguntó Amber.

—No, señora. Se ha tomado el biberón y se ha dormido. Es un angelito.

Se inclinó sobre la cuna y le dio un beso en la cabeza. Era un niño guapo, y estaba deseando que llegara el día en que se volviera interesante. Cuando pudiera mantener una conversación o jugar en vez de pasarse el día tumbado como si fuera un bulto.

Se metió en la cama y sacó la novela policíaca que tenía escondida en la mesilla. Una hora más tarde, Jackson subió por fin y entonces guardó el libro antes de que pudiera verlo. Hacía dos semanas que no tenían relaciones sexuales y empezaba a preocuparse. Cuando se metió en la cama, ella estiró el brazo y comenzó a acariciarle, pero él le apartó la mano.

—No estoy de humor.

Amber estuvo dando vueltas en la cama hasta que por fin se durmió, preguntándose cómo iba a recuperar la armonía entre ellos.

De pronto no podía respirar. Se despertó asustada y se dio cuenta de que él estaba sentado a horcajadas encima, tapándole la nariz con la mano. Le quitó la mano de su cara y tomó aire.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah, bien. Estás despierta.

Encendió la luz y Amber se dio cuenta de que sostenía una pistola; la misma pistola que encontrara en el vestidor de Daphne tantos meses atrás.

—¡Jackson! ¿Qué estás haciendo?

Él la apuntó con la pistola a la cabeza.

—Si alguna vez vuelves a lanzarme algo, no te despertarás más.

Amber fue a apartarle la mano, convencida de que estaba bromeando.

—Ja, ja.

Él le agarró la muñeca con la otra mano.

—Hablo en serio.

Ella se quedó con la boca abierta.

—¿Qué quieres?

—Adiós, Amber.

Gritó cuando le vio apretar el gatillo. Clic. No ocurrió nada.

Sintió algo húmedo y se dio cuenta de que se había hecho pis. Él la miró asqueado.

—Eres débil. Mojas la cama como si fueras una niña.

Se levantó sin dejar de apuntarla con el arma.

—Esta vez te libras. La próxima puede que no tengas tanta suerte.

—Llamaré a la policía.

—No lo harás —respondió él riéndose—. Te arrestarían. Eres una fugitiva, ¿recuerdas? Ahora levanta y cambia las sábanas.

—¿Puedo ducharme primero?

—No.

Se levantó y comenzó a deshacer la cama, sollozando al mismo tiempo. Él se quedó ahí de pie, sin decir palabra. Cuando hubo terminado, volvió a hablar.

—Ve a ducharte y luego tendremos una pequeña conversación. —Amber se dirigió hacia el baño, pero él volvió a llamarla—. Una cosa más. —Le lanzó la pistola, que cayó al suelo antes de que pudiera agarrarla—. No te preocupes, no está cargada. Echa un vistazo a las iniciales.

Amber levantó la pistola y vio las letras que ya leyera por primera vez meses atrás: EMP.

—¿Qué significa?

—Eres mía, perra —respondió él, sonriente.

De modo que ahora hacía caso a todo lo que él decía, como una niña obediente. Cuando le dijo que perdiera dos kilos, no se quejó, aunque ya había recuperado el peso anterior al embarazo. Cuando la llamaba «estúpida» y «basura blanca», no se quejaba, sino que pedía perdón por cualquier infracción que hubiera cometido. Él le

regalaba ropa y joyas carísimas, pero ahora Amber entendía que era todo de cara a la galería. En público eran la pareja perfecta: ella, la esposa devota y venerada; él, el marido guapo y generoso.

El sexo se volvió más humillante y degradante; Jackson le exigía placer oral cuando ella estaba a punto de salir por la puerta, o cuando acababa de vestirse, para asegurarse de dejarle su marca y humillarla más aún. ¿Qué había hecho ella parece merecer aquello? La vida era injusta. Había trabajado mucho para dejar atrás su vida en aquel maldito pueblo donde todo el mundo la miraba como si fuera basura. Ahora era la señora de Jackson Parrish, una de las mujeres más ricas del pueblo, siempre con lo mejor de lo mejor. Y aun así seguían tratándola como a basura. Lo único que quería era la vida que merecía. No se le ocurrió pensar que ya la tenía.

Capítulo 72

Ocho meses más tarde

Daphne agarraba el teléfono con fuerza mientras miraba por la ventanilla del taxi de Nueva York. En el avión estaba demasiado nerviosa para comer nada, y ahora empezaba a rugirle el estómago con insistencia. Rebuscó en el bolso, encontró un caramelo de menta y se lo metió en la boca. Tomó aliento y se preparó cuando el vehículo se detuvo frente al edificio de oficinas de Jackson. Después de aquel día, podría dejar Connecticut para siempre y seguir con la nueva vida que estaba forjándose.

Cuando el divorcio fue definitivo, se había ido con las niñas a ver a su madre a la pensión. No había llamado antes, porque no sabía por dónde empezar. Tras instalarse, y después de que las niñas se hubieran ido a dormir, Ruth y ella se sentaron a hablar y ella se lo contó todo, desde el principio hasta el final.

Su madre se había quedado destrozada.

—Pobre hija mía. ¿Por qué no me lo contaste nunca? Deberías haber acudido a mí.

—Lo intenté —dijo Daphne con un suspiro—. Cuando Tallulah era un bebé, me marché. Pero fue entonces cuando me encerró en el sanatorio y reunió todas esas pruebas contra mí. No podía hacer nada. —Estiró el brazo y le estrechó la mano a su madre—. Y tú tampoco podías hacer nada.

Ruth estaba llorando.

—Debería haberlo sabido. Eres mi hija. Debería haberme dado cuenta y haber sabido que no podías haberte convertido en la persona que él te obligaba a ser.

—No, mamá. No podías haberlo sabido. Por favor, no te culpes. Lo que importa es que ya soy libre. Ahora podemos estar juntas.

—A tu padre nunca le gustó —le dijo Ruth.

—¿Qué?

—Yo pensaba que estaba siendo sobreprotector. Ya sabes, un padre que no quiere ver crecer a su niña. Le parecía que era demasiado hábil y retorcido. Ojalá le hubiera hecho caso.

—Yo no habría hecho caso. Eso nos habría distanciado más aún. —Apoyó la cabeza en el hombro de su madre—. Lo echo tanto de menos. Era un padre maravilloso.

Se habían quedado despiertas toda la noche, charlando y volviendo a conectar. Su madre la sorprendió al día siguiente con su decisión.

—¿Qué te parecería si le vendiera la pensión a Barry y me fuese contigo a California?

—¡Estaría encantada! ¿Hablas en serio?

—Sí. Ya me he perdido suficientes cosas, no quiero perderme más.

Las niñas se habían puesto como locas al saber que su abuela viviría con ellas.

Se habían decantado por el sur de California. El sol permanente y la alegre disposición de todos a su alrededor habían hecho maravillas. Las niñas todavía echaban de menos a su padre, claro, pero cada día era un poco más fácil. Culpaban a Amber de la desaparición de su padre, y Daphne no las sacaba de su error. Cuando tuvieran edad suficiente, les contaría la verdad. Mientras tanto, las niñas iban curándose, con la ayuda de un terapeuta, de un vecindario lleno de niños y de un perro labrador al que llamaban Señor Bandido, por su afición a robarles los juguetes.

Habían encontrado una bonita casa de cuatro dormitorios en Santa Cruz, a dos kilómetros de la playa. Al principio le preocupaba que a las niñas les costase trabajo pasar de una inmensa finca junto al mar a vivir en aquella acogedora casa de ciento ochenta y cinco metros cuadrados. Gracias al acuerdo de divorcio, tenía dinero más que de sobra para comprar algo más grande, pero ya no quería llevar ese tipo de vida. Su madre le había vendido la pensión a Barry y había insistido en contribuir con la compra de la casa. Daphne había abierto una cuenta de ahorro para las niñas con el dinero del acuerdo, cuyos intereses les permitirían vivir. Douglas tomaría las riendas de La sonrisa de Julie y ella formaría parte de la junta directiva. Volvería a trabajar, por supuesto, pero aún no. Todavía debía curarse.

Cuando llevó a las niñas a ver la casa, aguantó la respiración esperando ver su reacción. Pero ellas corrieron de inmediato escaleras arriba para ver dónde estarían sus habitaciones.

—¿Puedo quedarme con esta, mamá? ¡Me encantan las paredes rosas! —le había preguntado Bella tras inspeccionarlas todas.

Daphne había mirado a Tallulah.

—Me parece bien. A mí me gusta la que tiene las librerías empotradas —dijo Tallulah.

—Entonces ya está. ¿Os gusta? —Ambas niñas asintieron.

—Mami, ¿esta será tu habitación? —Bella le había agarrado la mano y la había llevado hasta el dormitorio principal.

—Sí, esta será la mía, y la abuela tendrá la tercera planta para ella.

—¡Sí! Estarás cerca de mí.

—¿Eso te gusta?

La niña asintió.

—En esa casa tan grande tenía miedo, porque papá y tú estabais muy lejos. Esta es mejor.

Daphne le había dado un abrazo.

—Sí que lo es. —Y había dado gracias por no tener que volver a cerrar con llave la puerta de su dormitorio.

El frigorífico estaba lleno con sus comidas favoritas; había helado en el congelador y dulces en la despensa. Daphne se había dejado la báscula en

Connecticut y se sentía más sana y más guapa que nunca. A veces todavía echaba mano del diario dietético y tenía que recordarse a sí misma que ya no le hacía falta escribir nada. Se lo había llevado como recordatorio para no permitir que nadie volviera a controlarla. Le encantaban esos cinco kilos que había engordado, que le daban a su cuerpo unas curvas muy femeninas. Entrar en el salón y oír la risa estridente de Bob Esponja, ver a sus hijas disfrutando de esas tonterías, le llenaba de alegría. Disfrutaba de la libertad de poder tomar sus propias decisiones sin miedo a represalias. Era como poder respirar tranquila por primera vez en años.

El colegio terminaría en tres semanas y estaban todas deseando pasar el verano recolectando piedrecitas de la playa y aprendiendo a hacer surf. A ella le encantaba la simplicidad de la vida allí. Sin horarios estrictos. Al llevarlas al colegio el primer día, Bella la había mirado sorprendida.

—¿No vamos a tener una niñera que nos traiga al cole?

—No, cariño. Yo estaré encantada de llevaros.

—Pero ¿no tienes que ir al gimnasio?

—¿Para qué? Puedo ir en bici hasta la playa y pasear. Hay muchas cosas para hacer. Esto es demasiado bonito para encerrarse.

—Pero ¿y si engordas?

Había sido como una puñalada en el corazón. Era evidente que la huella de Jackson no se borraría con la facilidad que había esperado.

—Ya no vamos a preocuparnos por engordar o adelgazar, solo por estar sanas. Dios hizo que nuestros cuerpos fueran listos y, si les damos cosas ricas y hacemos ejercicio de manera divertida, no pasará nada.

Las niñas se habían quedado mirándola con incredulidad, pero con el tiempo había ido trabajando en ello.

Su madre había llegado la semana anterior y se había quedado encantada con la casa y con la zona. Era muy agradable volver a tener a su madre cerca.

Ahora el taxi se detuvo y Daphne pagó al conductor. Cuando entró en el edificio, le invadió aquella sensación tan familiar de miedo. Estiró los hombros, tomó aliento y se recordó que ya no tenía nada que temer. Ya no le pertenecía. Envió un mensaje y esperó. Cinco minutos más tarde, Douglas, el ayudante de Jackson, salió del ascensor y se acercó.

—Me alegra que hayas podido venir —dijo tras darle un abrazo—. Acabo de recibir la llamada. Vendrán enseguida.

—¿Él lo sabe?

Douglas negó con la cabeza.

—¿Es grave?

—Mucho. Llevo meses pasándoles las hojas de cálculos. Hace dos semanas por fin tuve acceso a algunas de las cifras de contabilidad. Estoy seguro de que fue eso.

—¿Subimos? —preguntó Daphne.

—Sí, deja que te apunte en el registro. —Se dio la vuelta y miró detrás de ella—.

Ya están aquí —susurró.

Eran cuatro hombres ataviados con chaquetas azules que llevaban grabadas en dorado las letras «FBI» en la pechera izquierda. Se aproximaron al mostrador de seguridad y enseñaron sus credenciales.

—Vamos, subamos antes que ellos —le dijo Douglas.

Según subía el ascensor, Daphne sintió el pulso acelerado en las muñecas y un cosquilleo que le subía desde las puntas de los dedos. Tenía calor en las mejillas y de pronto tuvo ganas de vomitar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Douglas.

Ella tragó saliva, se llevó la mano al estómago y asintió.

—Me pondré bien. Me he mareado un momento. —Intentó sonreír—. No te preocupes, no pasa nada.

—¿Estás segura? Ya sabes que no es necesario que estés presente.

—¿Me tomas el pelo? No me lo perdería por nada del mundo.

Se abrieron las puertas del ascensor, Daphne siguió a Douglas hasta los despachos y entró con él al suyo, que estaba justo frente al de Jackson.

Se le ocurrió una idea y se volvió hacia Douglas.

—Enseguida vuelvo.

—¿Dónde vas?

—Tengo algo que decirle antes de que entren.

—Será mejor que te des prisa.

Daphne abrió la puerta sin molestarse en llamar y, tras un segundo de confusión, Jackson la miró con sorpresa. Se levantó de su silla, impecable con su traje hecho a medida y con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a darte un pequeño regalo de despedida —respondió ella con dulzura mientras sacaba un paquetito del bolso.

—¿De qué diablos estás hablando? Sal del edificio antes de que haga que te echen. —Jackson descolgó el teléfono de su mesa mientras hablaba.

—¿No quieres ver lo que tengo, Jackson? El regalo que te he traído.

—No sé a qué estás jugando, pero no me interesa. Me aburres. Siempre me has aburrido. Largo de aquí.

—¿Pues sabes una cosa? Tu vida está a punto de volverse muy interesante. Se acabó el aburrimiento. —Le lanzó el paquete sobre la mesa—. Ahí tienes. Disfruta de tus vacaciones.

Abrió la puerta y aguantó la respiración al ver a los hombres del vestíbulo avanzar hacia las oficinas. Sus rostros eran severos y amenazadores.

Jackson y Daphne se giraron y vieron como Douglas acompañaba al cuarteto hacia el despacho de Jackson.

Daphne se echó a un lado cuando uno de los hombres sacó su identificación.

—¿Jackson Parrish?

—Sí —respondió Jackson.

—FBI —dijo otro agente, y los demás se dispersaron a su alrededor.

—¿De qué va todo esto? —A Jackson se le quebró la voz al elevarla. La oficina había quedado en silencio. Todos habían girado sus sillas y lo miraban.

—Señor, tengo una orden de detención.

—Eso es una tontería. ¿Por qué? —preguntó Jackson cuando recuperó la voz.

—Por treinta y seis delitos de fraude, blanqueo de capitales y evasión de impuestos. Y le aseguro que no es ninguna tontería.

—¡Largo de aquí! Yo no he hecho nada. ¿Sabe quién soy?

—Desde luego que sí. Ahora, si no le importa, dese la vuelta y ponga las manos a la espalda.

—Los demandaré. Tendrá suerte si acaba poniendo multas de aparcamiento cuando haya terminado con usted.

—Señor, voy a pedirle una vez más que se dé la vuelta y ponga las manos a la espalda —repitió el agente mientras giraba a Jackson con firmeza y lo apoyaba contra la pared.

—¡Tú! —exclamó con la mejilla pegada a la pared—. Esto es cosa tuya, ¿verdad? Daphne sonrió.

—Quería ver cómo funciona la justicia. Es cuestión de formación. Tú me enseñaste que siempre debería estar aprendiendo cosas nuevas.

Se lanzó a por ella, pero los agentes le retuvieron y lo esposaron.

—¡Zorra! No me importa lo que tarde, pero me vengaré de ti. —Forcejeó con el agente que le sujetaba—. Lamentarás haber hecho esto.

Un agente bastante alto que estaba detrás de él tiró de la cadena de las esposas hacia el suelo. A Jackson no le quedó más remedio que arrodillarse, retorciéndose de dolor.

Daphne negó con la cabeza.

—No lo lamento. Y tú ya no puedes hacerme daño. La culpa es solo tuya. Si no te hubieras vuelto tan codicioso y no hubieras abierto esas cuentas en paraísos fiscales, si hubieras pagado impuestos como deberías haber hecho, nada de esto estaría ocurriendo. Lo único que hice fue asegurarme de que tu nuevo ayudante tuviera la integridad suficiente para delatarte.

—¿De qué estás hablando?

Douglas se acercó y se situó junto a Daphne.

—Mi hermana tiene fibrosis quística. La fundación de Daphne le salvó la vida. —Miró a uno de los agentes y asintió.

—Disculpen, señora... señor, necesito que se aparten, por favor. —El agente les guiñó un ojo y sonrió—. Vamos, señor Parrish —dijo levantándolo del suelo para llevarlo hacia el ascensor.

—Espere —dijo ella—. No te olvides tu regalo, Jackson.

Recogió el paquete de la mesa y se lo guardó a Jackson en el bolsillo.

—Lo siento, señora, pero tengo que ver eso —dijo el más alto de los agentes extendiendo la mano.

Daphne volvió a sacar el paquete, lo desenvolvió y sacó la tortuga de plástico que había comprado en la tienda de todo a un dólar.

—Aquí tienes, cielo —le dijo balanceándola ante sus ojos—. Algo para que te acuerdes de mí. Al igual que tú, esto ya no tiene poder sobre mí.

Capítulo 73

Daphne tenía otra parada que hacer. Se bajó del taxi y le pidió al conductor que la esperase. Aún le resultaba extraño tener que llamar al timbre de su antigua casa. Margarita abrió la puerta y levantó las manos sorprendida.

—¡Señora! Cuánto me alegro de verla.

Daphne le dio un abrazo.

—Yo también, Margarita. —Entonces bajó la voz—. Espero que te esté tratando bien.

Margarita se puso seria y miró nerviosa a su alrededor.

—¿Ha venido a ver al señor?

—No. He venido a ver a Amber.

La mujer arqueó las cejas y dijo:

—Enseguida vuelvo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó Amber, que estaba pálida y muy delgada.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó Amber con desconfianza.

—Entremos. No creo que quieras que se entere el personal.

—Esta es mi casa ahora, así que seré yo la que te invite a pasar a ti. —Apretó los labios y miró a su alrededor—. De acuerdo, sígueme.

Daphne la siguió hasta el salón y se sentó frente a la chimenea. El retrato familiar había sido sustituido por un enorme retrato de Amber y Jackson en el día de su boda. Aunque Amber estaba embarazada por entonces y ya se le notaba, había hecho que el artista la pintara como una sílfide, sin la barriga.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Daphne.

—No vuelvas a molestar a mis hijas.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo único que hice fue enviarles una invitación al bautizo de su hermano. ¿Has venido desde California para quejarte de eso?

Daphne ignoró su comentario y se inclinó hacia ella.

—Escúchame, pequeña zorra. Si vuelves a enviarles si quiera una postal, te arrancaré la cabeza. ¿Queda claro, Lana?

Amber se levantó de la silla y se acercó.

—¿Qué me has llamado?

—Ya me has oído... Lana. Lana Crump. Qué apellido más feo. No me extraña que no lo uses.

Amber se puso roja y se le aceleró la respiración.

—¿Cómo lo supiste?

—Contraté a un detective después de que Meredith se enfrentara a ti. Entonces lo descubrí todo.

—Pero seguiste siendo mi amiga, me creíste. No lo entiendo.

—¿De verdad me considerabas tan estúpida? ¿Pensabas que no sabía lo que te proponías? Por favor —dijo negando con la cabeza—. «Oh, Amber, me preocupa que Jackson me esté engañando. Nunca he podido darle un hijo». Y tú te lo tragaste todo, hiciste justo lo que esperaba que hicieras, hasta pediste el perfume al que me había vuelto «alérgica». —Entrecomilló la palabra mientras hablaba—. Y cuando te quedaste embarazada, supe que ya lo tenías atrapado. La razón por la que nunca me quedaba embarazada era que llevaba un DIU.

Amber se quedó con la boca abierta.

—¿Lo planeaste todo?

—Pensabas que ibas a tener la vida perfecta, el hombre perfecto. ¿Y qué te parece ahora, Lana? ¿Te ha demostrado ya cómo es realmente?

Amber la miró con odio.

—Pensaba que era por mí, por lo que había descubierto de mi pasado. Me dijo que no era más que una basura blanca. ¿Fuiste tú la que le dio el informe?

Daphne asintió.

—Leí que habías acusado de violación a ese pobre chico, Matthew Lockwood, porque no quiso casarse contigo. ¿Cómo pudiste permitir que se pasara dos años en prisión por un delito que no había cometido?

—Ese hijo de puta se lo merecía. Me mantenía en secreto, se acostó conmigo durante todo el verano mientras su novia rica no estaba. Y su madre... una pensaría que querría tener un nieto, pero me dijo que debería abortar, que un bebé mío sería basura. Cuánto me reí cuando se llevaron a su hijo arrestado. Me encantó ver el apellido Lockwood cubierto de fango con el escándalo. Se creían maravillosos, todopoderosos.

—¿Sigues sin sentir remordimientos? ¿Pese a que, por tu culpa, le dieran una paliza en la cárcel y ahora tenga que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas?

Amber se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Y qué? No es culpa mía que fuera demasiado débil para saber cuidarse en prisión. No es más que un niño de mamá. —Se encogió de hombros—. Además, tiene dinero; está bien cuidado. Y la idiota de su novia se casó con él.

—¿Y qué hay de tu hijo?

—¿Qué pasa con Jackson júnior?

—No. Tu otro hijo. ¿Cómo pudiste abandonarlo?

—¿Qué debería haber hecho? Mi madre descubrió mi diario y acudió a la policía. Encontraron al miembro del jurado al que convencí para que le declarasen culpable, y él accedió a testificar en mi contra. Me arrestaron. ¿Qué clase de madre delata a su propia hija? Dijo que sentía pena por Matthew... como si ese niño malcriado mereciese compasión. En cuanto salí bajo fianza, supe que tenía que huir. No pensaba ir a la cárcel por darle a Matthew lo que se merecía. —Tomó aliento—. Pero me gustaría recuperar a mi hijo, castigar a Matthew y a la foca de su esposa. Lo está

criando como si fuera su madre. Es mi hijo, no el suyo. No es justo.

—¿Justo? —Daphne soltó una carcajada—. Está mucho mejor sin ti. Dime una cosa, ¿quién es Amber Patterson? ¿Tuviste algo que ver con su desaparición?

Ella puso los ojos en blanco.

—Claro que no. Hice autostop para salir del pueblo con un camionero desde Misuri hasta Nebraska. Allí conseguí un trabajo como camarera, y uno de los clientes habituales trabajaba en el registro. Él me consiguió las credenciales.

—¿Cómo conseguiste su pasaporte?

—Bueno, ya sabes cómo son los pueblos pequeños —respondió con una sonrisa—. Pasado un tiempo conocí a su pobre madre. Trabajaba en los ultramarinos del pueblo. Tardé unos meses, pero supongo que le recordaba a su hija desaparecida. Ayudó el hecho de que llevara el pelo como ella, de que hubiera hablado con sus amigos y fingiera que me gustaban las mismas cosas. Su madre me preparaba la cena una vez por semana; qué mal cocinaba. Descubrí que Amber debió de irse a Francia de viaje con su clase. Esa es la única razón por la que esa estúpida paleta tenía pasaporte. Así que se lo robé. Además tenía un bonito anillo de zafiros, que me llevé también. Ella ya no lo necesitaba.

Daphne negó con la cabeza.

—Eres capaz de todo.

—Tú nunca lo entenderías. Crecí sin dinero, todo el mundo me miraba con desprecio, y aprendí enseguida que, si quieres algo, tienes que conseguirlo tú misma. Nadie te lo va a regalar.

—¿Y ahora tienes lo que quieres?

—Al principio sí. Hasta que Jackson descubrió lo de mi pasado. —Su bravuconería empezaba a desvanecerse. Se estiró y miró a Daphne—. Si tú no le hubieras dado ese informe, yo podría abandonarlo y me pasaría una pensión. Pero, si lo hago, me entregará. —Su actitud cambió de pronto y Daphne casi pudo ver la transformación ante sus ojos—. Daphne, tú sabes cómo es. Ambas somos víctimas ahora. Tienes que ayudarme. Tú encontraste la manera de escapar. Debe de haber algo que pueda hacer. ¿Lo hay? —Ahora era otra vez la antigua Amber, a la que Daphne había considerado amiga. Era tan narcisista que pensaba que todavía podía manipularla.

—Dime una cosa, sinceramente —le dijo Daphne—. ¿Alguna vez me consideraste una amiga?

Amber le estrechó las manos.

—Claro que era tu amiga. Te quería, Daph. Pero era demasiado tentador. Yo no tenía nada y tú lo tenías todo. Por favor, perdóname, sé que lo que hice estuvo mal y lo siento. Nuestros hijos están emparentados. Ahora es como si fuéramos hermanas. Eres una buena persona. Por favor, ayúdame.

—Y si te ayudo, entonces ¿qué? ¿Lo abandonarás y volveremos a ser amigas?

—Sí. Amigas otra vez. Por Julie y por Charlene. —Nada más decirlo, Amber se

dio cuenta de su error.

—Sí. Por Charlene. Que nunca existió. —Daphne se puso en pie—. Ya puedes empezar a recoger lo que sembraste, Amber. Espero que disfrutes con Jackson, es un hombre insaciable.

Amber la miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres saber la verdad? Nunca fui tu amiga. Tú tenías todo el dinero, el poder, y me dabas las migajas. Ni siquiera apreciabas lo que tenías. Todo ese dinero que Jackson gastaba en ti y en tus mocosas era obsceno. Y mientras yo trabajaba en su oficina como una esclava. Hice lo que tenía que hacer. Era aburrido escuchar tus deprimentes historias. «¡Está muerta!», me daban ganas de gritarte. «A nadie le importa Julie. Lleva veinte años pudriéndose en su tumba. Supéralo».

Daphne le agarró la muñeca con fuerza.

—No vuelvas a mencionar el nombre de mi hermana, ¿me oyes? Te mereces todo lo que te está pasando. —Entonces la soltó—. Mira a tu alrededor. Espero que hayas disfrutado de la buena vida, porque ya se acabó.

—¿De qué estás hablando?

—Vengo de la oficina de Jackson. El FBI se lo ha llevado esposado. Parece que han tenido acceso a sus cuentas en paraísos fiscales. Una pena. Nunca pagó impuestos por ese dinero. Estoy segura de que, cuando todo esto termine, tendréis suerte si podéis permitir os vivir en tu antiguo apartamento. Eso si no lo meten en la cárcel, pero, conociendo a Jackson, encontrará la manera de librarse. Eso sí, agotará todos sus recursos. Quizá tú puedas ayudarlo a fundar un nuevo negocio.

—Estás mintiendo —dijo Amber.

Daphne negó con la cabeza.

—¿Recuerdas ese ayudante al que te aseguraste de que contratara para que no hubiera líos en la oficina? Douglas. Bueno, pues es un viejo amigo mío. Su hermana sí que tiene fibrosis quística. La sonrisa de Julie ha ayudado mucho a su familia. Ha estado espionando a Jackson y por fin accedió a los números de cuenta que necesitaba para acudir a los federales. Mira a tu alrededor. Puede que tengas que renunciar a todo esto dentro de poco. —Se dispuso a irse, pero se detuvo y se dio la vuelta—. Pero al menos tienes a Jackson.

Daphne salió de la casa por última vez. Mientras el taxista se alejaba, vio desaparecer la casa en la distancia. Qué diferente le parecía ahora a la primera vez que la vio. Se recostó en su asiento y contempló por última vez la magnificencia de las casas frente a las que pasaban, preguntándose qué secretos ocultarían sus paredes. Se sentía más ligera a cada kilómetro que avanzaba y, cuando cruzaron la linde de Bishops Harbor, dejó atrás todo el dolor y la vergüenza con que había vivido siendo prisionera de aquel lugar. Le esperaba una nueva vida; una vida donde nadie la aterrorizaba en mitad de la noche o le hacía fingir ser algo que no era. Una vida en la que sus hijas crecerían seguras, rodeadas de cariño, libres para ser quienes quisieran ser.

Miró hacia el cielo y se imaginó a su adorada Julie observándola desde arriba. Sacó un bolígrafo y la pequeña libreta que llevaba en el bolso y comenzó a escribir.

Mi querida Julie:

Con frecuencia me pregunto si habría tomado decisiones diferentes si tú siguieras aquí. Una hermana puede evitar que cometas esos errores. Tú no habrías permitido que mi necesidad de salvar a todo el mundo me nublara el juicio. Si hubiera podido salvarte a ti, quizá me habría esforzado más en salvarme a mí misma.

Echo mucho de menos contarte mis cosas, tener a una persona que siempre estaba a mi lado, compartiendo mi vida. Fui una tonta al pensar que podría encontrar esa misma felicidad en otra persona.

Supongo que he estado buscándote en todas partes desde que te perdí. Pero ahora lo sé, no te perdí. Sigues aquí. En el brillo de la mirada de Bella y en el buen corazón de Tallulah. Vives en ellas y en mí, y me aferraré a los recuerdos del tiempo que pasamos juntas hasta que, algún día, nos reencontremos. Siento que me observas: eres el calor del sol mientras juego con tus sobrinas en la playa, la brisa fría que acaricia mis mejillas por las noches, la sensación de paz que habita ahora donde antes había angustia. Y, pese a lo mucho que deseo tenerte otra vez aquí, debo pensar que tú también estás por fin en paz, libre por siempre de la enfermedad que te ataba.

¿Recuerdas cuando vimos nuestra primera obra de Shakespeare? Tú tenías catorce años y yo dieciséis, y a ambas nos pareció que Helena era una idiota por desear a un hombre que no la quería. Resulta que yo me he convertido en Helena, pero al revés.

Así que, mi querida Julie, se ha cerrado un capítulo y ahora empieza otro.

Te quiero

Daphne se guardó la libreta en el bolso y se recostó en el asiento. Sonriente, miró hacia arriba y susurró las famosas palabras que el Bardo escribió en la obra que Julie y ella vieran tantos años atrás:

«El rey es ahora un mendigo, terminada la comedia. Todo habrá acabado bien...».

Agradecimientos

Mucho antes de que nazca un libro, hay un grupo de amigos, familiares y profesionales que hacen que sea posible su existencia. Les estamos profundamente agradecidas por el papel que han desempeñado en ese proceso.

A nuestra maravillosa agente, Bernadette Baker-Baughman, de Victoria Sanders & Associates, gracias por ser nuestra mayor defensora y por hacer que nuestro viaje fuera tan placentero con tu amabilidad, tu ingenio y tu dedicación. Eres la respuesta a una plegaria, y es un placer trabajar contigo.

A nuestra fabulosa editora, Emily Griffin; tu entusiasmo contagioso y tu búsqueda de la excelencia llevaron la historia al siguiente nivel y la convirtieron en algo mucho mejor de lo que podríamos haber hecho sin ti.

Al magnífico equipo de Harper, gracias por vuestra emoción con el libro y por todo lo que hicisteis para que fuera posible. Jonathan Burnham, gracias por tu entusiasmo y tu inspiración, que nos convenció de que habíamos encontrado la editorial adecuada. Jimmy Iacobelli, que diseñó nuestra brillante portada, y el equipo creativo que diseñó las páginas interiores; nos encantó vuestra propuesta nada más verla. Gracias a Nikki Baldauf, que nos orientó durante la edición y la producción. Heather Drucker y su equipo de relaciones públicas, gracias por vuestra pasión y vuestro talento. Katie O'Callaghan y el equipo de *marketing*, sabemos que estamos en las mejores manos. Muchas gracias a Virginia Stanley y al asombroso equipo de Library Sales por hacer correr la voz. Nuestro agradecimiento a Carolyn Bodkin, que trabajó sin descanso gestionando los derechos en el extranjero. A Amber Oliver (también conocida como la otra Amber) y a todo el equipo de HarperCollins, nuestro más profundo agradecimiento por vuestro trabajo.

Nuestro agradecimiento y cariño a nuestras cuñadas, que son como hermanas, Honey Constantine y Lynn Constantine, por leer, releer, leer otra vez y animarnos durante todo el camino.

A Christopher Ackers, maravilloso hijo y sobrino, por escuchar y ofrecernos consejo en nuestras numerosas conversaciones, aliñándolas siempre con su sentido del humor.

Gracias a nuestras primeras lectoras: Amy Bike, Dee Campbell, Carmen Marcano-Davis, Tricia Farnworth, Lia Gordon y Teresa Loverde; vuestro entusiasmo nos motivó enormemente.

A los maravillosos autores y amigos que forman la comunidad Thrillerfest, un inmenso pozo de camaradería, comprensión y apoyo mutuo, muchas gracias.

A David Morrell por sus consejos. Gracias por estar siempre disponible para hablar.

A Jaime Levine por su apoyo incondicional, por sus ánimos y por estar ahí desde el principio.

A Gretchen Stelter, nuestra primera editora. Nos aportaste claridad y perspectiva

que multiplicaron la tensión e hicieron que el manuscrito fuera más absorbente.

Gracias a Carmen Marcano-Davis por su perspectiva psicológica, que nos ayudó a crear a Jackson, y a Chris Munger por autenticar las escenas del FBI.

A Patrick McCord y a Tish Fried, de Write Yourself Free, por compartir su talento y su capacidad. Sus talleres nos convirtieron en mejores escritoras.

Lynne da las gracias a su marido, Rick, y a sus hijos, Nick y Theo, por su apoyo constante y su paciencia mientras ella pasaba horas encerrada en su despacho hablando con Valerie por Skype sobre posibles tramas o trabajando hasta tarde para cumplir los plazos. Y a Tucker, por estar siempre a su lado mientras trabaja. Todo mi amor para vosotros.

Valerie da las gracias a su marido, Colin, por su apoyo y su ánimo constantes, y a sus hijos, sus grandes admiradores. Os quiero a todos.